Witold Gombrowicz

Ferdydurke

Prólogo de Ernesto Sabato

«Una de las sorpresas de esta obra (…) fue su insólita manera de manejar el idioma. Se trata [de] proponer al lector una nueva y distinta forma de lectura», con esta nota aclaratoria celebraba un grupo de jóvenes intelectuales el final de la hazaña de traducir al castellano, bajo la dirección de Virgilio Piñera y en colaboración con el autor, esta indiscutible obra maestra. Con la publicación de Ferdydurke, prologada por Ernesto Sabato y el propio autor, y protagonizada por un héroe de treinta años que se transforma en un adolescente de quince bajo la influencia de su maestro.

«Especie de grotesco sueño de un clown, con páginas de irresistible comicidad, con una fuerza de pronto rabelesiana, el reinado al parecer del puro absurdo, ¿cómo adivinar que en el fondo [Ferdydurke] era algo así como una payasada metafísica en que delirantemente estaban en juego los más graves dilemas de la existencia del hombre?».
ERNESTO
SÁBATO.

«El supremo anhelo de Ferdydurke es encontrar la forma para la inmadurez. Pero esto es imposible. (…) lo que quería conseguir a toda costa era una mayor libertad de palabra en este campo de la cultura, donde el escritor malo no puede decir nada porque es malo y el bueno tampoco puede decir algo porque es bueno (…) Así que Ferdydurke tiene un doble aspecto: por un lado es un relato y una novela, una descripción y, por otro, un acto de mi lucha personal con la forma».
WITOLD
GOMBROWICZ.

Witold Gombrowicz

Ferdydurke

ePub r1.2
Titivillus 20.04.2020

Título original: *Ferdydurke*
Witold Gombrowicz, 1937
Traducción: Witold Gombrowicz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Prólogo a la edición Argentina

Creo que fue en 1939 cuando por primera vez leí algo de Gombrowicz. Yo vivía aún en La Plata, donde habíamos inventado con mi amigo el astrónomo Miguel Itsigzohn un tipo de humor paranoico que denominamos *margotinismo*. Con los años aprendí que tales invenciones en rigor son siempre descubrimientos, y que aquella reacción un poco demencial contra un universo deshumanizado era casi inevitable. Fue por entonces cuando me llegó la revista Papeles de Buenos Aires, que dirigía Adolfo de Obieta. Con estupor leí el cuento titulado *Filifor forrado de niño*, de un desconocido de nombre polaco: Witold Gombrowicz. Corrí a buscar a Miguel, con la revista en la mano. Nos pareció de pronto milagroso que algo tan aparentemente descabellado como el *margotinismo* (y, por lo tanto, producto de la pura casualidad) pudiera surgir en otro remoto lugar de la tierra, con características tan similares.

No recuerdo ahora cómo nos encontramos, más tarde, con el propio autor de aquel relato. Era un individuo flaco, muy nervioso, que chupaba ávidamente su cigarrillo, que desdeñosamente emitía juicios arrogantes e inesperados. Parecía helado y cerebral. Era difícil adivinar debajo de esa coraza el cálido fondo humano que latía en aquel exilado vagamente conde, pero auténticamente aristócrata.

Supe entonces que *Filifor* formaba parte de una novela llamada *Ferdydurke*, que ardía por leer. Pero su autor no estaba en condiciones de hacerla traducir ni editar. Pobre, desanimado, trabajando en una oficina bancaria, caminando por las calles del Bajo, jugando partidas de ajedrez en cafés llenos de humo, nadie o casi nadie adivinaba en aquel sujeto a un formidable artista; más bien la gente se inclinaba a considerarlo como a un mistificador o a un mitómano. Hasta que una mujer (significativa paradoja para aquel irónico enemigo del género femenino), Cecilia Debenedetti, decidió e hizo posible la edición castellana del libro, que empezó a ser traducido por un grupo de creyentes. Cuando en 1947 apareció con el sello de Argos, el escritor cubano Virgilio Piñera, que por aquel tiempo vivía en Buenos Aires, escribió en la solapa: «Resulta difícil prever la suerte de este mensaje, sobre todo cuando no nos llega de París. Creo, sin embargo, que con estas breves líneas no hago otra cosa que disparar el primer tiro en la batalla que tarde o temprano van a librar los ferdydurkistas de Hispanoamérica». Hoy, cuando W. G. tiene fama mundial, es justicia rendir homenaje a aquel pequeño grupo de fervorosos que aquí advirtieron y saludaron su talento.

Las palabras de Piñera fueron lamentablemente proféticas. Es muy improbable que en la Argentina la gente se atreva a considerar genial a un escritor que no venga patentado desde París.

Por otra parte, es cierto que la obra no era de fácil acceso, sobre todo en 1946. Especie de grotesco sueño de un clown, con páginas de irresistible comicidad, con una fuerza de pronto rabelesiana, el reinado al parecer del puro absurdo, ¿cómo adivinar que en el fondo era algo así como una payasada metafísica, en que delirantemente estaban en juego los más graves dilemas de la existencia del hombre?

El autor previó y temió la incomprensión. Por lo cual juzgó conveniente un prólogo en que intentaba explicar al lector las ideas básicas de su visión del mundo. No creo, sin embargo, que el prólogo ayudara mucho. Pues si es verdad que debajo de la obra de un gran escritor hay siempre una *Weltanschauung*, no siempre esa concepción del universo puede expresarse en ideas claras y distintas; o, en todo caso, la natural forma de expresarla es, en el poeta, su mágica creación, lo que es algo menos pero también algo más que una filosofía, algo menos y algo más que un conjunto de conceptos: es una visión total de la realidad, en parte conceptual y en parte intuitiva, parcialmente intelectual y en sumo grado emocional y mágica. Motivo por el cual, aunque los críticos puedan ofrecernos una interpretación de las ideas de Kafka, la sola lectura de un cuento suyo nos da una vivencia de su mundo (incluso de su mundo ideológico) que ninguna exposición conceptual es capaz de revelarnos, por extensa e inteligente que sea.

Y es precisamente esta causa la que diferencia a este escritor existencialista (que escribía su obra en 1936, cuando no tenía la menor noticia de esa doctrina) de un filósofo como Heidegger. Pues éste, en tanto que pensador, no puede sino operar con razones, siendo a la postre una especie de racionalista, inevitablemente; lo que equivale a decir que en definitiva resulta, paradójicamente, un tipo de antiexistencialista. Mientras que un escritor como W. G. simplemente es existencialista, por su sola presencia integral, por su manera de ver y sentir la realidad.

No se trata, pues, de incapacidad para las ideas: su *Journal* demuestra la extraordinaria inteligencia y la cantidad de ideas de este poeta. Se trata de la radical incapacidad del ensayo para reemplazar a la ficción y a la poesía, manifestaciones del espíritu que no pueden ser reducidas a los términos del pensamiento puro.

En estas condiciones, sería inconsecuente con la propia tesis que acabo de exponer todo intento de reemplazar la lectura de *Ferdydurke* con una serie de explicaciones. Pero, y del mismo modo que, aun sin poder sustituir la visión personal de París con palabras ajenas, se le puede decir al viajero que se fije con cuidado en tal o cual monumento o calle o mercado o rincón del Sena (perturbado y un poco atontado como está el recién venido por el tumulto, la novedad y la contingencia), se le puede advertir al lector de este libro de choque que trate de ver, en esta novela en apariencia tan descabellada, las ideas básicas que son las típicas del existencialismo: la angustia, la nada, la libertad, la autenticidad, el absurdo. Y, sobre todo, o debajo de todo, el problema típico de Gombrowicz, la categoría que es esencial en su concepción del mundo: la Inmadurez; categoría íntimamente vinculada a otra que le es obsesiva: la de la Forma.

Pues para Gombrowicz el combate capital del hombre se libra entre dos tendencias fundamentales: la que busca la Forma y la que la rechaza. La realidad no se deja encerrar totalmente en la Forma, el hombre es de tal modo caótico que necesita continuamente definirse en una forma, pero esa forma es siempre excedida por su caos. No hay pensamiento ni forma que pueda abarcar la existencia entera (y de ahí, como yo decía antes, la imposibilidad de sustituir la expresión poética o mágica de la existencia mediante el puro pensamiento abstracto). Y esta lucha entre esas dos tendencias opuestas no se realiza en un hombre solitario sino entre los hombres, pues el hombre vive en comunidad, y vivir es con-vivir; siendo las formas que adopta la consecuencia de esa ineluctable convivencia. (De paso, y como me hace notar mi mujer, esa tenaz y cálida necesidad que Gombrowicz siente por la comunicación lo aleja del existencialismo negativo de un Sartre, para acercarlo, curiosa e inesperadamente, al pensamiento de un escritor como Saint-Exupéry).

No creo demasiado arbitrario aducir que ese combate es el que eternamente se ha librado entre el espíritu dionisiaco y el espíritu apolíneo, siendo la existencia del ser humano un como equilibrio (inestable) entre ambos, en virtud de esa ley psicológica, ya entrevista por Heráclito, de la enantiodromia, reguladora de los contrastes. Tampoco creo arriesgado suponer que lo que Gombrowicz llama la Inmadurez no es otra cosa que el espíritu dionisiaco, la potencia oscura, que desde abajo, como fuerza inferior (en el sentido psíquico y hasta teológico del vocablo, no en el sentido ético) presiona y a menudo rompe la máscara, es decir la persona, la Forma que la convivencia y la sociedad nos obliga a adoptar (una y otra vez, porque nos es imposible sobrevivir sino mediante máscaras o formas). Y así como la Inmadurez es la vida (y por lo tanto la adolescencia, el circo, el absurdo, el romanticismo, la desmesura y lo barroco), la Forma es la Madurez, pero también la fosilización, la retórica y en definitiva la muerte; una muerte (curiosa dialéctica de la existencia) que nos es imprescindible para vivir y entendernos. Hasta el punto que el mismo dionisiaco Gombrowicz debe acceder a ello, intentando finalmente expresar su caos y su ambigüedad mediante una obra de arte; que, como toda obra de arte, en última instancia es un orden, una Forma. Forma que al mismo tiempo que expresa a Gombrowicz, como a todo artista, también lo traiciona e intenta agotarlo; motivo por el cual el poeta o novelista necesita lanzarse a la creación de otra obra, y luego de otra y así *ad infinitum*; resultando de ese modo que el creador es superior a su obra misma, al menos hasta el momento de su muerte física.

Esta angustiosa lucha entre extremos opuestos, esta esencial antagonía del espíritu humano, se trasluce en *Ferdydurke*. Y el lector percibirá cómo encaja en este cuadro una escena al parecer tan descabellada como la frenéticamente cómica parte en que el Flaco pugna por explicar a sus alumnos la grandeza del poeta Slawoski, tratando de arrancarles la admiración oficial que hay en las historias del arte y en los museos por los caparazones fosilizados. De ahí también el temor al Envejecimiento de este creador a la vez viejo de mil años y conmovedoramente infantil (como todo creador, ya que la magia es atributo de la infancia y de la Inmadurez). De ahí el combate que en todas sus obras lleva contra las falsificaciones de la cultura libresca, contra la deshumanización del hombre contemporáneo, contra el esteticismo estéril del Profesor y la Academia; y no, es bueno advertirlo, como un mero problema estético sino como problema

existencial y metafísico.

Hay, en fin, un aspecto en las ideas de Gombrowicz que lo hace particularmente útil para nosotros los argentinos. No hay casualidades en el reino del espíritu, ni tampoco causalidades. En buena medida el hombre es libre para construir su destino, y no creo que por puro azar este polaco haya permanecido veinticuatro años entre nosotros; ya que si pudiera admitirse como acto gratuito y contingente que Gombrowicz se embarcara en el viaje inaugural de un transatlántico polaco hacia Buenos Aires, invitado a visitar esta región del mundo, y si el hecho luego de producirse la guerra mundial no es, claro, un hecho que la voluntad de Gombrowicz pudiera haber evitado, en cambio su permanencia aquí es si un acto que en buena medida es producto de su voluntad.

Es que nuestro país, como Polonia, forma parte de lo que en su lenguaje podríamos llamar Territorio de la Inmadurez. Y esto lo vinculo a una vieja teoría que tengo sobre lo que llamo la periferia del Renacimiento. Países como Polonia, Rusia, Noruega, Dinamarca, Suecia y España no sufrieron de modo estricto el proceso renacentista, fenómeno burgués, caracterizado por el maquinismo y la razón que tuvo su epicentro en Italia y Francia. Aquellos países mantuvieron rasgos semifeudales casi hasta este siglo, no debiendo extrañarnos que un personaje como el Quijote pocas veces haya sido bien interpretado en Francia, siendo en cambio entrañablemente sentido en Rusia. En ambos extremos de Europa, la desmesura y la sinrazón eran los restos de una mentalidad preburguesa. Y el parentesco se acentuó en la vieja Argentina de las grandes llanuras pastoriles; hasta el punto de que una novela como *Ana Karenina*, con sus criadores de toros de raza y sus gobernantas francesas, con sus estancieros y burócratas, podía entenderse cabalmente aquí. Y si al célebre personaje de Gontcharoff se le colocara un mate en la mano en lugar de su eterno vaso de té ¿quién dudaría en encontrarle casi todas las características de un argentino viejo? La desorganización, un sentido del tiempo medieval, no cuantificado por el interés, la vida patriarcal de las antiguas familias, una educación afrancesada, el desdén y al propio tiempo la arrogancia por lo nacional; todo ello explica por qué un estudiante argentino entendía mejor las *Memorias desde el Subterráneo* (por lo menos hasta la segunda guerra mundial) que un profesor de la Sorbona, al que los personajes de Dostoievsky le resultaban *nouveaux riches de la conscience*, individuos poco menos que demenciales, incapaces de apreciar las ideas claras y distintas, tan disparatados como para afirmar (contra todas las tradiciones de cartesianos y ahorristas franceses) que dos más dos puede ser igual a cinco. Lo curioso, pero psicológicamente explicable, es que aquellos bárbaros moscovitas, como nuestros bárbaros aborígenes, admiraban la refinada cultura occidental, sus toros escoceses, sus novelas (¡Dostoievsky aspiraba a escribir como George Sand!), la filosofía alemana, los establecimientos de Baden-Baden y sus casinos. Y así, por los mismos motivos que nosotros, se hicieron «europeistas», rasgo tan típicamente eslavo o ríoplatense como el vodka o el mate; al revés de lo que aquí sostienen algunos superficiales pensadores, que lo consideran un rasgo de enajenamiento. Los europeos no son europeistas: son simplemente europeos.

Leyendo ese *Journal* que debería traducirse cuanto antes, observo que mi teoría es correcta y que vale para la *intelliguentsia* polaca las mismas reflexiones que podemos hacer para la argentina. Allá como aquí es palpitante el problema de la inmadurez intelectual; allá como aquí se prefiere lamentarse de la situación inferior con respecto a Europa, en lugar de aceptarlo como un fecundo y poderoso punto de partida de algo original. Nosotros, como ellos, tenemos las ventajas de los países «bárbaros», por haber resguardado una vitalidad y un candor que la civilización renacentista no alcanzó a desecar. Es un hecho significativo que la formidable reacción existencial contra esa civilización se levantara precisamente en esa periferia bárbara, y bastarían los nombres de Dostoievsky, Kierkegaard, Nietzsche y Unamuno para probarlo. Polacos y argentinos estamos, sin embargo, llegando a valorar en medio de la gran crisis de nuestro tiempo (y se ve también por esto cómo «crisis» significa «enjuiciamiento») lo que cabalmente somos y lo que podemos representar en el mundo, superando al mismo tiempo dos actitudes simultáneas e igualmente equivocadas: nuestro sentimiento de inferioridad y nuestra loca arrogancia con relación a Europa. Con toda la razón, Gombrowicz les dice a sus compatriotas en su *Diario* que no traten de rivalizar con Occidente y sus formas, sino que traten de tomar conciencia de la fuerza que implica su propia y no acabada forma, su propia y no acabada inmadurez; con todo lo que ello supone de fresca y franca libertad en un mundo de formas fosilizadas. En suma, recomienda y practica él mismo la barbarie dionisiaca, haciendo de su juventud e inmadurez una potencia renovadora. Buena lección para nosotros.

ERNESTO SÁBATO
Santos Lugares, julio de 1964.

Prefacio para la edición castellana
(1947)

Este libro vio la luz del día en Polonia, un año antes de la guerra y para comprender su clima no hay que olvidarse de esta fecha. Yo antes había publicado un volumen de cuentos intitulado *Memorias del período de la maduración*.

Como la mentalidad polaca de preguerra iba por caminos completamente distintos del que yo había elegido, no abrigaba al publicar *Ferdydurke* mayores esperanzas de éxito. Si a fin de cuentas las cosas no salieron tan mal, esto se debe a un grupo de decididos y fervientes partidarios de esta aventura, que eran en su mayoría gente joven. Gracias a ellos el libro fue ampliamente analizado y lo que se ha escrito sobre *Ferdydurke* en estudios, polémicas, comentarios, etc., sobrepasa varias veces su tamaño. No obstante, ni yo ni *Ferdydurke* hemos entrado de lleno en la literatura oficial polaca lo que, por cierto, nos apena muy profundamente.

Cuando las olas de la polémica estaban por calmarse y pensaba en escribir algo nuevo, fui invitado a participar en el viaje de inauguración de un nuevo transatlántico nuestro, puesto en servicio entre Polonia y la Argentina. Llegué aquí para tres semanas solamente, pero ellas se prolongaron en más de seis años, ya que estalló la guerra. Los que a través de *Ferdydurke* captarán ciertas particularidades de mi alma, comprenderán también por qué el alma, en vez de buscar vinculaciones con los «círculos» locales llevaba una vida anónima y bohemia muy cercana, desgraciadamente, a la miseria. Perdido en este país, entontecido y aplastado por los acontecimientos europeos, vagaba por las calles sin ganas de hacer nada, o, bajo una mesa de café, lloraba amargamente. Me alejé por completo de las letras, y sólo debo a mi feliz inclinación hacia el infantilismo que, a pesar de toda índole de desastres y humillaciones, lograra conservar un grano de alegría. Últimamente me ha vuelto el ánimo para el trabajo literario y creo también que en breve tendré el placer de publicar alguna nueva obra.

Ahora ya sabéis de dónde os cayó este librito. Claro está que no se trata aquí de una novela realista y por lo tanto no hay que imaginarse que —digamos— los escolares polacos en realidad se preocupan hasta tal punto por su inocencia o que los criados fueran abofeteados por sus señores. Tampoco se trata de un libelo político, pues este libelo no tiene nada que ver con la derecha ni con la izquierda. ¿De qué se trata, entonces? Comprobé en Polonia que, a pesar de la abundancia de prefacios y aclaraciones, el sentido general de *Ferdydurke* escapó a muchos lectores, al extremo que varios llegaron a dudar si *Ferdydurke* tendría algún sentido. Sin embargo lo tiene y no hay inconveniente en exponerlo así nomás —de modo sencillo y sin ninguna clase de muecas— si esto puede facilitar la lectura.

Los dos problemas capitales de *Ferdydurke* son: el de la Inmadurez y el de la Forma. Es un hecho que los hombres están obligados a ocultar su inmadurez, pues a la exteriorización sólo se presta lo que ya está maduro en nosotros. *Ferdydurke* plantea esta pregunta: ¿no veis que vuestra madurez exterior es una ficción y que todo lo que podéis expresar no corresponde a vuestra realidad íntima? Mientras fingís ser maduros vivís, en realidad, en un mundo bien distinto. Si no lográis juntar de algún modo más estrecho esos dos mundos, la cultura será siempre para vosotros un instrumento de engaño.

Pero *Ferdydurke* no sólo se ocupa de lo que podríamos llamar la inmadurez natural del hombre, sino ante todo de la inmadurez, lograda por medios artificiales: es decir que un hombre empuja al otro en la inmadurez y que también —¡qué raro!— del mismo modo actúa la cultura. Existen muchas razones por las cuales uno tiene interés en que otro caiga en la inmadurez, pero la más importante es nuestro amor por la inmadurez en sí. Ahora, la cultura infantiliza al hombre porque ella tiende a desarrollarse mecánicamente y

por lo tanto le supera y se aleja de él.

El héroe de *Ferdydurke*, infantilizado primeramente por el temible Pimko, se ve arrastrado en el proceso de mutua inmadurización que constituye el gran goce secreto de la humanidad, su diversión más dulce y su dolor más terrible. ¿A qué tipo de psicología nos lleva este proceso? Los personajes de *Ferdydurke* no tienen ideales, ni dioses, sino «mitos inmaduros» que podríamos definir como un ideal adaptado al nivel de la auténtica realidad íntima del hombre (mito del peón, de la colegiala, de la tía, etc.). Ellos no hacen lo que quieren, ni tampoco sienten según su propia naturaleza, sino que la mayoría de sus sentimientos y actos les es impuesta desde el exterior. Se empujan mutuamente hacia actitudes, situaciones, sentimientos o pensamientos ajenos a su voluntad y sólo después se adaptan psíquicamente a lo que se les ha ocurrido cometer buscando *ex-post* una justificación y explicación… siempre amenazados por el absurdo y la anarquía. Sus dos rasgos característicos más destacados son los siguientes: primero, el aparato de las formas maduras de la cultura no es para ellos nada más que un pretexto para entrar en contacto entre sí —y para gozar y excitarse recíprocamente— y para armonizarse en sus dolorosos, inmaduros juegos. Lo importante para ellos es bailar; qué baile bailan, no les importa. Segundo: ellos sin cesar producen la forma, pero nunca la logran. No tienen creencias, ideales, convicciones, aptitudes, sentimientos, sino se los fabrican según sus necesidades y las necesidades de la situación. A cada momento se fabrican entre sí sus personalidades —uno crea al otro.

Ferdydurke sostiene que es justamente nuestro anhelo de madurez lo que nos arrastra hacia esa inmadurez número dos, inmadurez artificial —y nuestro anhelo de forma el que nos lleva a una forma mala. Parecidos a alguien, que temiese su propia desnudez, echamos mano a cualquier vestimenta a nuestro alcance, aun la más grotesca, y así se crea ese mundo hecho de indolencia, insuficiencia, noseriedad e irresponsabilidad, mundo de la subcultura, de las formas caducas, malogradas, desviadas e impuras, donde se desarrolla nuestra vida íntima. Allí se fabrican sorprendentes subideales, subreligiones, subsentimientos, y varias otras subcosas muy diferentes de las del mundo oficial. Y lo importante es que todo eso se efectúa por vía formal: para que en tal sentido, dos personas se obliguen a la regresión no hace falta que sean pacientes de Freud y del freudismo, porque aquí se trata de algo tan elemental como que el estilo de ser de una persona influye sobre el estilo de ser de la otra.

¿Cuál debería ser nuestra actitud, en tanto que seres conscientes, frente a aquel infra-mundo? El supremo anhelo de *Ferdydurke* es encontrar la forma para la inmadurez. Pero esto es imposible. Podemos en forma madura expresar la inmadurez ajena, podemos, por ejemplo, describirla artística o científicamente, pero con eso no logramos nada, porque así no expresamos nuestra propia inmadurez, sino que —de modo maduro— describimos la inmadurez ajena. Aun si nos pusiéramos a analizar y confesar nuestra propia insuficiencia cultural siempre lo haríamos desde el punto de vista de la cultura y en forma madura. Mas para que esta insuficiencia fuera expresada de modo consciente y a la vez directo, sería menester que nos esforzásemos en escribir, no libros sabios sobre el tema de la tontería, sino sencillamente libros tontos —y malos— e indolentes —lo que, claro está, es un disparate. Por eso ni la ciencia, ni el arte, ni ningún otro medio de expresión cultural, permite al hombre manifestar por vía directa su propia realidad inmadura, condenada al eterno mutismo. Mas por otra parte, si todos vamos a seguir con esa mascarada obligatoria e inevitable, la cultura irá convirtiéndose en un juego cada vez más mecánico y fragmentario, y por fin perdería todo contacto con nosotros mismos. Si yo, hablando con Fulano, trato siempre de ser lo mejor educado posible y el hacer lo mismo respecto de mí, nuestra conversación pronto se volverá tan bien educada que terminaremos por sentirnos muy molestos —y eso es lo que ocurre con nuestro arte que se vuelve demasiado «artístico», con nuestra sutileza que se vuelve demasiado sutil o nuestro heroísmo que se vuelve demasiado heroico. ¿Qué nos queda entonces por hacer? Estamos en la situación de un niño que se ve obligado a llevar un traje demasiado grande para él y en el cual se siente incómodo y ridículo; el niño no puede quitárselo puesto que no tiene ningún otro, pero, por lo menos, puede proclamar en voz bien alta que el traje no esta hecho a medida, y de tal modo establecerá una distancia entre el traje y su persona. Esto significa: tomar distancia frente a la forma. Cuando logremos compenetrarnos bien con la idea de que nunca somos ni podemos ser auténticos, que todo lo que nos define —sean nuestros actos, pensamientos o sentimientos— no proviene directamente de nosotros sino que es producto del choque entre nuestro yo y la realidad exterior, fruto de una constante adaptación, entonces, a lo mejor la cultura se nos volverá menos cargante.

Ferdydurke, además de plantear este postulado teóricamente, se propone realizarlo en la práctica. Desde luego yo no podía hacer otra cosa sino tratar de escribir un libro bueno y no un libro malo. Pero lo que quería conseguir a toda costa, era una mayor libertad de palabra en este campo de la cultura, donde el escritor malo, no puede decir nada porque es malo y el bueno tampoco puede decir algo porque es bueno —

esclavo de su nivel y de su estilo— asustado por su grandeza, su situación social y sus múltiples (a menudo ilusorias) responsabilidades. Por eso en vez de ocultar mi propia persona en tanto que autor, la puse en juego junto con las personas de mis héroes. En vez de esconder mi insuficiencia cultural, mi dependencia de la esfera inferior y los móviles personales de mi trabajo, como lo hacen otros autores, los desnudé con toda crudeza y además demostré mi propia inconformidad con la forma de la obra: el rector puede ver cómo me enloquece la tiranía de las formas idiomáticas, el mecanismo del estilo, la construcción y la armonización de las partes, etc., etc… Así que *Ferdydurke* tiene un doble aspecto: por un lado es un relato y una novela, una descripción y, por otro, un acto de mi lucha personal con la forma. Aquí el autor, confesando su propia inmadurez, consigue —supongo— más soberanía y libertad frente a la forma y, al mismo tiempo, deja entrever el mecanismo de su inmadurez.

¡Uff! Este sería el esqueleto intelectual de *Ferdydurke*. Yo no soy ni filósofo, ni psicólogo, y pido disculpas por las eventuales fallas de exposición. Ni siquiera sé si mis puntos de vista son nuevos y originales; y eso no me preocupa porque no espero realizar descubrimientos, sino proyectar al exterior con la mayor energía posible todo un cúmulo de asuntos, que, indudablemente, me hicieron sufrir mucho. Cada uno se queja de lo que le duele y yo hago lo mismo. Me cuido muchísimo que mi voz no suene nunca como la de un «escritor», «filósofo», «poeta», «intelectualista», sino como la de una persona privada. En verdad, cuando empezaba *Ferdydurke* no sabía casi nada de esas ideas y ellas me vinieron por sí mismas a medida que escribía. Al crear este poema orgullosamente práctico sabía sólo que debía emprender algo así como una «crítica desde abajo», y que llegaba la hora de arreglar cuentas tanto con el mundo superior como con el inferior, pues ambos me fastidiaban bastante. Y francamente me cuesta reducir una obra tan alocada en sus absurdos y desenfrenada en sus intenciones a un esqueleto seco, duro y rígido.

Me atrevo a creer que en todo caso la publicación de *Ferdydurke* en la América Latina tiene su razón de ser. Existen varias analogías entre la situación espiritual de Polonia y la de este continente. Aquí como allá el problema de la inmadurez cultural es palpitante. Aquí como allá el mayor esfuerzo de la literatura se pierde en imitar las «maduras» literaturas extranjeras. Aquí y allá los literatos se preocupan por todo menos por verificar sus derechos a escribir como escriben. En Polonia como en Sudamérica todos prefieren lamentarse de su condición inferior de menores y peores, en vez de aceptarla como un nuevo y fecundo punto de partida. Pero mientras en Polonia la formidable tensión de la vida echa por tierra toda esa «escuela literaria» (la palabra «escuela» está aquí plenamente justificada) la apacible existencia del feliz sudamericano le permite eludir la revisión básica de esas cuestiones, le induce a menudo al cultivo de cominerías estéticas e intelectuales y un estéril formalismo sofoca toda su expresión. Dudo mucho si mis razones serán compartidas por los maestros consagrados de ambas literaturas, pero fijo mis esperanzas en los maestros que están por nacer.

Esta traducción fue efectuada por mí y sólo de lejos se parece al texto original. El lenguaje de *Ferdydurke* ofrece dificultades muy grandes para el traductor. Yo no domino bastante el castellano. Ni siquiera existe un vocabulario castellano-polaco. En estas condiciones la tarea resultó, tan ardua, como, digamos, oscura y fue llevada a cabo a ciegas —sólo gracias a la noble y eficaz ayuda de varios hijos de este continente, conmovidos por la parálisis idiomática de un pobre extranjero.

La realización de la obra se debe ante todo a la iniciativa y el apoyo de Cecilia Benedit de Debenedetti, a la cual deseo expresar mi mayor agradecimiento.

Bajo la presidencia de Virgilio Piñera, distinguido representante de las letras de la lejana Cuba, de visita en este país, se formó el comité de traducción compuesto por el poeta y pintor Luis Centurión, el escritor Adolfo de Obieta, directo de la revista literaria «Papeles de Buenos Aires» y Humberto Rodríguez Tomeu, otro hijo intelectual de la lejana Cuba. Delante de todos esos caballeros y gauchos me inclino profundamente. Pero, además, colaboraron en la traducción con todo empeño y sacrificio tantos representantes de diversos países y de diversas provincias, ciudades y barrios, que de pensar en ello no puedo defenderme contra un adarme de legítimo orgullo. Colaboraron: Jorge Calvetti, Manuel Claps, Carlos Coldaroli, Adán Hoszowski, Gustavo Kotkowski y Pablo Manen (pacientes pescadores del verbo), Mauricio Ossorio, Eduardo Paciorkowski, Ernesto J. Plunkett y Luis Rocha (aquí se juntan Brasil, Polonia, Inglaterra y la Argentina), Alejandro Russouich, Carlos Sandelin, Juan Seddon (obstinados buscadores del giro adecuado), José Taurel, Luis Tello y José Patricio Villafuerte (eficaces e intuitivos). Debo también eterno agradecimiento a un simpatiquísimo señor, ya de edad, y muy aficionado al billar, que en un momento de feliz inspiración me procuró la palabra «remover» de la cual me había olvidado por completo. Tengo que agradecer —¡por Dios!— a todos esos nobles doctores en la «gauchada», y a los criollos les digo sólo eso: ¡viva la patria que tiene tales hijos! Si a pesar de un número tan serio de colaboradores el texto castellano tuviese alguna falla proveniente, no de las insuperables dificultades de la traducción, sino del descuido, esto

se debería, creo, al exceso de amenas discusiones que caracterizaba las sesiones, realizadas casi todas en la sala de ajedrez de la confitería Rex bajo la enigmática y bondadosa sonrisa del director de la sala, maestro Paulino Frydman.

¡Me alegro que *Ferdydurke* haya nacido en castellano de tal modo, y no en los tristes talleres del comercio libresco! Todavía una palabra: a lo mejor el libro pasará desapercibido, pero seguramente algunas personas de mi amistad se sentirán obligadas a decirme una o dos frases, de esas que siempre se dicen cuando un autor publica un libro. Quisiera pedirles que no digan nada. No, no digan nada, porque, debido a toda clase de falsificaciones, la situación social del así llamado «artista», se ha vuelto en nuestros tiempos tan pretenciosa que todo lo que se le pueda decir suena a falso y, cuanta más sinceridad y sencillez pongáis en vuestro «me gustó muchísimo» o «estoy encantado», tanta más vergüenza para él y para vosotros. Callaos, pues, os lo ruego. Callaos en espera de un futuro mejor. Por el momento —si queréis expresar que os gustó—, tocad sencillamente, al verme, vuestra oreja derecha. Si os agarráis la oreja izquierda sabré que no os agradó, y la nariz significaría que vuestro juicio está en el medio. Con un leve y discreto movimiento de la mano agradeceré esta atención para con mi obra y así evitando situaciones incómodas y aún ridículas, nos comprenderemos en silencio. Muchos saludos a todos.

WITOLD GOMBROWICZ

I
El rapto

El martes me desperté a esa hora inanimada y nula en que la noche ya está por terminar y sin embargo todavía no ha nacido el alba. Descansaba en una luz turbia y mi cuerpo sentía un temor mortal, que me oprimía el alma, y el alma a su vez oprimía el cuerpo… y hasta la más mínima de mis partículas se contorsionaba en el presentimiento atroz de que no ocurriría nada, nada cambiaría, nunca pasaría nada, y aun cualquier cosa que se emprendiese no sucedería nada y nada. El sueño que me había despertado luego de molestarme durante la noche explicaba las razones de ese espanto.

¿Qué había soñado? Por un retroceso del tiempo que debiera estar vedado a la naturaleza, me vi tal como era cuando tenía quince o dieciséis años —me trasladé a la mocedad—, y de pie, bajo el viento, sobre una piedra, a orillas del río decía algo… y me oía… oía mi hace mucho enterrada voz, voz chillona de pichón, y veía mi nariz aún no lograda sobre mi rostro blando, transitorio, y mis manos en exceso grandes… sentía el contenido ingrato de esta mi fase pasajera e intermedia. Me desperté en medio de la risa y del pavor porque me parecía que tal como era mi persona ahora, ya en la treintena, remedaba al impúber que yo había sido y se burlaba de él, mientras éste también se burlaba de mí… y ambos nos burlábamos mutuamente. ¡Desgraciada memoria que obligas a saber por qué rutas hemos llegado a ser lo que somos! Y también divagaba medio adormecido que mi cuerpo no era del todo homogéneo, sino que algunas de sus partes no estaban todavía maduras y que mi cabeza se reía y se burlaba del muslo, mientras el muslo de la cabeza se burlaba, y que el dedo del corazón, el corazón de los sesos, la nariz del ojo, el ojo de la nariz a carcajadas locamente se carcajeaban, y que todos esos miembros y partes del cuerpo se violaban mutua y salvajemente en una atmósfera de penetrante e hiriente pan-mofa. Mas cuando ya totalmente recuperé mis sentidos y empecé a meditar sobre mi vida, el espanto no decreció ni un ápice, al contrario acrecentóse, aunque por momentos lo interrumpía (o estimulaba) una risita que los labios no podían contener. *En la mitad del camino de mi vida me encontré en una selva oscura*. Y algo peor aun: aquella selva era *verde*.

Porque en la realidad era yo tan indefinido y deshecho como en el sueño. Atravesé hace poco el Rubicón de la ineludible treintena, crucé la frontera, según mis documentos, y mi apariencia semejaba un hombre maduro y, sin embargo, no estaba maduro. ¿Qué era entonces? ¿Cómo se presentaba mi situación? Vagaba por las confiterías y los bares, me encontraba con otras personas, cambiando palabras y a veces hasta pensamientos… pero mi situación era poco clara y yo mismo no sabía qué era: hombre o adolescente; y así, al comenzar la segunda mitad de mi vida, no era ni esto ni aquello —era nada—, y los de mi generación que ya se habían casado y ocupaban puestos determinados, no tanto frente a la vida como en diversas oficinas, me trataban con una justificada desconfianza. Mis tías, esas numerosas semimadres agregadas, atadas o pegadas, pero bondadosas, ya desde tiempo atrás trataban de influir en mí para que me estabilizara como alguien, digamos como abogado o empleado —mi indefinición prolongada les resultaba sumamente molesta—; no sabiendo bien quién era, no sabían cómo hablar conmigo y, en el mejor de los casos, sólo emitían una triste cháchara. «Pepe —decían entre un balbuceo y otro—, el tiempo apremia, hijo mío, ¿qué pensará la gente? Si no quieres ser médico, sé por lo menos mujeriego o coleccionista, pero sé alguien… sé alguien…». Y yo escuchaba cuando una murmuraba al oído de la otra que yo era poco pulido social y mundanalmente, después de lo cual, de nuevo, empezaban a balbucir, desesperadas por el vacío que yo provocaba en sus cabezas. En verdad aquel estado no podía prolongarse indefinidamente. Las agujas del reloj de la naturaleza eran implacables y terminantes. Cuando las últimas muelas, las del juicio, me hubieron crecido, fue necesario creer: el desarrollo se había cumplido, había llegado el momento del

asesinato ineludible, el hombre debía matar al mozalbete, elevarse en los aires como mariposa, dejando el cadáver de la crisálida. Debía pues, entrar en círculos adultos.

¿Entrar? ¡Cómo no! Hice la prueba, y una risita me convulsiona aún al recordarlo. Para preparar la entrada me dediqué a escribir un libro… deseaba primero mediante un libro aclarar mi caso y conseguir de antemano los favores del mundo adulto, preparando así el terreno para las relaciones personales, y me parecía que si lograba sembrar en las almas un concepto positivo sobre mi persona, ese concepto, por su parte, me formaría a mí; de tal modo que aunque yo no quisiera sería llevado a la madurez. ¿Por qué, sin embargo, la pluma me había traicionado? ¿Por qué el santo pudor no me había permitido escribir una novela notoria y chatamente madura, y por qué, en vez de engendrar pensamientos y conceptos nobles con el corazón y con el alma, los generé con la parte inferior? ¿Por qué puse en el texto no sé qué ranas, piernas, qué sustancias fermentadas, aislándolas sobre el papel sólo por medio del estilo, de la voz, del tono frío y disciplinado, y demostrando: he aquí que quiero dominar el fermento? ¿Por qué, en perjuicio de mi propósito, intitulé el libro *Memorias del período de la inmadurez*? En vano los amigos me aconsejaban que dejara aquel título y me cuidara en general de cualquier alusión a lo inmaduro. No hagas eso —decían—, la inmadurez es un concepto drástico; si tú mismo te vas a considerar inmaduro, ¿quién, entonces, te considerará maduro? ¿No comprendes, acaso, que la primera condición para lograr la madurez es declararse maduro a sí mismo? Pero yo creía que en verdad no convenía de modo demasiado barato y fácil pasar por alto al jovencito en mí encerrado y que los adultos son en demasía perspicaces, penetrantes para dejarse engañar; y que, por fin, el que es perseguido sin cesar por el mocoso no debe aparecer en público sin mozalbete. A lo mejor encaraba yo en forma demasiado seria la seriedad, valorizaba en exceso la madurez de los maduros.

¡Recuerdos! Con la cabeza hundida en la almohada, con las piernas bajo la frazada, dominado ya por la risita, ya por el temor, hice el balance de mi entrada entre los adultos. Pensaba en mi triste aventura con el primer libro y recordaba cómo, en vez de procurarme la estabilidad anhelada, me hundió aún más, provocando contra mí una ola de juicios torpes. ¡Oh, es una maldición que la existencia nuestra en este planeta no aguante ninguna jerarquía definida y fija, sino que todo siempre fluya, refluya, se mueva y cada uno deba ser sentido y valorado por cada uno, que el concepto sobre nosotros de los torpes, limitados e incapaces nos sea tan importante como el concepto de los sabios, capaces y sutiles! Pues el hombre, en lo más profundo de su ser, depende de la imagen de sí mismo que se forma en el alma ajena, aunque esa alma sea cretina. Y me opongo con toda energía a la opinión de aquellos mis camaradas de pluma que frente a la opinión de los cretinos adoptan una posición aristocrática y orgullosa, declarando *odi profanum vulgus*. ¡Qué modo más barato, más simplificado de estafar la realidad; qué pobre huido en una ficticia altivez! Sostengo, al contrario, que cuanto más torpe y estrecha es la opinión tanto más se nos vuelve importante, así justamente como un zapato estrecho y mal ajustado. Oh, esos juicios humanos, ese abismo de juicios y opiniones sobre tu inteligencia, carácter, corazón y sobre todos los detalles de tu organización que se abre delante de ese imprudente que vistió sus pensamientos con letras y los envió sobre el papel, entre los hombres. ¡Oh, el papel, el papel, oh, la letra, la letra! Y no estoy hablando yo aquí de los dulces, tibios juicios familiares de nuestras tías queridas; no, quisiera referirme más bien a los juicios de otras tías; las tías culturales, aquellas numerosas semiautoras que expresan sus juicios en los periódicos. Pues sobre la cultura del mundo se sentó un montón de maritornes, cosidas, atadas a la literatura, iniciadas de modo incomparable en los valores espirituales y orientadas estéticamente, con ideas, conceptos y todo lo demás, ya enteradas de que Oscar Wilde es anticuado y que Bernard Shaw es el maestro de la paradoja. Ah, ya saben que hay que ser independiente, sencillo, profundo, así que son independientes, profundas, sencillas, y llenas además de bondad familiar. ¡Tía, tía, tía! ¡Ah, quien no se vio llevado nunca al taller de la tía cultural y no fue operado por esas mentalidades trivializantes, y que privan de vida a la vida, quien no leyó en el periódico un juicio tial sobre su propia persona, no sabe, en verdad, lo que es la bagatela, ignora lo que significa la tía bagatela!

Y además: juicios de hacendados y hacendadas, juicios de colegialas, juicios mezquinos de menudos empleados y juicios burocráticos de altos empleados, juicios de abogados provincianos, juicios exagerados de muchachos, juicios ensimismados de viejitos, como también juicios de publicistas, juicios de esposas de médicos y, por fin, juicios de niños, de sirvientas y cocineras, juicios de primas, todo un mar de juicios que te definen y te crean en el alma de otro hombre. ¡Es como si nacieras en un millar de almas algo estrechas!

Pero mi situación era tanto más difícil y extrema cuanto más difícil y extremo era el libro mío cotejado con la literatura convencionalmente madura. Me procuró, en verdad, un puñado de selectos amigos, y si las tías culturales y otros representantes del vulgo pudiesen oír cómo en círculos estrechos, inaccesibles aun en sueños, los Muy Conocidos, los Brillantes me nutren y saturan con dulces elogios en

elevadas conversaciones intelectuales, caerían probablemente de rodillas para lamerme los pies. Mas, por otro lado, en mi modo de escribir seguramente hubo algo inmaduro, algo que atraía a los seres inmaduros y autorizaba sus familiaridades… el período de la inmadurez atrajo al *demi-monde* de la cultura. Y muy a menudo me ocurría que, al salir de lugares altos y sagrados donde me saturaban de respeto en forma agradabilísima, me encontraba en la calle con cualquier ingeniero o cualquier colegiala, que tratándome como si fuera un compatriota en la inmadurez, un hermano en la tontería, me aplicaba amistosas palmadas profiriendo: «¡Eh, zote! ¡Qué tonterías escribes! ¡Qué tonto eres!». Y así para los Maduros yo era maduro, mas para los Inmaduros en inmaduro y, en verdad, yo mismo no sabía bien a quien pertenecía: a los que me respetaban o a los que me trataban de mocoso.

Mas lo peor era que, odiando al vulgo de la semiinteligencia como creo que nadie odió jamás, odiando ferozmente, con el vulgo al mismo tiempo yo me traicionaba: huía de los brazos amistosamente abiertos de la *élite* a las patas brutales de los que me consideraban tonto. Es en verdad un hecho de primordial importancia y que define todo el desarrollo futuro, *frente a qué realidad* un hombre se forma y se organiza, y si, por ejemplo, actuando, hablando, divagando, escribiendo, toma en cuenta, presta atención solamente a los hombres adultos, formados, o si al contrario está perseguido por la visión del vulgo, de la inmadurez, por la visión de un sospechoso, turbio semimundo, que allá en lo oscuro te estrangula y, despacito, te ahoga en su verdura como las lianas, las enredaderas u otras plantas de África. Ni por un momento pude olvidarme del inframundo de los infrahombres, y temiendo pánicamente, temblando convulsivamente al solo recuerdo de su pantanoso verdor, no podía sin embargo liberarme, ¡fascinado como un pajarito por una serpiente! Como si yo, contrariando la naturaleza, simpatizase con la esfera baja y la amase agradeciéndole que perpetuase en mí al niño. ¡Oh, rozar aquel mundo elevado, adulto, y no poder entrar, estar a un paso de la distinción, elegancia, sabiduría, dignidad, de los juicios maduros, del mutuo respeto, de la jerarquía, de los valores y no lamer esas golosinas sino a través del vidrio, no tener acceso a esos asuntos, ser secundario! ¡Convivir con los adultos y siempre, como en el decimosexto año, tener la impresión de que solamente se finge ser adulto! ¿Fingirse escritor, literato, parodiar el estilo literario, las maduras y rebuscadas expresiones? ¿Librar, como artista, una cruel batalla pública por su propio «yo», simpatizando bajo tierra con sus mortales enemigos?

Oh, sí, al comienzo mismo de mi vida pública recibí la consagración semisagrada, fui generosamente ungido por la esfera inferior. Y lo que complicaba todavía el caso era que mi modo de ser social también dejaba mucho que desear y resultaba completamente turbio, pobre e indefenso frente a los semibrillantes mundanos. No sé qué indolencia, nacida de la timidez y del miedo, no me permitía armonizar con ninguna madurez y a veces se me ocurría pellizcar a la persona que con su espíritu halagadoramente a mi espíritu se acercaba. ¡Cómo envidiaba a aquellos literatos, sublimados ya desde la cuna y evidentemente predestinados a la Superioridad, cuya alma ascendía sin cesar, como si alguien con una aguja les pinchase las asentaderas, escritores serios que se tomaban sus almas en serio y quienes con facilidad innata, con grandes sufrimientos creadores, operaban dentro de un mundo de conceptos tan elevados y para siempre consagrados que casi el mismo Dios les resultaba vulgar e innoble! ¿Por qué no es permitido a cada uno engendrar una novela más sobre el amor o denunciar con el corazón vehementemente torturado alguna injusticia social, transformándose en un Luchador del Pueblo? ¿O escribir versos y en un Poeta convertirse y creer en la «noble misión de la poesía»? ¿Ser talentoso y con el talento alimentar y elevar a las muchedumbres de almas no-talentosas? ¡Ah, qué satisfacción; sufrir y torturarse, sacrificar y quemarse en el altar, mas siempre en las alturas, dentro de categorías tan sublimadas, tan adultas! Satisfacción para sí mismo y satisfacción para los demás: realizar su propia expansión a través de milenarias instituciones culturales con tanta seguridad como si se pusiese dineros, en un banco. Pero yo era —¡ay de mí!— un adolescente y la adolescencia era mi única institución cultural. Doblemente atrapado y limitado: una vez por mi pasado infantil del que no podía olvidarme; otra vez por el concepto infantil que otros tenían de mí, esa caricatura de mí mismo que ellos guardaban en sus almas… era un melancólico esclavo de la verdura, ay, un insecto prisionero del denso matorral.

¡No sólo molesta, sino peligrosa situación! Porque los maduros a nada tienen tanto asco como a la inmadurez, y nada les resulta más odioso. Ellos soportarán fácilmente al espíritu más destructivo a condición de que actúe dentro del marco de la madurez. No les asusta un revolucionario que combate un ideal maduro con otro ideal maduro y que, por ejemplo, destroza a la Monarquía con la República o, al contrario, despedaza a la República con la Monarquía. ¡Hasta lo ven con agrado cuando funciona bien el sublimado, maduro negocio! Pero si, en alguien huelen la inmadurez, si huelen al jovencito, se echarán sobre él, lo picotearán hasta matarlo, como los cisnes picotean al pato, lo aplastarán con su sarcasmo. Entonces, ¿cómo terminará todo eso? ¿Adónde llegaré por ese camino? ¿Cómo se ha originado en mí

(pensaba yo) esa esclavitud de lo informe, esa fascinación por lo verde; acaso porque provenía de un país rico en seres no pulidos, primitivos y transitorios, donde ningún cuello queda bien a nadie, donde más que la melancolía y el destino son los incapaces y perezosos quienes se quedan por los campos gimiendo? ¿O puede ser porque vivía en una época pasajera que a cada rato inventaba lemas y muecas y en convulsiones retorcía su rostro de mil maneras?… El alba pálida entraba por la ventana, y yo, mientras hacía así el balance de mi vida me sacudía entre sábanas una risita indecente, roja de vergüenza, y estallaba yo en una impotente, bestial carcajada mecánica y piernal, como si alguien me hiciese cosquillas en el talón, ¡como si no fuese mi rostro, sino mi pierna la que carcajeaba! ¡Había que acabar con eso de una vez por todas, romper con la infancia, tomar la decisión y empezar de nuevo; había que hacer algo! Y entonces me iluminó de repente este pensamiento sencillo y santo: que yo no tenía que ser ni maduro ni inmaduro, sino así como soy… que debía manifestarme y expresarme en mi forma propia y soberbiamente soberana, sin tomar en cuenta nada que no fuera mi propia realidad interna. ¡Ah, crear la forma propia! ¡Expresarse! ¡Expresar tanto lo que ya está en mí claro y maduro, como lo que todavía está turbio, fermentado! ¡Que mi forma nazca de mí, que no me sea hecha por nadie! ¡La excitación me empuja hacia el papel! Saco el papel del cajón y he ahí que empieza la mañana, el sol inunda el cuarto, la sirvienta trae café con leche, medialunas y yo, entre las formas relucientes y cinceladas, empiezo a escribir las primeras páginas de una obra, de mi propia obra, de una obra como yo, idéntica a mí, proveniente de mí; de una obra que soberanamente me afirma contra todo y contra todos, cuando de repente suena el timbre, la sirvienta abre la puerta y aparece en ella T. Pimko, doctor y profesor o mejor dicho maestro, un culto filólogo de Cracovia, pequeño, debilucho, calvo y con lentes, con pantalones rayados y chaqueta, uñas sobresalientes y amarillentas, zapatos de gamuza, amarillos.

¿Conocéis al profesor? ¿Al profesor?

¡Alto, alto, alto! Asustado por aquella Forma Humana tan chatamente trivial y trivialmente chata, me eché sobre mis textos para ocultarlos; pero él se sentó, y entonces yo también tuve que sentarme; y, después de sentarse, me ofreció su pésame muy sentido por la muerte de una tía fallecida hace tiempo, y de la cual ya me había olvidado por completo.

—El recuerdo de los muertos —dijo Pimko— constituye un Arco de Hermandad entre los años pasados y los venideros, lo mismo que el canto popular (Mickiewicz). Vivimos la vida de los muertos (A. Comte). Su tía ha muerto y por esta razón se puede, y aún se debe, dedicarle unos pensamientos cultos y conceptos nobles. La difunta tenía sus defectos —aquí los enumeró— mas tenía también sus cualidades —las enumeró— provechosas para la sociedad, así que el libro no es malo, perdón, la tía no es mala, es decir más bien se merece una buena clasificación, pues, definitivamente y en dos palabras, la difunta era un factor positivo, el juicio sumario resulta favorable y considero un agradable deber decírselo a usted, yo, Pimko, guardián de los valores culturales a los cuales sin duda pertenece también la tía, en vista, sobre todo, de que ha muerto. Y además —añadió con indulgencia— *de mortuis nihil nisi bene*; aunque se podría objetar esto y aquello, ¿para qué desanimar a un joven autor, perdón, un sobrino? ¡Pero! ¿qué veo? —exclamó percibiendo mis borradores sobre la mesa—. ¿Así que no sólo sobrino sino también autor? Noto que probamos suerte con las Musas. ¡Ta, ta, ta, autor! En seguida opinaré, aconsejaré y animaré… —y, sentado, atrajo los papeles por encima de la mesa, al mismo tiempo que se ponía los anteojos… y se quedaba sentado.

—No… —balbuceé. De súbito el mundo se quebró. La tía y el autor me confundieron por completo.

—Bueno, bueno… —dijo—. Ta, ta, gallinita.

Y diciendo eso se restregaba un ojo; después sacó un cigarrillo y, tomándolo con los dedos de la mano izquierda, lo ablandó con los dedos de la mano derecha; al mismo tiempo estornudó porque el tabaco le irritó la nariz y, sentado, comenzó a leer. Y, sentado muy sabiamente, leía. Pero yo, cuando lo vi leyendo, me puse pálido y creí desvanecerme.

No podía echarme sobre él, por encontrarme sentado, y me encontraba sentado porque él estaba sentado. No se sabe cómo ni por qué el sentar se destacó en primer plano y se convirtió en el mayor obstáculo. Me revolvía, pues, sobre mi sentar; no sabiendo qué hacer, comencé a mover las piernas, a comerme las uñas… mientras tanto, él con la mayor lógica continuaba sentado, teniendo su sentar organizado y justificado por el hecho de estar leyendo. Duraba eso una eternidad. Los minutos pesaban como horas y los segundos se hinchaban… y me sentía incómodo como un mar sorbido con una paja.

—¡Por Dios, todo menos el Maestro! ¡No el Maestro! —gemí.

La maestra rigidez del maestro me aplastaba. Pero él seguía leyendo como un maestro y asimilaba mis espontáneos escritos con su personalidad de típico maestro, acercando al papel los ojos… y por la ventana se veía una casa, ¡doce ventanas horizontales, doce verticales! ¿Sueño? ¿Realidad? ¿Para qué vino,

aquí, para qué estaba sentado, con qué fin estaba sentado yo? ¿Por qué milagro todo lo que ocurrió antes, sueños, recuerdos, tías, sufrimientos, pensamientos, obra, cómo todo eso se redujo al sentarse de las asentaderas del Profesor y Maestro? ¡Era imposible! Él estaba sentado con razón, ya que leía, mientras que yo estaba sentado sin razón ninguna, sin sentido.

Hice un esfuerzo convulsivo para levantarme, mas en el mismo momento él me miró por debajo de sus anteojos con gran indulgencia, y de pronto… me achiqué, mis piernas se transformaron en unas piernecitas, mis manos en manecitas, mi nariz en naricita, mi obra en obrita y mi cuerpo en cuerpecito… mientras que él se agigantaba y permanecía sentado, contemplando y asimilando mis carillas *in saecula saeculorum, amen*… y sentado.

¿Conocéis esa sensación de empequeñecer dentro de alguien? ¡Ah, achicarse dentro de una tía! Es algo extremadamente impúdico, ¡pero el empequeñecerse en un notable maestro notorio constituye la cumbre misma de la indecente pequeñez! Y observé que el maestro, como una vaca, se alimentaba con mi verdor. Extraña sensación: el maestro de escuela pace tu verdor sobre el pasto y sin embargo, sentado en un sillón, sigue leyendo, y sin embargo pasta y se nutre. Algo terrible ocurría conmigo y no obstante fuera de mí, algo estúpido, algo insolentemente irreal.

—¡Espíritu! —exclamé—. ¡Yo… espíritu! ¡No un autorcito! ¡Un espíritu! ¡Yo vivo! ¡Yo!

Pero él estaba sentado y estando sentado permanecía sentado de modo tan sentadesco, se arraigaba tanto en su sentar, que el sentar siendo insoportablemente tonto era al mismo tiempo dominador.

Y sacándose los lentes de la nariz, los limpió con el pañuelo, y se los puso otra vez… y la nariz era algo indecible y a la vez invencible. Era esta una nariz narizada, trivial y notoria, escolar y pedagógica, bastante larga, compuesta de dos caños paralelos y definitivos. Y dijo:

—¿Qué espíritu por favor?

—¡El mío! —exclamé.

—¿El suyo? —preguntó él entonces—. Es decir, claro está, el espíritu patriótico de la Patria…

—¡No! ¡No el espíritu de la Patria, sino el mío!

—¿El suyo? —dijo él bondadosamente—. ¿Así que creemos tener un espíritu propio? Pero ¿acaso conocemos por lo menos el espíritu del rey Ladislao? —Y permaneció sentado…

¿Qué rey Ladislao? ¡Me sentía como un tren desviado de golpe y porrazo a la vía muerta del rey Ladislao! Frené y abrí la boca, dándome cuenta de que no conocía el espíritu del rey Ladislao.

—¿Pero conocerá usted el espíritu de la Historia? —preguntó él entonces—. ¿Y el espíritu de la civilización helénica? ¿Y el de la gálica, espíritu de armonía y de buen gusto? ¿Y el espíritu de un escritor bucólico del siglo XVI quien por vez primera usó en la literatura la palabra «ombligo»? ¿Y el espíritu del idioma? ¿Cómo se debe decir: «el puente» o «la puente»?

La pregunta me tomó por sorpresa, cien mil espíritus me aplastaron de golpe el espíritu; tartamudeé que lo ignoraba y entonces me preguntó qué podía decir sobre el espíritu de Mickiewicz y cuál era la actitud del poeta frente al pueblo. Me preguntó todavía por el primer amor de Lelevel. Tosí y me miré furtivamente las manos, pero las uñas estaban limpias, no había nada escrito en ellas. Entonces miré a mi alrededor como esperando que alguien me soplara, mas alrededor no había nadie. ¿Sueño? ¡Cielos! ¡Qué pasa, Dios mío! Pronto levanté la mirada, fijándome en él, pero la mirada no era mía, era esa una mirada de reojo, pueril y llena de odio. Me acometían unas ganas anacrónicas e imposibles de tirar a la nariz misma del profesor una bolita de papel. Viendo que algo malo me ocurría, hice un esfuerzo convulsivo para preguntar a Pimko en un tono de lo más mundano ¿qué tal?, ¿cómo le va? y ¿qué me dice?, mas en vez de mi tono normal saqué una voz chillona y ronca, como si de nuevo pasara por la mutación… y callé; entonces Pimko preguntó qué sabía de los adverbios, me ordenó declinar *mensa, mensas, mensae*, conjugar *amo, amas, amat*, hizo una mueca de desaprobación, y dijo:

—Bueno, habrá que trabajar todavía…

Sacó la libreta y me puso una mala nota; mientras tanto estaba sentado y su sentar y sus asentaderas eran ya definitivos, absolutos.

¿Qué? ¿Qué? Quise gritar que no era un colegial, que había ocurrido una equivocación, salté para huir, pero algo me atrajo desde atrás como un garfio y me clavó y fui atrapado por mi cu… culito infantil, escolar. Con el cuculeíto no podía moverme, era imposible moverse con el cuculato, y mientras tanto el maestro estaba sentado y, sentado, expresaba un espíritu pedagógico tan magistral, que, en vez de gritar, levanté la mano como suelen hacer los colegiales cuando piden permiso para decir algo. Pimko frunció la nariz y dijo:

—Quédate quieto, Kowalski. ¿Nuevamente quieres ir al baño?

Y permanecía sentado, mientras yo también permanecía sentado en un absurdo irreal como un

sueño… sentado sobre mi cuculillo infantil que me paralizaba hasta la locura… mientras él se quedaba sentado sobre el suyo como sobre la Acrópolis y anotaba algo en su libreta.

Por fin dijo:

—Bueno, Pepe, ven, vamos a la escuela.

—Pero ¿a qué escuela?

—A la escuela del director Piorkowski. Es un establecimiento de primera clase. Hay todavía vacantes en el segundo año. Tu educación: algo descuidada; ante todo, habrá que corregir las fallas.

—Pero ¿a qué escuela?

—A la escuela del director Piorkowski. Justamente me pidió Piorkowski que le llenara todas las vacantes. La escuela tiene que funcionar y para que funcione hay que encontrar alumnos. ¡A la escuela, pues! ¡A la escuela!

—Pero ¿a qué escuela?

—¡Basta ya de caprichos! ¡Vamos a la escuela!

Llamó a la sirvienta, pidió un sobretodo, y ella empezó a lamentarse no comprendiendo por qué un señor desconocido me llevaba, mas Pimko la pellizcó y la sirvienta, pellizcada, no podía lamentarse más, porque tuvo que mostrar los dientes y estallar en una risa de sirvienta pellizcada. Y el pedagogo me tomó la mano y salió conmigo a la calle… ¡donde, a pesar de todo, las casas quedaban en pie y la gente caminaba!

¡Policía! ¡Demasiado tonto! ¡Demasiado tonto para que pudiese ocurrir! ¡Imposible porque imposiblemente tonto! Mas demasiado tonto para que yo pudiera oponerme… ¡No podía con el pedagogo! El idiótico e infantil cuculato me paralizaba, quitándome toda posibilidad de resistencia; trotando al lado del coloso que avanzaba a pasos gigantescos, no podía hacer nada a causa de mi cuculeíto. ¡Adiós, espíritu mío; adiós, obra, adiós mi forma verdadera y auténtica, ven, ven forma terrible, infantil, verde y grotesca! Cruelmente achicado, troto al lado del Maestro enorme que murmura:

—Ti, ti, galliníta… Naricita mocosa… Me gustas. E, e, e… Hombrecito peque… pequeñito… pequeñuelo… E…, chico, ti, ti cucucu, cuculí, cuculucho.

Delante de nosotros una dama paseaba un perrito, el perrito gruñó, saltó sobre Pimko y le rompió los fundillos del pantalón, Pimko gritó, emitió un juicio negativo sobre el perrito, se arregló el pantalón con un alfiler de gancho y me llevó de la mano.

II
Aprisionamiento y empequeñecimiento consiguiente

Y he aquí ante nosotros —¡no, no puedo creer a mis ojos!— un edificio bastante chato, la escuela, adonde Pimko me arrastra, me empuja, a pesar de mis lloros y protestas. Hemos llegado durante el recreo: en el patio paseaban seres intermedios, de 10 a 20 años, ingiriendo el desayuno: pan con queso o con manteca. En la empalizada que rodeaba el patio había agujeros por donde miraban las madres, nunca bastante saturadas de sus tesoritos. Pimko aspiró voluptuosamente el olor escolar con su instrumento nasal de dos caños.

—Ox, ox, ox —exclamó—, picho, picho, picho…

Mientras tanto, un rengo intelectual, probablemente maestro, se acercó a nosotros con demostraciones de excepcional respeto.

—Profesor —dijo Pimko— he aquí el pequeño Pepe al cual yo quisiera colocar en segundo año. Pepito, saluda al señor profesor. Hablaré en seguida con el director, y mientras tanto, le dejo a Pepe para que se inicie en la vida colegial.

Quise contestar, pero hice una reverencia, un leve vientecillo sopló, las ramas de los árboles se movieron y con ellos un manojito de cabellos de Pimko.

—Espero que se comportará bien —dijo el viejo pedagogo acariciándome la cabecita.

—Bueno, ¿cómo anda la juventud? —preguntó Pimko en voz baja—. Veo que pasean… muy bien. Pasean, charlan y las madres los observan… muy bien. No hay nada mejor para un muchacho en edad escolar que una madre bien colocada detrás de un muro.

—Sin embargo todavía no son bastante ingenuos —se quejó amargamente el maestro—. Todavía no podemos sacar de ellos bastante frescura e ingenuidad juvenil. No, no se imagina, colega, cómo son de obstinados y mal dispuestos en ese sentido. No, ¡no quieren ser como la papa nueva! ¡No quieren! ¡No quieren!

—¡Carece usted de virtud pedagógica! —lo reprendió Pimko severamente—. ¿Qué? ¿No quieren? ¡Deben querer! En seguida demostraré cómo se estimula la ingenuidad. Apuesto a que dentro de media hora será doble la dosis de ingenuidad ambiente. Mi propósito es el siguiente: empezaré por observar a los alumnos y les daré a entender que los considero como a inocentes e ingenuos. Eso naturalmente los provocará, van a querer demostrar que no son inocentes y es entonces cuando caerán en la verdadera ingenuidad e inocencia tan sabrosa para nosotros los pedagogos.

Y se ocultó detrás de una gran encina, mientras el maestro tomándome de la manita me metió entre los alumnos, sin darme tiempo para aclaraciones, ni protestas.

Los discípulos paseaban. Unos se propinaban palmaditas o papirotazos… otros devoraban sin cesar sus textos tapándose las orejas… otros se hacían monerías o zancadillas o piruetas y sus miradas atontadas o borreguiles o aguadas se posaban sobre mí sin descubrir mi treintena. Me llegué al más cercano, seguro de que la cínica farsa acabaría en seguida.

—Permítame… —dije—. Como usted ve, mi edad…

Pero el discípulo exclamó:

—¡Mirad al discípulo *novum companerum*!

Me rodearon, alguien profirió:

—*¿Deo gratias malevolus caprichus tempora excelentisima persona vuestra con tanta parsimonia ante nuestra mercedes se aparece*?

Otro chilló entre risas cretinoides:

—¿Acaso padecía el *colegus estimadus de haraganitis linfáticamente crónica, o quizá suspiros hacia alguna doncella han postergado la tan ansiada llegada de vuestra merced*?

Al oír aquel lenguaje terrible callé como si alguien me hubiera cosido la boca, pero ellos no cesaban, como si les fuese imposible cesar… y justamente cuanto más disgusto causaban esas palabras tanto más gozaban, hundiéndose en ellas con deleite, con obstinación de maniáticos. Sus movimientos eran vacilantes… sus caras apasteladas y mal amasadas… y el tema principal de los menores era los órganos sexuales mientras el tema principal de los mayores era las relaciones sexuales, lo que, junto con la arcaización y la latinización, formaba un cocktail de excepcional repugnancia. Parecían mal introducidos en algo, mal colocados y mal ubicados, a cada momento sus miradas volaban hacia el maestro, se agarraban convulsivamente los cuculandritos y la conciencia de que eran observados sin cesar les imposibilitaba la ingestión del desayuno.

Me quedé, pues, atontado y sin lograr ninguna aclaración… frente a una farsa que no mostraba señales de terminar. Mas cuando los escolares percibieron a Pimko, que oculto detrás del árbol los observaba con gran atención y perspicacia, se pusieron en extremo nerviosos; y se esparció la noticia de que el inspector había llegado, que estaba detrás de la encina y miraba.

—¡El inspector! —decían unos, sacando sus libros y acercándose a la encina—. ¡El inspector! —decían otros, alejándose de la encina. Pero ni unos ni otros podían desviar la mirada de Pimko, quien escribía algo en su libreta.

—¡Escribe algo! —se murmuraba a izquierda y derecha—. ¡Anota sus observaciones!

De repente Pimko les tiró la hoja de modo tan discreto e imperceptible que parecía llevada por el viento. En el papel estaba escrito: *Basándome en mis observaciones realizadas en la escuela X durante el gran recreo, he comprobado que la juventud masculina es inocente. ¡Esta es mi convicción más profunda! Lo prueba: el aspecto de los alumnos, sus inocentes charlas y, en fin, sus inocentes y simpáticos culitos*. (Firmado) Pimko, 29 de octubre de 193… Varsovia.

Apenas el papelito llegó a conocimiento de los alumnos, ¡se enardeció el hormiguero escolar!

—¡Nosotros inocentes! ¡Nosotros los muchachos! ¡Nosotros que empezamos a vivir ya a los diez años!

Risas y risitas se acumulaban violentas, aunque secretas, y en todas partes había señales de burlas y bromas. ¡Ah, ah, pobre viejo ingenuo! ¡Qué ingenuidad! ¡Qué ingenuidad! Pero pronto me di cuenta de que la risa duraba demasiado… que, en vez de concluir, aumentaba y se acentuaba y, acentuándose, se obstinaba en sí misma, y, obstinándose, se volvía en extremo artificial y furiosa. ¿Qué pasaba? ¿Por qué la risa no concluía? Ah, sólo después comprendí qué clase de veneno les inyectó en ese momento el diabólico y maquiavélico Pimko. Pues, la verdad era que esos mocitos, encerrados en la escuela, alejados de la vida misma, *eran inocentes*. Eran inocentes a pesar de no ser inocentes. ¡Eran inocentes en su afán de no ser inocentes! ¡Inocentes con la mujer en los brazos! ¡Inocentes en la lucha y en la pelea! ¡Inocentes cuando recitaban versos e inocentes cuando jugaban al billar! ¡Inocentes cuando comían y dormían! Inocentes cuando eran inocentes. Siempre amenazados por la santa inocencia hasta cuando derramaban sangre, torturaban, violaban, maldecían, ¡todo para no ser inocentes!

Por eso sus risas, en vez de terminar, crecían… y crecían como en el potro de tormentos. Y poco a poco algunos, despacito al comienzo y después con más celeridad, empezaron a proferir pésimas suciedades y palabras propias de un cochero borracho. Febrilmente, pronto, en voz baja, pronunciaban maldiciones brutales, insultos y otras porquerías; y algunos las dibujaban con tiza sobre el muro; y en el aire puro del otoño se generaban palabras aún más terribles que aquellas con las que me recibieron al llegar. Me parecía que estaba soñando, porque sólo en el sueño se nos ocurre caer en situación más tonta que todo lo que se pueda imaginar. Trataba de contenerlos.

—¿Por qué decís c…? —pregunté febrilmente a uno de ellos—. ¿Por qué decís eso?

—¡Cállate imbécil! —me contestó el bruto dándome una trompada—. ¡Es una palabra magnífica! ¡Díla! —chistó y me pisó el pie—. ¡Díla en seguida! (¿No ves que esta es nuestra única defensa contra el culeíto? ¿No ves que el inspector está detrás de la encina y se propone hacernos un cuculeco infantil?). Anda, di en seguida todas las porquerías que sabes o, si no, te doy un coscorrón. ¡Dílas, dílas y nosotros las diremos también! ¡También las diremos! ¡Señores, adelante, porque nos quiere hacer un culeíto!

Después de haber pronunciado esas palabras, el vulgar atorrante (llamado Polilla por los demás) se acercó furtivamente al árbol y grabó allí las cuatro letras de esa gruesa palabra, de tal modo que no podían verlas ni Pimko ni las madres. Una risa baja y llena de satisfacción dejóse oír; oyéndola, las madres detrás del muro y Pimko detrás de la encina también prorrumpieron en una risa bondadosa, y comenzó una risa

doble. Porque los jóvenes maliciosamente se reían de su travesura y los adultos se reían viendo la alegría de los jóvenes, y ambas carcajadas competían en el aire otoñal silencioso, entre hojas que caían de los árboles, mientras el viejo portero barría la basura… El césped amarilleaba y el cielo estaba pálido…

Mas Pimko detrás del árbol se volvió de repente tan ingenuo, los atorrantes sacudidos por la risa tan ingenuos, y en general la situación tan asquerosamente ingenua, que comencé a hundirme en tanta ingenuidad, yo y todas mis inexpresadas protestas. Y no sabía a quién socorrer: ¿a mí, a mis camaradas o a Pimko? Me acerqué al árbol y murmuré:

—¡Profesor!

—¿Qué hay? —preguntó Pimko también en voz baja.

—Profesor, salga de ahí: del otro lado del árbol han escrito una palabra. Y se ríen de eso. ¡Salga de ahí, profesor!

Mientras murmuraba aquellas frases cretinas me parecía que era un místico sacerdote de la tontería y me asusté de mi actitud, con la mano junto a la boca, cerca de la encina, murmurando algo a Pimko que estaba detrás del árbol y en el patio escolar…

—¿Qué? —preguntó el profesor desde atrás del árbol—. ¿Qué han escrito?

De lejos se escuchó la bocina de un automóvil.

—¡Una mala palabra! ¡Han escrito una palabrota! ¡Salga de ahí!

—¿Dónde la han escrito?

—¡Sobre la encina; del otro lado! ¡Salga de ahí profesor! ¡Termine con eso! No se deje engañar. Profesor, quiso usted hacerlos pasar por inocentes e ingenuos, y ellos le han escrito esas cuatro letras… Deje de excitarlos, profesor, basta. No puedo hablar más así en el aire. ¡Enloqueceré! ¡Profesor, salga de ahí! ¡Basta! ¡Basta!

Mientras decía esto, el verano se inclinaba perezosamente hacia el otoño y las hojas silenciosas caían.

—¿Qué? ¿Qué? —exclamó Pimko—. ¿Yo dudando de la pureza juvenil de la juventud nuestra? ¡Nunca! Soy un viejo ducho en la vida y en la pedagogía.

Salió de detrás del árbol y los alumnos, al ver su figura absoluta, prorrumpieron en un rugido salvaje.

—¡Querida juventud! —dijo Pimko cuando se acallaron un poco—. No ignoro que usáis entre vosotros palabrotas indecentes. No os imaginéis que no esté al tanto de esto. Pero no os preocupéis: ningún exceso, por lamentable que sea, logrará quebrantar esta mi profunda convicción de que sois, en el fondo, puros e inocentes. El viejo amigo vuestro siempre os considerará como puros, inocentes y siempre tendrá fe en la decencia, pureza e inocencia vuestra. Y en lo que se refiere a las palabrotas sé que las repetís sin comprender siquiera, así no más para luciros; seguramente alguno las aprendió de la sirvienta. Bueno, bueno, no hay nada de malo en eso, al contrario, esto es más inocente de lo que creéis.

Pimko estornudó y, muy satisfecho, después de haberse limpiado la nariz, se encaminó a la dirección para conversar con el director Piorkowski de mi asunto. Mientras, las madres y las tías detrás de la empalizada se echaban unas en brazos de otras y exclamaban encantadas:

—¡Qué altos conceptos! ¡Qué fe profunda en la inocencia!

Pero entre los alumnos su discurso provocó consternación. Enmudecidos, miraban a Pimko que se alejaba; y sólo en el momento en que desapareció por completo se desató la tormenta.

—¿Han oído? —exclamó Polilla—. ¡Somos inocentes! ¡Inocentes! ¡Piensa que nosotros somos inocentes, nos toma por inocentes! ¡Siempre, siempre nos toma por inocentes! ¡Por inocentes! —y no podía librarse de esta palabra que lo paralizaba, torturaba, mataba, ingenuizaba e inocenciaba.

Mas entonces un joven, de apellido Pylaszczkiewicz, de apodo Sifón, por su parte pareció caer en la ingenuidad que se desató en los aires y se dijo más bien a sí mismo (pero su voz se dejó oír claramente en el aire limpio y puro como el cencerro que las vacas llevan en las sierras):

—¿Inocentes? ¿Por qué no?

Y se quedó pensativo. En verdad, *¿por qué no ser inocente?* Nada más justo que esa pregunta. ¿Quién en realidad, es maduro: el que huye del pecado o el que lo busca? Pero ocurrió que el pensamiento aunque lógico, aunque maduro, sonó en el aire de modo inocente… de lo que el mismo Sifón se dio cuenta, pues se puso colorado.

Y quiso esquivarse; pero ya replicaba Polilla:

—¿Qué? ¿Reconoces la inocencia?

Y retrocedió un paso, tan inocentemente sonó lo que dijo. Pero ya replicaba Sifón, irritado:

—¿Reconozco? ¿Por qué no tendría que reconocerla? ¡No soy tan infantil!

Polilla se puso a chancear en el aire:

—¿Has oído? ¡Sifón es inocente! ¡Huá, huá, huá, inocente Sifón!

Se oyeron exclamaciones: «¡*Sifonus inocentus*! ¿Acaso el dignísimo Sifón no conoce mujer?». Se oyeron chistes verdes y de nuevo el mundo se asquerizó. La burla creciente irritó sobremanera a Sifón. Miró a su alrededor:

—¿Y si fuese inocente qué hay con eso? Pregunto no más: ¿qué hay con eso?

—¡Cómo! —exclamaron—. ¿Será verdad? —Y no se daban cuenta, infelices, que con sus gritos lo empujaban cada vez más profundamente en la inocencia—. A lo mejor ni siquiera está enterado de cómo es la cosa. ¡Huá, huá, huá! —y otra vez estallaron—: ¡Huá, huá!

—Y si no estuviera enterado ¿qué hay con eso? Pregunto no más —dijo Sifón.

Su voz tenía un acento tan frío y extraño que los otros se asustaron. Reinó el silencio. Por fin se oyeron voces: «¿Sifón, no bromeas? En verdad, ¿no estás enterado?». —Y retrocedían un paso.

Sifón, y esto era evidente, también quería retroceder… pero no podía… y al mismo tiempo Polilla exclamó:

—¡Señores eso es verdad! ¡Mírenlo no más! ¡Eso se ve! —Y escupió.

Bobek expresó:

—¡Pero esto es una vergüenza! ¡Sifón, déjate que te enteremos…! ¡Tienes que saber cómo es eso!

SIFÓN. ¿Yo? ¡Yo no quiero!

HOPEK. ¿No quieres?

SIFÓN. No quiero porque no le veo ninguna razón.

HOPEK. —¿No quieres? ¿No quieres? Pero no se trata sólo de ti, esto nos compromete a todos, no se puede permitir tal cosa. ¡Cómo vamos a mirar a las chicas!

—¡Ah, ahí les duele! —gritó Sifón de repente—. ¡Las chicas! ¡Las chicas! ¡Quieren lucirse con las chicas! ¡Y yo me río de las chicas de ustedes! ¡Ah, quieren hacerse los muchachones con las chicas!

Comprendió ya que no había posibilidad de retroceso, y más aun: no deseaba retroceder.

—¡Chicas! —exclamó—. ¡Chicas! ¿Y por qué no: señoritas? ¿Por qué no doncellas? ¿Por qué no jóvenes y adolescentes? ¡Ah, ah, ustedes quieren hacerse los muchachones con las chicas! ¿Y si a mí me gusta ser un adolescente con una Doncella? ¿Por qué, pregunto, tendría que avergonzarme de esas palabras que son limpias, puras, dignas, honorables? ¡Así es, yo quiero ser adolescente con Doncella! ¡Y quiero ser adolescente con Doncella!

Sifón calló. Pero lo que dijo era, en realidad, tan justo, sabio, convincente que muchos se quedaron perplejos.

—¡Cómo habla! —expresaron unos, y otros decían—: Es cierto, la pureza vale más que la chica. —Uno dijo—: Hay que tener también un grano de idealismo. —Y otro—: Si quiere ser adolescente no más, que lo sea.

—¡Adolescentes! —proclamó Sifón—. ¡Adolescentes! ¡Arriba los corazones! ¡Formemos un grupo en pro de la pureza juvenil y en contra de los que la ensucian! ¡Juremos no tener nunca vergüenza de lo limpio, lo hermoso, lo bello y noble! ¡Adelante pues! —Y, antes que alguien pudiera impedirlo, levantó la mano y juró con rostro serio, inspirado. Entonces varios levantaron las manos y juraron, sorprendidos al verse jurar. Polilla se echó sobre Sifón en el aire transparente, puro. Sifón se enardeció; pero, por suerte, los separaron a tiempo.

—Muchachos —se debatía Polilla—, ¿por qué no le dan un puntapié al adolescente? ¿No tienen sangre? ¿No tienen ambición? ¡Sólo el puntapié los puede salvar! ¡muchachos, sean muchachos!

Enloquecía. Yo lo miraba, con gotas de sudor en la frente y mejillas invadidas por la palidez. Había tenido una sombra de esperanza pensando que, después de haberse alejado Pimko, podría de algún modo volver a mí mismo, recuperar mi verdadera persona adulta y aclarar delante de todos mi situación. ¡Ah! ¿cómo podía volver a mí mismo si a dos pasos de mí en el aire fresco, transparente, la ingenuidad y la inocencia crecían incesantemente? El culeíto se transformaba en adolescente y muchacho. El mundo se quebrantaba y se organizaba de nuevo sobre la base de adolescente y muchacho. Retrocedí un paso.

La excitación aumentaba. Los escolares, encendidos y enrojecidos, saltaban unos sobre otros. Sifón permanecía inmóvil con los brazos cruzados, mientras Polilla apretaba los puños. Detrás del muro las madres y las tías demostraban también gran exaltación, aunque no comprendían bien de qué se trataba. Pero la mayoría de los colegiales estaba indecisa y, llenándose de pan con manteca, repetía sólo:

—¿Acaso el dignísimo Polilla es un sensual-lujurioso? ¿Acaso Sifón es idealistus? Estudiemos, estudiemos porque si no nos pondrán un cero.

Otros aun, no queriendo comprometerse en nada, conversaban sobre política o deportes y fingían

gran interés por un match de fútbol. Pero a cada rato alguno de ellos, fascinado por la picante y quemante dialéctica de la controversia, empezaba a prestar el oído, meditaba, adquiría colores y se unía al grupo de Sifón o de Polilla. El maestro dormitaba al sol sobre el banco y, soñoliento, se deleitaba de lejos con la ingenuidad juvenil.

—Eh, cuculeíto, cuculitillo —murmuraba.

Solamente uno de los escolares no fue arrastrado por la general superexcitación ideológica. De pie, apartado, se calentaba tranquilamente al sol, vestido con camiseta y blancos pantalones de franela, con una cadenita de oro alrededor de la mano izquierda.

—¡Kopeida! ¡Ven aquí! —Parecía que todos lo solicitaban y sin embargo él no se preocupaba ni por unos ni por otros. Adelantaba una pierna y la balanceaba en el aire.

Polilla se contorsionaba en la red de sus palabras:

—¿Acaso no comprenden ustedes que los verdaderos muchachos, los hijos de porteros y obreros, todos esos aprendices y peones de nuestra edad, se mofarán de nosotros? Defended al muchacho contra el adolescente —rogaba—. ¡Defended al muchacho!

—¡La opinión de los aprendices, hijos de porteros y de los muchachos de la calle no nos importa! —exclamó Conejo, amigo de Sifón—. ¡Ellos no son cultos!

Polilla se acercó a Sifón y dijo con voz entrecortada:

—Sifón, basta ya. Retira lo que dijiste y yo retiraré también, deja y yo dejaré también. Retiremos ambos. Estoy dispuesto a retirar todo a condición de que tú retires… y que te dejes enterar. Esto no es sólo asunto personal tuyo.

Pylaszczkiewicz, antes de contestar, lo miró con una mirada clara y digna, llena de fuerza interior. Y, con tal mirada, no podía contestar de otro modo, sino con fuerza. Contestó pues, retrocediendo un paso:

—¡Con los ideales no se trafica!

Pero Polilla ya cargaba sobre él con puños.

—¡Dale! ¡Dale! ¡Adelante muchachos! ¡Maten al adolescente!

—¡A mí, adolescentes, a mí! —exclamó Pylaszczkiewicz—. ¡Defiéndanme a mí, a la pureza vuestra! ¡Defiéndanme! —gritaba con voz penetrante. Al oír aquel llamado muchos sintieron en sí al adolescente contra el muchacho. Formando un cinturón estrecho alrededor de Sifón, hicieron frente a los partidarios de Polilla. Estallaron los golpes. Sifón, habiendo saltado sobre una piedra, estimulaba con gritos el valor de los suyos, pero los de Polilla empezaban a tomar la delantera, la cohorte de Sifón retrocedía y se quebrantaba. ¡Qué horror! Parecía que ya estaba perdido el adolescente.

Entonces Sifón, en vista de la ineludible derrota, entonó con sus últimas fuerzas la canción inocente y adolescente:

¡Juventud! Levantad el mundo
sobre los hombros…

Los de su bando temblaron. ¿Cantar eso? No, mejor sería no cantar eso. ¡Y sin embargo no era posible que Sifón cantase solo!… Corearon, pues, y la canción crecía y se levantaba, se agigantaba y desbordaba y volaba… Cantaban, inmóviles, con la mirada, tras la de Sifón, fija en una estrella lejana, y cantaban en la misma nariz de los asaltantes. ¡Cayeron entonces los puños de los agresores! No sabían cómo empezar con los cantantes, cómo tomar contacto con ellos y con qué, mientras los cantantes cantaban con la estrella contra la misma nariz, cada vez más poderosa y piadosamente. Uno u otro de los de Polilla refunfuñó, tosió o murmuró algo, hizo algún movimiento falso e innecesario, y se apartó; al fin y al cabo el mismo Polilla tuvo que toser y alejarse.

Una bandada de palomas voló en el sol y aire otoñales, quedó suspendida sobre el tejado, se posó en la encina, y se alejó. No pudiendo soportar la canción triunfal de Sifón, Polilla se fue al otro rincón del patio junto con Bobek y Hopek. Después de un rato se dominó bastante como para poder hablar. Miraba torpemente el suelo. Estalló:

—¿Y… qué hacemos ahora?

—¿Qué hacemos? —contestó Bobek—. No nos cabe otra cosa sino, aun con mayor energía, emplear nuestros más indecorosos dichos. Las cuatro letras (las cuatro letras del c…) he aquí nuestra única arma. ¡He aquí el arma del muchachón nuestro!

—¿De nuevo? —preguntó Polilla—. ¿Hasta el fastidio? ¿Repetir siempre lo mismo? ¿Hasta el fastidio tenemos que seguir con esta canción porque el otro canturrea la suya?

Estaba abrumado. Extendió las manos, retrocedió algunos pasos y miró en derredor. El cielo,

suspendido en las alturas, era liviano, fresco, pálido, y mordaz; el árbol, la fuerte encina en medio del patio, volvió la espalda, y el viejo portero, cerca de la entrada, sonrió debajo del bigote y se fue.

—El cochero… —murmuró Polilla—. El cochero… Imaginad… si algún cochero pudiese oír estas nuestras tonteras… —y de repente, espantado de sí mismo, se dio a la fuga; en el aire transparente quiso huir. ¡Los amigos lo atraparon!

—Polilla, ¿qué te pasa? —decían en el aire diáfano—. ¡Eres el jefe! Sin ti ¿qué nos pasará?

Polilla, agarrado por las manos y atrapado, bajó la cabeza y dijo con amargura:

—Bueno.

Bobek y Hopek, emocionados, se callaban. Bobek con suma nerviosidad tomó un pedazo de alambre, lo puso maquinalmente en el agujero de la pared y lastimó el ojo de una de las madres. Pero en seguida retiró el alambre. La madre lanzó un alarido detrás del muro. Al fin Hopek preguntó no sin timidez:

—Y… ¿qué haremos, Polilla?

Polilla sacudió su desfallecimiento.

—¡No hay más remedio, tenemos que luchar! Luchar hasta el último cartucho.

—¡Bravo! —exclamaron—. ¡Así te queremos ver!

Pero el jefe hizo un ademán desalentador.

—¡Oh, esas exclamaciones de ustedes! Bueno. Si hay que luchar, a luchar entonces. ¿Luchar? Pero luchar no se puede. Aun admitiendo que le peguemos un puñetazo, ¿qué hay con eso? Haremos de él un mártir de la inocencia y verán entonces qué montones de inocencia martirizada nos producirá. ¡No, esto no sirve de nada! Y en general, las maldiciones, los pecados, la suciedad, no sirven… no sirven… os digo, esto es sólo agua para su molino, leche para su adolescente. Con seguridad él cuenta con eso. No, no, pero, por suerte —la voz de Polilla cobró tonalidades de extraño furor— por suerte tenemos otro medio más eficaz… le quitaremos para siempre la afición al canto.

—¿Cómo? —se preguntaron no sin esperanza.

—¡Señores! —dijo terminantemente—. Si Sifón se obstina en no enterarse, tenemos que obligarlo por fuerza. Habrá que atarlo. Por suerte se puede todavía llegar al interior por las orejas. Lo ataremos y enteraremos hasta el punto que ni su propia madre lo reconocerá. ¡Una vez por todas romperemos el muñeco! ¡Pero callen! ¡Preparen las cuerdas!

Yo presenciaba aquel complot con la respiración entrecortada y el corazón que me martillaba en el pecho, cuando Pimko apareció en la puerta y me llamó para conducirme al director Piorkowski. Las palomas aparecieron de nuevo. Batiendo las alas se posaron sobre el muro, detrás del que estaban las madres. Mientras caminábamos por el largo corredor escolar yo buscaba febrilmente en mis adentros las imprescindibles aclaraciones, sin poder, sin embargo, encontrarlas, porque Pimko escupía en cada escupidera que encontraba en el camino, y a mí me ordenó hacer lo mismo. No podía, pues, protestar, porque escupía, y así, salivando, alcanzamos el despacho del director Piorkowski.

Piorkowski, un gigante de gigantesca estatura, nos recibió sentado absoluta y poderosamente sobre sus asentaderas, me pellizcó sin demora en la mejilla con una bondad paternal, produjo un ambiente simpático, me acarició el mentón, yo hice una reverencia en vez de protestar y el director por encima de mí dijo a Pimko:

—¡Cucu, cuculeíto! Créame que los adultos, artificialmente por nosotros infantilizados y achicados, constituyen un elemento aun más propicio que los niños en estado natural. ¡Cucu, cuculao, sin alumnos no habría escuelas y sin escuelas no existiríamos nosotros! Confío que no me olvidará en adelante, mi institución seguramente se lo merece, nuestros métodos de fabricación de los cuculeítos no tienen competencia y el Cuerpo Docente está seleccionado con sumo cuidado para esos fines. ¿Quiere ver el cuerpo?

—Con el mayor gusto —contestó Pimko—; es sabido que nada influye tanto sobre el espíritu como el cuerpo.

El director entreabrió la puerta de la sala contigua y ambos doctores arrojaron un discreto vistazo; yo lo arrojé también. Me asusté seriamente. Los profesores, sentados detrás de la mesa, tomaban té con bizcochos. Nunca he tenido la oportunidad de ver juntos tantos y tan lamentables viejitos. La mayoría sorbía ruidosamente, uno ingurgitaba, otro deglutía, otro engullía, otro mascaba, otro manducaba y el sexto tenía cara de embrutecido.

—Sí, doctor —dijo el director con orgullo—, el cuerpo está bien elegido. Aquí no hay ni un solo cuerpo agradable, simpático, normal y humano, son sólo cuerpos pedagógicos como ya ve, y si la necesidad me obliga a tomar algún nuevo maestro, siempre me cuido mucho que sea profunda y perfectamente aburridor, estéril, dócil y abstracto.

—Sí, pero la maestra de francés parece interesante —observó Pimko.

—¡Pero qué esperanza! Yo mismo no puedo hablar con ella durante un minuto sin bostezar dos veces por lo menos.

—¡Ah, entonces es otra cosa! ¿Serán sin embargo, bastante experimentados y conscientes de su misión pedagógica?

—Son las más fuertes cabezas de la capital —repuso el director—; ninguno de ellos tiene un solo pensamiento propio; y si lo tuviese ya me encargaría de echar al pensamiento o al pensador. Esos maestros son perfectos alumnos y enseñan sólo lo que aprendieron, no, no, no queda en ellos ningún pensamiento propio.

—Cucu cuculato —dijo Pimko—, veo que dejo a mi Pepe en buenas manos. Sólo un verdadero maestro sabrá inyectar a sus alumnos esa agradable inmadurez, esa simpática indolencia e ineficacia frente a la vida, que han de caracterizar a la nación, que será así un buen campo de actuación para nosotros, verdaderos pedagogos, *Dei gratia*. Sólo con un personal bien adiestrado lograremos infantilizar a todo el mundo.

—Sss… Sss… Sss… —repuso el director Piorkowski tomándolo por la manga— es cierto, culacuquillo, pero cuidado, no hay que hablar de eso en voz alta.

En este momento un cuerpo se volvió hacia otro cuerpo y preguntó:

—Eh, eh, di, y… ¿qué tal? ¿Qué tal, doctor?

—¿Qué tal? —contestó el otro cuerpo—. Los precios suben, doctor.

—¿Suben? —dijo el primer cuerpo.

—Bajan, creo, doctor.

—¿Bajan? —preguntó el segundo cuerpo.

—Parece que suben.

—Los bizcochos suben —gruñó el otro cuerpo y envolvió los restos del bizcocho en el pañuelo.

—Los mantengo a dieta —murmuró Piorkowski, el director— porque sólo así serán bastante anémicos; y como ya usted sabe, nada favorece tanto como la anemia a los granitos, erupciones y mucosidades de *l'âge ingrat*, de la edad ingrata.

De repente la maestra de inglés, viendo en la puerta al director junto con un doctor desconocido de imponente aspecto, se atragantó con el té y chilló:

—¡El inspector!

Al oír eso todos los cuerpos, temblando, se levantaron y se apiñaron como un rebaño de ovejas. El director para no atemorizarlos más cerró la puerta, y acto seguido Pimko me besó en la frente y dijo con voz solemne:

—Bueno, Pepe, vé a la clase, en seguida comenzará la lección; yo, mientras tanto, trataré de encontrar una pensión para ti y después volveré para acompañarte a tu nuevo domicilio.

Quise contestar mas el implacable maestro me amaestró de repente de modo tan absoluto con su maestría requetemagistral que no pude… y después de hacer una reverencia me fui a la clase, lleno de inexpresadas protestas y de zumbidos en los que se hundían las protestas. La clase también zumbaba. En el barullo general los colegiales ocupaban sus bancos y gritaban, como si pronto tuviesen que callarse para siempre.

Y no se sabe cuándo apareció el profesor sobre la tarima. Era el mismo cuerpo, anémico y triste que en la dirección emitió el juicio de que los bizcochos suben. El maestro se ubicó en la silla, abrió la libreta, se limpió el chaleco, cerró los labios, arregló las mangas para que no se gastasen los codos, sofocó algo en sus adentros y cruzó las piernas. Entonces exhaló un suspiro y trató de pronunciar algo. La batahola estalló con doble fuerza, gritaban todos, con excepción, tal vez, de Sifón quien adoptó una actitud positiva. El maestro miró la clase, apretó los labios, los abrió y de nuevo los cerró. Los alumnos gritaron. El maestro arrugó la frente e hizo un gesto de disgusto, ajustó los puños, tamborileó, meditó sobre algo lejano, sacó el reloj, lo puso sobre la mesa, suspiró, de nuevo sofocó algo en sus adentros o tal vez tragó, durante un largo rato acumuló energías; por fin golpeó con la libreta en la mesa y gritó:

—¡Basta! ¡Tranquilidad! ¡La lección empieza!

Entonces la clase entera (con la única excepción de Sifón) como un solo hombre expresó la necesidad impostergable de ir al baño.

El maestro (llamado por los alumnos Enteco a causa de su cara algo consumida) sonrió con acritud.

—¡Basta! —gritó acerba y automáticamente—. ¿Quieren ir al baño? ¡Le gustaría al alma ir al paraíso! ¿Y por qué yo no puedo ir al baño? ¡Quédense, no doy permiso a nadie!

Entonces no menos de siete alumnos presentaron certificados de que por razón de tales o cuales

enfermedades no habían podido preparar las lecciones. Además cuatro declararon un fuerte dolor de cabeza, uno tuvo erupciones, otro convulsiones.

—Sí —dijo el Enteco—, ¿y por qué a mí nadie me da un certificado de que por razones ajenas a mi voluntad no pude preparar las lecciones? ¿Por qué yo no puedo tener convulsiones? ¿Por qué, pregunto, no puedo tener convulsiones sino que debo estar presente aquí día tras día, excepto los domingos y feriados? ¡Cállense, los certificados son falsos, las enfermedades fingidas, siéntense, ya nos conocemos!

Pero tres colegiales se acercaron al maestro y empezaron a contar un chiste divertido sobre los judíos y los pajaritos. El Enteco se tapó las orejas.

—No, no —gemía—, no puedo, tengan piedad, no me tienten, hay que proseguir con la lección. ¿Qué ocurriría si el director nos descubriese?

Aquí tembló, miró la puerta y un susto pálido le invadió las mejillas.

—¿Y si el Inspector nos viese? Señores, prevengo que el Inspector está visitando la escuela. ¡Así es!… Prevengo a ustedes… Basta ya de tonteras, en seguida debemos prepararnos por si acaso viene el Inspector. Bueno… decidme quién de vosotros domina mejor la materia, para que yo pueda lucirme luciendo sus conocimientos. ¿Qué? ¿Nadie sabe nada? ¡Me perdéis! Bueno, a lo mejor alguien sabrá algo, vamos, decidme con franqueza. ¡Ahí! ¿Pylaszczkiewicz? ¡Pylaszczkiewicz, hable! Gracias, Pylaszczkiewicz, siempre lo consideré un joven digno de confianza… pero ¿qué es lo que usted domina, Pylaszczkiewicz? ¿A cuál de nuestros gloriosos poetas conoce usted mejor?

Sifón se levantó y contestó:

—Perdone, señor. Si usted me pregunta en presencia del señor Inspector contestaré según mi mejor ciencia, pero ahora no puedo traicionar lo que domino, porque, traicionándolo, me traicionaría a mí mismo y a mis principios.

Y se sentó.

—Tiu, tiu —refunfuñó el maestro—. Esos sentimientos de Pylaszczkiewicz son muy dignos de elogio, y yo bromeaba, no más. Claro está que los principios ante todo, pero ¿qué tenemos para hoy? —dijo con severidad y miró el programa—. ¡Ajá! Explicar y aclarar a los alumnos por qué el gran poeta Slowacki despierta en nosotros el amor, la admiración y el goce. Así, pues, señores, yo primero recitaré mi lección y después ustedes recitarán la suya. ¡Silencio! —gritó y todos se inclinaron sobre los bancos, con las cabezas entre las manos, mientras el Enteco abrió discretamente el manual indicado, cerró los labios, suspiró, sofocó algo en sí y empezó la recitación—: Ejem… ejem… ejem… Entonces ¿por qué Slowacki despierta en nosotros la admiración, el amor y el goce? ¿Por qué lloramos con el poeta cuando leemos aquel seráfico poema «En La Suiza»? ¿Por qué, cuando oímos las heroicas y grandiosas estrofas del «Rey Espíritu» cunde la exaltación en nuestro pecho? ¿Por qué no podemos liberarnos de los encantos y hechizos de la «Baladita»; y cuando los quejidos de «Lila Veneda» suenan el corazón se nos hace pedazos? Ejem… ¿por qué? Pues, porque, señores, Slowacki era un gran poeta. ¡Walkiewicz! ¿Por qué? Repita, Walkiewicz. ¿Por qué? ¿Por qué el encanto, el amor, por qué lloramos, por qué exaltación, corazón y hechizos? ¿Por qué, Walkiewicz?

Me parecía que de nuevo escuchaba a Pimko, pero un Pimko con menos sueldo y con horizontes más estrechos.

—¡Porque era un gran poeta! —dijo Walkiewicz.

Los alumnos cortaban los bancos con sus cortaplumas y hacían bolitas de papel para echarlas dentro del tintero. El maestro suspiró, se sofocó, miró el reloj y continuó de esta guisa:

—¡Era gran poeta! No se olviden: ¡era gran poeta! ¿Por qué amamos, admiramos y gozamos? ¡Por gran poeta! ¡Gran poeta! ¡Ignorantes, torpes!, les digo con claridad, métanse eso en la cabeza, otra vez repetiré, pues: ¡era gran poeta! Julio Slowacki, gran poeta, amamos a Julio Slowacki y nos encantan sus poesías porque era gran poeta y porque en sus poemas vive una belleza inmortal que despierta nuestra admiración más profunda.

A esta altura de la exposición uno de los alumnos se movió con suma nerviosidad y gimió:

—¡Pero si a mí no me encanta! ¡No me interesa! No puedo leer más que dos estrofas y aun eso me aburre. Dios mío, socorro, ¿cómo me encanta, si no me encanta?

Se le desorbitaron los ojos y se sentó, sumergiéndose en abismos. Esta confesión ingenua atragantó al maestro.

—¡Cállese, por Dios! Kotecki, ¿quiere perderme? ¡Le pongo un uno a Kotecki! ¡Kotecki no se da cuenta de lo que dice!

KOTECKI. ¡Pero yo no puedo comprender! ¡Yo no puedo comprender cómo es que me encanta si no me encanta!

EL MAESTRO. Cómo no le encanta si le he explicado mil veces, Kotecki, que le encanta.

KOTECKI. Me lo explicó, pero a mí no me encanta.

EL MAESTRO. Bueno, este es asunto privado suyo, Kotecki. Parece que Kotecki no es inteligente. A los demás les encanta.

KOTECKI. ¡Pero palabra de honor que a nadie le encanta! ¡Cómo puede encantar si nadie lee ésa poesía, fuera de los que están en edad escolar y eso porque se les obliga a viva fuerza!

EL MAESTRO. ¡Cállese por Dios! Es porque son contados los seres en verdad cultos y a la altura…

KOTECKI. Pero ni aun a los cultos. ¡Nadie! ¡Nadie, digo!

EL MAESTRO. Kotecki, yo tengo mujer y niño. ¡Tenga piedad por los menos del niño, Kotecki! Kotecki, es indudable que la gran poesía debe admirarnos y como Julio Slowacki era gran poeta… A lo mejor Slowacki justamente no le conmueve, pero no me diga oh, no me diga, querido Kotecki, que no le sacuden en lo más profundo Mickiewicz y Byron, Pushkin, Shelley, Goethe…

KOTECKI. A nadie sacuden. Nadie se interesa, todos se aburren. Nadie puede leer más que dos o tres estrofas. ¡Oh, Dios! No puedo…

EL MAESTRO. Pero, Kotecki, esto es imposible… esto es inadmisible… La gran Poesía, siendo bella, profunda, inspirada, grande, no puede no conmovernos hasta lo más profundo de nuestra alma.

KOTECKI. Y yo no puedo. Y nadie puede.

El sudor bañó la frente del maestro. Sacó de la cartera las fotografías de su mujer y del niño y trataba de conmover a Kotecki con ellas, pero éste sólo repetía *no puedo*, y aquel penetrante *no puedo* se multiplicaba, aumentaba, contagiaba, ya desde todos los rincones llegaban murmullos: nosotros tampoco podemos, y un general nopodermiento empezó a amenazar de todos lados. El maestro se encontró en un terrible callejón sin salida. A cada momento podía sobrevenir el estallido; ¿de qué?, del nopodermiento absoluto, a cada momento el salvaje rugido del nopodermiento podía alcanzar los oídos del director y del inspector, a cada segundo todo el edificio de la enseñanza podía desmoronarse, sepultando al niño entre sus escombros, y Kotecki siempre no podía, Kotecki no podía y no podía. El infeliz Enteco sintió que a él también empezaba a amenazarle el nopodermiento general y ecuménico.

—¡Pylaszczkiewicz! —gritó— ¡Pylaszczkiewicz, tenga a bien demostrarnos a mí, a Kotecki y a todos los demás las bellezas de algún fragmento elegido! ¡Apure, porque *periculum in mora*! ¡Atención! ¡Debemos poder, debemos poder, porque si no el niño no tendrá comida!

Pylaszczkiewicz se levantó y en seguida comenzó a recitar un fragmento de un gran poema, engendrado por uno de los más grandes poetas.

Y Sifón recitó. No sufrió en lo más mínimo los efectos de la impotencia general y súbita; al contrario, él siempre podía porque tenía fuertes e inocentes principios y podía, no según sus fuerzas, sino según los principios. Recitó, pues, y recitó con voz conmovida, con justos acentos, con fervor espiritual y con énfasis. ¡Más aun! Recitó con toda la belleza de que era capaz y la belleza de la recitación multiplicada por la belleza del poema y multiplicada por la grandeza del genio y por la majestad del Arte, se convirtió imperceptiblemente en un monumento de todas las bellezas y grandeza. Más aun, recitó de modo piadoso y misterioso; recitó con inspiración y con firmeza; y cantó el canto sublime del vate así como debe ser cantado un canto sublime del vate. ¡Oh, qué belleza! ¡Qué grandeza, qué genio, y qué poesía! La mosca, la pared, la tinta, las uñas, el techo, la pizarra, las ventanas, oh ya el peligro del nopodermiento estaba conjurado totalmente, ya la esposa y el niño estaban a salvo, ya cada uno declaraba que sí, que ¡cómo no! que apreciaba, y pedían sólo que cesase. A la vez observé que el vecino me ensuciaba las manos con tinta; ya había embardunado las suyas y ahora se metía con las mías, porque los zapatos le impedían hacerlo con sus propios pies, pero las manos ajenas eran iguales a las suyas… entonces ¿qué hay con eso? Nada. ¿Y qué con las piernas? Moverlas. Al cabo de un cuarto de hora el mismo Kotecki gimió que basta, que ya reconoce, aprecia, admira, que pide perdón y que puede.

—¡Ah, ya ve Kotecki! No hay como la escuela para fomentar el culto del arte. ¿Quién de nosotros sabría admirar a los grandes genios si en la escuela no se le hubiese puesto bien en la cabeza que son grandes genios?

Pero los oyentes exteriorizaban síntomas muy raros. Todos por igual se contraían bajo el peso del poeta, del vate, del maestro, del niño, y del entorpecimiento. Las paredes desnudas y los desnudos bancos escolares con tinteros no procuraban ni un comino de distracción, por la ventana se veía un pedazo de muro, sobre el que estaba escrito sólo estas palabras «se fue». No quedaba, pues, otra cosa que hacer sino ocuparse del cuerpo pedagógico o del cuerpo propio. Por eso los que no dedicaban su atención a contar los cabellos del Enteco y analizar los misterios de sus largas uñas, trataban de contarse el propio pelo o de torcerse el cuello. Bobek se revolvía, Hopek mecánicamente rechinaba dentro de sí mismo, se desnucaba, por decir así, en una desnucación dolorosa, algunos se ensimismaban, otros practicaban el vicio fatal del

soliloquio, otros se cortaban los botones, se arruinaban los trajes y por todas partes florecían junglas y desiertos de reflejos absurdos y actuaciones locas. Sólo Sifón prosperaba perfectamente dentro de la miseria general y era porque cada vez más se consolidaba en sus principios. Y el maestro, recordando a la esposa y el niño, no dejaba de decir:

—¡El Poeta, el Vate, la Grandeza, la Belleza, el Misterio, la Luz, el Camino y el Destino!

Las palabras entraban por las orejas y atormentaban la mente, mientras los rostros crispándose convulsivamente se escapaban del rostro humano y ablandados, exhaustos, agotados estaban en su nulidad listos para aceptar cualquier rostro.

—¡Oh, qué ejercicio para la imaginación!

Y la realidad, también exhausta, también ablandada, imperceptiblemente se convertía en el mundo del Ideal, oh, déjame ahora soñar, soñar…

Comprendí que debía huir. Pimko, el Enteco, el poeta, la escuela, los camaradas, en fin todas mis aventuras de esa mañana, de repente giraron en mi cabeza y salió de eso como un premio de la lotería: escapar ¿Adónde? ¿Cómo? No lo sabía, pero sabía que debía huir a toda costa, si no quería ser devorado por las extravagancias que me acechaban. Pero en vez de huir empecé a mover un dedo dentro del zapato lo que, cosa evidente, imposibilitaba cualquier huida pues no es posible huir moviendo el dedo en la planta baja. ¡Huir, huir! Huir del Enteco, de la ficción, y del hastío pero en la cabeza tenía al Poeta, que me había metido allí el Enteco, abajo movía el dedo, huir no podía y mi nopodermiento era más enorme que el nopodermiento de Kotecki, recién ocurrido.

Teóricamente nada más fácil: bastaba salir de la escuela y no volver, una vez salido. Pimko no avisaría a la policía, tan lejos no alcanzaban los tentáculos de su pedagógica cuculeiterina. Bastaba sólo querer. Pero no podía querer. Pues para huir es necesario tener la voluntad de huir, y ¿de dónde sacar esa voluntad si mueves el dedo y se te pierde el rostro en una contorsión de hastío? Entonces comprendí por qué ninguno de ellos podía huir de la escuela; era porque sus rostros y todas sus personas aniquilaban en ellos la misma posibilidad de la huida, cada uno era esclavo de su mueca y, aunque debían huir, no lo hacían porque ya no eran lo que debían ser. Huir significaba no sólo huir de la escuela, sino, ante todo, huir de sí mismo: ¡oh, huir de mí, huir del mocoso en que me convirtiera Pimko, dejarlo, volver al hombre adulto que había sido! ¿Cómo, sin embargo, huir de lo que se es, dónde encontrar una base, un punto de apoyo? La forma nuestra nos penetra, nos aprisiona tanto desde el interior como desde afuera. Si por un solo momento la realidad recuperase sus derechos, entonces (tenía la certeza) el increíble grotesco de mi situación se pondría en evidencia con tanta fuerza que todos exclamarían: ¿qué hace aquí ese adulto? ¡Pero sobre el fondo de la general extravagancia se volvía imperceptible la extravagancia singular de mi caso! ¡Oh, dadme por lo menos un solo rostro no contorsionado para que pueda sentir la contorsión de mi propio rostro! Mas alrededor veía sólo rostros ablandados y planchados, en los que el rostro mío se reflejaba como en un espejo deformado y doloroso. ¡Y estaba yo bien atrapado por aquel espejismo facial! ¿Sueño? ¿Realidad? De repente vi a Kopeida, a aquel rubio en pantalones de franela, aquel que en el patio sonreía con displicencia cuando se había hablado de chicas.

Tan impasible frente al maestro, como frente a la controversia de Polilla y Sifón, estaba sentado con negligencia y tenía buen aspecto, tenía aspecto normal, con las manos en los bolsillos, limpio, guapo, desenvuelto, acertado, agradable, estaba sentado con indiferencia, con las piernas cruzadas y se miraba las piernas. ¡Como si, con la pierna, se esquivara de la escuela! ¿Sueño? ¿Realidad? ¿Sería posible, pensé, sería posible? ¿Por fin un joven normal? No muchacho ni adolescente, sino un joven común y normal. A lo mejor, con él me volvería el podermiento perdido.

III
Atrapamiento y consiguiente malaxación

El maestro cada vez con más frecuencia miraba su reloj, los alumnos también sacaban sus relojes y los miraban. Por fin sonó el timbre salvador, el Enteco desapareció en medio de una frase empezada; el auditorio se despertó y prorrumpió en un rugido tremendo. Sólo Sifón se quedó silencioso, concentrado y ensimismado.

Pero, al desaparecer el Enteco, el problema de la inocencia, sofocado durante la clase por la monotonía del Vate, se enardeció de nuevo. De súbito los escolares saltaron de cabeza de las divagaciones oficiales a las aguas turbias del muchachón y del adolescente, y la realidad poco a poco se trasladó al mundo de los Ideales, ¡oh, déjame soñar!

Y he aquí que de nuevo en el aire sofocante y pesado florecían los rubores y se agigantaba la controversia. Los nombres de varios doctrinarios y teóricos, numerosas teorías y puntos de vista saltaban, asaltaban, batallaban y, por encima de las cabezas calenturientas, competían las concesiones y los sistemas. ¡El comunismo! ¡El fascismo! ¡La juventud católica! ¡La juventud patriótica! ¡La juventud ética! ¡Los *boy-scouts*! ¡La juventud heroica! ¡La juventud cívica! Caían palabras cada vez más rebuscadas. Fue evidente que cada partido político les rellenaba las cabezas con un ideal diferente del muchacho y, además, los diversos pensadores las rellenaban por su cuenta con sus propios gustos e ideales; y que esas cabezas estaban rellenas además por el cine, la novela popular y la prensa. He aquí, pues, que diferentes tipos de adolescente, muchacho, muchachón, Komsomol, Joven Deportivo, Jovencito Piadoso, Pícaro, Joven Esteta, Joven Filósofo, Joven Escéptico y Joven Cínico, irritados, tunosos, se apedreaban y atacándose se arrojaban salivazos mientras que desde abajo se oía sólo el gemido de los heridos y los gritos:

—¡Eres ingenuo!

—¡No, el ingenuo eres tú!

Pues todos aquellos ideales, sin excepción alguna, no estaban hechos a medida y eran imposiblemente estrechos, rígidos, mal ajustados y malogrados; los echaban al juego de la disputa y retrocedían, como catapultas, asustados por lo que habían echado, no pudiendo ya hacer retroceder las palabras pronunciadas.

Habiendo perdido todo contacto con la vida y la realidad, malaxados por todas las corrientes, ideologías, facciones, siempre tratados con afán pedagógico y encerrados en la falsedad ¡daban un concierto eminentemente falso! Y a cada rato, ¡los muy tontos! Falsos en su patetismo, horripilantes en su lirismo, fatales en su sentimentalismo, infelices en la ironía, el chiste, la broma, presuntuosos en sus vuelos y repulsivos en sus caídas. Y así andaba el mundo. Así el mundo andaba y evolucionaba. Tratados de modo artificial, ¿podían no ser artificiales? Y siendo artificiales, ¿podían expresarse de modo que no fuese infamante? Por eso un nopodermiento terrible flotaba en el aire bochornoso, la realidad poco a poco se transformaba en el Mundo del Ideal, y sólo Kopeida no se dejaba arrastrar por nada sino que tiraba papelitos, contemplando sus propias piernas…

Mientras tanto Polilla y Bobek al lado preparaban no sé qué cuerdas; y Bobek hasta se sacó los tirantes.

El frío me hormigueó por la espalda. Si Polilla realizaba su plan de violar la inocencia de Sifón por las orejas, entonces, por Dios, la realidad… la realidad se convertiría en una pesadilla y lo grotesco aumentaría hasta tal punto que ni siquiera se podría soñar en la huida. Había que oponerse a toda costa. ¿Cómo podía, sin embargo, oponerme solo a todos y, además, con el dedo en el zapato? No, no podía. ¡Oh,

dadme un solo rostro no torcido! Me aproximé a Kopeida. De pie en la ventana, miraba el patio, silbaba entre dientes, en sus pantalones de franela… y me pareció que éste por lo menos no alimentaba en sí ningún ideal. ¿Cómo empezar?

—Quieren violar a Sifón —dije sencillamente—. Sería mejor disuadirlos de eso. Si Polilla violara a Sifón, el ambiente se volvería imposible…

Y no sin temor, me quedé esperando. ¿Qué sonido, qué melodía, qué voz sacaría de sí Kopeida…? Pero Kopeida no contestó ni una sola palabra, sino que de improviso saltó con ambas piernas al patio. Allí siguió silbando entre dientes.

Me quedé desorientado. ¿Qué era eso? Se me esquivó. ¿Por qué saltó afuera en vez de contestar? Ello no era normal. ¿Y por qué las piernas? ¿Por qué sus piernas se destacaban en primer plano, al frente? Al frente tenía las piernas. Me pasé la mano por la frente. ¿Al frente? ¿Sueño? ¿Realidad? Pero no había tiempo para pensar. Polilla se me acercó. Sólo ahora me di cuenta de que Polilla había oído lo que yo había dicho a Kopeida.

—¿Por qué te metes? —gritó—. ¿Quién te permitió chismear de nuestros asuntos con ese Kopeida? ¡A él eso no le interesa! ¡No te atrevas a hablar de mí con él! —Retrocedí un paso. Estalló en las peores maldiciones.

—Polilla, no hagas eso con Sifón —murmuré.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Apenas dije esto, estalló de nuevo:

—¿Sabes dónde puedes meterte a tu Sifón? En el… ¡Perdón! ¡En mi mayor estimación!

—No hagan eso —suplicaba—, no se metan en eso. ¿Acaso no te ves haciendo eso? Oye, ¿tú te has imaginado eso? ¿Lo has visto? Sifón, atado, en el suelo y tú violando su inocencia a la fuerza y por las orejas. ¿Te ves haciendo eso?

El rostro de Polilla se crispó de modo más repugnante aun:

—Veo que tú también eres un digno adolescente. Sifón te ha influido, ¿no es cierto? ¿Y sabes dónde me meto yo al muchachito? ¡Me lo meto en el… en mi mayor estimación! —Y me dio un puntapié en el tobillo.

Buscaba palabras, pero, como siempre, no las hallaba.

—Polilla —murmuré— deja eso… déjate de hacer de ti mismo algo… algo… algo… ¿Acaso porque Sifón es inocente tú tienes que ser indecente?

Me miró.

—¿Qué quieres de mí?

—No hagas el tonto.

—No hacer el tonto —masculló. Se enturbiaron sus ojos—. No hacer el tonto —dijo con nostalgia—. Claro está… hay muchachos que no se hacen los tontos. Hay… hijos de porteros, aprendices y peones. Trabajan en el campo o barren las calles… esos sí que deben reírse de Sifón y de mí, de nuestras bagatelas, naderías.

Se sumergió en uno de esos dolorosos pensamientos dejando por el momento la trivialidad y la vulgaridad premeditadas, y el rostro se le sosegó. En seguida, sin embargo, se sobresaltó, como quemado por hierro candente.

—¡Culeíto! ¡Cucucaleíto! —gritó—. ¡No! ¡No quiero permitir que consideren a los colegiales unos inocentes! ¡Tengo que violar por las orejas a Sifón! ¡C…, c… y c…! —Una vez más se crispó abyectamente y vomitó un montón de asquerosidades, tan asquerosas, que retrocedí un paso.

—Polilla —murmuré maquinalmente con temor—. ¡Huyamos! ¡Huyamos de aquí!

—¿Huir?

Prestó oídos, dejó de vomitar y me interrogó con la mirada. Se volvió más normal; me agarré a eso como el náufrago se agarra a la tabla.

—¡Huyamos!; ¡huyamos! —murmuraba—. ¡Deja eso y huyamos!

Vaciló. Su rostro se quedó como suspendido… indeciso. Y yo, viendo que la idea de la fuga actuaba sobre él favorablemente y, temblando porque de nuevo pudiera caer en lo grotesco, buscaba algo para animarlo.

—¡Huir! ¡En la libertad! ¡Podríamos huir donde los peones!

Conocía su nostalgia por la vida verdadera de los peones. Creía que se dejaría pescar con el anzuelo del peón. Ah, ya no me importaba lo que yo decía; se trataba sólo de mantenerlo lejos de lo asqueroso para que no se me contorsionara de repente. Sus ojos brillaron; y me dio un codazo fraternal en el vientre.

—¿Te gustaría? —preguntó en voz baja y amigablemente.

Se rió con una risa baja y pura. Yo también me reí con la misma risa, pura y baja.

—Huir —dijo—. Huir… donde los peones… Hacia esos verdaderos muchachos que cuidan los caballos en la ribera y se bañan…

Entonces percibí algo atroz: he aquí que en su rostro apareció algo nuevo, algo como nostalgia, una hermosura especial de muchacho culto, escolar, que está por huir junto a los peones. Pasó de la brutalidad al canto. Me tomó confianza y dejó la máscara: sacó de sí el lirismo.

—Jay, jay —dijo con voz cantarina y baja—. Comer con los peones la galleta, trotar en pelo a caballo por el campo…

Sus labios se entreabrieron en una amarga y extraña sonrisa, su cuerpo se volvió más flexible y ágil, en el cuello y en los hombros apareció algo como esclavitud… Era ahora un colegial, hambriento de la libertad campesina, y ya abiertamente, sin restricción alguna, me lució los dientes. Retrocedí un paso. Mi situación era terrible. ¿Tenía que lucirlos yo también? Si no los luzco será capaz de estallar de nuevo en maldiciones, pero, si los luzco… ¿no será aúnpeor? ¿No era la hermosura confidencial que me ofrecía en esos momentos más grotesca todavía que su fealdad anterior? ¡Al diablo! ¡Al diablo!; ¿para qué le habría tentado con aquel peón? Al fin no los lucí, sino que compuse los labios y silbé… y así estábamos parados, uno frente al otro, luciendo los dientes y silbando o riendo silenciosamente, y el mundo parecía organizarse sobre la base del muchacho que luce sus dientes y huye, cuando de repente un rugido sarcástico estalló a dos pasos de nosotros, ¡de todas partes! Retrocedí un paso. Sifón y Conejo, con un montón de otros, se agarraban sus vientres inocentes, riéndose a carcajadas y rugiendo, con rostros despectivos y maliciosos.

—¿Qué hay? —saltó Polilla, atrapado.

Conejo se desternillaba:

—¡Hua, hua, hua!

Y Sifón exclamó:

—¡Te felicito, Polilla, te felicito! Por fin sabemos qué se oculta en ti. ¡Te hemos atrapado! ¡Sueñas con el peón! ¡Quisieras saber sobre el pasto galopar con un peón! ¡Finges ser un muchachón brutal y cínico, pero en el fondo eres nada más que un sentimental soñador peonesco!

Bobek rugió con toda la vulgaridad que pudo:

—¡Cierra la boca! ¡La m…! ¡La p…!

Mas ya era tarde. Ya ni los más atroces insultos podían salvar a Polilla atrapado en flagrante delito de sueños íntimos. Se ruborizó hasta inflamarse y Sifón añadió, triunfante:

—¿Han visto qué hermosas muecas hacía?

Parecía que Polilla iba a echarse sobre Sifón, pero no lo hizo. Parecía que lo aniquilaría con un insulto supervulgar, ¡pero no lo aniquiló! Atrapado *in fraganti*, no pudo hacerlo y se escudó en una fría, mordaz amabilidad.

—Ah, Sifón —inquirió con aparente dejadez para ganar tiempo—. Ah, entonces tú crees que yo hago muecas. ¿Y tú no las haces?

—¿Yo? —repuso Sifón—. Yo no.

—¿No? ¿Por qué entonces no me miras un poco de frente? Quisiera, si esto no te molestara, verte cara a cara, así… directamente.

—¿Por qué? —preguntó Sifón algo inquieto y sacó el pañuelo; pero Polilla de repente se lo arrebató de las manos ¡echándolo por tierra!

—¿Por qué? ¡Porque no puedo aguantar más ese rostro tuyo! ¡No puedo aguantarlo, digo! Deja de tener ese rostro, déjalo, por favor, porque si no, te mostraré un rostro tan terrible que verás… verás… ya te mostraré… te mostraré…

—¿Qué me mostrarás? —preguntó el otro.

Pero ya Polilla gritaba como afiebrado:

—¡Mostraré! ¡Mostraré! ¡Muéstrame y yo te mostraré también! Basta ya de hablar, vamos, muéstranos ese adolescente tuyo en vez de gastarte la boca y yo también te mostraré lo mío: ¡veremos quién aguantará más! ¡Muestra! ¡Muestra! Basta ya de frases, basta de esas delicadas, discretas muequitas, de esas que uno oculta delante de sí mismo; ¡cuernos, recuernos! Te desafío a grandes, verdaderos muecones, muecones a toda jeta ¡y verás entonces, verás lo que te mostraré! ¡Basta de hablar! ¡Muéstrame y yo también mostraré!

¡Qué locura! ¡Polilla desafiaba a Sifón a hacer muecas! Todos se callaron y le miraban como si estuvieran chiflado mientras Sifón se preparaba a una contestación sarcástica. Pero el rostro de Polilla expresaba una rabia tan furiosa que pronto aquél percibió todo el terrible significado del desafío. ¡Muecas!

¡Muecas, aquella arma y a la vez tortura! Ahora la lucha sería hasta lo último. Algunos se atemorizaron, viendo a Polilla sacar a la luz del día aquel temible instrumento que hasta entonces nadie se atrevía a usar sino con el mayor cuidado y a hurtadillas. ¿Cómo? Polilla se proponía hacer en público lo que ellos se permitían únicamente a solas con el espejo, a puertas cerradas cuando nadie los veía. Y yo retrocedí un paso, pues comprendí que Polilla, enfurecido, quería envilecer con sus muecas no sólo a Sifón ¡sino a los peones, a los muchachos, a sí mismos, a mí y a todo el mundo!

—¿Te asustaste? —preguntó a Sifón.

—Yo no tengo vergüenza de mis ideales —dijo Sifón, no pudiendo ocultar, sin embargo, una leve preocupación—. Yo no tengo vergüenza. —Pero su voz temblaba algo.

—¡Entonces ya nos hemos arreglado, Sifón! El plazo: hoy después de las clases. El lugar: aquí mismo. Elige tus árbitros, los míos serán Bobek y Hopek; en cuanto al superárbitro (aquí la voz de Polilla se volvió más diabólica) en cuanto al superárbitro… propongo este nuevo que hoy llegó a la escuela. Es una persona imparcial.

«¿Qué? ¡A mí! ¡A mí me proponía como superárbitro! ¿Sueño? ¿Realidad? ¡Pero yo no quiero! ¡No quiero! ¡No quiero ver eso! ¡No puedo presenciarlo! ¡No, no, no, no puedo!». Salté para protestar pero el temor general cedió a una gran excitación, todos empezaron a vociferar «¡Bueno! ¡Vamos! ¡Adelante!» y, al mismo tiempo, sonó el timbre, se abrió la puerta y un hombrecito barbudo entró en la clase y se sentó sobre la tarima.

Era el mismo cuerpo que en la sala de profesores había emitido el juicio de que los precios bajan… un viejecito cordial en extremo, una palomita blanca con una pequeña verruga sobre su nasal nariz. Silencio mortal reinó cuando abrió el registro. Fijó la mirada clara, simpática, en el comienzo de la lista y todos los que empezaban con A temblaron. Bajó la mirada al final de la lista y todos los pertenecientes a la letra Z sintieron las cosquillas del susto. Pues nadie había preparado los deberes; en el fervor de la discusión, habían olvidado copiar la traducción latina y, fuera de Sifón, que, siendo ejemplar alumno, podía siempre, podía a cada momento, nadie, en verdad, podía. Empero, el viejito, sin darse cuenta en lo más mínimo del temor que despertaba, plácidamente paseaba su mirada sobre la cadena de apellidos, vacilaba, meditaba y coqueteaba consigo mismo, hasta que por fin expresó con fe y confianza:

—Mydlak.

Pero pronto se puso en evidencia que Mydlak era incapaz de traducir a César, prescripto para el día y, lo que era peor, ignoraba que *animis oblatis* era un *ablativus absolutus*.

—Oh, compañero Mydlak —dijo el bondadoso viejo con reproche—. ¿Usted ignora qué significa *animis oblatis* y qué forma gramatical es esta? ¿Por qué no lo sabe?

Y le puso un uno, muy sinceramente afligido; pero en seguida resplandeció y en un nuevo acceso de confianza llamó a Koperski… seguro de que destacándolo de tal modo le iba a hacer feliz e instigándole con la mirada, gestos y toda su persona a los deleites de la noble emulación. Pero ni Koperski, ni Kotecki, ni Kapusta, ni aun Kolek sabían qué quiere decir *animis oblatis*; se mantenían inmóviles ante la pizarra, en un silencioso silencio hostil. El viejito manifestaba su desencanto pasajero con un breve uno en el registro y de nuevo, como recién llegado de la luna, llamaba a otros en renovado flujo de confianza, cada vez esperando con toda seguridad que el recién elegido supiera apreciar el honor y contestar dignamente. Nadie contestaba. Ya casi diez unos había marcado en el registro sin darse cuenta todavía de que su confianza era rechazada por un frío espanto, de que nadie deseaba su confianza. ¡Qué confianzudo! ¡No había remedio contra la confianza! Aunque declaraban dolor de cabeza, el maestro les decía encantado:

—¡Qué bien! ¿Duele Bobkowski? Pero esto nos viene perfectamente, aquí tengo una interesante máxima *de malis capitis*, adecuada para este caso. ¿Qué? ¿y experimenta usted una necesidad imperiosa de ir al baño? ¡Oh, compañero Bobkowski! ¿Y por qué? ¿Para qué? Si esto también lo encontraremos en los antiguos. En seguida le presentaré el famoso *passus* del libro quinto, donde todo el ejército de César, después de haber ingerido unas carnes cedizas, sufría el mismo destino. ¡Todo el ejército, Bobkowski! Y ¿para qué quiere usted mismo de modo indolente hacer eso, si tiene al alcance de la mano una descripción tan genial y clásica? ¡Esos libros son vida, señores, son vida!

Todos se habían olvidado de Sifón y Polilla —se habían dejado las querellas—; se esforzaban en no existir, en no ser; los escolares se encogían, se agrisaban y esfumaban, retraían el vientre, las manos, las piernas… pero nadie se aburría… no, ni qué hablar de aburrimiento… porque todos temían lúgubremente y cada uno sólo esperaba el zarpazo de la fe infantil cebada con textos. Y los rostros —como ocurre a los rostros—, bajo la presión del miedo, se transformaban en una sombra, ilusión de rostros, y no se sabía qué era más ilusorio, loco, quimérico: los rostros o los inconcebibles *acusativus cum infinitivo*, o la sádica confianza del viejo chiflado. La realidad poco a poco se convertía en el Mundo de los Ideales, oh, déjeme

soñar ahora, soñar…

Pero el maestro, después de haber puesto un uno a Bobkowski, inventó un nuevo problema: ¿cómo era la tercera persona del plural del *passivum futurum conditionalis* del verbo *colleo, colleavi, colleatum, colleare*? Y este pensamiento le entusiasmó.

—¡Muy curioso! —exclamó frotándose las manos—. ¡Curiosísimo e instructivo! ¡Vamos, compañero! ¡Un problema lleno de fineza! He aquí el campo propicio para demostrar la eficiencia mental. Porque si de *olleare* es *olandum sim*, entonces… y… y… ¡Vamos, señores!

Los señores desaparecían de susto. Y, vamos… y… ¡*Collan… collan*!… Nadie contestaba. El viejito todavía no perdía la esperanza, repetía su: y… y… y… *callan… collan…*, resplandecía, coqueteaba, excitaba, estimulaba y llamaba a la sabiduría, a la felicidad y a la plenitud del goce. De repente percibió que nadie quería y nadie podía. Se apagó y dijo con voz sorda: ¡*Collandus sim! ¡Collandus sim*!, repitió humillado por el no querer general y añadió:

—¿Cómo es eso, señores? ¿Es posible que no aprecien? ¿No ven, acaso, que *collandus sim* educa la inteligencia, desarrolla el intelecto, forma el carácter, perfecciona en todo sentido y enseña a fraternizar con el pensamiento antiguo? Porque vean que si de *olleare* es *ollandus*, entonces de *colleare* tiene que ser *collandus* en vista, sobre todo, de que el *passivum futurum* de la tercera conjugación se termina en *dus, dus, dus* con excepción sólo de las excepciones: ¡*Us, us, us*, señores! *Us, us, us*, pero no advierten qué germen de perfeccionamiento contiene esta terminación.

Entonces se levantó Kotecki y gimió:

—¡Por Dios! ¡Por Dios! ¿Cómo desarrolla, si no desarrolla? ¿Cómo perfecciona, si no perfecciona? ¿Cómo educa, si no educa nada? ¡Oh, Dios mío… Dios mío!

EL MAESTRO. ¿Qué, señor Kotecki? ¿*Us* no perfecciona? ¿Usted sostiene que esta terminación no perfecciona? ¿Que esta terminación no enriquece? ¿Cómo puede ser eso, Kotecki?

KOTECKI. Esta terminación no me enriquece. Esta terminación no perfecciona. ¡Nada! ¡Oh, Dios!

EL MAESTRO. ¿Cómo no enriquece? Pero Kotecki ¿entonces no sabe usted que el conocimiento del latín constituye la base de toda riqueza? Pero por favor, Kotecki, ¿acaso, según usted sería posible que tantos y tan expertos pedagogos durante años enseñasen, y en tiempos como los nuestros, algo carente de todo valor educativo? Pero, Kotecki, si nosotros enseñamos el latín con tanto sacrificio y tanto empeño, eso prueba que debe ser enseñado el latín. Confíe en mí Kotecki, su mente común no puede apreciar debidamente esas ventajas. Para comprenderlas hay que convertirse, después de largos estudios, en una mente nada común.

KOTECKI. Y yo no puedo… no lo aprecio. ¡Dios!

EL MAESTRO. ¡Oh, Cristo, pero, por favor, oh Misericordia! ¿Acaso no hemos traducido durante el año anterior setenta y tres líneas de César, en las que describe César cómo ubicó sus cohortes sobre el montículo? ¿Acaso esas setenta y tres líneas y, además, el vocabulario, no fueron para Kotecki la revelación mística de todas las riquezas del mundo antiguo? ¿No le enseñaron el estilo, la claridad de pensamiento, la justeza de expresión y el arte bélico?

KOTECKI. ¡Nada! ¡Nada me enseñaron! ¡Ningún arte! ¡Oh, yo solamente temo al uno! ¡Yo temo al uno! ¡Oh, no puedo, no puedo! —Empezó a amenazar el nopodermiento general; el maestro percibió que aun a él le amenazaba y que perecería seguramente si no lograba superar en seguida su propia impotencia con una doble dosis de fe y confianza.

—Pylaszczkiewicz —exclamó el solitario abandonado por todos— hágame el favor de recapitular sin demora lo que hemos aprendido en los últimos tres meses, demostrando toda la profundidad del pensamiento junto con todos los deleites del estilo, y yo confío, confío, ¡oh, confío, porque tengo que confiar! —Sifón, quien, como ya se ha dicho, podía siempre y nunca se sentía imposibilitado, se levantó y, con toda facilidad, comenzó:

—Al día siguiente César, habiendo convocado la reunión y castigado la impaciencia y la codicia de los soldados, porque creía que ellos habían decidido, según su propio juicio, adonde debían ir y qué hacer, y que, después de dada la señal de retroceso, habían declarado que no podían ser contenidos por los tribunos militares, explicaba cuánto significaba la incomodidad del sitio, lo que se refería a Avancum, donde habiendo aprisionado a los enemigos sin jefe y sin caballería, había perdido una segura victoria y bastantes perjuicios había causado durante la lucha la incomodidad del lugar. Qué digna de admiración es la grandeza de alma de aquellos que no se dejan detener ni por el poder de las fortificaciones, ni por la altura de las montañas, ni por las murallas de la urbe; y asimismo hay que castigar la excesiva libertad y audacia de aquellos que creen saber más que el jefe sobre la victoria y el resultado de las acciones; hay que desear en el soldado tanta disciplina y dominio de sí mismo, como valor y grandeza de alma. Y después, avanzando adelante, decidió la retirada y ordenó dar la señal de ella, para

que diez legiones dejasen de pelear, lo que fue realizado, pero los soldados de las demás legiones no oyeron el sonar de las trompetas, porque les separaba de aquel lugar un valle bastante ancho. Entonces, los tribunos militares, pues así ordenó César, los contuvieron, pero fueron excitados por la esperanza de la victoria, y por la posible fuga de los enemigos durante la lucha, hasta tal punto que no les parecía difícil lo que podían alcanzar con el valor y sin retirada y no se contuvieron hasta llegar a las murallas de la urbe y sus puertas, pero entonces de todas las partes de la urbe se dejó oír un ruido, con lo cual los que se asustaron por el ruido repentino juzgaron que el enemigo estaba en las puertas y dejaron la urbe.

—¡*Collandus sim*, señores! ¡*Collandus sim*! ¡Qué claridad, qué estilo! ¡Qué profundidad, qué pensamiento! ¡*Collandus sim*, qué tesoro de sabiduría! ¡Ah, respiro, respiro! *Collandus sim* y siempre, y sin cesar y hasta el fin *collandus sim, collandus sim, collandus sim* —de repente sonó el timbre, los alumnos profirieron un rugido salvaje y el viejito pestañeó y salió.

Y en el mismo momento todos dejaron los sueños oficiales para irrumpir con los rostros en sus íntimos sueños, los del muchacho y del adolescente, y la realidad poco a poco se convertía en el mundo de los Ideales. ¡Oh, permítanme soñar, soñar! ¡Expresamente lo hizo! ¡Expresamente me designó como superárbitro! ¡Para obligarme a mirar, a ver eso! Se obstinó —envileciéndose quería también envilecerme —; no podía soportar que yo le hubiera inducido a una debilidad pasajera con el peón. Pero ¿podía yo exponer mi rostro a esta escena? Sabía que, si asimilaba aquella idiotez tremenda, mi rostro nunca volvería a ser normal y la fuga se tornaría imposible. ¡No, no, que hagan todo lo que quieran pero no delante de mí, no delante de mí! Moviendo con suma nerviosidad el dedo dentro del zapato, le agarré por la manga, y con los ojos suplicantes balbucee: «Polilla…». ¡Me rechazó!

—¡Oh, no, mi adolescentucho! ¡No hay caso! ¡Eres el superárbitro y basta!

¡Me llamó adolescentucho! ¡Qué palabra más repugnante! Era una crueldad de su parte, y comprendí que todo estaba perdido y que con suma velocidad nos acercábamos a lo que más temía: ¡al completo disparate, a lo grotesco! Mientras tanto, una curiosidad insana, salvaje, se apoderó hasta de los que ni se metían en nada; las narices se dilataban, los rubores quemaban ya, y claro estaba que el duelo de muecas iba a ser un duelo a muerte y no un palabrerío vano. Cercaron a ambos y gritaban: «¡Empiecen! ¡Cógelo! ¡Cógelo! ¡Adelante!». Solamente Kopeida se desperezó con tranquilidad suprema, tomó su cuaderno y se fue a la casa con sus piernas.

Sifón estaba sentado sobre su adolescente, resentido y erizado tal una gallina sobre sus huevos, era evidente que a pesar de todo se había atemorizado algo y prefería retroceder. Pero Conejo en seguida apreció las enormes ventajas que tenía Sifón gracias a sus altos ideales y conceptos nobles.

—¡Le tenemos! —soplaba al oído de Sifón excitándole—. ¡No te asustes, piensa en tus principios! Teniendo principios puedes en nombre de ellos fabricar fácilmente todas las muecas que quieras, mientras que él carece de principios y deberá fabricarlas, no en nombre de ningún principio, sino por su propia cuenta.

Bajo la influencia de esos consejos la cara de Pylaszczkiewicz mejoró un tanto y pronto resplandeció por entero, pues, en verdad, los principios le daban el poder de poder siempre y con cualquier intensidad. Al ver eso Bobek y Hopek tomaron a Polilla aparte y le suplicaron que no se expusiera a un desastre seguro:

—No te eches a perder a ti y a nosotros, mejor ríndete en seguida, ¡él es mucho más muecador que tú! Polilla, finge que estás enfermo, desvanécete y te excusaremos después; todo se arreglará de cualquier modo.

Contestó sólo esto:

—No puedo, ya están echados los dados. ¡Fuera! ¡Fuera! Lo que queréis es que yo sea cobarde. Echad a esos mirones. Que nadie mire, excepto los árbitros y el superárbitro.

Pero la cara se le alargó y dio muestras de un malestar pronunciado, lo que contrastaba tanto con la tranquila seguridad de Sifón que Pucho murmuró: «¡Pobre de él!». Y muchos, invadidos por el presentimiento de algo atroz, se largaron callada y apresuradamente, cerrando con cuidado la puerta.

De pronto, en la clase vacía y cerrada, quedaron sólo siete personas, es decir, Pylaszczkiewicz y Polilla, Bobek, Hopek, Conejo, un tal Pyzo, segundo padrino de Sifón, y yo, en el medio, como juez supremo, enmudecido superárbitro de los árbitros. Y sonó la irónica, aunque preñada de amenazas, voz de Conejo, quien, algo pálido, leía en un papelito las condiciones del encuentro:

> *Los adversarios se colocarán cara a cara y se atacarán con sus caras espetándose una serie de muecas, de modo que, a cada constructiva y positiva mueca de Sifón, Polilla contestará con una contramueca destructiva y negativa en grado sumo. Deberán hacerse las muecas más drásticas, personales, íntimas, entrañadas y privadas, más hirientes y demoledoras, sin ningún freno, para lograr la decisión*

definitiva.

Se calló. Sifón y Polilla ocuparon sus puestos; Sifón se frotó las mejillas, Polilla movió la mandíbula y Bobek expresó, castañeteando los dientes: «¡Podéis empezar!». Y justamente cuando decía eso, que «podéis empezar», justamente, cuando decía que «había que empezar», la realidad sobrepasó definitivamente sus límites, lo insustancial culminó en: pesadilla, la inverosímil aventura se volvió sueño, dentro del cual, yo, atrapado, no podía moverme. Parecía como si mediante un largo adiestramiento se alcanzase por fin ese grado donde se pierde el rostro. Y no sería nada extraño que Polilla y Sifón hubiesen tomado sus rostros arrojándoselos entre sí. Balbuceé:

—¡Ah, tengan piedad, tengan piedad por sus rostros, tengan piedad por mi rostro, por lo menos!…

Pero ya Sifón adelantaba su facha y disparaba la primera mueca, tan violentamente, que también mi rostro se contorsionó ¡como si fuese de gutapercha! Es decir: Sifón parpadeó como quien sale de la oscuridad a la luz, miró a diestro y siniestro, con piadoso asombro, empezó a revolver los ojos, los giró hacia arriba, los desorbitó, abrió la boca, lanzó un pequeño grito como si hubiese visto algo en el techo, adoptó una expresión de admiración, persistió en ella, encantado, inspirado; después puso su mano sobre el corazón y exhaló un suspiro.

Polilla se contrajo con toda su musculatura y lo golpeó desde abajo con la consiguiente demoledora contramueca: también revolvió los ojos, también los giró hacia arriba, también los desorbitó en pleno goce de la idiotez. Y movió la facha así preparada hasta que una mosca se posó en el tabique de su nariz: entonces se la comió.

Sifón no prestó en absoluto atención a eso, como si la pantomima de Polilla fuera nula (tenía sobre su rival la superioridad de actuar por principios, no por sí mismo), sino que estalló en llanto ardiente, piadoso; sollozaba, llegando así al ápice de la humillación, de la revelación y de la emoción. Polilla también estalló en llanto y sollozó con abundancia, hasta que una gota pendió de su nariz y entonces la vertió en la escupidera llegando así a la cumbre del asco. Este insolente atentado a los más sagrados sentimientos hizo perder momentáneamente el equilibrio a Sifón: no aguantó, lo advirtió a pesar suyo e, irritado, al margen de los sollozos, echó sobre el atrevido una mirada pulverizadora. ¡Descuidado! ¡Polilla esperaba justamente eso! Cuando notó que había logrado atraer desde las alturas la mirada de Sifón, en seguida enseñó los colmillos e hizo estallar su facha de modo tan abominable que aquél, herido en lo vivo, resopló. ¡Parecía que Polilla dominaba! Bobek y Hopek exhalaron un suspiro. ¡Prematuramente! ¡Lo exhalaron prematuramente!

Porque Sifón, advirtiendo a tiempo el yerro de haberse infiltrado en el rostro de Polilla y que la irritación le hacía perder el dominio de su propia facha, efectuó con rapidez el retroceso, compuso sus facciones y de nuevo giró la mirada hacia arriba; además levantó la mano, ¡y de pronto, alzó el dedo, indicando arriba! ¡El golpe era poderoso!

Polilla en seguida alzó el mismo dedo y escupió sobre él, se lo puso en la nariz, se rascó con él, lo humilló como podía, como sabía; se defendía atacando y atacaba defendiéndose, el dedo de Sifón, invencible, inalcanzable, permanecía siempre señalando las alturas. Y no causó ningún efecto que Polilla mordiera su dedo, se limpiara los dientes con él, se rascara el talón e hiciera todo lo humanamente posible para tornarlo asqueroso —¡oh, desgracia; desgracia!—; el dedo de Sifón, invicto, inconmovible, persistía dirigido hacia arriba sin ceder en lo más mínimo. La situación de Polilla se volvía terrible porque ya había gastado todas sus asquerosidades, mas el dedo de Sifón siempre y siempre indicaba lo alto. ¡El espanto invadió a los árbitros y al superárbitro!

—¡Victoria! —gritó Conejo.

Polilla tenía un aspecto terrible. Retrocedió hacia la pared, gimiendo, echando baba por el hocico entre estertores convulsivos; agarró el dedo y tiró y tiró, queriendo arrastrarlo, arrancarlo de raíz, echar, aniquilar esa vinculación con Sifón, recobrar la independencia. ¡No podía, aunque tiraba con todas sus fuerzas, despreciando el dolor! ¡El nopodermiento se dejó sentir de nuevo! Mas Sifón podía siempre podía sin cesar, olímpicamente tranquilo, con el dedo hacia arriba. ¡Oh, qué horror! He aquí dos caricaturas frente a frente y, entre ellas, yo, el superárbitro, aprisionado para siempre, prisionero del semblante ajeno, de la ajena mueca. Mi rostro, cual un espejo de los rostros suyos, también se retorcía; el espanto, el asco, el pavor, dejaban en él su estigma. Payaso entre dos payasos ¿cómo podía yo hacer algo que no fuera una payasada? Mi dedo, en el zapato, trágica mente secundaba a sus dedos y yo hacía muecas… hacía muecas… y sabía que me aniquilaba a mí mismo con mis muecas. ¡Nunca! ¡Nunca ya escaparé de Pimko! Nunca volveré a mí mismo. ¡Oh, qué horror!, ¡y qué silencio! Pues el silencio era por momentos absoluto; no, ningún ruido de armas. Únicamente: muecas y gestos silenciosos.

De improviso rompió el silencio un grito espantoso de Polilla:

—¡A él! ¡A él! ¡A él!

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Todavía… algo? ¿Todavía algo más? ¿Acaso no basta ya? Polilla dejó el dedo, se arrojó sobre Sifon y le aplicó un sopapeadísimo sopapo. Bobek y Hopek se arrojaron sobre Conejo y Pyzo, respectivamente, y les aplicaron respectivos sopapos. Cayeron. Un montón de cuerpos en el suelo y, por encima de ellos, yo, inmóvil, tal un superarbitro.

En breves instantes Pyzo y Conejo estaban ya atados con los tirantes; Polilla se sentó sobre Sifón y comenzó a jactarse descaradamente:

—¡Ah, mi adolescentucho inocente! ¿Creías vencerme? El dedito arriba y todo arreglado ¿no es cierto? ¡Ah, ah…! (Aquí abusó del más atroz vocabulario).

—Suéltame —gimió Sifón.

—¿Soltar? ¡En seguida te soltaré! Te soltaré en seguida pero no sé si te soltaré igual que eres ahora. Sí, sí, en seguida… pero antes charlaremos un rato. Dame tu orejita. Te acordarás de mí. Dame tu orejita. Por suerte se puede todavía penetrar al interior por vía de las orejas… entraré… entraré… dame, te digo, la oreja…

Se inclinó sobre él y empezó a hablar en voz baja. Sifón chilló como un lechón asesinado y saltó tal un pez sacado del agua. ¡Polilla le apretó! Y se efectuó una verdadera persecución en el suelo porque Polilla buscaba con su boca una y otra oreja de Sifón, quien, cabeceando, trataba de que sus orejas huyeran. Y rugió por fin… Viendo que no podía huir, rugió para tapar las mortíferas palabras de Polilla que le iniciaban y le enteraban. Rugía de modo lúgubre, terrible, se hizo todo él un grito primitivo y desesperado. ¡No! ¡Era increíble que los ideales pudiesen emitir semejante rugido del bisonte salvaje en la selva! El verdugo rugió también:

—¡Mordaza! ¡Mordaza! ¡Métele mordaza! ¿Qué esperas? ¡Mordaza! ¡Métele el pañuelo!

¡Me vociferaba a mí! ¡Era yo quien debía poner la mordaza! Pues Bobek y Hopek, a horcajadas sobre sus árbitros respectivos, no podían moverse. ¡No, no quería! ¡No podía! Me quedé inmóvil y me heló el asco de todo gesto, de toda palabra, de toda forma de *expresión*. ¡Oh, superárbitro! Mi treintena, treintena, ¿dónde está la treintena mía, dónde está mi treintena? ¡Ya no hay treintena! Y de improviso Pimko aparece en la puerta de la clase, de pie, con zapatos amarillos de gamuza, un sobretodo gris y el bastón en la mano. Estaba de pie. De un modo tan absoluto y definitivo como si hubiese estado sentado.

IV
Prefacio al «Filifor forrado de niño»

Antes de seguir con la trama de estas verdaderas memorias, deseo a título de digresión, poner en el capítulo siguiente un cuento llamado «Filifor forrado de niño». Habéis visto cómo el maliciosamente didáctico Pimko me procuró un culeíto infantil; habéis visto las convulsiones idealísticas de la juventud nuestra, la impotencia de vivir, la calamidad de la desproporción y desarmonía, la tristeza del artificio, la melancolía del aburrimiento, la ridiculez de la ficción, la tortura del anacronismo y las locuras de los culeítos, de los rostros, como además, de otras partes del cuerpo. Habéis oído las palabras, palabras vulgares que luchaban con palabras nobles, y otras palabras igualmente huecas e inconsistentes, recitadas por los pedagogos, y habéis presenciado cómo la cosa, compuesta de palabras vacías, se terminó del modo infame en medio de unos visajes absurdos. Así, ya en la aurora de su juventud, el hombre se imbuye de la fraseología y la mueca. En tal yunque se forja la madurez nuestra. En breve veréis otras muecas y otro duelo, la lucha mortal de los profesores G. L. Filifor de Leyden y Anti-Filifor de Colomba, donde también aparecen palabras y partes del cuerpo. Mas no habrá que buscar por eso una vinculación estrecha entre esas dos partes de mi libro; y caería en un error el que creyese que incorporando a mi obra el relato «Filifor forrado de niño» no tuve únicamente el propósito de llenar un tanto el espacio libre del papel, disminuir en algo la enormidad de las hojas vacías que me asustan.

Pero si los eminentes conocedores y sabios, los Pimkos especializados en el arte de construir el culcalo por intermedio de la crítica de lo que llamamos «defectos de la construcción», me hiciesen este reparo: que, según ellos, el deseo de llenar el lugar vacío sobre el papel constituye una razón demasiado privada e insuficiente y que no es justo poner en una obra artística todo lo que en mi vida he escrito, contestaré, que, según mi humilde convicción, las sueltas partes del cuerpo y, además, las palabras, bastan para constituir un fortísimo esqueleto artísticamente constructivo. Y demostraré, que mi construcción, en lo que se refiere a la lógica y la precisión, no cede a las más lógicas y precisas construcciones. Mirad: la parte básica del cuerpo, el buen domesticado cuculquillo, está en la base; en el cuculcalao, pues, empieza toda acción; desde el cucailo, como desde el tronco principal, emanan las bifurcaciones de partes sueltas, como por ejemplo la del dedo, del pie, de los brazos, ojos, dientes y orejas, y asimismo unas partes se convierten en otras, gracias a sutiles y refinadas transformaciones. Y el rostro humano (comúnmente llamado también facha, jeta o carota) constituye la corona del árbol que con sus partes sueltas se levanta del tronco culeitiano; la facha, pues, concluye el ciclo que originó el buen cucucu. Después de haber alcanzado la facha ¿qué es lo que me queda? Solamente volver atrás hacia las partes sueltas para llegar de nuevo al culeitiano punto de partida, y para ese fin sirve mi cuento «Filifor». «Filifor» es un retroceso constructivo, un pasaje o, para expresarse con más precisión, una coda, un trino, o más bien un *lapsus*, un *lapsus intestinal*, sin el cual nunca podría penetrar al tobillo izquierdo. ¿No es esta una construcción férrea? ¿No basta para satisfacer las más especializadas exigencias? ¿Y qué me diréis, cuando hayáis logrado descubrir aún otras y más profundas vinculaciones entre todas esas partes, diversos pasajes desde el dedo hacia el hígado, y cuando se os descubra el papel místico de algunas partes preferidas, el sentido secreto, además, de ciertas articulaciones y, por fin, tanto el conjunto de todas las partes como también las partes de todas las partes? Os aseguro que es esta una construcción invaluable en el sentido de llenar el espacio, y con penetrantes análisis al respecto podéis llenar cien volúmenes, ocupando cada vez más sitio y cada vez logrando un sitio más alto y sentándoos cada vez más cómodamente y ampliamente en vuestro sitio. Pero ¿os gusta hacer pompas de jabón en las orillas del lago con el sol poniente, cuando los peces bailan en el agua y el pescador

sentado en silencio se refleja de modo discreto en el espejo líquido de las aguas cristalinas?

Y os recomiendo mi método de intensificación por medio de la repetición, gracias a que, repitiendo sistemáticamente algunas palabras, giros, situaciones y partes, las intensifico forzando asimismo el efecto de la unidad del estilo casi hasta los límites de lo maniático. ¡Por la repetición, por la repetición se crea la mitología! Observad, sin embargo, que tal construcción parcial no sólo es una construcción, sino que en verdad constituye toda una filosofía, la cual presentaré aquí bajo la forma livianita y burbujeante de un folletín gracioso. Decidme, ¿cómo pensáis?, ¿acaso, según vuestra opinión, el lector no asimila sólo partes y sólo en partes? Lee, digamos, una parte o un pedazo e interrumpe para, dentro de algún tiempo, leer otro pedazo; y a menudo ocurre que empieza desde el medio o, aun, desde el final, prosiguiendo desde atrás hacia el principio. A veces ocurre que lee dos o tres pedazos y deja… y no es porque no le interese sino porque algo distinto se le ha ocurrido. Pero aun en el caso de leer el todo ¿creéis que lo abarcará con la mirada y sabrá apreciar la armonía constructiva de las partes, si un especialista no le dice algo al respecto? ¿Para eso, pues, el autor durante años corta, ajusta, arregla, suda, sufre y se esfuerza: para que el especialista diga al lector que la construcción es buena? ¡Pero vayamos más lejos aun, al campo de la experiencia cotidiana! ¿No ocurre acaso que cualquier llamado telefónico o cualquier mosca puede distraer al lector de la lectura justamente en ese supremo momento en que todas las partes y tramas se juntan en la unidad de la solución final? ¿Y si en ese momento entrase (digamos) su hermano y dijese algo? La noble labor del escritor se echa a perder a causa de una mosca, un hermano, o un teléfono, ¡oh, malas mosquitas! ¿por qué picáis a hombres que ya perdieron la cola y no tienen con qué defenderse? Mas preguntemos todavía si aquella obra vuestra, única, excepcional y tan trabajada, no constituye sólo una partícula de treinta mil otras obras, también únicas y excepcionales, que aparecen en el transcurso del año. ¡Malditas y terribles partes! ¡Para eso, pues, construimos el todo: para que una partícula de la parte del lector asimile una partícula de la parte de la obra y sólo en parte!

Es difícil no hacer chistes burbujeantes sobre este tema. No se puede eludir el chistecito. Porque ya desde hace tiempo hemos aprendido a eludir con una broma lo que nos embroma en forma demasiado mordaz e hiriente. ¿Aparecerá algún día el genio de la seriedad que sabrá afrontar ciertas mezquindades realistas de la vida sin caer en una torpe risotada? ¡Ay, pobre de ti, tono mío, mi tono de burbujeante folletín! Pero observemos todavía (para apurar hasta las heces el cáliz de la partícula) que aquellos cánones y principios de la construcción, que nos esclavizan tanto, son también producto de una parte solamente… y de una parte por cierto bastante insignificante. Una pequeña partícula del mundo, un mundito no mayor que el dedo meñique, un estrecho gremio de profesionales y estetas, que todo él puede caber en una confitería, amasándose sin cesar, extrae de sí postulados cada vez más refinados. Pero lo peor es que esos gustos ni siquiera son gustos en verdad; no, vuestra construcción les agrada tan sólo en parte, mucho más les gustan sus propios conocimientos acerca de la construcción. ¿Así que el creador trata de lucir su capacidad constructiva sólo para que el conocedor pueda lucir sus conocimientos al respecto? Silencio, sss…, misterio, he aquí que el creador crea, arrodillado ante el altar del arte, pensando en la obra cumbre, en la armonía, precisión, espíritu y superación; he aquí que el conocedor se da a conocer profundizando la creación del creador en un profundo estudio —después, de lo cual la obra va a los lectores—, y lo que era engendrado en un sudor total y completo, es recibido de modo sumamente parcial entre la mosca y el teléfono. Las pequeñas realidades os matan. Sois como quien desafía al monstruo a pelear; pero un perrito os pondrá la carne de gallina.

Y también preguntaré (para apurar todavía un trago de la copa de las partículas) si conforme a vuestro juicio una obra construida según todos los cánones expresa el todo o sólo una parte del todo. ¡Bah! ¿No consistiría la forma en la eliminación, la construcción no sería un empobrecimiento, el verbo puede expresar algo más que una parte de la realidad? El resto es silencio. Por fin ¿somos nosotros los que creamos la forma o más bien es ella la que nos crea? Bah, bah, conocí hace años a un escritor al que le salió, al comienzo de su carrera literaria, un libro en sumo grado heroico. Por pura casualidad ya en sus primeras palabras golpeó la tecla heroica, aunque hubiese podido igualmente empezar de modo escéptico o, por ejemplo, lírico, pero las primeras frases le salieron heroicas, en vista de lo cual y tomando en cuenta la armonía de la construcción, ya era imposible no intensificar y graduar el heroísmo hasta el final. Y tanto pulía, redondeaba y perfeccionaba, tanto ajustaba el comienzo al final y el final al comienzo que de todo eso resultó una obra llena de vitalidad y de la más profunda convicción.

¿Qué le quedaba por hacer, entonces, con esta su más profunda convicción? ¿Puede un creador responsable de su verbo confesar que todo eso sólo le vino por sí solo a la pluma y le salió heroico y que su más profunda convicción en realidad no es ni mucho menos su más profunda convicción, sino que, no se sabe cómo, desde el exterior se le pegó, prendió y adosó? ¡Imposible! En vano el desgraciado héroe de su

heroísmo se avergonzaba y se ocultaba, tratando de esquivarse de esa partícula suya; la partícula, tras haberlo agarrado bien, ya no quería soltarlo, y tuvo que adaptarse a su partícula. Y tanto se adaptaba que, al final de su carrera literaria, se volvió idéntico a aquélla, heroico… acobardado por su heroísmo. Pero eludía a toda costa a sus camaradas y compañeros del período de la maduración, porque ellos no dejaban de extrañarse frente al todo que tan bien a su parte supo ajustarse. Y le gritaban:

—¡Eh, Picho! ¿Recuerdas aquel ombligo… aquel ombligo…? ¡Picho, Picho, Picho! ¿recuerdas el ombligo sobre el prado verde? ¿Ombligo? ¿Ombligo, Picho, dónde está?

Esas, pues, son las fundamentales, capitales y filosóficas razones que me indujeron a edificar la obra sobre la base de partes sueltas —conceptuando la obra como una partícula de la obra— y tratando al hombre como una fusión de partes de cuerpo y partes de alma, mientras a la Humanidad entera la trato como a una mezcla de partes. Pero si alguien me hiciese tal objeción: que esta parcial concepción mía no es, en verdad, ninguna concepción, sino una mofa, chanza, fisga y engaño, y que yo, en vez de sujetarme a las severas reglas y cánones del Arte, estoy intentando burlarlas por medio de irresponsables chungas, zumbas y muecas, contestaría que sí, que es cierto, que justamente tales son mis propósitos. Y, por Dios —no vacilo en confesarlo— yo deseo esquivarme tanto de vuestro Arte, señores, como de vosotros mismos, ¡pues no puedo soportaros junto con vuestro Arte, vuestras concepciones, vuestra actitud artística y todo vuestro medio artístico!

Señores, existen sobre la tierra ambientes menos o más ridículos, menos o más infamantes, vergonzosos y humillantes, y asimismo la cantidad de la estupidez no es igual en todas partes. Así, por ejemplo, el medio de los peluqueros me parece, a primera vista, más sujeto a la tontería que el medio de los zapateros. Pero lo que sucede en el medio artístico del orbe supera todos los récords de la estupidez y la infamia, a tal punto que un hombre normalmente decente y equilibrado no puede no inclinar su rostro inundado por el sudor de la vergüenza, frente a esas orgías infantiles y pretenciosas. ¡Oh, esos cantos sublimes que nadie escucha! ¡Oh, los coloquios de los enterados y el frenesí en los conciertos y aquellas íntimas iniciaciones y aquellas valorizaciones, discusiones, y los rostros mismos de esas personas cuando declaman o escuchan, celebrando entre sí el santo misterio de lo bello! ¿Por qué dolorosa antinomia todo lo que hacéis o decís, justamente en ese terreno, se convierte en ridiculez y vergüenza? Si, durante el curso de los siglos, un medio social cae en tales convulsiones de tontería, entonces, casi con toda seguridad, se puede arriesgar el juicio de que sus concepciones no responden a la realidad, que, sencillamente, vive de falsas concepciones. Pues, sin duda alguna, las concepciones vuestras constituyen la cumbre de la ingenuidad concepcionalista; y si queréis saber cómo y en qué sentido habría que transformarlas, y cuál debería ser la concepción justa y no ridícula os lo puedo decir en seguida, pero tenéis que prestar el oído.

¿Qué es, en realidad, lo que se imagina aquel que, en nuestros tiempos, siente la vocación de la pluma, del pincel o del clarinete? Él, ante todo, quiere ser artista. Quiere crear el arte. Anhela, entonces, con la belleza, la bondad y la verdad alimentarse a sí mismo y a sus conciudadanos, se propone ser Vate, Bardo, Sacerdote y regalarse en su ser a los demás, quemarse en el altar de lo sublime, procurando a la humanidad ese maná celestial tan deseado. Además quiere dedicar su Talento al servicio de la idea, y quizás conducir a la humanidad o a la Nación al mejor futuro. ¡Qué fines más nobles! ¡Qué magníficos propósitos! ¿No eran tales, acaso, los fines y propósitos de Shakespeare, Goethe, Beethoven o Chopin? Aquí está la cosa, sin embargo, que vosotros no sois Chopines ni Shakespeares, sino a lo mejor semi-Shakespeares y cuartos de Chopin (¡oh, malditas partes!) y por consiguiente esa actitud sólo destaca vuestra triste inferioridad e insuficiencia, y parecería como si quisierais por fuerza saltar al pedestal, rompiéndoos en torpes saltos vuestras partes del cuerpo muy preciosas.

Creedme: existe una gran diferencia entre el artista que ya se ha realizado y aquella muchedumbre infinita de semiartistas y cuartos de bardo que se empeñan en realizarse. Y lo que queda bien en el genio, en vosotros suena de modo distinto. Mas vosotros, en vez de procuraros concepciones y opiniones según vuestra propia medida y concordantes con vuestra realidad, os adornáis con plumas ajenas, y he aquí por qué os transformáis en eternos candidatos y aspirantes a la grandeza y la perfección, eternamente impotentes y siempre mediocres; os volvéis sirvientes, alumnos y admiradores del Arte, que os mantiene en la antesala. Resulta terrible, por cierto, ver cómo os esforzáis para lograr el fracaso, cómo se os repite vez tras vez, que todavía no, que no es eso, y vosotros sin embargo de nuevo empujáis con otra obra, y cómo tratáis de imponer esas obras, cómo os consoláis con pobres, secundarios éxitos, regalándoos mutuamente cumplidos, organizando banquetes y buscando cada vez nuevas mentiras para justificar vuestra razón de ser, tan sospechosa. Y ni siquiera tenéis ese consuelo de que para vosotros mismos lo que escribís y fabricáis tenga algún valor. Porque todo eso es sólo imitación, es aprendido de los maestros, y vosotros no hacéis otra cosa que agarraros al faldón de los genios, repitiendo tras ellos y peor que ellos, produciendo

hacinamiento allí donde no hay lugar para el hacinamiento. Vuestra situación es falsa y, siendo falsa, tiene que engendrar frutos amargos, y ya dentro de vuestro gremio crece el mutuo desdén, la malicia y la desestimación, cada uno desprecia al otro y, además, a sí mismo; constituís una hermandad de autodesprecio… y, al final, os desestimaréis a muerte. ¿En qué, pues, consiste la situación del escritor secundario, sino en un solo, gran repudiamiento? El primer y despiadado repudiamiento se lo aplica el lector común, que terminantemente se niega a gozar de sus obras. El segundo e infame repudiamiento se lo aplica su propia realidad, que él no supo expresar, siendo copiador e imitador de los maestros. Pero el tercer repudiamiento y puntapié, el más infamante de todos, le viene de parte del arte, en el que quiso refugiarse, y el cual lo desprecia por incapaz e insuficiente. Y esto ya colma la medida del oprobio. Aquí ya empieza la completa orfandad. Esto ocasiona que el secundario se convierta en el objeto de una burla general, bajo el fuego graneado del repudiamiento. En verdad, ¿qué se puede esperar de un hombre repudiado tres veces y cada vez con más oprobio? ¿Acaso un hombre así acabado no debería desaparecer, esconderse en alguna parte para qué no se le viera? ¿Acaso la insuficiencia, desfilante en pleno día, ansiosa de honores, no debe provocar hipo al Universo?

Pero antes contestadme si, según vuestra opinión, las peras de agua son mejores y más jugosas que las peras de tierra, o si más bien estáis inclinados a conceder la primacía a éstas sobre aquéllas. ¡Oprobio, oprobio, señores, y oprobio, oprobio, oprobio! No, no soy filósofo ni teórico, no; yo de vosotros hablo, me refiero a vuestra vida, comprended, a mí me duele sólo vuestra situación personal. No es posible deshacerse. Hay el nopodermiento de romper la placenta que une con el rechazamiento humano. El alma rechazada —la flor no olida— los bombones que anhelaban gustar a alguien y no gustaron —la mujer desdeñada— siempre me ocasionaban un dolor casi físico, no se aguanta esa irrealización, y cuando encuentro en la calle a algún artista y veo que el vulgar repudiamiento está en la base de su existencia, que cada gesto suyo, palabra, fe, entusiasmo, coma, ofensa, concepción e ilusión huelen al común, desagradable repudiamiento, me avergüenzo. Y me avergüenzo no por tener compasión por él, sino porque convivo con él; y que su quimerismo me hiere en mi dignidad humana. Creedme, urge reformar la actitud del escritor secundario, pues, si no, todo el mundo caerá en un malestar muy serio. Y hay que asombrarse de que personas dedicadas *ex profeso* al perfeccionamiento del estilo y, cabría suponer, sensibles a la forma, permitan sin una protesta ser colocadas en una situación tan pretensiosa y falsa. ¿Acaso no comprenden que justamente desde el punto de vista del estilo y de la forma no hay nada más funesto en sus efectos? Pues el que se encuentra en una situación artificial no puede emitir ni una sola palabra que no sea artificial, y todo lo que diga, haga o piense se dirigirá forzosamente contra él y en su perjuicio.

¿Cuál entonces —preguntaréis— debería ser la concepción nuestra para que podamos por fin expresarnos de modo más adecuado a nuestra realidad, más razonable y a la vez más soberano? Señores, no está dentro de vuestras posibilidades convertiros, así no más, de hoy para mañana, en maduros vates; podéis, sin embargo, en cierta medida sanear esos males y recuperar la soberanía perdida, alejándoos de aquel arte que os procura un cuculio tan molesto. Ante todo, romped de una vez con esa palabra: arte, y también con esa otra: artista. Dejaos de hundiros en esas palabras que repetís con la monotonía de la eternidad. ¿No será cierto que cada uno es artista? ¿No será así que la humanidad crea el arte no sólo sobre el papel y la tela, sino en cada momento de la vida cotidiana? Cuando la doncella se pone una rosa, cuando en una charla amena se nos escapa un chiste jocoso, cuando alguien se confía al crepúsculo, todo eso no es otra cosa sino arte. ¿Para qué, entonces, esa división tremenda?: ah, yo soy artista, yo creo el Arte, si más conveniente sería decir con sencillez: yo, quizás, me ocupo del arte un poco más que otras personas. Y, en segundo lugar, ¿por qué ese culto, esa admiración, para ese solo arte que se expresa en lo que llamamos «obras»? ¿De dónde sacasteis esa ingenuidad de que el hombre admira tanto las obras del arte y nos desmayamos y morimos de pasmo escuchando una sinfonía de Beethoven? ¿Nunca os vino a la cabeza cuan impura, mezclada y agudamente inmadura es esta región de la cultura, región que queréis encerrar en vuestra fraseología simplista? El error que monótona y comúnmente cometéis consiste sobre todo en eso: que reducís el contacto del hombre con el arte casi exclusivamente a la emoción estética, concibiendo a la vez ese contacto en un sentido demasiado particular y apartado, justamente como si cada uno conviviese con él en la soledad más absoluta, herméticamente aislado de los demás hombres. Pero en realidad se efectúa aquí una fusión de un gran número de emociones diferentes, todavía multiplicadas por una fusión de muchos y diferentes hombres que mutuamente se influyen y sugestionan, induciéndose a estados de alma colectivos.

Así, cuando el pianista aporrea a Chopin sobre el estrado, decís: el encanto de la música de Chopin en la congenial interpretación del Gran Pianista arrastró y encantó a los Oyentes. Mas posiblemente y en realidad casi ninguno de los oyentes quedó encantado. Es posible que si ellos no hubiesen sido enterados de

que Chopin era un gran Genio y aquel pianista un Gran Pianista, habrían recibido la cosa con menos encanto. También es posible que si cada uno de ellos, empalidecido por el entusiasmo, aplaude, grita y se contorsiona, esto se debe a que los demás también aplauden y se contorsionan; porque cada uno cree que los demás experimentan un goce enorme, una conmoción supraterrestre, y por eso él también empieza a demostrar señales de goce; y de tal modo puede ocurrir que en la sala nadie en absoluto sea encantado directa e inmediatamente, y sin embargo todos estén demostrando efectos de un excepcional encanto, pues cada uno se adapta a las manifestaciones y exteriorizaciones de su vecino. Y solamente cuando todos en su conjunto se hayan excitado y obligado entre sí a los aplausos, gritos, rubores, elogios, sólo entonces, digo, esas manifestaciones engendrarán en ellos el sentimiento de goce y admiración; porque debemos adaptar nuestros sentimientos a nuestras manifestaciones. Pero también es cierto que escuchando aquella música cumplimos algo como un acto religioso y ritual, y así como participamos en la Santa Misa, piadosamente postrados y arrodillados, del mismo modo participamos en un concierto de Chopin, postrándonos ante el Dios de lo Bello; y en este caso nuestra admiración constituye sólo un acto de formal homenaje. ¿Quién, sin embargo, podría decir cuánto hay en ese Bello de verdadero Bello y cuánto de procesos histórico-sociológicos? Bah, bah, es sabido que la humanidad necesita: ella elige este o aquel de sus numerosos creadores (pero ¿quién sabrá poner en claro todos los móviles de su elección?), y he aquí que lo eleva por encima de otros, empieza a aprenderlo de memoria, en él descubre misterios y hechizos, a él adapta su modo de sentir, y, si, con la misma obstinación y empeño, nos hubiésemos puesto a sublimar a alguno de los inferiormente geniales creadores, éste también, creo, se nos habría convertido en genio. ¿Acaso no veis, entonces, cuántos diversos y a menudo extraestéticos factores (cuya enumeración se podría prolongar con la monotonía de la eternidad) se reúnen en la Grandeza de nuestros maestros y en esta semioscura, turbia y fragmentaria convivencia nuestra con el arte que ingenuamente definís con esta frase: que *el Poeta, inspirado, canta y el oyente, encantado, oye*? Y he aquí por qué a veces suele ocurrir que todos al dicho poeta consideran como Grande, magnífico y maravilloso y, sin embargo, nadie nunca se ha deleitado con él. O, por ejemplo, que todos se desvanecen ante un Hermoso Cuadro pero la copia del mismo cuadro, aunque parecida al original como una gota de agua a otra, ya no provoca en ellos desmayos.

Déjense, pues, de esas deleitaciones con el Arte. Déjense de ser Artistas. Dejen —¡por Dios!— dejen todo vuestro modo de hablar del arte, aquellas síntesis, análisis, aquellas sutilezas, profundizaciones y todo ese sistema de hincharlo e inflarlo, y, en vez de imponer ficciones, dejaos crear por los hechos. Y ya sólo esto debería traeros un marcado alivio, liberándoos de vuestra limitación, abriéndoos a la Realidad, pero asimismo alejad todo temor de que este más amplio y sano método de considerar el arte pueda privaros de cualquier riqueza o grandeza, porque la realidad es más rica y grande que las ingenuas ilusiones y pobres mentiras. Y en seguida os demostraré qué riquezas os esperan en este nuevo camino.

Es cierto que el arte consiste en el perfeccionamiento de la forma. Mas vosotros —y aquí nos encontramos frente a otro cardinal error vuestro— os imagináis que el arte consiste en la creación de obras perfectas; aquel inmenso y panhumano proceso de crear la forma lo reducís a producir poemas o sinfonías; y aun nunca supisteis apreciar debidamente y aclararlo a los demás cuan enorme es el papel de la forma en nuestra vida. Aun en la psicología no supisteis asegurar a la forma el lugar debido. Hasta ahora seguimos juzgando que son los sentimientos, instintos o ideas los que rigen nuestra conducta, mientras a la forma la consideramos más bien como un inofensivo y suplementario adorno. Y cuando la viuda, acompañando al féretro de su marido, con ternura llora, nosotros pensamos que llora porque dolorosamente siente su pérdida. Cuando algún ingeniero, médico o abogado asesina a su esposa, hijos o amigo, opinamos que se deja llevar al asesinato por sanguinarios y rabiosos instintos. Cuando algún político tonta, mentirosa y estrechamente se expresa en su discurso público, decimos que es tonto porque tontamente se expresa. Pero en la Realidad el asunto se presenta así: que el ser humano no se exterioriza de modo inmediato y concordante con su naturaleza, sino siempre en una definida forma; y que esta forma, aquel estilo, modo de ser, modo de hablar y reaccionar, no proviene sólo de él sino que le es impuesto desde el exterior, y he aquí que ese mismo hombre puede manifestarse por afuera, ora sabia, ora tontamente, sanguinaria o angélicamente, madura o inmaduramente según qué forma, qué estilo se le presente, y cómo esté presionado y limitado por el prójimo. Y si los gusanos e insectos todo el día corren y vuelan buscando comida, nosotros, sin un momento de descanso, sin cesar, estamos en busca de forma y de expresión, batallamos con otros hombres por el estilo, por el modo de ser nuestro y, viajando en un tranvía, comiendo, divirtiéndonos o descansando o haciendo negocios, siempre y sin cesar buscamos la forma y nos deleitamos con ella, o sufrimos por ella, o nos adaptamos a ella, la rompemos y violamos, o nos dejamos violar por ella, amén.

¡Oh, poder de la Forma! Por ella perecen las naciones. Ella origina guerras. Ella origina que entre

nosotros nazcan cosas que no son de nosotros. Sin ella no alcanzaréis a comprender la tontería, ni el mal, ni el crimen. Ella rige nuestros más minúsculos reflejos. Ella está en la base de toda nuestra vida colectiva. Empero, para vosotros, la Forma y el Estilo siempre constituyen sólo conceptos de orden artístico y, así como habéis estrechado el arte a la función de producir obras artísticas, del mismo modo reducís el concepto del estilo y de la forma: para vosotros el estilo es sólo el estilo sobre el papel, el estilo de vuestros cuentos. Señores, ¿quién azotará el cucalio que os atrevéis a volver a los hombres, cuando os arrodilláis ante el altar del arte? La Forma no es para vosotros algo viviente, humano, algo, diría, práctico y cotidiano, sino un atributo festivo del arte. Inclinados sobre vuestro papel os olvidáis hasta de vuestras propias personas y no os importa perfeccionaros en vuestro propio, personal y concreto estilo, sino perfeccionar no sé qué cuentos abstractos e imaginarios. En vez de que el arte os sirva, servís al arte, y he aquí por qué, me imagino, con mansedumbre de ovejas, permitís que os estorbe el desarrollo y os empuje a la eterna indolencia.

Mirad ahora cuan diferente sería la actitud de aquel que, en vez de empaparse de toda esa fraseología, fabricada por un millón de metafísicos-estéticos concepcionalistas, con mirada fresca abarcara el mundo, compenetrándose con la enorme influencia de la forma sobre la vida humana. Si, pues, él quisiese agarrar la pluma, ya no lo haría con el fin de convertirse en Gran Escritor y crear el Arte; sino para —digamos— expresar mejor su propia personalidad y explicarse a otras personas; o para organizarse y arreglarse interiormente, curando por medio de la confesión algunos complejos suyos o inmadureces; y también quizás a fin de agudizar y profundizar el contacto con los demás hombres haciéndolo más íntimo y creador, lo que puede ser de gran provecho para su alma y su desarrollo; o, por ejemplo, trataría de combatir tales o cuales hábitos, prejuicios, costumbres, principios que no convienen a su naturaleza; y aun, escribiría sencillamente para ganarse la vida. Claro está que no ahorrará esfuerzos para, que la obra atraiga y seduzca con su forma artística, pero su fin principal no será el arte sino su propia persona. Y tampoco escribirá para presuntuosamente educar, elevar, guiar, moralizar y edificar a los otros, sino para elevarse y desarrollarse a sí mismo. Y no escribirá porque ya es Maduro y consiguió la forma, sino justamente porque es todavía inmaduro y sólo en la humillación, ridiculez y sudor se esfuerza por atraparla, porque es él quien trepa pero no ha subido todavía y él quien se hace pero todavía no se ha hecho.

Y si, por casualidad se le ocurriese engendrar una obra indolente o aun estúpida, diría: ¡Bueno! Engendré estúpidamente, pero no firmé con nadie un contrato para la fabricación de obras sabias y perfectas. Expresé mi estupidez y me alegro por eso, pues la severidad humana que provoqué en contra mía me está trabajando, formando, me crea como de nuevo y me siento como si hubiese nacido otra vez. Veis entonces que el bardo con una filosofía sana está tan fuertemente arraigado en sí mismo que ni siquiera la estupidez y la inmadurez le asustan, ni le pueden perjudicar; con frente erguida, puede exteriorizarse a pesar de su indolencia, mientras que vosotros ya casi nada podéis exteriorizar porque el temor os quita la voz.

Y ya esto sólo, por sí mismo, os traería un serio alivio. Pero, además, solamente un bardo con este modo de tratar la cosa sería capaz de afrontar el problema que hasta ahora os hacía la cumbre de todo cumcalco, y es este posiblemente el básico, pavoroso y más genial (no vacilo en usar esa palabra) problema del estilo y de la cultura. De modo plástico así expondría yo el problema: Imaginad que un adulto y maduro vate, inclinado sobre sus papeles, está pugnando con la obra… y mientras tanto sobre su nuca se le ha posado un adolescente, o un semiaclarado semiculto, o una doncella, o alguna persona de alma mediana, o cualquier ser más joven, inferior y más oscuro, y he aquí que aquel ser, aquel adolescente, doncella, semiculto u otro cualquier turbio hijo de la subcultura le agarra la mente con sus fórceps, ataca su alma, la estrecha y la aprieta, la rejuvenece, inmadurece y la prepara a su modo, rebajándola a su nivel, ¡ah, en sus brazos! Pero el creador, en vez de afrontar al inoportuno, finge no notar su presencia y —¡qué loco!— cree que eludirá la violación, fingiendo no ser violado por nadie. ¿Acaso no es eso justamente lo que ocurre con vosotros, comenzando por los grandes genios y terminando por los pequeños y refinados bardos de segundo coro? ¿Acaso no es verdad que todo ser más maduro, superior, mayor y más perfeccionado depende, en mil diferentes maneras, de seres que se encuentran en estados de desarrollo más tempranos, y acaso esa dependencia no nos compenetra hasta la médula misma del espíritu nuestro, de tal modo, que es dable decir: el mayor por el menor está sin cesar creado? ¿Acaso escribiendo no debemos adaptarnos al lector? Hablando ¿no nos hacemos dependientes espiritualmente de aquel para el cual hablamos? ¿No estamos mortalmente enamorados de la juventud? ¿No debemos en cada momento buscar los favores de seres inferiores, ajustarnos a ellos, doblegarnos, someternos, ora a su prepotencia, ora a su hechizo, y esta violación dolorosa que sobre nuestras personas comete la semioscura inferioridad no será la más aguda y la más engendradora de las violaciones? Pero vosotros, hasta ahora, sólo sabéis esconder vuestras cabezas en

la arena ante la violación y, ocupados en el cincelamiento de vuestras aburridas rimas, no tenéis ni tiempo ni gana para interesaros en eso. Mientras en realidad sois sin cesar violados, adoptáis un semblante como si nada ocurriese, ¡oh, porque vosotros sólo entre vosotros os divertís y la madurez vuestra es tan madura que sólo sabe convivir con la madurez!

Pero si os preocupaseis menos por el arte y más por vuestras personas, no os callaríais nunca frente a tal terrible violación de la persona; y el poeta en vez de que para otro poeta sus poemas escribiese, se sentiría penetrado y creado desde abajo por fuerzas que hasta ahora pasaba por alto. Comprendería que el único modo de liberarse de aquella presión formidable, es reconocerla; y trataría de que en su mismo estilo, su actitud, su tono, su forma tanto artística como cotidiana, se notase con toda evidencia esa vinculación con lo bajo. Ya no se sentiría sólo Padre, sino Padre y a la vez Hijo, y no escribiría sólo como sabio, como fino y como maduro, sino más bien como Sabio siempre entontecido, como Fino sin cesar brutalizado y como Adulto siempre rejuvenecido. Y si, alejándose de su escritorio, se encontrase accidentalmente con un niño, un adolescente, una doncella o un semiculto, ya no se aburriría con ellos y tampoco les daría protectoras, didácticas y pedagógicas palmadas en el hombro, enseñándoles con toda superioridad sus enseñanzas, sino más bien en un santo temblor se pondría a gemir y rugir y aun, quizás, caería de rodillas. En vez de huir ante la inmadurez encerrándose herméticamente en los así llamados cenáculos, concebiría que el estilo en verdad universal es sólo ese que, en convivencia con seres de diferente condición social, edad, educación y desarrollo, lenta y paulatinamente se crea. Y esto os llevaría por fin a una forma tan jadeante de creación y llena de enorme poesía que todos os convertiríais en grandiosos genios.

Mirad, entonces, qué esperanzas os trae la personal concepción mía, ¡y qué perspectivas! Pero si quisierais que ella se convirtiese en una concepción cien por cien creadora y definitiva, tendríais que dar todavía un paso adelante; y este paso es tan atrevido, agudo y terminante, tan ilimitado en sus posibilidades y demoledor en sus consecuencias, que sólo de lejos y en voz muy baja lo mencionarán mis labios. He aquí —ya llegó el tiempo, ya se puede empezar, ya sonó la hora en el reloj de los siglos—: *tratad de oponeros a la forma, liberaos de la forma*. Dejad de identificaros con lo que os define. Tratad de esquivaros de toda expresión vuestra. Desconfiad de vuestras opiniones. Tened cuidado de las fes vuestras y defendeos de vuestros sentimientos. Retiraos de lo que parecéis ser desde afuera y huid ante toda exteriorización, así como un pajarito ante la serpiente huye.

Pues —pero no sé, francamente, si ya hoy pueden mencionarlo mis labios— es erróneo el postulado de que el hombre debería ser definido, es decir, inquebrantable en sus conceptos, categórico en sus declaraciones, claro en sus ideologías, decidido en sus gustos, responsable de sus palabras y actos, preciso y cristalizado en todo su modo de ser. Contemplad de más cerca lo quimérico de ese postulado. El elemento nuestro es la inmadurez eterna. Lo que hoy podemos pensar, sentir y decir, forzosamente se convertirá en una tontería para los biznietos. Mejor sería, entonces, si hoy ya tratásemos todo eso como una tontería, adelantándonos al tiempo… y esa fuerza que os lleva a una definición prematura no es, como creéis, una fuerza enteramente humana. Pronto nos daremos cuenta que ya no es lo más importante morir por las ideas, estilos, tesis, lemas y credos, ni tampoco aferrarse y consolidarse en ellos, sino esto: retroceder un paso y tomar distancia frente a todo lo que se produce sin cesar en nosotros.

Retirada. Presiento (pero no sé si ya pueden confesarlo mis labios) que pronto llegará el tiempo de la Retirada General. Comprenderá el hijo de la tierra que él no se expresa en armonía con su ser verdadero sino siempre en forma artificial y dolorosamente impuesta desde el exterior, ora por otros hombres, ora por las circunstancias. Empezará entonces a temer aquella forma suya y a avergonzarse de ella así como hasta ahora se glorificaba y se consolidaba en ella. Pronto empezaremos a temer a nuestras personas y personalidades porque sabremos que esas personas no son del todo nuestras. Y en vez de vociferar y rugir: yo creo eso, yo siento eso, yo soy así, yo defiendo eso, diremos con más humildad: a través de mí, se cree —se siente —se dice —se hace —se piensa —se obra… El vate repudiará su canto. El jefe temblará ante su orden. El sacerdote temerá al altar más que hasta ahora, la madre enseñará al hijo no sólo principios, sino también cómo manejarlos… y defenderse contra ellos para que no le hagan daño. Y, por encima de todo, lo humano se encontrará un día con lo humano.

Largo y arduo será el camino. Porque hoy día tanto los individuos como naciones enteras ya saben manejar su vida psíquica casi a voluntad y son capaces de cambiar estilos, fes, principios, ideales, sentimientos según lo que se les antoje y según lo que le dicten sus intereses inmediatos; pero todavía no saben vivir y conservar su humanidad sin estilo; y estamos muy lejos de saber preservar nuestro calor interno, nuestra frescura y bondad humana contra el satanás del orden. Grandes descubrimientos se necesitan —poderosos golpes aplicados con mano débil y desnuda en la coraza dura de la Forma— una astucia sin par y gran honestidad de pensamiento y una inteligencia afilada hasta lo último, para que el

hombre se salve de su rigidez exterior y logre reconciliar mejor el orden y el desorden, la forma y lo informe, la madurez y la inmadurez eterna y santa. Pero antes que eso acontezca decidme: ¿qué es lo que os gusta más: chiles o pepinos en estado fresco? ¿Y os agrada saborearlos cuando os encontráis sentados cómodamente a la sombra de un árbol, mientras vuestras partes del cuerpo se ven refrescadas por un vientecillo suave y dulce? Os pregunto esto con toda seriedad y con plena responsabilidad por la palabra y con el máximo respeto para todas vuestras partes, sin excepción alguna, pues sé que constituís parte de la Humanidad de la cual yo también soy parte, y que parcialmente participáis en una parte de una parte de algo que a su vez es una parte y de lo cual yo también soy una parte, por lo menos en parte, con todas las demás partículas y partes de partes de partes de partes de partes de partes de partes de partes de partes de partes. ¡Socorro! ¡Oh, malditas partes! ¡Oh, sanguinarias y horripilantes partes, de nuevo me asaltáis, perseguís, ahogáis y atragantáis por todas partes! Basta, entonces. Ya no hay caso. Ya no se puede. ¡Oh!, partes en las cuales quise refugiarme, ¿ahora vosotras contra mí? ¡Basta, basta, basta, dejemos esta parte del libro, pasemos a otra parte y —juro por Dios— en el capítulo que viene ya no habrá partes, no, no las habrá, porque me liberaré de las partes, las echaré afuera y me quedaré adentro (por mi parte al menos) sin partes!

V
Filifor forrado de niño

El príncipe de los Sintetistas, reconocido como el más glorioso de todos los tiempos, era, sin duda, el Doctor profesor de Sintesiología de la Universidad de Leyden, Sintetista Superior Filifor, originario de las regiones meridionales de Annam. Operaba conforme al espíritu patético de la Síntesis Superior, principalmente por medio de adición + infinidad, y en casos súbitos también por medio de multiplicación × infinidad. Era hombre de buena estatura, no poca corpulencia, barba hirsuta y rostro de profeta con anteojos. Mas un fenómeno espiritual de esa magnitud no pudo dejar de suscitar en la naturaleza su contrafenómeno, de acuerdo con el principio de acción y reacción de Newton y, por tal motivo, pronto nació en Colombo un eminente analista que obtuvo en la Universidad de Columbia el doctorado y profesorado en Análisis Superior y alcanzó rápidamente los más altos peldaños de la carrera científica. Era hombre hosco, menudo, lisamente afeitado, con rostro de escéptico con anteojos y la única misión interior de perseguir y humillar al eminente Filifor.

Operaba analíticamente y era su especialidad la descomposición del individuo en partes por medio de cálculos, especialmente por medio de papirotazos. Y así con un papirotazo en la nariz, incitábala a gozar de existencia independiente, moviéndose entonces la nariz espontáneamente de una parte a otra, con gran espanto del propietario. Ese arte lo aplicaba con frecuencia en el tranvía, si se sentía aburrido. Accediendo al llamado de su más profunda vocación, lanzóse en persecución de Filifor, y en una villa de España logró obtener el título nobiliario de Anti-Filifor, del cual estaba locamente orgulloso. Filifor —habiéndose enterado de que aquél lo perseguía— lanzóse también en su persecución y durante largo tiempo ambos sabios persiguiéronse sin resultado, porque el orgullo no le permitía admitir a ninguno de ellos que resultaba no solamente perseguidor sino también perseguido. Por consiguiente, cuando Filifor, por ejemplo, estaba en Bremen, Anti-Filifor corría de La Haya a Bremen no queriendo, o quizá no pudiendo, tomar en consideración que Filifor en ese mismo momento y con idéntico fin partía en el tren rápido de Bremen a La Haya. El choque entre los dos sabios impelidos —catástrofe de igual índole que las catástrofes ferroviarias más grandes— produjose por absoluta casualidad en el restaurante de primera clase del Bristol Hotel, de Varsovia. Filifor, en compañía de la profesora Filifor, horario de trenes en mano, examinaba con atención las mejores combinaciones cuando, inmediatamente después de bajar del tren, entró jadeante Anti-Filifor llevando del brazo a su analítica compañera de viaje, Flora Gente de Mesina. Nosotros, es decir los que estuvimos presentes, doctores Teófilo Poklewski y Teodoro Roklewski, y yo, dándonos cuenta de la gravedad de la situación, procedimos de inmediato a tomar notas por escrito.

Anti-Filifor acercóse a la mesita y, en silencio, atacó con la vista al profesor, que se había levantado. Se esforzaron por dominarse espiritualmente: el Analista presionaba fríamente desde abajo; el Sintetista respondía desde arriba, con la mirada llena de resistente dignidad. Al no dar el duelo de las miradas resultados decisivos, los dos enemigos espirituales iniciaron el duelo verbal. El doctor y maestro del Análisis dijo: «¡Ñoquis!». El Sintesiólogo contestó: «¡Ñoqui!». Anti-Filifor rugió: «¡Ñoquis, ñoquis, o sea la combinación de harina, huevos y agua!». Filifor rebatió al momento: «¡Ñoqui, o sea el ser superior del ñoqui, el mismo Ñoqui supremo!». Sus ojos lanzaban relámpagos, agitábase su barba, era claro que había obtenido la victoria. El profesor de Análisis Superior retrocedió unos pasos dominado por furia impotente, mas de inmediato acudió a su mente una idea terrible: enfermizo, achacoso en comparación con Filifor, aprestóse a proceder contra su esposa, a quien el viejo y meritorio profesor amaba por encima de todo. He aquí el curso sucesivo del incidente, según el acta que fue levantada:

1. La profesora Filifor, muy entrada en carnes, gorda, bastante majestuosa, se hallaba sentada, sin pronunciar palabra, ensimismada.

2. El profesor doctor Anti-Filifor plantóse frente a la señora con sus útiles cerebrales y empezó a observarla con una mirada que la desvestía hasta lo más íntimo. La señora Filifor tembló de frío y de vergüenza. El doctor profesor Filifor la cubrió en silencio con la manta de viaje y fulminó al insolente con una mirada llena de inmenso desprecio. Sin embargo, mostró al hacerlo signos de inquietud.

3. Entonces Anti-Filifor dijo quedamente: «Oreja, oreja», y estalló en risa sarcástica. Bajo la influencia de esas palabras la oreja apareció inmediatamente en toda su desnudez y se hizo indecente. Filifor ordenó a su esposa que se cubriera las orejas con el sombrero; esto, sin embargo, no sirvió de mucho porque Anti-Filifor murmuró entonces como para sí mismo: «Dos orificios de la nariz», desnudando así los orificios de la nariz de la venerable profesora de modo a un mismo tiempo impúdico y analítico. La situación se tornó grave ya que no pudo ni hablarse de la ocultación de los orificios.

4. El profesor de Leyden amenazó con llamar a la policía. La balanza de la victoria comenzó a inclinarse claramente hacia Colombo. El maestro de Análisis dijo con intensa cerebración: «Los dedos de la mano, los cinco dedos». Por desgracia la robustez de la profesora no era suficiente para ocultar el hecho que, repentinamente, apareció a los reunidos en toda su inaudita vivacidad, es decir, el hecho de los cinco dedos de la mano. Los dedos estaban allí, cinco de cada lado. La señora Filifor, totalmente profanada trató con los restos de sus fuerzas de ponerse los guantes pero ¡cosa absolutamente increíble!, el doctor de Colombo le hizo al momento el análisis de orina y, riendo desmedida y estruendosamente, exclamó victorioso: «H_2OC_4, TPS, un poco de leucocitos y albúmina». Se levantaron todos, el doctor profesor Anti-Filifor se retiró con su amante, que soltó una risa vulgar, mientras que el profesor Filifor, con ayuda de los abajo firmantes, llevó sin demora a su esposa al hospital. Firmado: *T. Poklewski, T. Roklewski* y *Antonio Swistak*, testigos.

A la mañana siguiente nos reunimos Roklewski, Poklewski y yo, con el profesor, en derredor del lecho de la enferma, señora Filifor. Su descomposición avanzaba con mucha rapidez. Iniciada por el diente analítico del Anti-Filifor, la dama, en forma paulatina perdía su contextura. De tiempo en tiempo, gemía sordamente: «Yo pierna, yo oreja, pierna, mi oreja, dedo, cabeza, pierna», como si despidiera las partes de su cuerpo que ya empezaban a moverse autonómicamente. Su personalidad encontrábase en estado de agonía. Nos ensimismamos todos en busca de medios de salvación inmediata. Pero no había tales medios. Previa deliberación, con participación del docente S. Lopatkin, quien a las 7 y 40 llegó por vía aérea de Moscú, reconocimos una vez más la absoluta necesidad de métodos científicos violentísimamente sintéticos. Pero no había tales métodos. Entonces Filifor concentró todas sus facultades mentales, a tal punto, que retrocedimos un paso, y dijo:

—¡La bofetada! ¡Solamente una bofetada, y bien recia, es capaz de devolver el honor a mi esposa y sintetizar los elementos dispersos en cierto sentido superior en el honorable sentido de la bofetada! Por lo tanto, ¡manos a la obra!

No era tan fácil encontrar en la ciudad al Analista de fama mundial. Sólo al anochecer dejóse atrapar en un bar de primera clase. En estado de sobria embriaguez vaciaba botella tras botella, y cuanto más bebía más se desembriagaba; lo mismo sucedía con su analítica amante. Hablando con propiedad, embriagábanse más de sobriedad que de alcohol. Cuando entramos, los mozos, pálidos como el papel, escondíanse pusilánimes detrás del mostrador, y los amantes, en silencio, se entregaban a orgías interminables de sangre fría. Tramamos el plan de acción. El profesor debería efectuar, primero, un ataque falso con el brazo derecho en la mejilla izquierda y luego pegar con el izquierdo en la derecha, mientras que nosotros, es decir los testigos, doctores de la Universidad de Varsovia, Poklewski, Roklewski y yo, como también el docente S. Lopatkin, deberíamos proceder sin demora a labrar el acta. El plan era sencillo, la acción nada complicada, pero al profesor se le cayó el brazo levantado. Nosotros, los testigos, quedamos estupefactos. ¡No hubo bofetada! ¡No hubo, lo repito, bofetada! Hubo solamente dos rositas y algo así como una viñeta con palomitas.

Anti-Filifor había previsto con satánica destreza los planes de Filifor. ¡Ese Baco sobrio se había tatuado en las mejillas dos rositas de cada lado y algo semejante a una viñeta con palomitas! A consecuencia de eso las mejillas, y también por consiguiente la bofetada intentada por Filifor, perdieron todo sentido. En realidad, la bofetada aplicada a las rosas y a las palomitas no era bofetada, era más bien algo así como un golpe contra el papel pintado. No pudiendo admitir que el pedagogo y educador de la juventud, generalmente respetado, quedara en ridículo por golpear un papel pintado debido a hallarse enferma su esposa, le convencimos de que desistiera terminantemente de cometer acciones que podría luego deplorar.

—¡Perro! —rugió el anciano—. ¡Infame! ¡Ah, infame, infame perro!

—¡Montón! —contestó el Analista con inmenso orgullo analítico—. ¡Eres un montón! Yo también soy montón. Si quieres, dame un puntapié en el vientre. No me aplicarás a mí el puntapié en el vientre: patearás el vientre y nada más. ¿Querías provocar mi mejilla con tu bofetada? A la mejilla puedes provocarla pero no a mí; a mí no. ¡Yo no existo en absoluto! ¡No existo!

—¡He de provocarla! ¡Si Dios lo permite, la provocaré!

—¡Mis mejillas son impermeables! —rió Anti-Filifor.

Flora Gente, sentada a su lado, soltó la risa; el doctor cósmico de Ambos Análisis le dirigió una mirada sensual y salió. En cambio, Flora Gente quedóse. Estaba sentada en un alto taburete y nos miraba con desteñidos ojos de loro completamente analizado. A los pocos instantes, exactamente a las 8 y 40, el profesor Filifor, dos médicos, el docente Lopatkin y yo procedimos a celebrar una conferencia. El docente Lopatkin mantenía asida, como de costumbre, la lapicera. La conferencia tuvo el siguiente desarrollo:

LOS TRES DOCTORES EN LEYES. En vista de lo que acontece, no vemos posibilidad de resolver la querella por vía del honor y aconsejamos al muy respetado señor profesor no tomar en cuenta la ofensa, considerándola procedente de un individuo incapaz de ofrecer una reparación.

EL PROFESOR DOCTOR FILIFOR. No la tomaré en cuenta, pero mi esposa se muere.

EL DOCENTE S. LOPATKIN. A vuestra esposa no podremos salvarla.

EL DOCTOR FILIFOR. ¡No digan eso, no digan eso! ¡Oh, la bofetada, único remedio! Pero no hay bofetada. No hay mejillas. No hay medio de síntesis divina. ¡No hay honor! ¡No hay Dios! ¡Sí! ¡Hay mejillas! ¡Hay bofetada! ¡Hay Dios, Honor, Síntesis!

YO. Observo que al profesor le falla la lógica. O hay mejillas o no las hay.

FILIFOR. Señores, ustedes olvidan que todavía quedan mis dos mejillas. Sus mejillas no existen, pero las mías sí.

Aún podemos efectuar la jugada con mis dos mejillas intactas. Señores, quieran ustedes comprender mi pensamiento: yo no puedo abofetearlo pero él puede abofetearme. Será lo mismo. ¡Siempre habrá una bofetada y habrá Síntesis!

—¡Bah! ¿Cómo obligarlo a que abofetee al profesor?

—¿Cómo obligarlo a que abofetee al profesor?

—¿Cómo obligarlo a que abofetee al profesor?

—Señores —respondió con recogimiento el pensador genial—, él tiene mejillas, mas yo también las tengo. La base consiste aquí en cierta analogía, y por eso operaré no tanto lógica como analógicamente. Será mucho más seguro, ya que la naturaleza está regida por cierta analogía. Si él es rey del Análisis, yo soy rey de la Síntesis. Si él tiene mejillas, yo también las tengo. Si yo tengo esposa, él tiene amante. ¡Si él analizó a mi esposa, yo sintetizaré a su amante y de esta manera le arrancaré la bofetada que se niega a entregar!

Y sin más demora hizo una señal con la cabeza a Flora Gente. Enmudecimos. Ella adelantóse, moviendo todas las partes de su cuerpo, bizqueando con un ojo en mi dirección y con el otro en dirección al profesor, mostrando los dientes en una sonrisa a Stefan Lopatkin, echando la delantera hacia Roklewski y meciendo la trasera en dirección a Poklewski. La impresión era tal que el docente dijo en voz baja:

—¿De veras acometerá usted con su Síntesis Superior a esos cincuenta pedazos separados?

Pero el Sintesiólogo Universal poseía esta cualidad: que jamás perdía la esperanza. La invitó a la mesita, convidándola con una copa de Cinzano, y a guisa de introducción, para sondearla, dijo sintéticamente:

—Alma, alma.

Ella no contestó.

—¡Yo! —dijo el profesor inquisitiva e impetuosamente, queriendo despertar en ella su Yo abismado. Ella respondió:

—¡Ah, usted! Muy bien, cinco zlotys.

—¡Unidad! —gritó Filifor con violencia—. ¡Unidad Superior! ¡Igualdad en la Unidad!

—Para mí todo es igual —dijo ella con indiferencia—, anciano o niño.

Mirábamos desalentados a esta infernal analítica de la noche a quien el Anti-Filifor había adiestrado perfectamente a su manera, y educado para sí, quizá desde chica.

Sin embargo el Creador de las Ciencias Sintéticas no se desanimaba. Siguió un período de intensas luchas y esfuerzos. Le leyó los dos primeros cantos de Dante, por lo cual ella le pidió diez zlotys. Sostuvo una prolongada e inspirada disertación sobre el Amor Superior, amor que abarca y unifica todo, que le costó once zlotys. Le leyó dos magníficas novelas de las más conocidas autoras sobre el tema de la

regeneración mediante el amor, por lo cual ella pidió ciento cincuenta zlotys y no quiso rebajar ni un céntimo. Y cuando trató de estimular su dignidad, Flora Gente exigió ni más ni menos que cincuenta zlotys.

—Por las extravagancias se paga, vejete —dijo—, para eso no hay tarifa.

Y abriendo y cerrando sus fatuos ojos de búho, no reaccionaba. Los gastos aumentaban y el Anti-Filifor, paseando por la ciudad, reía para sus adentros de tales esfuerzos desesperados.

En la conferencia subsiguiente realizada con la participación del doctor Lopatkin y tres docentes, el eminente investigador dio cuenta de la derrota en los siguientes términos:

—Me costó unas cuantas centenas de zlotys y no veo realmente la posibilidad de sintetizar. Recurrí en vano a las supremas unidades tales como la Humanidad, que todo lo convierte en dinero devolviendo el sobrante. Y mi esposa, mientras tanto, pierde el resto de la conexión interior. La pierna se lanza ya de paseo por el cuarto. Cuando dormita (mi esposa, naturalmente, no la pierna) tiene que sujetarla con las manos, pero las manos se niegan a obedecer. Es un terrible trastorno, una terrible anarquía.

EL DOCTOR EN MEDICINA T. POKLEWSKI. Y el Anti-Filifor hace circular rumores de que el profesor es un innoble vicioso.

EL DOCENTE LOPATKIN. ¿Y no se podría sorprenderla precisamente por medio del dinero? Permítanme. Veo aún confusa la idea que cruza mi mente, pero suceden cosas así en la naturaleza: tuve, por ejemplo, una paciente enferma de timidez. No pude curarla con audacia porque no la asimilaba, pero le apliqué una dosis tan fuerte de timidez que no la pudo aguantar. Y como no pudo soportar la timidez, se animó, y volvióse de pronto locamente audaz. El mejor método es el de *per se*, arremangarse, quiero decir «sólo en sí, sólo en sí». Habría que sintetizarla con dinero, mas reconozco que no veo cómo…

FILIFOR. Dinero… dinero… Pero el dinero forma siempre una cifra, una suma que nada tiene de común con la Unidad propiamente dicha. Sólo el céntimo es indivisible, pero el céntimo no causa ninguna impresión. Salvo… a menos que… ¡Señores! ¿Y si le diéramos una suma tan grande que la atolondrara?

Enmudecimos. Filifor se levantó bruscamente. Su barba negra agitábase. Entró en uno de esos estados hipermaníacos en que cae el genio indefectiblemente cada siete años. Vendió dos casas y un chalet en los alrededores de la ciudad y convirtió la suma obtenida de 850.000 zlotys, en zlotys sueltos. Poklewski lo miraba con asombro: simple médico de distrito no supo jamás comprender al genio, no supo comprenderlo y por eso precisamente no lo comprendía en absoluto. Mientras tanto, el filósofo, ya seguro de lo que hacía, envió al Anti-Filifor una invitación irónica, y éste, contestando la ironía con el sarcasmo, presentóse puntualmente a las 9 y 30 en un aposento del restaurante Alcázar, donde se realizaría el experimento decisivo. Los sabios no se dieron la mano. El maestro de Análisis rió, seco y malicioso:

—¡Bueno, póngase contento, señor, póngase contento! Mi chica no es, que digamos, tan propensa a la composición como su esposa a la descomposición; a ese respecto estoy tranquilo.

Pero él también entraba gradualmente en estado hipermaníaco. El doctor Poklewski empuñaba la lapicera y Lopatkin mantenía asido el papel.

El profesor Filifor procedió en esta forma: colocó primero sobre la mesa un único zloty. La Gente no reaccionó. Colocó un segundo zloty: nada. Agregó un tercer zloty: tampoco nada. Mas al poner el cuarto zloty, ella dijo: «¡Oh, cuatro zlotys!». Al notar que eran cinco bostezó, y al ver que eran seis, preguntó con indiferencia: «¿Qué pasa, viejito? ¿Exaltación de nuevo?». Sólo después de colocados 97 zlotys advertimos los primeros síntomas de extrañeza y al llegar a su mirada, que hasta ese momento se posaba en el doctor Poklewski, en el docente y en mí, comenzó a sintetizarse algo sobre el dinero.

Al llegar a cien mil, Filifor jadeaba pesadamente, Anti-Filifor empezaba a inquietarse un poco y la hasta ese momento heterogénea cortesana consiguió cierta concentración. Miraba, fascinada, el montón creciente, que en rigor dejaba de ser montón; trató de contar pero ya los cálculos no le salían bien. La suma dejaba de ser suma, convertíase en algo inabarcable, inconcebible, en algo superior a la suma, hacía estallar el cerebro por su enormidad, como el firmamento. La paciente gemía sordamente. El Analista se precipitó a socorrerla pero ambos médicos los sujetaron con todas sus fuerzas; en vano la aconsejaba cuchicheando que descompusiera el total en centenas o mediomillares pues el total no se dejaba desunir. Cuando el sacerdote triunfante del culto de la Síntesis desembolsó todo lo que tenía y coronó el montón, o más bien la enormidad, el monte Sinaí del dinero, con un zloty único e indivisible, pareció como si alguna Divinidad hubiera tomado posesión de la cortesana. La Gente levantóse e hizo aparecer todos los síntomas sintéticos, llanto, suspiro, sonrisa, pensatividad, y dijo:

—Señores, yo. Yo. Algo superior.

Filifor profirió un grito de triunfo y entonces el Anti-Filifor, con un alarido de terror, libróse de los brazos de ambos médicos y pegó a Filifor en la cara.

Ese golpe era el rayo, el relámpago de la síntesis arrancado de las entrañas analíticas, que disipó las

sombrías tinieblas. El docente y los médicos felicitaron con emoción al profesor gravemente deshonrado. Su encarnizado enemigo se retorcía contra la pared, aullando atribuladamente. Mas ningún aullido pudo frenar el movimiento impreso a la carrera del honor, porque el asunto, hasta ese momento no honorable, había entrado en las vías del honor.

El profesor doctor G. L. Filifor, de Leyden, designó dos padrinos en las personas del doctor Lopatkin y la mía; el profesor doctor P. T. Momsen, con título nobiliario de Anti-Filifor, designó sus dos padrinos en las personas de los dos médicos asistentes; los padrinos de Filifor provocaron honrosamente a los padrinos de Anti-Filifor, y éstos, a su vez, provocaron a los de Filifor. Y a cada uno de estos pasos de honor la síntesis iba en aumento; el Columbiano se retorcía como si estuviera sobre ascuas, mientras que el Leydeño, sonriente, acariciaba su larga barba. En el hospital municipal, la profesora enferma empezaba a unificar sus partes, pidió leche con voz apenas perceptible y la esperanza nació en el corazón de los médicos. El Honor asomóse entre las nubes y sonrió dulcemente a los hombres. El combate definitivo se libraría el martes, a las siete de la mañana.

La lapicera sería confiada al doctor Roklewski, las pistolas al doctor Lopatkin, Poklewski debería tener el papel, y yo los sobretodos. El incansable luchador del signo de la Síntesis no abrigaba duda ninguna. Recuerdo lo que me decía la mañana anterior:

—Hijo mío, tanto podrá caer él como yo, pero quienquiera caiga, mi espíritu saldrá siempre victorioso, porque no se trata del acto de morir sino de la índole de la muerte; y la índole de la muerte es sintética. Si él cayese, rendirá con su muerte homenaje a la Síntesis; si me matase, matará de manera sintética. ¡Así, será mía la victoria más allá de la tumba!

Y en su exaltación de ánimo, deseando honrar más dignamente ese momento de gloria, invitó a ambas señoras, su esposa y Flora, en carácter de simples espectadoras. Yo estaba opreso por malos presentimientos. Temía… ¿Qué temía yo? Ni yo mismo lo sabía: durante toda la noche me torturó la incertidumbre y sólo en el lugar del duelo comprendí mi temor. La mañana era seca y luminosa, como un paisaje pintado. Los enemigos de alma paráronse frente a frente; Filifor saludó a Anti-Filifor y éste a aquél. Y entonces comprendí qué era lo que temía: era la simetría; la situación era simétrica y en ello consistía su vigor pero también su flaqueza.

Porque la situación tenía la propiedad de que a cada movimiento de Filifor correspondía un movimiento análogo de Anti-Filifor, y Filifor tenía la iniciativa. Si Filifor saludaba, Anti-Filifor debía saludar también. Si Filifor tiraba, Anti-Filifor debía tirar también. Y todo, hago notar, debía realizarse en el eje que unía a ambos combatientes, que era el eje de la situación. Pero, ¿qué sucedería si el segundo desviase hacia el costado? ¿Si descarriase, si hiciese una mala jugada para eludir las leyes férreas de la simetría y de la analogía? ¿Qué perturbaciones mentales, qué traiciones podría ocultar la cerebralidad del Anti-Filifor? Yo combatía tales pensamientos, cuando de repente el profesor Filifor levantó el brazo, apuntó recto al centro del corazón adversario y tiró. ¡Tiró y no dio en el blanco! Entonces el Analista levantó a su vez el brazo y apuntó al corazón de su antagonista. Casi, casi parecía inevitable que si aquél había tirado sintéticamente al corazón, también éste tendría que tirar sintéticamente al corazón. Parecía no haber otra salida, ninguna puerta de escape intelectual. Mas, en un abrir y cerrar de ojos, el Analista, en un esfuerzo supremo, suspiró quedo, dio un alarido, apartó del eje de la situación el caño de la pistola y disparó hacia un costado. El tiro pegó ¿dónde?: en el dedo meñique de la profesora Filifor que, acompañada de Flora Gente, estaba parada a corta distancia. ¡Ese tiro fue la cumbre de la maestría! El dedo meñique cayó cortado. La señora Filifor, asombrada, llevó su mano a la boca. Nosotros, los padrinos, perdimos por un momento el dominio de nosotros mismos y proferimos un grito de admición.

Y entonces ocurrió algo terrible. El Profesor Superior de Síntesis no pudo aguantarlo. Fascinado por la puntería, la maestría y la simetría, ofuscado por nuestro grito de admiración, también se desvió del eje, disparó, dio en el dedo meñique de Flora Gente y rió breve, seca y guturalmente. La Gente llevó su mano a la boca y nosotros proferimos el correspondiente grito de admiración.

Entonces el Analista disparó de nuevo y cortó el segundo dedo meñique de la profesora, que llevó su otra mano a la boca. Proferimos el grito de admiración. Un cuarto de segundo más tarde el tiro del Sintetista, disparado con infalible seguridad desde la distancia de diecisiete metros, cortó el dedo análogo de Flora Gente, quien llevó su mano a la boca; nosotros proferimos el grito de admiración. Y así siguieron las cosas. El tiroteo continuaba incesante, encarnizado, violento y magnífico como la magnificencia misma, y los dedos, las orejas, las narices, los dientes, caían como las hojas de un árbol agitado por el viento. Nosotros los padrinos no teníamos tiempo suficiente para proferir los gritos que nos arrancaba la puntería rápida como el relámpago.

Ambas señoras estaban ya privadas de todas sus extremidades y prominencias naturales y, si no

cayeron muertas, fue, simplemente, por la falta de tiempo, pues no pudieron alcanzar a morir, y sospecho, además, que sentían cierto deleite exponiéndose a una puntería tan perfecta. Por último faltaron los cartuchos. El maestro de Colombo perforó, con su último tiro, la parte superior del pulmón derecho de la profesora Filifor; el maestro de Leyden al momento perforó en contestación la parte superior del pulmón derecho de Flora Gente. Proferimos una vez más gritos de admiración y luego reinó el silencio. Ambos troncos murieron, cayeron al suelo, y ambos tirantes se miraron.

¿Y qué? Ambos se miraron y no sabían bien por qué. Efectivamente: ¿qué? No había más cartuchos. Los cadáveres yacían por tierra. No había nada que hacer. Se acercaban las diez. En rigor el Análisis había vencido, pero ¿qué resultó de ello? Absolutamente nada. Igualmente hubiera podido vencer la Síntesis y tampoco hubiera resultado nada. Filifor tomó una piedra y la tiró contra un gorrión, mas no dio en el blanco y el gorrión voló. El sol empezaba a quemar. El Anti-Filifor tiró un terrón contra el tronco de un árbol y dio en el blanco. Mientras tanto pasó frente a Filifor una gallina; Filifor tiró, dio en el blanco, y la gallina corrió y se escondió en un matorral. Los sabios abandonaron sus posiciones y tomaron distinto camino.

Al anochecer Anti-Filifor estaba en Jeziorno y Filifor en Wawer. Uno, agazapado bajo una parva, cazaba conejos; el otro, si descubría un farol en un lugar apartado, hacía puntería desde una distancia de cincuenta pasos.

Y así recorrieron el mundo, apuntando a lo que podían con lo que podían. Cantaban aires populares y rompían gustosos las ventanas; les placía también estarse en los balcones y salivar en los sombreros de los transeúntes, y ¡había que ver qué alegría les proporcionaba conseguir dar en el blanco cuando se trataba de poderosos que viajaban en coche! Filifor se especializó hasta tal punto que podía escupir desde la calle a cualquiera que estuviese en un balcón. Y Anti-Filifor apagaba las velas tirando contra la llama cajitas de cerillas. Con más gusto aún cazaban ranas con escopetas de pequeño calibre, o gorriones con arco y flechas, o tiraban papeles y hierba al agua desde los puentes. Y el mayor placer era comprar un globo para niños y correr tras él, por campos y bosques, ¡oh! ¡oh!, acechando el momento en que estallaba con ruido, como alcanzado por una bala invisible.

Y cuando alguien del mundo científico recordaba el pasado glorioso, aquellas luchas del espíritu, el Análisis, la Síntesis y toda la gloria perdida irreparablemente, contestaban con cierta ensoñación:

—Sí, sí… recuerdo ese duelo…, ¡se disparaba bien!

—¡Pero profesor! —exclamé una vez, y junto conmigo Roklewski, quien durante ese tiempo se había casado y formado su hogar en la calle Krucza—, ¡pero profesor: habla usted como un niño!

Y el aniñado anciano nos respondió:

—Todo está forrado de niñadas.

VI
La seducción y consiguiente arrastramiento a la juventud

Justo en el momento culminante de la atroz violación psicofísica que efectuó Polilla sobre Sifón, se abrió la puerta y entró en la clase como *deus ex machina* Pimko, siempre infalible en toda su personalidad excepcional.

—¡Qué bien, juegan a la pelota, niños! —exclamó, aunque era evidente que no jugábamos a la pelota y que no había ninguna pelota—. ¡A la pelota, a la pelota juegan! ¡Con qué gracia uno tira la pelota al otro, con qué soltura la agarra el otro! —Y viendo los rubores sobre mi cara, pálida y crispada por el pavor, añadió—: ¡Oh, qué colorcitos! Se ve que la escuela te resulta saludable y la pelota también, mi Pepito. Vamos —dijo—; te llevaré a casa de la señora Juventona, donde alquilé una pieza para ti. Desde hoy vas a vivir en casa de Juventona.

Y me llevó, hablándome durante el camino del señor Juventón, quien era ingeniero-constructor y de su esposa.

—Es un ambiente moderno —observó—, moderno en exceso, que responde a las nuevas corrientes y por lo tanto ajeno a mi ideología. Sin embargo, noto en ti cierta inclinación hacia el amaneramiento, la pose; parece que todavía finges ser adulto… bueno, los Juventones pronto te curarán de ese defecto, ellos te enseñarán a ser natural. Me olvidé de decirte que tienen, además, una hijita, Zutka Juventona, colegiala —masculló, estrechando mi mano y observándome por debajo de las gafas—. Colegiala —dijo— también muy moderna. Ejem, no es esta una compañía muy feliz para ti, indudablemente el peligro es bastante serio, pero, por otro lado, nada mejor que una colegiala moderna para atraer a la juventud… ya ella sabrá despertar en ti el patriotismo de tu edad juvenil.

Los tranvías pasaban. Había flores en las ventanas de algunas casas. Alguien tiró desde el último piso un hueso de ciruela sobre Pimko pero no dio en el blanco.

¿Qué? ¿Qué? ¿Colegiala? Adiviné el plan de Pimko; quería servirse de la colegiala para definitivamente encerrarme en la juventud. Calculaba que si me enamoraba de la joven colegiala me pasarían las ganas de ser adulto. Ni un solo momento de respiro tanto en la escuela como en la casa para que no apareciera ninguna posibilidad de huida. ¡No había tiempo que perder! Pronto le mordí el dedo y emprendí una veloz fuga. Una mujer madura cruzaba justamente la esquina y hacia ella me lancé con el rostro hecho un trapo, atontado y convulso, ¡lejos, lejos, de Pimko y de su colegiala atroz! Pero el Gran Empequeñecedor me alcanzó con celeridad de rayo y me atrapó por el cuello.

—¡A la colegiala! —gritó—. ¡A la colegiala! ¡A la juventud! ¡A los Juventones!

Me puso en un fiacre y me llevó a la colegiala por calles llenas de gente, de sol, de pajaritos.

—¡Adelante, adelante, por qué miras atrás, detrás de ti no hay nada, sólo yo estoy al lado tuyo! —Y apretándome la mano gruñía, echando saliva—. ¡A la colegiala, a la colegiala moderna! ¡Ya sabrá la colegiala enamorarle de la juventud! ¡Ya lo empequeñecerán los Juventones! ¡Ya le harán un culeíto! ¡Cu, cu, cu! —gritó con tanta fuerza que el caballo empezó a cocear y el cochero se acomodó mejor sobre su pescante, mostrándole la espalda con sumo desprecio.

Pero, al entrar a una de esas pequeñas, baratas casitas que abundan en barrios modernos, pareció vacilar, se desinfló y —¡qué raro!— era como si perdiese una parte de su absolutismo notorio.

—Pepe —murmuró, sacudiendo y moviendo la cabeza—, hago por ti un gran sacrificio. Sólo por tu juventud lo hago. Por ella me expongo a ese encuentro. ¡Ejem, la colegiala, la moderna colegiala!

Y me besó, como si, atemorizado, quisiese conseguir mi favor, pero a la vez como despidiéndose de

mí para siempre.

Y en seguida, golpeando con el bastón y en estado de gran nerviosidad, empezó a recitar poemas, hacer citaciones, expresar pensamientos, juicios, aforismos, conceptos, todo de primera calidad y muy imponente, pero al mismo tiempo parecía estar enfermo y amenazado en la misma esencia de su ser pedagógico. Mencionaba nombres desconocidos para mí de unos literatos amigos y oía cómo repetía en voz baja las opiniones halagadoras que ellos emitieron sobre él y emitía a su vez opiniones halagadoras sobre ellos. Tres veces, además, firmó con el lápiz sobre la pared «Pimko» tal un Anteo adquiriendo fuerzas al contacto de su propia firma.

Miraba yo extrañado al Maestro ¿Qué significaba eso? ¿Temía él también a la colegiala moderna? ¿O solamente fingía? ¿Cómo podría ser que un maestro tan magistral y nasal temiera a la colegiala? Pero ya la sirvienta nos abría la puerta y entrábamos juntos, el profesor casi humildemente, sin su superioridad notoria, y yo con la cara hecha un trapo, ajada e imposiblemente malaxada. Pimko golpeó con el bastón, preguntó: «¿Está la señora?». Al mismo tiempo apareció por una puerta, en el fondo, la colegiala. La moderna.

Dieciséis años, *sweater*, faldas, zapatos sport con suela de goma, deportiva, ágil, tersa, elástica, ¡flexible e insolente! ¡Viéndola temblé en mi espíritu y en mi cara! Comprendí en seguida que era un fenómeno muy poderoso, más poderoso quizás que Pimko y tan absoluto como él en su género. Me recordaba a alguien —¿a quién sería?—; ¡ah, me recordaba a Kopeida! ¿No os olvidasteis de Kopeida? Era igual a él, pero más fuerte, del mismo tipo pero más intensa, la perfecta colegiala en su aire colegial, perfectamente moderna en su modernismo. Y doblemente joven —una vez por la edad y otra vez por su modernismo—; era eso, juventud por juventud.

Me asusté, pues, enfrentándome con algo más fuerte que yo, y mi susto me volvió aun más tembloroso cuando vi que no era precisamente ella quien temía al profesor, sino que, al contrario, el profesor temía… y, no sin timidez, saludaba a la moderna colegiala.

—¡Beso sus manitas! —exclamó con alegría y cortesía forzadas—. ¿Usted no está en la playa? ¿No en el Vístula? ¿Estará la mamá en casa? ¿Qué agua tenemos hoy en la piscina? ¿Fría, no es cierto? Fría es la mejor. Yo mismo tomaba baños fríos hace años.

¿Qué? ¿Qué? En la voz de Pimko creí percibir la vejez adulona frente a una juventud deportiva. Retrocedí un paso. La colegiala no contestó a Pimko; miró solamente y, después de haberse puesto entre los dientes la llave inglesa que llevaba en la mano derecha, tendió a Pimko su mano izquierda con tanto desgano y despreocupación como si no se tratase de Pimko… El profesor se confundió, no sabía qué hacer con esta juvenil izquierda tendida hacia él y, por fin, la estrechó con ambas manos. Yo saludé con una inclinación. La joven se sacó la llave de entre los dientes y dijo:

—Mi madre no está en casa, pero en seguida volverá. Pasen…

Y nos introdujo en un *hall* moderno, donde se quedó de pie mientras nosotros tomamos asiento en un sofá-cama.

—¿Mamá seguramente está en la sesión del Comité? —dijo Pimko iniciando la conversación mundana.

La moderna contestó:

—No sé.

Las paredes estaban pintadas en azul claro, las cortinas eran color crema, en el rincón una radio; los mueblecitos modernos, consecuentes, limpios, sencillos y sobrios, dos armarios empotrados en la pared y una mesita. La colegiala estaba en la ventana, como si no hubiera nadie en el cuarto, y se levantaba la piel quemada por el sol. Nuestra presencia no existía para ella —no hacía caso de Pimko—, y empezaron a correr los minutos. Pimko estaba sentado, se cruzó de piernas, entrelazó las manos y hacía molinete con los pulgares, tal un huésped que no cuenta con una recepción debida. Se movió, carraspeó dos, tres veces, tosió, tratando de sostener la conversación, pero la moderna nos volvió la espalda y continuaba levantándose la piel. Pimko, pues, no dijo nada y se limitó a quedarse sentado, pero su sentar sin conversar era incompleto e insuficiente. Me restregué los ojos. ¿Qué pasaba? Pues, algo pasaba, esto era cierto. ¿El sentar soberano de Pimko incompleto? ¿El maestro insuficiente? ¿El maestro? La insuficiencia exigía un complemento. ¿Conocéis ese malestar cuando algo ya se terminó y nada nuevo todavía ha empezado? Un vacío se forma en la cabeza. De repente vi que la vejez salía del maestro. No me había advertido hasta entonces que el profesor ya estaba por encima de la cincuentena, nunca me vino eso antes a la cabeza, como si el Maestro Absoluto tuviese que ser eterno y fuera del tiempo. ¿Viejo o maestro? ¿Cómo viejo o maestro? ¿Por qué no decir sencillamente: un viejo maestro? No, no, no se trata de eso, pero ¿qué es lo que de nuevo se trama en contra mía? (porque era seguro que algo tramaban en contra mía: él y la colegiala).

Por Dios ¿por qué está sentado? ¿Por qué vino aquí para estar sentado al lado mío y frente a la colegiala? Su sentar me resultaba tanto más molesto porque yo estaba sentado junto a él. Si me levantase esto no sería tan terrible. Pero era casi imposible levantarse, en verdad no había motivo para hacerlo. No, no, no se trata de eso, pero ¿por qué está sentado en presencia de la colegiala, por qué, de modo viejo, está sentado frente a la joven colegiala? ¡Misericordia! ¡No hay misericordia! ¿Por qué está sentado con la colegiala ahí? ¿Por qué su vejez no es una vejez normal sino una vejez colegialesca? De repente me vino el susto pero no podía largarme. La vejez colegialesca —la vejez viejo-juvenil: he ahí qué incompletas, turbias, repugnantes formulas me galopaban en la cabeza.

Y de pronto un canto se dejó oír en el cuarto. No creía a mis oídos. El maestro cantaba un aria a la colegiala.

El estupor me hizo recuperar los sentidos. No, no cantaba, canturreaba. Pimko, resentido por la indiferencia de la colegiala, canturreaba algunas notas de una opereta, subrayando así la falta de cortesía, la mala educación, la incorrección de la joven Juventona. ¿Así que cantaba? ¡Obligó al viejito a cantar! ¿Éste era el temible, absoluto, eficaz Pimko, aquel viejito dejado sobre el sofá-cama y obligado a canturrear a la colegiala?

Me encontraba muy debilitado. Entre tantas aventuras desde la mañana, ni una vez fue permitido a los músculos de mi cara relajarse, las mejillas me quemaban como después de una noche en tren. Mas parecía que ahora el tren estaba por detenerse. Pimko cantaba. Me avergoncé de haberme dejado dominar tanto tiempo por el inofensivo viejito al que una común colegiala no prestaba ninguna atención. Mi cara poco a poco empezaba a volver a la normalidad, me acomodé sobre el asiento y en breve recuperé el pleno equilibrio, y —¡oh, felicidad!— la treintena perdida.

Me levanté para salir tranquilamente, aun sin protestas, cuando el profesor me agarró la mano. Era ahora distinto; envejeció, emblandeció, tenía un aspecto pobre, apocado, ¡la compasión despertaba!

—¡Pepe —me susurró en la oreja—, no tomes ejemplo de esa muchacha moderna, perteneciente a la nueva generación de la posguerra, a la época de los deportes y del jazz! ¡El salvajismo de las costumbres posguerras! ¡La desintegración de la cultura! ¡Falta de respeto! El hambre de gozar, la sed de vivir de la nueva generación. Empiezo a creer que este ambiente no te resultará saludable. Dame tu palabra de que no sucumbirás a las influencias de esta desenfrenada muchacha. Tenéis algún parecido —decía como en la fiebre—, tenéis algo en común, ya sé, ya sé, tú también eres un muchacho moderno, ¡qué error de mi parte traerte aquí, a la moderna muchacha!

Lo miré como a un loco. ¿Yo, con mi treintena, parecido a una moderna colegiala? Consideré que Pimko era tonto. Mas él todavía me prevenía contra la colegiala moderna.

—¡Nuevos tiempos! —decía—. ¡Vosotros, los jóvenes, la generación presente! Menospreciáis a los viejos, y entre vosotros os tuteáis en seguida. ¡Falta de respeto, falta del culto al pasado, el *dancing*, la América, *carpe diem*, vosotros, los jóvenes!

Y comenzó a adular terriblemente mi supuesta juventud y mi modernismo, diciendo más o menos que nosotros, la juventud moderna, o que para nosotros sólo piernas, o nos adulaba de otro modo todavía, mientras la colegiala se levantaba la piel con suma indiferencia, ni siquiera dándose cuenta de lo que pasaba a sus espaldas.

Comprendí por fin qué propósito tenía Pimko; quería sencillamente enamorarme de la colegiala. Su cálculo era el siguiente: quería entregarme en seguida a la colegiala, pasarme a ella de mano a mano para que no me escapase. Me injertaba un ideal, seguro de que, si alguna vez, como ocurrió a Polilla y Sifón, yo conseguía un ideal definido de la juventud, me quedaría aprisionado para siempre. Al profesor le era, al fin, bastante igual en qué clase de muchacho me convirtiera, a él le importaba sólo que no me escapase del muchacho. Si lograse enamorarme de entrada e inspirarme con el moderno ideal de la juventud, podía tranquilamente dejarme aquí y dedicarse a sus muchas otras actividades que no le permitían personalmente mantenerme en el achicamiento perpetuo. Y paradoja: Pimko, quien, según parecía, ante todo apreciaba su propia superioridad, consintió aceptar el papel humillante de un viejito de antaño, indignado por la moderna generación de las jóvenes para, de tal modo, atraerme a la colegiala. Con su indignación de un tío viejito nos aliaba contra él, con su vejez y antigüedad se proponía embaucarme con la juventud y el modernismo. Pero Pimko alimentaba todavía otro propósito y no menos importante. No le bastaba el enamorarme; quería, además, vincularme con ella, no de otro modo, sino en forma lo más inmadura posible; no respondería a sus anhelos si yo me enamorase de ella con un amor simple, no, anhelaba que me calentase justamente con esa especialmente barata y asquerosa poesía moderna-antigua que nace de la combinación de un viejito de preguerra con una colegiala posguerra. Todo eso estaba muy ingeniosamente planeado pero era en demasía tonto, y ya seguro de mi completa liberación oía las torpes alabanzas del tío

ridículo. ¡Tonto! ¡Yo era tonto! Yo era estúpido porque no sabía que sólo la poesía estúpida es en verdad atrayente y fascinadora.

Y de la nada se originó un conjunto terrible, una atroz constelación poética: allí, en la ventana, la colegiala moderna indiferente, aquí, sobre el sofá-cama, el viejito profesor y yo, entre ellos, asaltado por la poesía viejo-juvenil. ¡Por Dios! ¡Mi treintena! ¡Salir, salir lo más pronto posible! Pero, como si el mundo se hubiese quebrantado y reorganizado sobre nuevos fundamentos, la treintena se volvió de nuevo pálida y lejana, mientras la colegiala en la ventana cobraba cada vez más sabor. Y el maldito Pimko seguía.

—Piernas —me excitaba al modernismo—, piernas, ya os conozco, conozco vuestros deportes, la ley de la nueva generación americanizada, preferís las piernas a las manos, para vosotros sólo las piernas valen, los muslos. El espíritu no significa nada, todo ¡los muslos! ¡Deportes! ¡Los muslos —me adulaba terriblemente—, los muslos, muslos, muslos!

Y así, como en la escuela nos había impuesto el problema de la inocencia, que tanto aumentó la inmadurez de los alumnos, así ahora me convidaba con los muslos modernos. Y yo con gusto oigo cómo junta mis muslos con los muslos de la generación y ya siento una crueldad juvenil frente a los muslos viejos. Y había en eso algo así como una camaradería de muslos con la colegiala, más un secreto entendimiento muslesco, más el patriotismo de la pierna, más la insolencia del muslo joven, más la poesía piernal, más el juvenil orgullo muslesco, y además el culto del muslo. ¡Infernal parte del cuerpo! No necesito añadir que todo eso sucedía en silencio a espaldas de la colegiala, que estaba de pie, sobre sus muslos, en la ventana, y se levantaba la piel sin prestar atención a nada.

Sin embargo me hubiese por fin desasido de los muslos y huido, si no fuera que de improviso se abrió la puerta y una nueva persona apareció en el cuarto; la entrada de una persona nueva y desconocida me acabó de hundir.

Era la Juventona madre, una mujer bastante entrada en carnes, pero culta y proselitista, con rostro agudo y responsable de un miembro del Comité de Ayuda para las criaturas de pecho, o para combatir la plaga de la mendicidad infantil en la Capital. Pimko se incorporó en el canapé, como si no supiese nada de nada, distinguido y cordial profesor, de cierta edad y de una nariz narizada.

—¡Ah, mi estimada señora! Siempre actuando, siempre activa, seguramente llegamos de la sesión del Comité, ¿no será cierto? Le traje a mi Pepe, del que usted consintió con tanta bondad encargarse, este es Pepe, este caballero. Pepe, saluda a la señora, hijo mío. ¡Qué!

Pimko de nuevo adoptó un tono protector y altivo. ¿Saludar a esta vieja, yo, joven? ¿Saludar con respeto? Tuve que saludar y la Juventona me tendió una mano, diminuta, pero gorda, y miró no sin estrañeza mi rostro, que oscilaba entre la treintena y la quincena.

—¿Cuántos años tiene este muchacho? —oí que preguntaba a Pimko, alejándose con él aparte, y el profesor contestó bondadosamente:

—Dieciséis, dieciséis, querida señora, dieciséis cumplió en abril. Tiene un aspecto demasiado serio, a lo mejor es esto una pequeña pose para parecer adulto, pero tiene un corazón de oro, ¡tiú, tiú!

—Ah, *poseur* —dijo la Juventona.

En vez de protestar me senté y quedé sentado sobre el canapé como clavado. La increíble estupidez de esta insinuación impedía todas las aclaraciones. Y empecé a sufrir como un demonio. Porque Pimko se alejó con la Juventona hacia la ventana, justamente allí donde se hallaba la colegiala, e iniciaron una conversación íntima, mirándome de vez en cuando. Pero el maestro notorio, expresamente, aunque en apariencia accidentalmente, levantaba la voz por momentos. ¡Y qué tortura! Porque oía que me juntaba consigo mismo frente a la Juventona; así como antes me había juntado con la colegiala en contra suya, ahora estaba juntándome con él. No sólo me presentó como un *poseur* presuntuoso, que se daba aires de adulto, sino que, además, se explayaba sobre mis sentimientos para con él, elogiaba las altas calidades de mi mente y de mi corazón (un solo defecto, que le gusta la pose, pero esto le pasará con la edad) y, como hablaba con no sé qué viejo sentimentalismo y con voz típicamente anacrónica de un maestro anticuado y pasado de moda, parecía, pues, que yo también estaba pasado de moda y no era nada moderno. Y organizó esta situación diabólica: aquí yo, sobre el canapé, sentado, tengo que fingir que no oigo, allí la colegiala, en la ventana, no sé si oye, y más allá en el rincón Pimko sacude la cabeza, carraspea y se emociona por mí, incitando los gustos y las inclinaciones de la doctora progresista. ¡Oh, sólo aquél que abarca en toda su extensión lo que significa entrar en contacto con una persona desconocida y cuan arriesgado es este proceso, abundante en trampas y engaños, podrá comprender mi impotencia frente a Pimko y la Juventona! ¡De modo falso me introducía en la casa de los Juventones y más aún —expresamente levantaba la voz para que yo oyera que me introducía de modo falso— por medios traidores me introducía en los Juventones e introducía a los Juventones en mí!

En efecto la Juventona me dirigió una mirada de compasión e impaciencia.

Seguramente la charla dulzona de Pimko la puso nerviosa y, además, esas emprendedoras doctoras de hoy día, enardecidas con el colectivismo y la emancipación, detestan todo artificio y pose en los jóvenes y sobre todo no pueden soportar que adopten la pose de ser adultos. Como progresistas y tendientes hacia el futuro, alimentan un culto de la juventud, el más ardiente que jamás se haya alimentado, y nada puede irritarlas más que cuando un joven ensucia su edad con la pose. Peor aun: no sólo no les gusta eso sino que, además, les gusta su disgusto, pues eso les permite sentir su propio progresismo, modernismo; siempre están listas para dar rienda suelta a tal disgusto. Por eso no era necesario repetirlo dos veces a la doctora; ésta, por otra parte, bastante gorda, podría cimentar sus relaciones conmigo sobre la base de la fórmula: modernismo-anacronismo, todo dependía del primer acorde, porque sólo al primer acorde podemos elegir libremente; lo que sigue, constituye pura consecuencia. Mas Pimko atacó con su arco de viejo profesor la cuerda moderna de la doctora y en seguida le salió el tono.

—Ah, no me gusta —dijo ella con disgusto—, no, no me gusta. Un joven viejito, *blasé* y seguramente poco deportivo. Odio la pose. Pero, profesor, compárelo con mi Zutka (sencilla, sincera, natural); he aquí a qué conducen vuestros anacrónicos métodos.

Al oír eso perdí los restos de fe en la eficiencia de mis protestas; no, ya no me creerá nunca que soy adulto, pues, por efecto de mi presencia, gozaba más con los encantos de sí misma y de su hija. Y cuando a la madre le gusta más su hija con alguien, ya no hay caso, ya tienes que ser así, como es necesario para los encantos de la hija. ¿Podía yo protestar? ¿Quién dice que no podía? Podía en cada momento levantarme y a pesar de todas las dificultades aclarar sencillamente que no tenía dieciséis años sino treinta. Podía, pero no podía, porque me faltaban ganas; ¡ya solamente me importaba demostrar que no era un muchacho anticuado! ¡De eso solamente tenía ganas! Rabiaba por el hecho de que la colegiala oyera la charla de Pimko, lo que tal vez originara en su mente un pésimo concepto de mí. Este asunto tapó el asunto de mi treintena notoria. La treintena empalideció ¡y esto me enardeció, me quemó, me empezó a doler!

Sentado sobre el sofá-cama no podía gritar que Pimko mentía a conciencia; entonces he aquí que me enderezo en mi asiento, estiro las piernas, trato de lograr una apariencia audaz y desenvuelta, estar sentado de modo moderno, y grito mudamente con mi cuerpo que no es cierto, que no soy así, sino distinto; ¡muslos, muslos, muslos! Me inclino hacia adelante, animo la mirada y, sentado de modo natural, denuncio las mentiras de Pimko con mi figura entera. Si la colegiala se da vuelta que vea… Pero de improviso oigo que la Juventona madre dice en voz baja a Pimko:

—En verdad es imposiblemente amanerado, vea usted: a cada rato adopta poses.

No podía moverme. Cambiar mi actitud significaría que cambiaba porque había oído y esto resultaría aún más artificial; por lo demás, ya cualquier cosa que hiciera resultaría artificial. Mientras, la colegiala se da vuelta de la ventana, me abarca con su mirada tal como estoy, sentado, no pudiendo salir de mi actitud artificialmente natural, y noto en su rostro una expresión inamistosa. Con lo cual menos aún puedo escapar. Y veo, cómo en la muchacha crece una aguda, juvenil antipatía hacia mí, una antipatía pura, como un golpe limpio en la cancha.

La Juventona interrumpió la conversación y preguntó a la hija *a lo camarada*, con compañerismo:

—¿Por qué miras así, Zutka?

La colegiala sin dejar de mirarme se vuelve leal —se hace leal—, leal, sincera, abierta, y con un mohín echa de sí:

—Él todo el tiempo escuchaba. ¡Lo oyó todo!

¡Oh! ¡Esto fue dicho con dureza! Quise protestar, pero no podía, y la Juventona dijo al profesor bajando la voz y saboreando con gusto el empuje de la muchacha:

—Ellas ahora son muy sensibles en lo que se refiere a la lealtad; están locas sobre ese punto. La nueva generación. Esto es la moral de la Gran Guerra. Nosotros todos somos hijos de la Gran Guerra, nosotros y los hijos nuestros —la doctora saboreaba visiblemente—. La nueva generación —repitió.

—Cómo le brillaron los ojitos —dijo con bondad el viejito.

—¿Ojitos? Mi hija no tiene «ojitos», profesor, sino ojos. Nosotros tenemos ojos. Zutka, quédate tranquila con los ojos.

Pero la muchacha se enfurruñó y encogió los hombros, rechazando a la madre. Pimko se indignó en seguida y observó aparte:

—Si usted, señora, considera eso conveniente… En mis tiempos una jovencita nunca se hubiera atrevido… ¡Encoger los hombros! ¡Frente a la madre!

Y he aquí que la Juventona, con satisfacción, con entusiasmo, con gusto dijo:

—¡La época, profesor, la época! ¡Desconoce usted la generación nueva! Profundos cambios. Gran

revolución de costumbres, el viento que desmorona, sacudimientos subterráneos y nosotros sobre ellos. ¡Época! ¡Hay que transformarlo todo! Destruir en la patria todos los viejos lugares y dejar sólo lugares nuevos.

Empero la colegiala que, no sin menosprecio, escuchaba aquella discusión de los viejos, eligió un momento propicio y me aplicó un puntapié, corto, seco, en la pierna, a hurtadillas y a estilo de los pillos, sin cambiar de actitud ni tampoco de expresión del rostro. Tras habérmelo aplicado, recogió la pierna y se quedó impasible, ajena a lo que decían Pimko y la madre. Mientras, la madre sin cesar se iba sobre la hija, la hija eludía a la madre, como si por ser más joven estuviese orgullosa de ser más joven.

—¡Le dio un puntapié! —exclamó el profesor—. ¿Ha visto usted? ¡Un puntapié! Nosotros aquí charlamos y ella tranquilamente ¡le da un puntapié! Pero ¡qué salvajismo, qué atrevimiento, qué insolencia de la nueva desenfrenada generación! ¡Con la pierna le dio el puntapié!

—¡Zutka, tranquila con las piernas! Y usted, profesor, no se conmueva tanto, no es nada —sonrió—. No pasará nada a su Pepe. En el frente durante la Gran Guerra ocurrían cosas peores. Yo misma, como enfermera, a menudo era agredida a puntapiés por simples soldados.

Encendió un cigarrillo.

—En mis tiempos —dijo Pimko—, las jóvenes… ¿Pero qué hubiese dicho de eso el gran poeta nuestro, Norwid?

—¿Norwid? ¿Quién es? —preguntó la colegiala.

Y preguntó perfectamente, con ignorancia deportiva de la joven generación y con asombro propio de la Época, sin comprometerse demasiado en la pregunta, sólo para dejar saborear un poco su no saber deportivo. El profesor se agarró la cabeza:

—¡No sabe nada de Norwid! —exclamó.

La Juventona madre sonrió:

—¡La época, profesor, la época!

El ambiente se volvió simpatiquísimo. La colegiala no sabía nada de Norwid y esto era para Pimko. Pimko se indignaba con Norwid y esto era para la colegiala. La madre se gozaba en la Época. Solamente yo estaba excluido de la compañía y no podía… No, no podía tomar parte en la conversación ni comprender esta transformación de papeles, consistente en que el vejestorio con los muslos inferiores se asociaba en contra mía con la colegiala y que yo debía constituir el contrapunto de su melodía. ¡Oh, infernal Pimko! Pero mientras yo permanecía sentado así, callado y pateado por ella, parecía que estuviese ofendido, resentido, y Pimko inquirió con benevolencia:

—¿Por qué te callas, Pepe? Hay que hablar de vez en cuando… ¿Te enojaste con la señorita?

—¡Se enojó! —exclamó con mofa la deportista.

—Zutka, pide disculpas al caballero —dijo con énfasis la doctora—. El caballero se ofendió contigo, pero, caballero, no siga con su enojo, no hay que ser tan resentido. Zutka le pedirá perdón, naturalmente, pero por otra parte hay que confesar que somos algo amanerados… esto es pura verdad… Más naturalidad, más vida, vea cómo somos nosotras, yo y Zuta. Bueno, bueno, ya trataremos de desacostumbrar al joven de su manera, cuente con nosotros, profesor. Ya le daremos una buena escuela.

—Creo que bajo ese aspecto la convivencia con ustedes le hará mucho bien. Bueno, Pepe, despeja la frente.

Y cada una de esas manifestaciones, de modo definitivo y según parecía de una vez por todas, arreglaba, precisaba y definía. Arreglaron todavía las condiciones económicas, después de lo cual Pimko me besó en la frente.

—Adiós, muchacho, no llores, te iré a visitar cada domingo y en la escuela tampoco te perderé de vista. Mis respetos, estimada señora, hasta pronto, hasta pronto, señorita Zuta, tiú, tiú; ¡sea buena con Pepe!

Salió y aún en la escalera se oían sus carraspeos y tosecitas, thu, thu, thu, hem, hem, hem, thu, thu, eh, eh, eh… Yo sólo atiné a dar un salto con mis protestas y explicaciones.

Pero la Juventona madre me condujo a un pequeño, muy moderno cuartito al lado del *hall*, que servía al mismo tiempo (lo comprobé después) como dormitorio de la Juventona hija. «Aquí —dijo—. Cuarto. El baño al lado. El desayuno a las siete. Sus cosas están aquí; las trajo la sirvienta». Y antes que lograra balbucear gracias, se fue a la sesión del Comité para combatir la poco europea plaga de la mendicidad infantil en la Capital. Me quedé solo. Me senté en la silla. Silencio. La cabeza me zumbaba. Estaba sentado en nuevas condiciones, en mi habitación nueva. Después de tantas personas que viera desde la mañana, se impuso de repente un completo desierto y sólo al lado, en el hall, se movía y removía la colegiala. No, no era eso una soledad; era eso una soledad con la colegiala.

VII
El amor

Y de nuevo me di a las protestas y aclaraciones. Era necesario actuar. No podía permitir que se consolidara para siempre el estado en el cual me habían dejado. Toda demora amenazaba consolidar el estado. Rígido sobre mi silla no hacía nada para colocar y ubicar mis efectos, que por orden de Pimko había traído la sirvienta. Ahora —pensaba— ahora es la única ocasión para rectificar, aclarar y lograr un entendimiento. Pimko no está. La Juventona madre se fue. Ella está sola. No perder tiempo, el tiempo trae consigo la rigidez, la pesadez, ahora, en seguida, ir, aclarar, mostrarme a ella en mi verdadero aspecto, mañana ya será tarde.

¡Mostrarme, mostrarme, con qué vehemencia deseaba mostrarme a ella, qué ganas tenía de mostrarme! Bah, pero mostrarme ¿como quién? ¿Como adulto y con mi treintena? No, no, no, nunca, jamás, oh, en este momento no anhelaba ya liberarme de la juventud, confesar la treintena, el mundo mío se quebrantó, ya no veía al mundo fuera del mundo bello de la colegiala moderna, el deporte, la agilidad, la insolencia, los muslos, las piernas, el salvajismo, el buque, el bote, ¡tal era la nueva columnata de mi realidad! no, no ¡era como moderno como quería mostrarme! El Maestro, Sifón, Polilla, el duelo, todo lo que existía hasta ahora, fue echado al margen y pensaba sólo: «¿Qué piensa de mí la colegiala? ¿Pimko logró convencerla de que soy un *poseur* antimoderno?». Y el único problema mío era: ahora mismo, pronto, entrar en su cuarto, aparecer ante ella como moderno, natural, para que comprendiera que Pimko había mentido y que en realidad yo era distinto e igual a ella, compañero de edad y de época, pariente de muslo…

Aparecer, pero ¿bajo qué pretexto? ¿Cómo aclararle, si casi no la conocía y socialmente me era ajena, aunque ya disponía de mí en su fuero interno? El acceso a ella me era extremadamente difícil en las capas más profundas del ser; era accesible sólo en las bagatelas, yo no podía hacer mucho más que golpear la puerta y preguntar a qué hora servían la cena. El puntapié que me aplicó de ningún modo facilitaba mis propósitos; era ese un puntapié marginal, efectuado con el pie, sin la participación del rostro, y lo que me importaba a mí era justamente su rostro. Sentado en la silla, tal un animal en la jaula, me frotaba las manos: ¿cómo, bajo qué pretexto, empezar con la joven Juventona y conmigo mismo?

Entonces sonó el timbre del teléfono y oí los pasos de la colegiala.

Me levanté, con cuidado entreabrí la puerta del *hall* y eché un vistazo: no había nadie, el departamento estaba vacío, el crepúsculo caía y ella arreglaba por teléfono una cita con su amiga, a las 7, en la confitería, con Polito y Baby (tenían sus apodos, su lenguaje propio): vendrás, en punto, seguro, sí, no, bueno, me duele la pierna, me torcí un tendón, idiota, foto, ven, vendrás, vendré, alboroto, estupendo, fenómeno, te juro. Aquellas palabras confiadas por una moderna a otra moderna en voz baja y en el tubo del aparato, cuando nadie estaba presente, me conmovieron intensamente. ¡Propio lenguaje! —pensé— ¡propio moderno lenguaje! Y entonces me pareció que la muchacha, teniendo la boca ocupada en la conversación y los ojos libres, mientras el aparato la inmovilizaba, se volvía más accesible y fácil a mis propósitos. Podía mostrarme a ella sin ninguna aclaración, aparecer… sin comentarios.

Pronto me arreglé la corbata y el cuello, me mojé el cabello, poniendo en evidencia la raya, pues sabía que esta línea recta sobre la cabeza no carece de importancia en circuntancias dadas. La línea, no se sabe por qué, era moderna. Pasando por el comedor tomé un escarbadientes y aparecí (el teléfono estaba en la antesala); me destaqué en la puerta con toda impasibilidad, me paré apoyándome en el marco. En silencio me presenté entero y entre los labios sostenía el escabardientes. El escabardientes era moderno. No

os imaginéis que sea fácil pararse así, con el escarbadientes, y fingir libertad de movimientos cuando todavía se está paralizado, ser agresivo cuando uno se siente mortalmente pasivo.

La Juventona mientras tanto decía a su amiga: no, no es necesario, la perra, bueno, ándate, no andes con él, anda con ella, la foto, la broma, perdón, un momento. Dejó el tubo y preguntó:

—¿Quiere hablar por teléfono?

Y preguntó en un tono social, frío, como si no fuera yo quien hubiera sido pateado por ella. Contesté con un movimiento negativo de cabeza. Quería que se diera cuenta de que estaba allí sin ningún otro motivo que yo y tú, y que tengo derecho a pararme en la puerta durante tu conversación telefónica, como compañero en el modernismo e igual en edad. Colegiala, comprende que entre nosotros las aclaraciones están de más, que sencillamente y sin formalidades puedo juntarme contigo. Arriesgaba mucho porque, si me exigiese aclaraciones, no podría explicar nada y una terrible artificialidad me obligaría en seguida al retroceso. Pero si aceptase mi actitud, si diese en silencio su consentimiento… ¡naturalidad que apenas me atrevía a soñar! Y entonces yo en verdad podría ser con ella moderno. Polilla, Polilla, pensaba con temor, recordando cómo torció atrozmente el gesto después de las primeras sonrisas. Con la mujer era, en todo caso, más fácil. La diferencia del cuerpo permitía más, daba más podermiento.

Pero la Juventona, con el tubo pegado a la oreja y, sin mirarme, conversó todavía bastante tiempo (y el tiempo de nuevo empezaba a amenazarme con su peso). Por fin dijo: Bueno, en punto, seguro, cine, *a rivederci*, y colgó el tubo.

Se fue a su cuarto. Saqué el escarbadientes de la boca y me fui a mi cuarto. Había allí una silla, cerca del ropero, junto a la pared, al lado, no para sentarse sino para poner la ropa; sobre esa silla me senté rígido y me froté las manos. Me ignoró; ni se dignó mofarse. Bueno, pues, si una vez hemos empezado, no se puede dejar, mientras la madre está ausente hay que arreglar eso, ensaya otra vez, porque ella ahora, después de tus manifestaciones, tan poco felices, en verdad definitivamente podrá llegar a la conclusión de que eres un *poseur* y, en todo caso, tu pose se consolida, crece, ¿por qué te has sentado aquí, al lado, junto a la pared, por qué te frotas las manos? Frotarse las manos en el cuarto, sobre una silla, es esto la antítesis de todo modernismo, es típicamente anticuado. ¡Por Dios!

Me callé, escuchando qué pasaba detrás de la pared.

La Juventona se movía, como todas las muchachas suelen moverse en sus cuartos. Y moviéndose, seguramente se consolidaba en sus opiniones acerca de mí, que era *poseur* y amanerado. Ser rechazado a mi cuarto, estar así, en soledad, mientras ella se mueve cerca de ti, he ahí lo terrible. ¿Pero cómo empezar con ella, cómo empezar de nuevo, qué hacer? No tenía pretextos —aun si los tuviese no podría usarlos— porque el asunto era demasiado interior para los pretextos.

Mientras tanto caían las tinieblas y la soledad, esa soledad mentida de uno que, estando solo, no está, sin embargo, solo, sino en una espiritual y dolorosa vinculación con otra persona detrás de la pared, y empero está lo bastante solo para que el frotar de las manos, el mover de los dedos y otros fenómenos similares sean absurdos, imposibles. El crepúsculo, pues, y esta falsa soledad me subían a la cabeza, me cegaban, me privaban de mi conciencia diurna y me empujaban en la noche. ¡Cuántas veces la noche en el día irrumpe! Solo, en este cuarto, en la silla, en esta acción, carecía demasiado de todo sentido, no podía quedarme así más tiempo. Los procesos que vividos junto a alguien y a la luz del día no son temibles, se vuelven inaguantables. A compañero. La soledad es pugnante, expulsante.

Tras una tortura que se prolongaba, de nuevo abrí la puerta y aparecí en el *hall*, todavía cegado por la soledad. Me detuve y comprobé que ahora tampoco sabía cómo empezar con ella ni, en fin, cómo prenderme a ella: era siempre delimitada y cerrada. ¡Qué cosa infernal este preciso y terminante contorno de la forma humana, esa fría línea demarcatoría: la formal!

Inclinada, con el pie sobre la silla, se empeñaba en lustrar el zapato. Había en eso algo clásico y me pareció que a la muchacha le importaba menos el brillo del zapato que consolidarse misteriosamente en su tipo por intermedio del pie, del tobillo, y mantenerse en un buen estilo moderno. Eso me dio más valor. Creía que la moderna, sorprendida junto con su pierna, sería más indulgente, menos formal…

Me acerqué y me detuve próximo a ella, a la distancia de uno a dos pasos; en silencio me propuse a ella, sin mirar, con la mirada hacia dentro. Recuerdo todavía hoy perfectamente cómo me acerqué, cómo me paré a un paso, en el mismo límite de ese círculo espacial donde ella empezaba, cómo replegaba todos mis sentidos para poder acercarme lo más posible y esperaba. ¿Para qué? Para que ella no extrañase nada. Esta vez sin escarbadientes y sin ninguna actitud especial. Que me acepte o que me rechace, yo trataba de ser en absoluto pasivo, neutral. Sacó el pie de la silla y se incorporó:

—¿Necesita algo? —preguntó vacilante, oblicua y lateralmente, tal una persona a la cual otra se aproxima demasiado sin motivo; y cuando se incorporó, la tensión entre nosotros creció todavía.

Sentía que le gustaría alejarse, pero, como yo estaba demasiado cerca, no podía hacerlo.

—¿Necesita algo?

—No —murmuré.

Bajó las manos. Me miró de reojo.

—¿Son bromas? —preguntó a la defensiva por cualquier eventualidad.

—No —murmuré—, no.

La mesa estaba al lado mío. Más allá la estufa. Sobre la mesa un cepillo y un cortaplumas. El crepúsculo se acentuaba, la luz intermedia entre la noche y el día nivelaba un tanto todas las fronteras y la temible línea demarcatoria. Detrás del tul de las tinieblas yo era sincero, sincero con todas mis fuerzas, propicio para la colegiala, listo.

No fingía. Si ella aceptase que yo no estaba fingiendo resultaría fingida mi anterior artificialidad con Pimko. ¿Por qué me imaginaba que una muchacha no puede rechazar al hombre que exige de ella su aceptación? ¿Creía que la colegiala en la oscuridad sucumbiría a la tentación de hacer de mí algo más conveniente para ella? ¿Por qué no habría de gustarle tener a su alcance alguien simpático y adecuado? Prefería ciertamente tener en su casa un camarada americano que un anticuado, resentido y desgraciado *poseur*. ¿No tocaría entonces sobre mí su melodía en el crespúsculo, si yo me prestaba a ello? Toca, toca tu melodía sobre mí, esa melodía moderna que todos cantan en las confiterías, las playas, los *dancings*, esa melodía pura de la juventud mundial en pantalones de tenis. Canta sobre mí el modernismo del blanco pantalón de tenis. ¿No quieres?

La Juventona, sorprendida de tenerme a su lado se sentó sobre la mesa, apoyando el mentón entre las manos no sin un grano de cierto humor físico; su cara se destacó del crepúsculo, indecisa entre la extrañeza y el juego… y parecía que se sentaba como para tocar su melodía… Así las americanas se sientan sobre la borda del bote. Y ya en el mismo hecho de sentarse había algo que me hizo temblar, por lo menos había un tácito consentimiento en prolongar la situación. Parecía como si se hubiese colocado más cómodamente con fines de aprovechamiento… y con el corazón latente observé que ponía en movimiento algunos de sus encantos. Inclinó la cabecita, impaciente movió la pierna, apretó caprichosamente los labios, y al mismo tiempo sus grandes ojos modernos se volvieron al lado, no sin cuidado, hacia el comedor, escrutando si por casualidad la sirvienta no espiaba. ¿Qué diría la sirvienta si nos viese juntos en una situación tan extraña? ¿Nos sospecharía de excesiva artificialidad? ¿O de ser naturales en exceso?

Pero este riesgo justamente gusta a las muchachas, a esas muchachuelas tenebrosas que sólo en las tinieblas pueden demostrar todo lo que saben. Sentí que había conquistado a la colegiala con la salvaje naturalidad de mi artificio. Metí las manos en los bolsillos del saco. Tendido hacia ella, la acompañaba en silencio pero fervorosamente, con todas mis fuerzas, simpático, de nuevo simpático… Esta vez el tiempo me era propicio. Cada segundo, profundizando lo artificial, profundizaba también lo natural. Esperaba que de repente me dijera algo, como si nos hubiésemos conocido desde siglos, que, por ejemplo, me dijera algo de la pierna, que la pierna le dolía porque se había torcido un tendón.

—Me duele la pierna porque me torcí un tendón. Tú tomas whisky, Annabelie…

Y ya estaba por decirlo, movió los labios… cuando de repente se le ocurrió decir algo totalmente distinto. Sin querer, de modo formal preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

Retrocedí un paso mientras ella, picada por lo que había dicho, sin perder, empero, nada de la clase y de la pinta de una joven moderna que está sentada sobre la mesa balanceando las piernas en el aire, al contrario, logrando aún más clase y pinta, repitió con una formal y fría insistencia:

—¿En qué le puedo servir?

Di vuelta y me alejé, pero mi espalda, alejándose, la picó aún más, porque ya detrás de la puerta oí:

—¡Chiflado!

Rechazado, repelido, me senté en mi silla junto a la pared. «Se acabó —murmuré—. Me aplastó». ¿Por qué me aplastó? Algo la mordió, prefirió pasar sobre mí a andar conmigo. Mi silla aquí, cerca de la pared, te saludo, pero habrá que arreglar las cosas, la valija está en el medio, no hay toallas. Me senté humildemente en la silla y casi en la oscuridad me puse a meter la ropa —hay que arreglar, mañana hay que ir a la escuela— sin embargo, no encendía la luz, no, tratándose de mí no valía la pena. Qué pobre me sentía, qué miserable, pero está bien, está bien, si pudiera solamente no moverme más, sentarme y estar sentado y no desear nada, nada, hasta el fin.

Sin embargo, al cabo de unos minutos se hizo evidente que, a pesar de mi agotamiento y mi miseria, de nuevo debía estar activo. ¿No habrá descanso? Ahora, debía por tercera vez dirigirme a su cuarto y mostrarme a ella como chiflado y embromador para que supiese que todo lo anterior era de mi parte una

consciente y expresa bufonada y que fui yo quien le tomó el pelo y no ella a mí. *Tout est perdu sauf l'honneur*, como dijo Francisco I. A pesar de mi miseria y del cansancio me incorporé y otra vez empecé a prepararme para hacer mi entrada en su cuarto. Los preparativos duraron bastante tiempo. Por fin entreabrí la puerta y, primeramente, metí la cabeza. Una luz cegadora. Encendió la lámpara. Cerré los ojos. Me alcanzó una observación impaciente:

—Se ruega golpear antes de entrar.

Contesté con los ojos cerrados y moviendo la cabeza:

—Su siervo y esclavo.

Me metí del todo en el cuarto, deslizándome humorísticamente —¡oh! ¡este deslizamiento de un miserable!— decidí hacerla rabiar, pues, según la vieja máxima, la rabia perjudica la belleza. Suponía que lograría ponerla nerviosa y entonces, conservando la sangre fría bajo la máscara bufona, podría conseguir la superioridad. Gritó:

—¡Es usted un mal educado!

Me sorprendieron esas palabras en la boca moderna, tanto más porque sonaron de modo tan auténtico como si la buena educación constituyese en verdad la última instancia de las desenfrenadas colegialas posguerreras. ¡Con qué maestría saben las modernas manejar alternativamente su buena y mala educación! Me sentí bruto. Era demasiado tarde para retroceder; el mundo sólo existe gracias a que siempre resulta demasiado tarde para retroceder. Repuse inclinándome ante ella:

—Me pongo a sus pies.

Se levantó y se dirigió a la puerta. ¡Fatalidad! Si saliese ahora dejándome con mi bufonada ¡todo perdido! Salté adelante y la atajé. Se paró.

—¿Qué quiere?

El temor se adueñaba de ella.

Y yo, como no podía ya retroceder, obligado por la consecuencia de mi movimiento, empecé a ir sobre ella. Y yo sobre ella, chiflado, bufón, *poseur*, un gorila contra la señorita, un payaso y embromador imposible, con una torpe arrogancia —ella retrocede detrás de la mesa— y yo sobre ella deslizándome, con idiotez símica, señalo la dirección con el dedo, y hacia ella voy, borracho, bruto, malicioso, asaltante. ¡Ella hacia la pared y yo tras ella! ¡Pero maldición! Persiguiéndola con toda locura veo al mismo tiempo que *frente a mi idiotez no pierde nada de su gracia*, mientras yo me vuelvo inhumano; ella junto a la pared, pequeña, inclinada, pálida, con brazos caídos y levemente flexionados en el codo, jadeante y como tirada por mí contra la pared, con ojos desorbitados e increíblemente silenciosa, tensa por el peligro, está hermosísima —como del cine, moderna, poética, artística— y el miedo, en vez de afearla, la embellece.

Un momento más. Me acercaba a ella y fatalmente tenían que presentarse nuevas soluciones —me pasó por la mente que he aquí el fin, que debo con mi mano agarrar esa carita—; ¡enamorado estaba, enamorado! Cuando de repente un chillido llegó desde la antesala. ¡Era Polilla quien atacaba a la sirvienta! No habíamos oído el timbre. Vino para visitarme en mi nuevo domicilio, y habiéndose encontrado a solas con la servidora, quiso violarla.

Pues el duelo con Sifón tuvo tal efecto sobre Polilla que ya no podía liberarse de sus muecas terribles y cayó en ese sistema infernal de no poder, en general, más que de un modo asqueroso. Al ver a la sirvienta, no se olvidó de ser con ella tan brutal y ordinario como podía. La sirvienta armó un barullo. Polilla le dio un puntapié en el vientre y entró en el cuarto con una botella de aguardiente bajo el brazo.

—¡Salud, Pepe, hermano! Te hago una visita. ¡Traje cañita y chinchulines! ¡No, jo, jo, pero qué facha tienes! ¡Bueno, bueno, la mía no es mejor!

Que la facha a la facha dé en la facha.
¡He aquí nuestro destino!
Emborráchate con tu facha
¡y que la facha te fache!

—¿Qué clase de Sifón te regaló esa facha? ¿Esa mocita ahí, en la pared? ¡Mis saludos más respetuosos!

—Me enamoré, Polilla, me enamoré…

Polilla contestó con la sabiduría de un borracho:

—Ah, por eso tienes esa facha. ¡Tu mano Pepito! Pero ¡qué facha te hizo! ¡Si te pudieses ver, qué aspecto tienes! Bueno, bueno, la mía tampoco está mal. ¡Choca los cinco! Ven, ven, que te vas a secar los sesos, vamos a tus apartamentos, trae pan para el chorizo. ¡Tengo una botellita para las penas! ¿Para qué

afligirse? ¡Nos procuraremos un alivio con la botellita! ¡Mis respetos muy respetuosos a la señorita… *bonjour… au revoir… a rivederci! Allons, allons!*

Una vez más me dirigí hacia la moderna. Quería decir algo, explicar —decir no sé qué palabra única que me pudiese salvar—, pero Polilla me agarró y, tambaleando, nos marchamos a mi pieza, ebrios no del alcohol sino de nuestras fachas. Prorrumpí en sollozos y le conté todo lo de la colegiala, sin omisiones. Me escuchó bondadosamente como un padre y cantó:

La facha
se emborracha
¡de bombacha!

—¡Apura, apura, ¿por qué no tomas?! ¡Echa un trago al coleto! ¡Da la facha a la botella, la botella da a la facha!

Su cara siempre era terrible, espantosamente ordinaria y vulgar y devoraba el chorizo metiéndoselo en el agujero facial, junto con el papel engrasado.

—Polilla, ¡yo quiero liberarme! ¡Quiero liberarme de ella! —exclamé.

—¿Liberarte de la facha? —preguntó—. Caracoles.

—¡Liberarme de la colegiala! Polilla, ¡yo tengo treinta años! ¡Treinta años!

Me miró con asombro, pues, en mis palabras hubo un dolor sincero. Pero en seguida prorrumpió en risa.

—¡Y, déjate de j…! ¡Treinta años! Te caíste de la higuera, pajarón —y usó otras expresiones que no voy a repetir—. ¡Treinta años! Sabes —sorbió de la botella y escupió—. No sé de dónde pero conozco a esta tipa. La conozco de vista. Kopeida anda tras ella.

—¿Quién anda?

—Kopeida. Ese de nuestra clase. Le gustó porque él es también así, moderno. ¡Bebe, bebe no más! No se puede hacer otra cosa. ¿Piensas que yo me liberé? Hice un trapo de mi facha pero el peón siempre me duele.

—¿Cómo, si has violado a Sifón?

—Lo he violado pero me quedé con la facha. Mira —se asombró—. ¡Qué pareja nosotros! ¡Yo con el peón y tú con la colegiala! ¡Bebe esta cañita! ¡El peón —se puso soñador de repente—, el peón! Pepe, si se pudiese huir al campo, a los peones. Al campo, al prado, huir, fugarse —balbuceaba—. Al peón… al peón…

Pero a mí su peón no me importaba nada. ¡Sólo la moderna! ¡Cómo envidiaba a Kopeida! ¡ah, así que Kopeida andaba tras ella! Empero si andaba «tras ella» y no «con ella» esto significaba que no se conocían… No me atrevía a preguntar. Y así permanecimos con nuestras fachas, cada uno absorbido en sus pensamientos y echando un trago de vez en cuando. Polilla se levantó tambaleando.

—Ya debo irme —declaró en voz baja—. A lo mejor viene la vieja. Saldré por la cocina —murmuró —, veré todavía a la sirvienta. Tu sirvienta no está mal, no está mal… No es un peón, naturalmente, pero, al fin, del pueblo. Puede ser que tenga un hermano peón… —Salió. Y yo me quedé con la colegiala. La luz de la luna plateaba el sutil polvo que en gran cantidad flotaba en el aire.

VIII
La compota

Y a la mañana siguiente la escuela y Sifón, Polilla, Bobek, Hopek, Kotecki y el *accusativus cum infinitivo*, el Enteco, el vate y el nopodermiento cotidiano, ¡oh, oh, oh, el aburrimiento, el aburrimiento! ¡Y de nuevo lo mismo! De nuevo el vate vaticina, el poeta canta, el maestro con el poeta se gana la vida, los alumnos en los bancos sufren de una postración aguda, el dedo se mueve dentro del zapato, y aburrimiento, ¡oh, aburrimiento! Y de nuevo presiona el tedio y bajo la presión del tedio, del vate y del pedagogo la realidad se transforma poco a poco en el mundo de los Ideales, oh, permítanme soñar, soñar, y ya nadie sabe discernir entre lo real y lo que no existe, entre la verdad y la ficción, entre lo que se siente y lo que no se siente, entre lo natural y lo artificial, presuntuoso, falso… y lo que *debiera ser* se mezcla fatalmente con lo que es, descalificándose uno al otro, privándose mutuamente de toda razón de ser ¡oh, gran escuela de lo irreal! Así que yo también durante cinco largas horas soñaba con mi ideal, y la facha se me inflaba tal un globo, sin trabas, porque en este mundo ficticio, irreal, no había nada que la pudiese devolver a la norma. Así que yo también tenía mi ideal propio: la moderna colegiala. Estaba enamorado. Soñaba con un melancólico amante, triste pretendiente. Después de haber fracasado en conquistar a mi amada —después del fracaso en, ridiculizar a la amada— un gran desconsuelo me dominó, sabía que todo estaba perdido.

Comienzo una cadena de días monótonos. Estaba aprisionado. ¿Qué puedo decir de esas jornadas mellizas? A la mañana iba a la escuela, de la escuela volvía a la casa de los Juventones. No me proponía ya ni huir, ni aclarar o protestar; al contrario, me complacía en ser colegial, porque como colegial estaba más próximo a la colegiala. Ay, ay, casi me olvidé de mi vieja treintena. Los maestros me demostraban mucha simpatía, el director Piorkowski me daba palmaditas en el cucuquillo y durante las controversias ideológicas yo también cobraba colores y gritaba:

—¡El modernismo! ¡Sólo el muchacho moderno! ¡Sólo la moderna colegiala!

De lo que se reía Kopeida. ¿Os acordáis, creo, de Kopeida, del muchacho más moderno en toda la escuela?

Me esforzaba por hacerme amigo suyo, sacar el secreto de sus relaciones con la Juventona hija, pero él me eludía tratándome con más desprecio aúnque a los otros, como si presintiera que fui rechazado por su hermana espiritual, la moderna colegiala. En general, la severidad con la que los escolares rechazaban a diversos tipos entre la juventud era enorme: los limpios odiaban a los sucios, los modernos tenían asco de los anticuados y así en adelante. ¡Así en adelante, adelante! ¡Y adelante!

¿Qué más se puede decir? Sifón murió. Violado a través de las orejas, no pudo volver a sí mismo, no pudo de ninguna manera eliminar lo que le fue inyectado por vía orejal. En vano se esforzaba; durante horas enteras trataba de olvidar las palabras iniciadoras que tuvo que oír en contra de su voluntad. Le invadió una profunda aversión hacia su tipo malogrado y andaba con un disgusto interno, cada vez más pálido, padecía de un hipo incesante, escupía, se atragantaba, jadeaba, tosía, pero no podía y, por fin, sintiéndose indigno, se colgó una tarde de la percha. Lo que provocó una enorme sensación; hasta en la prensa aparecieron noticias. Pero Polilla no sacó de eso ningún provecho, la muerte de Sifón no mejoró en nada el estado de su facha. Sifón murió y ¿qué hay con eso? Las muecas que Polilla hizo durante el duelo se le pegaron a la cara; no es tan fácil terminar con las muecas, la cara una vez desencajada ya no vuelve en sí, no es de goma. Seguía, pues, andando con una facha tan antipática que aun Bobek y Hopek, sus amigos, lo eludían como podían. Y cuanto más se volvía grotesco tanto más, claro está, por el peón suspiraba; y cuanto más suspiraba tanto más, claro está, la facha se volvía grotesca. Nos juntó la miseria: él suspiraba por el

peón, yo por la moderna, y así el tiempo pasaba en mutuos suspiros, pero la realidad era siempre tan inaccesible e inalcanzable como si tuviésemos una erupción en la cara. Me contó que tenía esperanzas de poseer a la sirvienta de los Juventones; aquella noche, saliendo por la cocina bajo los efectos del aguardiente, le robó un beso, pero ello no le satisfizo de ningún modo. «No es eso —decía—, no es eso». ¿Robar un beso a una sirvienta? Es verdad que es una muchachona descalza, llegada derecho del campo y, según me enteré, tiene un hermano peón, pero no es eso, caramba, miércoles, caracoles… (y usó otras expresiones que no voy a repetir) la hermana no es el hermano, la sirvienta casera no es un peón campestre. Voy por ella en las tardes cuando esa tu Juventona está en la sesión del Comité, la requiebro cuanto puedo, aun en estilo gañán la trabajo, pero todavía no quiere aceptarme como suyo.

Y así se le formaba el mundo: con la sirvienta en el segundo plano, con el peón en el primero. Pero mi mundo se trasladó totalmente desde la escuela a la casa de los Juventones.

La Juventona percibió pronto, con la perspicacia propia de la madre, que estaba enamorado de la hija. No necesito añadir hasta qué punto ese descubrimiento excitó a la doctora, ya excitada bastante por Pimko. Un joven anticuado y amanerado que no sabía ocultar su admiración por los atributos modernos de la colegiala, constituía, por decirlo así, una lengua con la cual ella podía sentir y saborear todos los encantos de la hija y hasta los propios. Me transformé pues en la lengua de esta gorda mujer y cuanto más anticuado, falso, artificial yo era, tanto mejor ellas sentían su modernismo, sinceridad, sencillez. Y esas dos realidades pueriles —la moderna y la antigua— excitándose una a la otra, aguijoneándose y provocándose con millares de circuitos de los más extravagantes, se acumulaban y se apilaban en un mundo cada vez más fragmentario y verde. Llegó a tal punto, que la Juventona, vieja ya directamente, empezó a hacer gala y a vanagloriarse delante de mí de su modernismo que, sencillamente, era el sustitutivo de su juventud. Durante la comida y en ratos libres se efectuaban sin cesar conversaciones sobre la Libertad de las Costumbres, la Época, los Movimientos Revolucionarios, los Tiempos de Posguerra, etcétera, y la vieja estaba chocha por ser, mediante la Época, más joven que un joven que era más joven que ella. Hizo de sí una jovencita, de mí un viejito. «¿Qué tal nuestro joven viejito? —decía—. ¿Nuestro huevo podrido?».

Y con el refinamiento de una doctora moderna me torturaba con su energía vital y su experiencia de la vida, y con lo que conocía de la vida y con lo que le dieron de puntapiés cuando estaba de enfermera durante la Gran Guerra y con su entusiasmo y sus horizontes y su liberalismo de mujer progresista, activa, audaz, y también con su hábito moderno, su higiene cotidiana y su ostentación en visitar el baño. ¡Cosas raras, raras! Pimko me visitaba de vez en cuando. El viejo maestro se deleitaba con mi cuculillo. «¡Qué cuculillo —murmuraba— incomparable!». Y según sus posibilidades todavía aguijoneaba a la Juventona, forzando hasta la exageración su *genre* de pedagogo anacrónico e indignándose con todas sus fuerzas contra la colegiala moderna. Observé que en otras ocasiones, con Piorkowski por ejemplo, no estaba ni la mitad tan viejo y tampoco tenía anticuados principios; y yo no podía comprender si eran los Juventones los que provocaban en él el anacronismo, o si, al contrario, era él quien despertaba el modernismo en los Juventones, o si por fin, mutuamente se complementaban en pro de la suprema razón de la rima. ¿Quién creaba aquí a quién, la moderna colegiala al viejito o el viejito a la moderna colegiala? Pregunta bastante estéril e innecesaria. Hay que ver, sin embargo, cómo se cristalizan mundos enteros entre los muslos de dos personas.

De cualquier modo ambos se sentían perfectamente en ello, él como un pedagogo de viejos principios y concepciones, ella como desenfrenada, y gradualmente las visitas del maestro se hacían más largas y cada vez se dedicaba menos a mí, concentrándose en la colegiala. ¿Tengo que decirlo? Estaba celoso de Pimko. Sufría espantosamente viendo cómo esa pareja se complementaba, cómo armonizaba, rimaba la canzoneta, cómo improvisaban juntos un pequeño y picante poema viejo-juvenil, y era denigrante ver cómo el anticuado con sus muslos mil veces peores estaba, sin embargo, más armonizado que yo con la moderna. Sobre todo el poeta Norwid se convirtió en pretexto de mil jugarretas; el bondadoso Pimko no podía perdonarle su ignorancia al respecto, esto ofendía sus más sagrados sentimientos; ella de nuevo prefería saltar con garrocha y así él se indignaba y ella se reía, él le reprochaba y ella se rebelaba, él suplicaba y ella saltaba, ¡siempre, siempre, siempre! Admiraba la sabiduría y la sagacidad con las que el maestro, no dejando ni por un momento de ser maestro, actuando siempre en maestro, lograba sin embargo gozar de la moderna colegiala por efecto del contraste y por medio de la antítesis, cómo con su maestro la excitaba a colegiala, mientras ella con su colegiala lo excitaba a maestro. Mis celos eran terribles, aunque yo mismo también excitaba antitéticamente y era excitado por ella, pero, ¡por Dios!, yo no quería ser antiguo con ella, ¡yo quería ser moderno con ella!

¡Ay, dolor, dolor, dolor! No podía y no podía liberarme de ella. De nada sirvieron todos los intentos de liberación. El sarcasmo con el cual me defendía contra ella en mis pensamientos no surtía ningún efecto.

Por cierto, ¿qué valor tiene un sarcasmo barato detrás de la espalda? Y además, mi sarcasmo no era otra cosa sino homenaje. Pues en el fondo del sarcasmo se ocultaba el deseo dramático de agradarle; si ironizaba era únicamente para adornarme, tal un faisán, con las plumas de mi ironía, y sólo porque no había sido aceptado. Pero la ironía se volvía contra mí, haciéndome una facha aún más asquerosa y terrible. Y no me atrevía a manifestar esa ironía en su presencia; se encogería de hombros. Porque una muchacha, parecida en eso a todos los demás seres humanos, nunca se asustaría de aquel que la ironizara por no haber sido aceptado… Y el bufón ataque que contra ella emprendí entonces, en su cuarto, tuvo solamente por resultado que desde ese momento se cuidara mucho de mí, me ignorara, como sólo las modernas colegialas saben ignorar, dándose sin embargo perfectamente cuenta de mi enamoramiento por sus modernos encantos. Aumentaba, pues, esos encantos con una refinada crueldad de mocosa, pero eludía con cuidado toda coquetería que la pudiese hacer depender de mí. No para mí, sino para sí misma, se volvía cada vez más salvaje, insolente, atrevida, aguda, ágil, deportiva y muslesca y se dejaba arrastrar afanosa por los encantos modernos. Y se quedaba sentada después de cenar, oh, madura en su inmadurez, segura de sí misma, impasible y sola para sí misma, mientras yo estaba sentado para ella y no podía ni por un solo segundo no estar sentado para ella; en ella estaba, ella me abarcaba en sí junto con mi ironía; sus gustos, sus sabores eran para mí decisivos y podía gustar de mí mismo sólo en la medida en que a ella gustaba. ¡Tortura, hallarse por entero en una moderna colegiala! Y nunca, ni una sola vez, lograr atraparla en la más mínima falla de su estilo moderno, nunca ningún agujero por el cual pudiese fugarme a la libertad, salvarme.

Esto justamente era lo que me hechizaba en ella, la madurez y soberanía en la juventud, la seguridad de estilo. Mientras nosotros, en la escuela, padecíamos de barrites, mientras sin cesar nos salpicaban diversos granitos, ideales, mientras la indolencia nos perseguía en nuestros movimientos y, a cada paso, nos acechaba una «*gaffe*», su *extérieur* era magníficamente acabado. La juventud no era para ella una edad transitoria; para la moderna la juventud constituía el único aceptable, cabal y debido período de la vida humana —*despreciaba la madurez o, más bien, la inmadurez era para ella, madurez*—; no admitía barbas, bigotes, nodrizas ni madres con hijos y de allí provenía su poder mágico. Su juventud no necesitaba ningún ideal porque por sí sola era un ideal. No debe extrañar que yo, torturado por la juventud idealista, estuviera tan sediento de aquella juventud ideal. ¡Pero no me quería! ¡Me hacía una facha! Y cada día me hacía una facha más terrible.

Dios santo ¡cómo me hacía sufrir en mi sentido estético! Oh, no conozco cosa más cruel que cuando una persona hace a otra una facha. Todo le resulta bueno para empujar a su víctima al ridículo, a lo grotesco, a la mascarada, pues tu fealdad nutre su propia belleza, ¡oh, créanme, hacer el culeíto no es nada en comparación con hacer la facha! Por fin he llegado al extremo de soñar en la física destrucción de la colegiala. Afear su carita. Perjudicarla, cortar la nariz. Pero el ejemplo de Polilla y Sifón demostraba que la prepotencia física no sirve de mucho, no, el alma no tiene nada que ver con la nariz, el alma sólo por la superación espiritual se libera. ¡Y qué podía emprender mi alma si se hallaba dentro de ella, si yo estaba en ella, si ella me encerraba en sí! ¿Es posible salirse de alguien por sus propias fuerzas cuando no se tiene ningún apoyo, ningún contacto con nada sino a través de él, cuando su estilo te domina completamente? No, por tus propias fuerzas es imposible, irrealizable, salvo que algún tercero te ayudase, te tendiera por lo menos el dedo meñique. ¿Y quién podía ayudar? ¿Polilla, que no frecuentaba a los Juventones (iba sólo a la cocina pero en secreto) y nunca asistía a mis luchas con la colegiala? ¿Juventón, Juventona, Pimko, todos confabulados con la colegiala? ¿O por fin, la mercenaria sirvienta, ser carente de voz? Y mientras, la facha se volvía cada vez más espantosa; y cuanto más espantosa era tanto más la madre y la hija se consolidaban en su estilo moderno y tanto más espantosa me hacían la facha. ¡Oh, estilo, instrumento de la tiranía! ¡Maldición! ¡Pero se equivocaron las brujas! Pues llegó el momento en que, accidentalmente, a causa del Juventón (sí, del Juventón) se debilitó el yugo del estilo y yo recuperé un tanto mi poder. Entonces, entero me lancé al ataque. ¡A ella, a ella, sobre el estilo, sobre la hermosura de la moderna colegiala!

Cosa extraña, al ingeniero debo la salvación. Si no fuese por el ingeniero habría quedado aprisionado para siempre, fue él quien sin querer procuró que se originara una pequeña traslación y que de repente la colegiala se encontrara en mí, no yo en la colegiala; sí, el ingeniero me encajó su hija y le quedaré agradecido hasta la muerte. Recuerdo cómo empezó eso. Me acuerdo: vuelvo de la escuela para almorzar, los Juventones ya están sentados a la mesa, la sirvienta trae una sopa de papas, la colegiala también está sentada, sentada perfectamente con mucha cultura física y en zapatos con suela de goma.

No tomó mucha sopa; en cambio bebió un vaso de agua y comió una tajada de pan, eludía la sopa; este alimento tibio, aguadizo, demasiado fácil, debía seguramente perjudicarle en su tipo y cabe suponer que quería quedarse el mayor tiempo posible hambrienta, por lo menos hasta que llegara la carne, porque

la muchacha moderna hambrienta tiene más clase que la muchacha moderna saciada. La Juventona madre también tomó muy poca sopa y a mí no me preguntó nada de cómo me había ido en la escuela. ¿Por qué no preguntó? Porque no le gustaban esas preguntas maternas y, en general, el estilo madre le disgustaba un tanto, no le agradaba la madre. Prefería la hermana.

—Sírvete, Víctor, la sal —dijo alcanzando la sal al marido, en el tono de una fiel compañera y lectora de Wells, y añadió, con la mirada hundida un poco en el futuro, un poco en el espacio, con acento de rebeldía humanitaria frente a la infamia del mal social, de la injusticia y del abuso—. La pena de muerte es un anacronismo.

Y entonces Juventón, aquel ingeniero y consciente urbanista que estudiara en París y trajera de allá su toque europeo negrucho, su modo de vestir negligente, en zapatos amarillos trenzados que se destacaban mucho en él, con el cuello de la camisa desprendido y con gafas de carey, carente de prejuicios, pacifista activo y admirador de la científica organización del trabajo, con chistes y anécdotas científicas y con chistes de cabaret, dijo, tomando la sal:

—Gracias, Juana. —Luego añadió con voz de un consciente pacifista pero no sin un grano de estudiante de la politécnica—: En Brasil hunden barriles enteros de sal mientras aquí un grano vale 6 céntimos. ¡Políticos! Nosotros, los profesionales. La reorganización del mundo. La Liga de las Naciones.

Y entonces la Juventona respiró profundamente y dijo con inteligencia y con la visión de un futuro mejor, uniéndose a la lucha de la Polonia de ayer y aspirando a la Polonia de mañana:

—Zutka, ¿quién era ese muchacho que te acompañaba a la casa? Si no quieres, puedes no contestar. Sabes que no te controlo en nada.

Juventona hija comió un pedacito de pan, indiferente.

—No sé —dijo.

—¿No sabes? —dijo la madre con placer.

—Se me pegó en la calle —dijo la colegiala.

—¿Se te pegó? —dijo Juventón.

En verdad preguntó maquinalmente. Pero la pregunta resultó algo pesada y podía producir el efecto de una recriminación paternal bastante anticuada. Por eso la Juventona madre intervino:

—¿Y qué hay de raro en eso? —exclamó, pero con una desenvoltura algo (podía ser) exagerada—. ¡Se pegó a ella, gran cosa! ¡Que se pegue! ¿A lo mejor tienes una cita con él, Zutka? ¡Perfectamente! ¿A lo mejor quieres hacer con él una excursión en bote por todo el día? ¿O quieres pasar el *weekend* con él y quedarte toda la noche? Quédate entonces —dijo servilmente—, quédate tranquila. ¿O puede ser que quieras quedarte con él sin dinero, que quieras que él pague por ti, o, al contrario, prefieres pagar por él, para que él sea mantenido por ti? En ese caso te daré plata. Pero seguramente ambos os arreglaréis sin dinero, ¿eh? —exclamó, presionando con todo el cuerpo.

La doctora en verdad galopó algo lejos, pero la hija ágilmente esquivó a la madre, que con excesiva evidencia quería gozar por su intermedio.

—Cómo no, cómo no, mamá —dijo a guisa de respuesta, sin servirse más albóndigas porque la carne picada no le resultaba provechosa, como demasiado fofa y, qué sé yo, fácil. La moderna tenía mucho cuidado con sus padres, no les permitía nunca acercarse demasiado.

Pero ya el ingeniero retomaba el tema lanzado por su mujer. Como la esposa había insinuado que a él le chocaba la conducta de su hija, quiso demostrar lo contrario. De tal modo ellos retomaban alternativamente sus temas. Y exclamó:

—¡Claro está que no hay nada de malo en eso! Zutka, si deseas tener un hijo natural, ¡sírvete no más! ¿Qué hay de malo? El culto de la virginidad se acabó. ¡Nosotros, los ingenieros constructores de la nueva realidad social no admitimos el culto de la virginidad propio de viejos estancieros!

Ingirió un trago de agua y calló, temiendo haber galopado demasiado lejos. Pero entonces la Juventona retomó el tema e indirecta, impersonalmente, empezó a sugerir a la hija un hijo natural; expresaba su liberalismo, subrayaba la extraordinaria facilidad de la juventud contemporánea bajo ese aspecto, etc., etc. Este era el caballo de batalla favorito de ellos. Cuando uno bajaba de él, atemorizado por haberse dejado llevar demasiado lejos, el otro en seguida subía y galopaba. Tanto más extraño resultaba aquel galope cuanto en verdad, como ya se ha dicho de todos ellos (del Juventón también), no les gustaban las madres ni los hijos. Pero hay que comprender que ellos subían sobre aquel pensamiento, no desde el lado de la madre, sino de la colegiala, y no del hijo legítimo, sino del natural. Sobre todo la Juventona madre anhelaba, con el hijo natural de su hija, colocarse a la vanguardia de los tiempos y le hubiera gustado que fuese un niño engendrado accidentalmente, de modo fácil, atrevido, insolente, entre los arbustos y durante una excursión deportiva con un camarada de la misma edad, así como cuentan las

novelas modernas, etc. Además, ya el solo hecho de hablar de eso, el solo hecho de que los padres aconsejábanlo a la colegiala, realizaba en parte el deseo. Y gozaban de esa idea con tanto más atrevimiento cuanto que sentían mi nopodermiento frente a ella; en verdad, no sabía todavía defenderme contra el hechizo de los dieciséis años entre los arbustos.

Pero no tomaron en cuenta que yo aquel día ya estaba demasiado hundido, hasta para envidiar. Bueno, desde dos semanas atrás me hacían la facha sin cesar y la facha al fin y al cabo se había vuelto tan fatal que en verdad ya ni podía sentir envidia. Comprendí que el muchacho del que hablaba la Juventona no era otro sino, seguramente, Kopeida, pero qué hay con eso, igual, melancolía, tristeza, tristeza y miseria, miseria y cansancio enormes, la resignación. En vez, pues, de acercarme a la idea desde su lado verdeazul, orgulloso, fresco, me acerqué de modo miserable. Y… qué… el niño es un niño, pensaba, imaginándome el parto, la nodriza, las enfermedades, las suciedades infantiles, los gastos y también que la criatura con su calor infantil y la leche aniquilaría muy pronto a la muchacha, transformándola en una madre pesada y tibia. Por eso expresé de modo miserable, mental, inclinándome hacia la colegiala:

—Mamita…

Y pronuncié eso con gran tristeza, pobreza y no sin cierto calorcito; encerré en esta expresión todo aquel calorcito mamitiano que ellos no querían admitir en su visión del mundo, aguda, fresca, juvenil. ¿Para qué lo dije? Así, no más. La muchacha, como toda muchacha, era ante todo una esteta, la hermosura era su tarea principal, pero yo, aplicando a su tipo la tibia, sentimental y algo descuidada expresión «mamita» creaba algo repulsivamente mamarrachal y antihermoso. Y pensaba que a lo mejor estallaría con eso. En verdad, sabía que me esquivaría y que la antihermosura se quedaría en mí, pues tales eran las relaciones entre nosotros que todo lo emprendido contra ella se me pegaba, como si escupiese contra el viento.

Y de golpe y porrazo ¡qué risotada se mandó el Juventon!

Risoteó sin querer, sorprendido, risoteó guturalmente agarró la servilleta, se avergonzó; risoteaba con ojos desorbitados, risoteaba hipando en la servilleta, convulsa y automáticamente, contra su voluntad. ¡Hasta me asombré! ¿Qué fue lo que le cosquilleó en el sistema nervioso? ¿Esta palabra mamita? Le hizo reír el contraste entre su muchacha y mi mamita, lo asociaba con algo, a lo mejor con el cabaret o, posiblemente, mi voz triste y quejumbrosa le condujo al desván del género humano. Tenía la particularidad, común a todos los ingenieros, de ser gran aficionado al cabaret y mi expresión sin duda no era del todo ajena al cabaret. Y risoteaba con tanto más intensidad cuanto había cantado un momento antes las alabanzas del hijo natural. Las gafas cayeron de su nariz.

—Víctor —dijo la Juventona.

Y yo todavía eché leña al fuego:

—Mamita, mamita…

—¡Perdón, perdón… —risoteaba—, perdón, perdón!… ¡Pero! ¡No puedo! Perdón…

La muchacha se inclinó sobre su plato y de pronto percibí, casi físicamente, que a través de la carcajada paternal la había alcanzado mi palabra —así que la alcancé, fue alcanzada—, sí, sí, no me equivocaba, la risa del padre cambió la situación, me sacó de la colegiala. ¡Por fin podía alcanzarla! Me quedé silencioso…

Los padres también lo comprendieron, corrieron en su socorro:

—Me extraña, Víctor —dijo la Juventona—, los comentarios de nuestro viejito no son nada jocosos. ¡Es esta una pose, nada más!

El ingeniero se dominó por fin:

—¿Qué, crees que yo reía de eso? Nada parecido, ni siquiera oí bien. Recordé algo…

Pero sus esfuerzos aun agravaban la situación de la colegiala. Aunque no alcancé a comprender bien lo que pasaba, repetí todavía unas veces «mamita, mamita» en el mismo tono pobre, indolente, y la repetición transmitió más fuerza aún a la palabra, pues el ingeniero de nuevo chilló con una risa corta y entrecortada, gutural y sofocada. Y seguramente su risa le hizo reír, porque de repente relinchó, a rienda suelta y tapándose la boca con la servilleta.

—¡Hágame el favor de no meterse en la conversación! —me gritó la doctora sumamente irritada, pero su irritación aumentaba aún más el malestar de la hija, que al fin sacudió los hombros:

—Déjalo en paz, mamá —dijo con aparente despreocupación, pero esto también la hundía. ¡Qué raro! Tan radicalmente cambió la situación entre nosotros que ahora cada palabra los hundía más. En verdad, me agradaba el ambiente. Sentía que recuperaba mi podermiento frente a la colegiala. Pero todo me era igual; y sentí que recuperaba el podermiento justamente porque todo me era igual; y sabía también que si trocase la tristeza y la indolencia, la miseria y la pobreza, por el triunfo, en seguida mi podermiento

resultaría aniquilado, pues, para expresarme con justeza, era eso un mágico superpodermiento fundado y basado en un declarado y resignado nopodermiento. Entonces, para consolidarme en mi pobreza y demostrar hasta qué punto todo me era indiferente, y cómo era indigno de todo, comencé a chapotear en la compota, metía adentro migas, restos, hojitas de ensalada y lo revolvía con el dedo. Tenía una facha… qué importa, para mí todo era bueno. «¡Ah, diablos, qué importa!», pensaba soñoliento, y añadía todavía un poco de sal, de pimienta y dos escarbadientes, ah, igual, de todo comeré, cualquier cosa sirve para mí, igual… Y era como si estuviese sentado en un foso mientras revoloteaban sobre mí los pajaritos… Descansaba…

—¿Qué hace?… ¿Qué hace?… ¿Por qué, señor, ensucia la compota?

La Juventona preguntó en voz baja pero con nerviosismo. Levanté mi mirada indolente por encima de la compota.

—Yo así no más… a mí igual… —murmuré dolorosa y asquerosamente.

Me di a ingerir mi compota; y, por cierto, esa compota ya de ningún modo ofendía mi espíritu. Es difícil expresar el efecto que tuvo eso sobre los Juventones; no esperaban un éxito tan fuerte.

El ingeniero chilló por tercera vez con una risa cabaretal, cocinal, traseral. La muchacha se inclinó sobre su plato y comía su compota en silencio, correcta, disciplinada, hasta heroica. La doctora palideció, y me miraba como hipnotizada y con evidente espanto. ¡Temía! «¡Es una pose! ¡Pose! —balbuceaba—. No comas… ¡No permito! ¡Zutka! ¡Víctor! ¡Zutka! ¡Zutka! ¡Víctor, impide, no permitas!». Oh… yo comía siempre —¿y por qué no comer?— de todo comeré, un ratón muerto, todo es igual… Eh, Polilla —pensaba — bueno, bueno… bueno… Igual, qué importa, cualquier cosa tragaré, igual, qué importa, igual…

—¡Zutka! —gritó estridentemente la Juventona. Era insoportable para la madre ver al admirador de la hija consumiendo todo sin discriminación. Mas entonces la colegiala, que justamente había terminado su compota, se levantó de la mesa y salió. La Juventona salió tras ella, el Juventón también salió, hipando convulsivamente y tapándose la boca con el pañuelo. No se sabía si habían terminado la cena o si huían. Yo sabía: ¡huían! ¡Salté para perseguirlos! ¡Victoria! ¡Adelante, ataca, persigue, golpea, mata, atrapa, domina, acecha, presiona; estrangula, sofoca, sin piedad! ¿Temían? ¡Asustar! ¿Huían? ¡Perseguir! Silencio, tranquilo, tranquilo, tranquilo, no dejes la miseria y la pobreza, no cambies al mendigo por el vencedor, es el mendigo quien te trajo la victoria. ¿Temían que yo les anarquizara a la muchacha lo mismo que a la compota? ¡Oh, ahora ya sabía cómo romper el estilo de la colegiala! Y podía mental, intelectualmente, rellenarla con todo lo que me diera la gana, mezclar, chapotear, remover, desmigajar, desquiciar, sin restricción alguna. Pero tranquilo, tranquilo…

¿Quién iba a creer que el risoteo subterráneo del Juventón me devolvería la capacidad de resistencia? Mis actos y pensamientos recuperaron su garra. No, la batalla no estaba ganada. Pero ya, por lo menos, podía actuar. Sabía cómo actuar. La compota me aclaró todo. Así como embarré la compota, convirtiéndola en una anárquica mezcolanza, así podía también aniquilar el modernismo de la colegiala, rellenándola con elementos ajenos y heterogéneos, mezclándola con todo. ¡Cógelo, cógelo! ¡Adelante sobre el moderno estilo, sobre la hermosura de la moderna colegiala! Pero silencio… silencio…

IX
El espiar y consiguiente internarse en la modernidad

En silencio me fui a mi cuarto y me acosté sobre el canapé. Tenía que preparar el plan de acción. Temblaba, y el sudor me anegaba, pues sabía que, en mi peregrinaje, debía ahora descender hasta el fondo mismo del infierno. Pues nada de lo que tiene buen gusto puede ser, en verdad, atroz (como ya la misma palabra «gusto» lo indica); sólo el *disgusto*, lo que no gusta, es auténticamente vomitable. Qué lindos, qué románticos y clásicos son esos asesinatos, violaciones, vaciamientos de ojos, que abundan en la prosa y la poesía; el ajo con chocolate, esto sí que es terrible, no los magníficos y atrayentes crímenes en Shakespeare. No, no me hablen de esos vuestros sufrimientos rimados, mimados, que nunca ofenden el buen gusto y que nos tragamos fácilmente como unas ostras, no me hablen de los bombones de la infamia, del budín de la atrocidad, las masitas de la miseria, los dulces del dolor y golosinas de la desesperación. ¿Y por qué una autora que pone su dedo heroico en las más sangrientas heridas sociales, describiendo sin temor la muerte por hambre de una familia obrera, compuesta de seis o de diez personas, por qué, pregunto, ella nunca se atrevería a hurgarse el oído en público con el mismo dedo? Porque esto sería mucho más terrible. La muerte por hambre o, durante la guerra, la muerte de un millón de hombres, es algo que se puede tragar y aun con gusto, pero existen siempre en el mundo combinaciones incomibles, vomitables, malas, inarmónicas, repugnantes y repulsivas, ¡ay, diabólicas!, que no aguanta la sensibilidad humana. Y sin embargo nuestro primer deber es gustar a los demás, debemos gustar, gustar, ¡que muera el esposo, la esposa e hijos que el corazón se haga pedazos, pero con gusto, con gusto! Sí, lo que debía emprender en nombre de la Madurez y para liberarme del hechizo de la colegiala era ya una actuación antigastronómica y en contra del estómago, frente a la cual se rebela el paladar.

Además, no me hacía ilusiones; mi éxito durante la cena era bastante dudoso, se refería más bien a los padres; la muchacha salió sin daño serio, quedaba siempre lejana e inalcanzable. ¿Cómo alcanzarla en su moderno estilo? ¿Cómo hacerla entrar en la órbita de mi actuación a pesar de la distancia que nos separaba? Pues, además de la distancia psíquica, existía también la física; nos veíamos sólo durante el almuerzo y la cena. ¿Cómo afearla, cómo rellenarla mentalmente, a distancia, es decir, cuando no estaba con ella, cuando ella estaba sola? Únicamente, pensaba, atisbando y acechando. Esta función me era ya facilitada por ellos hasta cierto punto, porque desde el comienzo mismo de nuestra convivencia me tomaron por espía y atisbador. Quién sabe —pensaba siempre con indolencia pero no sin esperanza— si, poniendo el ojo en el agujero de la puerta, no veré en seguida algo en ella que me rechazará, porque muchas bellezas se comportan, solas en su cuarto, en forma repugnante hasta la locura. Mas por otra parte arriesgaba mucho, porque algunas de las colegialas, sujetas a la disciplina del encanto, se cuidan tanto en la soledad como en público. Así que, en lugar de la fealdad, podía ver la belleza y la belleza vista en la soledad resulta todavía más aplastante. Recordaba cómo, habiendo entrado de improviso en su cuarto, encontré a la colegiala acercando un trapo a su pie en una actitud muy estilizada; sí, pero por otro lado el solo hecho de atisbarla, ya en cierta medida la afeaba e infamaba; cuando feamente miramos a la hermosura algo de nuestra mirada se pega a ella.

Así razonaba de modo algo afiebrado; por fin pesadamente me levanté del canapé y me dirigí a la cerradura de la puerta. Empero, antes de aplicar la mirada al ojo, miré por la ventana; el día era magnífico, fresco, otoñal; en la calle, iluminada por el otoño, Polilla a hurtadillas se acercaba a la entrada de servicio. Seguramente para visitar a la sirvienta. Sobre la quinta vecina las palomas volaron bajo el sol claro, en la lejanía se dejó oír una bocina, una *nurse* jugaba con un niño y los vidrios se bañaban en el sol ya declinante.

Delante de la casa se paró un mendigo, un miserable viejo, barbudo y velludo, desgraciado y desesperado. El barbudo me sugirió una idea; con desgarbo y pesadamente salí a la calle y corté una ramita verde del árbol.

—Vea —dije—, aquí tiene 50 centavos. Le daré todavía un zloty, pero debe ponerse esta ramita en la boca y tenerla así hasta la noche.

El barbudo se puso el verdor en la boca y, no se sabe por qué, el joven verdor en su vieja boca me proporcionó un alivio. Bendiciendo al dinero que sabe conseguir aliados, volví a la casa. Acerqué el ojo a la cerradura. La colegiala se movía como todas las muchachas suelen moverse en su cuarto. Algo arreglaba en los cajones, sacó un cuaderno —lo puso sobre la mesa—, y veía su perfil, el perfil de una típica colegiala, inclinado sobre el cuaderno.

Espié miserablemente, sin descanso, desde las 4 hasta las 6 (mientras el mendigo llevaba la ramita en la boca sin cesar), en vano esperando que tal vez se traicionara al evidenciar, por algún reflejo nervioso, su derrota durante el almuerzo, mordiéndose, digamos, los labios o frunciendo las cejas. Nada de eso. Como si nada hubiese ocurrido. Como si yo no existiese. Como si nunca nada hubiese perturbado su colegialismo. Y aquel colegialismo, con el tiempo, se volvía cada vez más frío, cruel, más indiferente e inaccesible, y se podía dudar de la posibilidad de perjudicar a la colegiala, que en la soledad se comportaba del mismo modo que en público. Casi se podía dudar de que algo hubiese ocurrido durante el almuerzo. Alrededor de las 6 la puerta se abrió de improviso: apareció la doctora.

—¿Trabajas? —preguntó con alivio, escudriñando a la hija atentamente—. ¿Trabajas?

—Preparo el deber de alemán —contestó la hija.

La madre suspiró varias veces.

—Trabajas, está bien. Trabaja, trabaja.

La acarició tranquilizada. ¿También ella sospechaba un quebrantamiento en la hija? Zutka hurtó la cabecita. La madre quiso decir algo, abrió la boca y la cerró; se contuvo. Echó alrededor una mirada inquisitiva.

—¡Trabaja! ¡Trabaja! ¡Trabaja! —decía con nerviosismo—. Sé activa, intensa. Por la noche escápate al *dancing*, escápate al *dancing*, escápate al *dancing*. Vuelve tarde, duérmete con un sueño de piedra…

—¡No me trastornes la cabeza, mamá! —exclamó duramente la colegiala—. ¡No tengo tiempo!

La madre la miró con admiración oculta. La dureza de la colegiala la tranquilizó por completo. Comprendió que la hija no se había ablandado nada durante la cena. Y, a mí, me oprimió la garganta aquella brutal dureza de la colegiala. Su dureza era dirigida contra ella misma y nada nos conmueve tanto como ver a la amada cruelmente dura no sólo frente a nosotros, sino hasta en nuestra ausencia, practicando su brutalidad e intransigencia, como ejercitándose para cualquier eventualidad. Además, la poesía de la muchacha se acentuaba dolorosamente en su brutalidad. Cuando la madre se ausentó, inclinó sobre el cuaderno el perfil y, lejana y cruel, se puso a preparar los deberes soberanamente.

Sentía que si por más tiempo permitía a la joven ser poética en la soledad y si no establecía de inmediato un contacto directo entre ella y yo, el asunto podía tomar un giro bastante trágico. En vez de afearla le añadía más encanto, en vez de atraparla yo por la garganta, ella me atrapaba por la garganta. Tragué saliva ruidosamente detrás de la puerta, para que supiera que estaba mirándola. Se sobresaltó y no volvió la cabeza —lo que demostraba que se había dado cuenta—; hundió la cabecita entre los hombros, alcanzada. Pero en el mismo momento su perfil dejó de existir en sí y sólo en sí, por lo que, de súbito y manifiestamente, perdió toda poesía. La muchacha, con su perfil bajo mi mirada, luchaba un largo rato, obstinada, silenciosamente, y la lucha consistía en que ni siquiera movió los párpados. Seguía escribiendo y se comportaba como si no fuese espiada por nadie.

Sin embargo al cabo de unos minutos el ojo de la cerradura, que la contemplaba con mis ojos, empezó a molestarla. Para manifestar su independencia y consolidar su impasibilidad, expresamente sorbió por la nariz con ruido, vulgar, feamente, como si quisiera decir: «Mira, no me importa nada, sorbo». Así las jovencitas demuestran su máximo desprecio. ¡Eso esperaba! Cuando, cayendo en un error táctico, sorbió, sorbí también con la nariz detrás de la puerta, no demasiado fuerte pero con claridad, como si, contagiado por ella, no pudiese contenerme. Se calló cual un pajarito —este diálogo nasal era inadmisible para la muchacha—, pero la nariz, una vez movilizada, ya no la dejó en paz; tras una breve vacilación tuvo que sacar el pañuelo y sonarse, después de lo cual todavía con largos intervalos, imperceptiblemente y con nerviosismo, sorbió. Le contestaba con mi nariz detrás de la puerta vez tras vez. Me felicitaba de haber evidenciado la nariz en ella con tanta facilidad, la nariz de la joven era mucho menos moderna que las piernas de la joven, más fácil de superar. Subrayando y acentuando en ella la nariz, daba un gran paso adelante. Si pudiera provocarle un catarro nervioso, si fuera posible ¡resfriar el modernismo!

Y ella no podía, después de tantos sorbos, levantarse y tapar la cerradura con algún trapo; eso equivaldría a confesar que tragaba nerviosamente y por mi causa. Silencio, traguemos miserable y desesperadamente, ¡ocultémonos con la esperanza! No aprecié bastante, sin embargo, la sabia picardía de la muchacha. De golpe, con un ademán amplio, enérgico, se secó la nariz con la mano —con todo el brazo—, y este movimiento atrevido, deportivo, juguetón y divertido, cambió la situación en su favor, adornó los sorbos con encanto. Me agarró la garganta. En ese momento —apenas tuve tiempo de alejarme del agujero — entró en mi cuarto, de improviso, la doctora.

—¿Qué hace? —dijo, contemplando, no sin sospechas, mi actitud indefinida en medio del cuarto—. ¿Por qué… está ahí? ¿Por qué está de pie? ¿Por qué no prepara sus deberes? ¿Acaso no practica ningún deporte? ¡Hay que ocuparse de algo! —profirió con rabia.

Temía por la hija. En mi indefinible postura en el medio del cuarto olfateaba una oscura maquinación contra su hija. No hice ningún movimiento aclaratorio y me quede en el medio, apáticamente, como un desgraciado y como frenado, hasta que la Juventona no aguantó más y me volvió la espalda. Su mirada cayó sobre el mendigo delante de la casa.

—¿Qué tiene aquél? ¿Por qué lleva una ramita en la boca?

—¿Quién?

—El mendigo. ¿Qué significa eso?

—No sé. Se la puso y la tiene.

—Habló con él. Lo vi por la ventana.

—Hablé.

Me sondeaba el rostro. Vacilaba como un péndulo. Presentía que la ramita contenía algún sentido oculto y enemistoso contra la hija, pero no podía saber que la rama verde en la boca se había convertido para mí en un atributo del modernismo. La sospecha de que era yo quien había ordenado al barbudo llevar el verdor era demasiado absurda, no se dejaba formular en palabras. Miró con desconfianza mi mente y salió. ¡Cógela! ¡Pegar! ¡Agarrar! ¡Perseguir, a ella, a ella! ¡Esclava de mi fantasía! ¡Víctima de mi capricho! ¡Silencio, silencio! Salté hacia el agujero de la puerta. A medida que se desarrollaban los acontecimientos me resultaba cada vez más difícil conservar mi primitiva actitud de desesperación y de miseria; la lucha picaba, una malicia bestial aventajaba a la postración y resignación. La colegiala desapareció. Habiendo oído voces detrás de la puerta, comprendió que yo ya no estaba mirando y esto le permitió salir de la trampa. Se fue a la calle. ¿Percibirá el gajito en el mendigo, adivinará *para quién* lo lleva el barbudo? Aunque no adivinara, la rama en el barbudo, la ácida, verde amargura en el agujero bucal del mendigo, tenía que debilitarla, era eso demasiado contrario a su moderna visión del mundo. El crepúsculo caía. Las linternas bañaban la ciudad de morado. El hijito del portero volvía del almacén próximo. Los árboles perdían su hojarasca en el aire limpio, transparente. Un avión bramaba en el azul del cielo. La puerta de entrada sonó, anunciando la salida de la Juventona madre. La doctora, intranquila, turbada, presintiendo algo malo en el aire, se apersonó en la sesión del comité deseosa de procurarse —para cualquier eventualidad— algún elemento maduro, mundano, social.

LA PRESIDENTA. Señoras, en la orden del día tenemos, para tratar, la plaga de las criaturas abandonadas.

LA DOCTORA JUVENTONA. ¿De dónde sacaremos fondos?

El crepúsculo caía y el mendigo se quedaba en la calle con su verdor joven, una disonancia. Yo estaba solo en la casa. No sé qué «sherlockholmesada» empezaba a insinuarse en los cuartos vacíos, algo detectivesco penetraba el ambiente mientras estaba así, en las tinieblas, buscando cómo proseguir mi acción tan felizmente comenzada. En vista de que habían huido, decidí revisar la casa: a lo mejor lograría alcanzarlas en esta su aura casera. En el dormitorio de los Juventones —claro, pequeño, limpio y austero— el olor del jabón y de la salida de baño, ese calorcito culto, moderno y civilizado que huele a lima de uñas, calentador a gas y a pijama. Un rato largo me quedé en medio de la pieza, aspirando la atmósfera, analizando los elementos y buscando cómo y de dónde sacar el ingusto reinante, cómo asquerosear el ambiente.

En apariencias, no había a qué pegarse. La limpieza, el orden y la luz, decencia y austeridad; el dormitorio era, a simple vista más simpático que los dormitorios a la antigua moda. Pero ignoraba a qué se debía que la *robe de chambre* del doctor moderno, su pijama, su esponja, su crema de afeitar, sus zapatillas, pastillas de agua mineral y el instrumento gimnástico de la esposa, la cortinita clara, amarilla en la ventana moderna, causaran una impresión tan desagradable. ¿Estandardización? ¿Filisteísmo? No, no era eso. No. ¿Por qué? Me detuve, no pudiendo descubrir la fórmula del ingusto, careciendo de palabra, gesto, acto con los cuales pudiera pescarlo, concretarlo; mi mirada alcanzó un libro dejado sobre la mesita. Eran las

memorias de Chaplin, abiertas allí donde cuenta cómo Wells bailó solo delante de él una danza de su invención. «Después H. G. Wells bailó magníficamente un baile de su fantasía». El baile solo del escritor inglés me ayudó a pescar el ingusto ambiente como con un anzuelo. ¡He aquí el comentario adecuado! Este cuarto no era otra cosa sino justamente *Wells bailando solo delante de Chaplin*. Pues ¿qué era Wells en su danza? Era utopista. El viejo moderno creía que le estaba permitido expresar libremente su alegría de bailar, se obstinaba en su derecho a la alegría y armonía… pirueteaba con la visión de un mundo que llegará un día tras milenios, danzaba solo, adelantándose a los tiempos, bailaba teóricamente porque consideraba que tenía derecho… Pero ¿qué era este dormitorio? También utopía. ¿Dónde había aquí lugar para esos ronquidos y gruñidos que el hombre profiere en sueños? ¿Dónde lugar para la obesidad de la esposa? ¿Dónde lugar para la barba del Juventón, barba afeitada pero sin embargo existente *in potentia*? El ingeniero era, indudablemente, *barbudo*, aunque cada día echaba su barba al lavabo junto con la crema de afeitar, y este cuarto estaba *afeitado*. Antes la selva susurrante constituía el dormitorio de la humanidad; ¿dónde, sin embargo, había lugar para los susurros, la oscuridad, la negrura del bosque, en este cuarto claro, entre las toallas? Qué pobre —y estrecha— era esta limpieza azul y clara, incompatible con el color de la tierra y del hombre. Y los Juventones me parecieron tan espantosos en su cuarto como Wells en su baile solitario delante de Chaplin.

Pero solamente cuando yo mismo emprendí un baile mis pensamientos tomaron cuerpo y convirtiéronse en acto, ridiculizando poderosamente todo alrededor y evidenciando el ingusto. Danzaba y mi danza sin pareja en la soledad y el silencio se hinchaba de locura hasta causarme pavor. Después de haber bailado frente a las toallas, pijamas, cremas, camas y demás instrumentos higiénicos de los Juventones, me retiré rápidamente, cerrando tras de mí la puerta. ¡Les inyecté mi baile en su interior moderno! Pero adelante, adelante, ahora al cuarto de la colegiala, ¡allí bailar, afear!

Mas el dormitorio de la joven, o, mejor dicho, el *hall* donde dormía y estudiaba, era infinitamente menos propicio al arreglo ingustante. Ya el solo hecho de que careciendo de dormitorio propio, durmiera en el rincón del *hall*, emanaba encantadoras y cautivantes sugestiones. Había en eso el gran apuro de nuestro siglo, un nomadismo de la colegiala y no sé qué *carpe diem* vinculado por pasajes secretos con la fácil, apurada, similar a un coche, naturaleza de la juventud contemporánea. Había que suponer que se dormía en seguida de poner la cabecita (cabecita y no cabeza; ya tenían ojos, pero todavía tenían cabecitas) sobre la almohada, y eso de nuevo hacía pensar en la intensidad y el ritmo acelerado de la vida actual. Además, la falta de un dormitorio *sensu stricto* me impedía una acción semejante a la que efectué en el cuarto de los padres. La colegiala, en verdad, dormía no privada sino públicamente, no tenía vida nocturna propia y la dura publicidad de la muchacha la juntaba con Europa y América, con los campos de trabajo, con los cuarteles, las banderas, los hoteles y las estaciones, creaba perspectivas enormemente vastas, excluía la posibilidad de un rincón propio. La ropa, encerrada en el sofá-cama, tenía un papel marginal, no se destacaba, sólo constituía un suplemento al sueño. No había tocador. La colegiala se miraba en el gran espejo de la pared. Ningún espejo manual. Al lado del sofá-cama una pequeña mesita, negra, escolar, sobre la cual había libros y cuadernos. Sobre los cuadernos, una lima de uñas; sobre la ventana, un cortaplumas, barata pluma fuente, manzana, programa de concursos, fotografía de Fred Astaire y otra de Gingers Rogers, atado de cigarrillos opiados, cepillo de dientes, zapatilla de tenis y, dentro de ella, una flor, un clavel dejado accidentalmente. Eso era todo. Qué poco era, ¡y qué mucho!

Me quedé en silencio ante el clavel ¡tenía que admirar a la colegiala! ¡Qué picardía! Echando el clavel en la zapatilla mataba dos pájaros de un tiro, agudizaba el amor con el deporte, ensalzaba el deporte con el amor. Echó la flor en la zapatilla de tenis sudada, y no en una zapatilla común, pues sabía que a las flores sólo no perjudica el sudor deportivo. Asociando el sudor deportivo con la flor, despertaba una simpatía hacia su sudor, le adjuntaba algo florido y lindo. ¡Oh, maestra! Mientras las anticuadas, ingenuas, banales, cultivan las azaleas en los tiestos ella en una zapatilla echa la flor, en una zapatilla deportiva. ¡Y la picara con toda seguridad lo hizo así no más, inconsciente, accidentalmente!

Meditaba qué hacer frente a eso. ¿Echar la flor a la basura? ¿Metérsela al mendigo barbudo en el agujero bucal? Pero todos esos mecánicos y artificiales procedimientos significarían sólo eludir la verdadera dificultad; no, había que neutralizar el hechizo de la flor, allí donde estaba, y no por fuerza física sino psíquica. El barbudo, con su gajito verde en la espesura de la barba, permanecía fielmente delante de las ventanas, una mosca zumbaba sobre el vidrio, desde la cocina se percibía el monótono parloteo de la sirvienta, a la que Polilla tentaba con el peón, más allá un tranvía chillaba en la esquina —con una sonrisita dudosa me quedaba entre esos sonidos diversos—; la mosca zumbó con más fuerza. La atrapé; y arrancándole las patas y las alas, hice de ella una bolita sufriente, pavorosa y metafísica, no del todo redonda mas por cierto bastante abismal, y la *uní* a la flor, silenciosamente la puse dentro de la zapatilla. El

sudor que en esta oportunidad me bañó la frente demostró ser más potente que los florecientes sudores del tenis. ¡Como si me hubiese aliado con el diablo contra la moderna! La mosca, con su sordo, mudo sufrimiento descalificaba la zapatilla, la flor, la manzana, los cigarrillos, y todo el reino de la colegiala, y yo, parado con una malévola sonrisa, prestaba oído a lo que ahora ocurría en el cuarto y en mí, sondeando el ambiente, tal un loco; y pensaba que no sólo los chiquillos suelen torturar gatos y pajaritos, sino que a los grandes y adultos muchachos también se les ocurre torturar, ¡para dejar de ser muchachos de la colegiala, para imponerse a alguna colegiala suya! ¿No es por eso, acaso, que hacían sufrir Trotzky, Torquemada? ¿En qué consistía la colegiala de Torquemada? Silencio, silencio.

El barbudo verdeante permanecía en su puesto, la mosca sufría calladamente en la zapatilla, ahora china, bizantina, en el dormitorio de los Juventones mi baile permanecía, empecé a buscar más profundamente entre las cosas de la moderna. Abrí el ropero, mas la ropa no respondió a mis esperanzas. Los pantalones interiores no perjudicaban a la muchacha, habían perdido su espíritu casero… eran más parecidos a *shorts* de ejercicios gimnásticos. En cambio dentro del cajón, que abrí con un cuchillo, un montón de cartas, la correspondencia amorosa de la colegiala. Me eché sobre ella mientras el barbudo, la mosca, el baile actuaban siempre, sin cesar.

¡Oh, el pandemónium de la colegiala moderna! ¡Qué contenidos encerraba aquel cajón! Sólo entonces me enteré de cuan terribles misterios son dueñas las colegialas contemporáneas, y qué pasaría si alguna quisiera traicionar lo que se le hubiera confiado. Pero esos misterios se hunden en las jóvenes como una piedra en el agua, son demasiado lindos, demasiado hermosos para poder contarlos… y aquellas que no están enmudecidas por la belleza no reciben tales cartas… Hay algo ultraconmovedor en eso de que sólo las personas sujetas a la disciplina de la hermosura tienen acceso a ciertos vergonzosos contenidos psíquicos de la humanidad. ¡Oh, la muchacha, ese receptáculo de la vergüenza, cerrado con la llave de la beldad! Aquí, en este templo, cada uno, joven o viejo, depositaba tales cosas que posiblemente preferiría morir tres veces seguidas y quemarse a fuego lento, antes que fuesen dadas a la publicidad… Y el rostro del siglo, el rostro del siglo XX, del siglo de la confusión de las edades, aparecía dudoso como un Sileno.

Había allí, entre otras, cartas amorosas de los escolares, tan desagradables, irritantes, provocadoras, indolentes, empecinadas, fatales, infamantes y vergonzosas, que nunca nada parecido había visto la historia, ni la antigua, ni la medieval. Y si algún muchacho de Asiría, de Babilonia o de Grecia, o aun de Polonia antigua, hubiese leído eso, sin duda se hubiera puesto colorado, ¡se agarraría a trompadas! ¡Oh, qué cacofonías! ¡Qué falsedades más rascantes de esta canción amorosa! Como si la misma naturaleza en su ilimitado desprecio para con los miserables mozos, rellenos de tanta ideología, les hubiese quitado la voz frente a la joven, con el fin de impedir la procreación del género de los escolares. Y sólo esas cartas que de miedo no expresaban nada eran soportables: «Zutka, con Marísita y Luis, mañana, en la cancha, avisa, Enrique». Sólo tales no eran comprometedoras… Encontré sendas cartas de Bobek y Hopek, vulgares en su contenido y en su forma ordinarias, que trataban de lograr las apariencias de la madurez mediante una brutalidad excesiva. Se dejaban atraer como las mariposas nocturnas al fuego, a sabiendas de que se quemarían…

Pero las cartas de los estudiantes universitarios eran no menos temerosas, aunque mejor enmascaradas. Se veía cómo cada uno de ellos temía y se esforzaba, cómo se cuidaba y medía las palabras, para no caer directamente en el abismo de su inmadurez, de sus muslos. Los muslos no les dejaban en paz, había una antítesis irreductible entre el muslo, adormecido e inconsciente en su verdor primitivo, y todo lo que podía soñar la cabeza. Mas por eso justamente no se mencionaba nunca a los muslos; en cambio se hablaba mucho del sentimiento, de asuntos sociales, económicos o mundanos, del bridge y de las carreras hípicas y aun del cambio de la estructura estatal. Sobre todo los políticos, esos gritones de la «vida estudiantil», con suma habilidad ocultaban sus muslos, y sin embargo mandaban sistemáticamente a la colegiala todos sus programas, proclamaciones y declaraciones ideológicas. «Zutka, ¿quiere usted enterarse de nuestro programa?» escribían, pero en los programas tampoco había nada de los muslos, salvo si no les ocurría esporádicamente un *lapsus linguae*. Por ejemplo en vez de «el trémolo de la bandera» se escribía «el tremuslo de la bandera». Y también en vez de decir «el muro de la patria» se expresaron «el muslo de la patria». Fuera de esos dos casos los muslos nunca trascendieron. Asimismo en los escritos, por otra parte, bastante lujuriosos, mediante los cuales las viejas tías, que publicaban en la prensa notas sobre la «época del jazz» y la «desnudez en la playa», trataban de entrar en un contacto espiritual con la colegiala para salvarla de la perdición, los muslos estaban estrictamente ocultados. Al leerlas, se tenía la sensación de que en absoluto no se trataba en ellas de los muslos.

Además, montones de esos, comunes hoy día, volúmenes de versos, en cantidad no menor de trescientos o cuatrocientos, se acumulaban en el fondo mismo del cajón, sin haber sido —hay que

confesarlo— asimilados y ni aun abiertos por la cuerda colegiala. Estaban provistos de dedicatorias concebidas en tono interior, sincero, honesto, que con suma energía exigían la lectura de la muchacha, obligaban a la lectura; con expresiones rebuscadas y mordaces condenaban el no leer de la muchacha, mientras elogiaban y exaltaban hasta el cielo el leerlos, amenazaban con la expulsión de la *élite* por el no leer y clamaban que la joven leyera en vista de la soledad del poeta, la labor del poeta, la misión del poeta, la vanguardia del poeta, la inspiración del poeta y el alma del poeta. Lo más raro, sin embargo, era que aquí tampoco se mencionaban los muslos. Aun más raro, los títulos de los volúmenes no contenían ni un comino de muslos. Sólo auroras y Auroras Nacientes y Nuevas Auroras y la Nueva Alba y la Época de la Lucha y la Lucha de la Época y la Época Difícil, y la Época Joven y la Juventud en Guardia y la Guardia de la Juventud y la Juventud Luchadora y la Juventud en Marcha y Adelante jóvenes y la Amargura Joven y los Ojos jóvenes y la Boca Joven y la Primavera Joven y mi Primavera y Primavera y Yo y los Ritmos Primaverales y el Ritmo de Ametralladoras, Semáforos, Antenas, Hélices y Mi Despertar y Mi Caricia y Mis Nostalgias y Mis ojos y Mis Labios (de los muslos ni sombra), todo escrito en tono poético, con rebuscadas asonancias o sin rebusca de asonancia, y con atrevidas metáforas o con embriaguez del verbo. Pero pocos muslos, casi nada, no se podía pescar ni un muslo. Los autores con gran maestría poética, y muy hábilmente, se ocultaban detrás de la Belleza, la Perfección Técnica, la Lógica Interna de la Obra, la Férrea Consecuencia de las Asociaciones, o tras la Conciencia de las Clases, la Lucha, el Amanecer de la Historia y otros semejantes, objetivamente antimuslescos elementos. Mas en seguida se hacía evidente que esos versitos, en su complicado y esforzado arte que a nadie servía para nada, constituyen sólo una complicada cifra, y que debe existir alguna real y suficiente razón que obliga a tantos insignificantes soñadores a componer esas extravagantes charadas. Y después de meditar un rato logré traducir a un idioma comprensible el contenido de la siguiente estrofa:

EL VERSO

Los horizontes estallan como botellas
la mancha verde crece hacia el cielo
me traslado de nuevo a la sombra de los pinos
y desde allá
tomo el último trago insaciable
de mi primavera cotidiana.

MI TRADUCCIÓN

Los muslos, los muslos, los muslos,
los muslos, los muslos, los muslos, los muslos
el muslo.
Los muslos, los muslos, los muslos.

Además —y aquí empezaba el verdadero pandemónium de la colegiala— además había todo un montón de íntimas cartitas de parte de los jueces, abogados y procuradores, farmacéuticos, comerciantes, estancieros, médicos, etc. ¡de todos aquellos brillantes e imponentes personajes que tanto me impresionaran siempre! Me asombraba, mientras la mosca seguía con sus sufrimientos mudos. ¿Entonces ellos también, a pesar de las apariencias, mantenían relaciones con la moderna colegiala? ¡Increíble —repetía— increíble! ¿Entonces la Madurez les resultaba tan pesada que, en secreto para la esposa y los hijos, mandaban largas epístolas a la moderna colegiala del 2º año? Naturalmente, aquí todavía menos se podía encontrar algo de los muslos; al contrario, cada uno detalladamente explicaba por qué iniciaba ese «intercambio de ideas», confiando en que «Zutka» lo comprendería, no tomaría eso a mal, etc., etc. Después rendían homenaje a la moderna en palabras torcidas, pero serviciales, conjurándola entre líneas a que se dignara soñar con ellos, naturalmente en secreto. Y cada uno, sin mencionar empero los muslos, subrayaba y destacaba cuanto podía el muchacho Moderno en él encerrado. El fiscal: «Aunque llevo una toga, soy en realidad un muchacho para los recados. Soy disciplinado. Hago lo que me ordenan. No tengo opiniones propias. El presidente del tribunal puede retarme delante de todos y tengo que levantarme y pedir permiso para hablar, tal un muchacho». El político aseguraba: «Soy muchacho, nada más que un muchacho político, muchacho histórico». Un suboficial escribía lo siguiente: «Tengo que obedecer ciegamente. A la orden tengo que sacrificar la vida. Soy esclavo. Mira que los jefes siempre nos llaman “muchachos”, sin tomar en cuenta la

edad. No creas en mi partida de nacimiento, esto es un detalle puramente exterior, la esposa y los hijos son nada más que un suplemento… soy un muchacho militar, con alma fiel y ciega de muchacho, y hasta los soldados dicen que soy perro, sí, sí "¡soy un perro!"». El estanciero: «Ya estoy en bancarrota, mi esposa irá a trabajar como muchacha de cocina, mis hijos tendrán vida perra y yo no soy ningún hacendado, sino un muchacho exilado, muchacho perdido. Siento un goce secreto». Empero los muslos en *toutes lettres* ni una sola vez eran mencionados. En los *post scriptum* imploraban la discreción absoluta, subrayando que su carrera terminaría para siempre si una sola palabrita de tales confidencias trascendiese. —Sólo para Ti. Guarda eso para Ti. ¡No digas nada a nadie!— ¡Increíble! Esas cartas me evidenciaron de golpe todo el poder de la moderna colegiala. ¿Dónde no se encontraba su encanto? ¿En qué cabeza no estaban sus muslos? Bajo la influencia de esos pensamientos las piernas se me movieron solas y ya estaban por bailar en honor de los muchachos Viejos del siglo XX, ejercitados, hostigados y castigados con el latigazo, cuando en el fondo del cajón percibí un gran sobre del ministerio ¡y en seguida reconocí la escritura de Pimko! La carta era seca.

«No voy —escribía Pimko— a tolerar más su escandalosa ignorancia dentro de lo abarcado por el programa escolar.

»La cito a presentarse a mi despacho del ministerio, pasado mañana, viernes a las 16:30, a fin de explicarle, aclararle y enseñarle al poeta Norwid y eliminar una falla en su educación.

»Hago observar que cito legal, formal, y culturalmente, como profesor y educador, y que, en caso de desobediencia, mandaré a la directora una moción por escrito para que la expulsen del colegio.

»Subrayo que no puedo soporta más la falla y que, como profesor, tengo derecho a no soportarla. Ruego cumplir, pues. *T. Pimko*, Dr. en Fil. y Prof. Honoris Causa. Varsovia».

¿Tan lejos habíase llegado entre ellos? ¿La amenazaba? ¿Entonces así era la cosa? Tanto tiempo ella le coqueteó con su ignorancia que por fin el maestro mostraba sus garras. Pimko, no pudiendo arreglar una cita con la colegiala en tanto que Pimko, la citaba en su calidad de profesor de enseñanza superior y normal. Ya no se contentaba con el flirteo en la casa, bajo la mirada de los padres; aprovechaba la autoridad de su puesto, quería imponerle a Norwid por vía legal y formal. Ya que no podía hacer otra cosa, quería por lo menos hacerse sentir a la muchacha con Norwid. Yo guardaba la carta en la mano profundamente asombrado, no sabiendo… si esto sería para mi bien… o para mi mal. Pero debajo de esta carta había en el cajón otra, una hoja extraída de una libreta, algunas frases escritas con lápiz, ¡y reconocí la letra de Kopeida! ¡Sí, Kopeida, no cabía la menor duda, Kopeida! Febrilmente agarré la hoja. Lacónica, estrujada, apurada; todo indicaba que fue tirada por la ventana.

«Me olvidé dejarte mi domicilio (aquí seguía el domicilio de Kopeida). Si quieres conmigo yo también quiero. Avísame, *H. K.*».

¡Kopeida! ¿Os acordáis de Kopeida? ¡Ah, en seguida comprendí todo! ¡No me engañaron mis presentimientos!

Kopeida era aquel desconocido muchacho que acompañaba a la colegiala (como se había dicho durante la cena). Kopeida tiró por la ventana esta hoja. Conoció a la joven en la calle y he aquí que ahora le hacía una proposición complementaria ¡cuán inmediata y moderna! «Si quieres conmigo yo también quiero», proponía de modo concreto y breve… La vio en la calle, sintió su *sex appeal*, le habló… y ahora le había arrojado un papelito pasando frente a la ventana, sin formalismos innecesarios, según las nuevas costumbres de los jóvenes entre sí… ¡Kopeida! Y ella… ella por cierto ni siquiera conocía su apellido pues no se había presentado…

Todo eso me agarró por la garganta.

¡Y aquí de nuevo Pimko, el viejo Pimko, que cultural, legal, oficial y formalmente se imponía como profesor que era! ¡Debes, debes satisfacerme en lo que se refiere a Norwid, pues yo soy tu dueño, tu maestro, eres mi esclava, colegiala!… Aquel tenía derecho a ella como hermano, compañero de la misma edad, moderno, y este como maestro de la enseñanza normal y pedagogo diplomado.

Otra vez me agarraron la garganta. ¿Qué significaban las confidencias de los estancieros, los gemidos de los abogados, o las ridículas charadas poéticas, frente a esas dos cartas? Estas cartas anunciaban el desastre y la catástrofe. El peligro mortal e inminente consistía en que la muchacha estaría dispuesta a sucumbir a Pimko y a Kopeida, sin sentimiento, sólo cumpliendo con su modalidad, exclusivamente porque ambos tenían derecho a ella, uno un derecho moderno y privado, otro un derecho antiguo y público. Mas entonces su encanto aumentaría enormemente… y ya no me salvarían los bailes y moscas de mi acción, me estrangularía con su encanto. Si con todo asentimentalismo físico y moderno se entregara a Kopeida… O si fuera a Pimko, obedeciendo su orden de maestro… La muchacha que va al viejo porque es colegiala… La muchacha que se entrega al joven porque es moderna…

¡Oh, este culto, esta obediencia, esta esclavitud de la muchacha frente a la colegiala y a la moderna! Ambos sabían qué hacían cuando se dirigían a ella con tanta crudeza y brevedad, sabían que *justamente por eso* la muchacha estaría dispuesta a sucumbir… El experimentado Pimko no esperaba que se asustara de sus amenazas; descontaba más bien que sucumbir bajo amenaza ante un viejo es hermoso, casi tan hermoso como sucumbir ante un joven sólo por la razón de que se expresa en lenguaje moderno. ¡Oh, la esclavitud hasta la autoaniquilación frente al estilo, oh, *la obediencia* de la muchacha! Sí, sí, esto era inevitable… Y entonces… ¿qué haré, dónde me esconderé… ante esa nueva marea y crecimiento? Ved qué raro era eso. Ambos a fin de cuentas destruían el encanto moderno de la colegiala… Pues Pimko se proponía aniquilar su ignorancia deportiva en materia de poesía. Y con Kopeida peor aun: el asunto podría terminar en mamita. Pero el preciso momento de la destrucción multiplicaba hasta lo infinito todos los encantos… ¿Para qué habría explorado ese cajón? Bendita la ignorancia. Si no me hubiera enterado, hubiera podido seguir con mi acción emprendida contra la colegiala. Pero ya sabía, y esto me debilitó terriblemente.

Penetrantes y conmovedores secretos de la vida íntima de una adolescente, el contenido demoníaco de un cajón colegial. Hermosura… ¿Con qué afearla? ¿Cómo ingustarla? La mosca sufría sin movimiento, sin voz. El barbudo llevaba la rama. Con las cartas en la mano pensaba qué emprender, qué hacer, cómo contrarrestar el inevitable y poderoso crecimiento de los encantos, hechizos, hermosuras y añoranzas.

Hasta que, por fin, en una profunda confusión de sentidos, se me ocurrió una intriga, tan extravagante que mientras no emprendiera su realización, parecería irreal. Arranqué una hoja del cuaderno. Escribí con la clara y grande letra de la colegiala: «Mañana, jueves, a las 12 de la noche golpea a la ventana del portal, te dejaré entrar. *Z*».

Puse la hoja en un sobre. Escribí la dirección de Kopeida. Y escribí otra carta idéntica: «Mañana, jueves, a las 12 de la noche golpea a la ventana del portal, te dejaré entrar. Z». Puse la dirección de Pimko. El plan consistía en esto: Pimko, habiendo recibido en contestación a su carta, formal y legal, una cartita donde lo tuteaban… de un modo cínico, sencillamente perdería la cabeza. Para el viejo sería este un verdadero golpe. Se imaginaría que la colegiala quería tener con él una cita *sensu stricto*. La insolencia, el cinismo, la corrupción, el demonismo de la moderna, tomando en cuenta la edad, la clase social, la educación, lo embriagarían por completo. No lograría mantenerse en su papel de profesor, no se mantendría en su legalidad y formalidad. Secreta, ilegalmente, correría a la ventana y golpearía. Entonces se encontraría con Kopeida.

¿Qué pasaría después? No sabía. Pero sabía que armaría un barullo, despertaría a la familia, sacaría este asunto a la luz, ridiculizaría a Pimko con Kopeida y a Kopeida con Pimko. Y veríamos entonces qué aspecto tendrían esos amores, qué quedaría del encanto.

X
El desenfrenamiento pernal y el nuevo atrapamiento

Al día siguiente después de una noche torturadora me levanté al alba. Mas no para ir a la escuela. Me oculté detrás de la percha en el pequeño desván que separaba la cocina del baño. He ahí que, llevado por el ineludible desarrollo de la lucha, debía atacar psíquicamente a los Juventones en el baño. ¡Salud, cucucalo! ¡Salud, rey! Tenía que movilizar y dinamizar mi espíritu para la contienda decisiva con Kopeida y Pimko. Temblaba y el sudor me chorreaba, pero la lucha a vida o muerte no discierne los medios y no me estaba permitido desdeñar esta ventaja. Al enemigo, trata de verlo en el baño. ¡Mira cómo está ahora! ¡Míralo y no lo olvides nunca! Cuando caiga su vestimenta y junto con ella, tal una hoja otoñal, todo el esplendor de la distinción, de la elegancia y de la pinta, entonces sí que podrás abalanzarte sobre él con tu espíritu, como un león rugiente sobre la oveja. No hay que descuidar nada que pueda servir para la movilización, la dinamización, y para asegurar la superioridad sobre el enemigo, el fin justifica los medios, ¡la lucha, lucha, lucha ante todo, la lucha con la aplicación de los más modernos métodos, y nada más que la lucha! Eso proclamaba la sabiduría de las naciones. La casa dormía todavía cuando me puse al acecho. Desde el cuarto de la colegiala no llegaba ningún rumor, dormía calladamente; en cambio Juventón, el ingeniero, roncaba en su dormitorio azul claro como un capataz o un viajante de comercio.

Pero la sirvienta empieza a moverse en la cocina, surgen voces medio adormiladas, la familia se levanta para las abluciones y los ritos matinales. Agucé los sentidos. ¡Bestializado espiritualmente, era como un salvaje animal civilizado del Kulturkampf! Cantó el gallo. Primero apareció Juventona en una *robe de chambre* de color gris pálido y en zapatillas, a medio peinar. Iba tranquilamente, con la cabeza erguida, y sobre su cara se notaba una sabiduría especial, diría, una sabiduría de comodidades sanitarias. Antes de entrar en el baño se apartó por un momento, con la frente alta, hacia el retrete y desapareció allí cultural, consciente e inteligentemente, como mujer enterada de que no hay que avergonzarse de esta función natural. *Salió de allí más orgullosa que cuando entrara*, fortalecida, despejada y humanizada; ¡salió como de un templo griego! Entonces comprendí que, por cierto, entraba allí también como en un templo. ¿De ese templo, pues, sacaban su poder las modernas esposas de los ingenieros y los abogados? Cada día salía de ese lugar más perfecta y más cultural, llevando muy alto la bandera del progreso, y de aquí provenía la inteligencia y la naturalidad con las cuales me atormentaba tanto. Basta. Pasó al cuarto de baño. Cantó el gallo.

Y después apareció al trote Juventón en su pijama, carraspeando y escupiendo ruidosamente, apurándose para no llegar tarde a la oficina, con un diario, para no perder tiempo, con anteojos sobre la nariz, toalla sobre el pecho, limpiándose las uñas con la uña, zapateando con zapatillas y caprichosamente bailoteando con los talones desnudos. Al ver la puerta del retrete risoteó con una risita trasera, la misma de ayer, y penetró allí como un culto ingeniero-trabajador, juguetona y traviesamente, sobremanera chistoso. Se quedó un rato largo, fumó un cigarrillo, cantó la carioca y salió en extremo desmoralizado, tal un típico ingenierito-idiota, con facha tan cretinamente jocosa, abyectamente lujuriosa y vilmente entontecida, que habría saltado yo sobre esa facha, si por fuerza no me hubiese contenido. Cosa rara; mientras el retrete parecía ejercer una influencia constructiva sobre la esposa, sobre él actuaba destructivamente, aunque era, sin duda, ingeniero-constructor.

—Apúrate —gritó desenfrenadamente a la esposa que se lavaba en el baño—. ¡Apúrate! ¡Victorito se va a la oficina!

Bajo la influencia del retrete se llamó «Victorito», y se alejó con la toalla. Por un rajado en el vidrio

eché cuidadosamente un vistazo al baño. La doctora, desnuda, se secaba la rodilla con la toalla y su cara de tonalidad más oscura, sabia y aguda, estaba suspendida sobre su gordamente blanco y desahuciado muslo, como el águila sobre el ternero. Y había en eso una terrible antítesis, parecía que el águila planeara impotente, no pudiendo arrebatar al ternerito que mugía al cielo, pero era que la doctora Juventona, de modo higiénico e inteligente contemplaba a su femenina, apática pierna. Saltó. Se puso firme, se tomó con las manos los costados y efectuó un mediocírculo con el torso de derecha a izquierda, con aspiración y espiración. ¡Desde la izquierda hacia la derecha con espiración y aspiración! Echó la pierna arriba, y su pie era chico y rosado. Después ¡otra pierna con otro pie! ¡Se puso a hacer cuclillas! Ante el espejo se pegó doce cuclillas, respirando por la nariz, hasta que los pechos sonaron a hueco, hasta que a mi las piernas se me iban y hubiera entrado en un bailoteo infernal, cultural. Salté a ocultarme detrás de la percha. Se aproximaba con pasos livianos la colegiala, me escondí como en la jungla, listo para el salto psicológico, bestializado… inhumanamente, archihumanamente bestializado… ¡Ahora, o nunca, sorprendiéndola justo al despertar, desordenada, tibia, descuidada, aniquilaré en mí su hermosura, sus baratos encantos de colegiala! Veremos si Kopeida y Pimko lograrán salvar a la colegiala del aniquilamiento.

Iba silbando, tenía un aspecto divertido en pijama, con la toalla alrededor del cuello, toda en un movimiento preciso y ágil, toda en actuación. Al cabo de un momento ya estaba en el baño, y me eché sobre ella con mi mirada. ¡Ahora, ahora o nunca, ahora que está tan debilitada y mamarrachada! Pero actuaba con tanta celeridad que absolutamente ningún mamarrachamiento se le podía pegar. Saltó en la bañera; abrió la ducha fría. Sacudía las mechas y su cuerpo proporcionado tiritaba, se encogía, y temblequeaba bajo el agua. ¡Oh, no yo a ella, ella a mí me agarró la garganta! La joven sin ser obligada por nadie, a la mañana, sin desayunar, se echaba agua fría, induciendo su cuerpo a tiritones ¡para recuperar su belleza diurna con una juvenil renovación en ayunas!

¡Debía a pesar mío admirar la disciplina de su hermosura muchachal! Por medio de la celeridad, precisión y agilidad supo esquivar el período más difícil, la transición entre la noche y el día; se había elevado como una mariposa en alas del movimiento. Más aun: prestó el cuerpo al agua fría para renovarse juvenil y agudamente, pues el instinto le decía que con una dosis de agudeza neutralizaría el mamarrachamiento. En verdad ¿qué podría resultar dañino para una muchacha aguda y renovada? Cuando cerró el grifo y se quedó desnuda, mojada, jadeante, era como si hubiese empezado a existir de nuevo. ¡Ay! Si en vez del agua fría hubiese usado agua caliente con jabón, de nada le habría servido. Sólo la fría podía por renovación imponer el olvido.

Abyectamente salí del desván. Ignominiosamente me arrastré hasta mi pieza, persuadido de que no servía espiar más, que, al revés, eso podía perderme. Diablos, de nuevo una derrota; en el fondo mismo del infierno moderno todavía sufría derrotas. Mordiéndome los dedos hasta sangrar, juraba no darme por vencido, sino seguir con la movilización y la dinamización, y escribí con lápiz sobre la pared del baño sólo estas palabras: *veni, vidi, vici*. Sepan por lo menos que vi, ¡siéntanse vistos! ¡Sepan que el enemigo no se adormece! ¡La motorización y la dinamización! Me fui a la escuela, en la escuela nada nuevo, el Enteco, el vate, Bobek, Hopek y *acusativas cum infinitivo*, Kotecki, caras, fachas, cucucalalaítos, el dedo en el zapato y el general nopodermiento cotidiano, ¡aburrimiento y aburrimiento! En Kopeida, tal como ya preveía de antemano, no se notaba ningún efecto de mi carta, a lo mejor un poquitito más que de costumbre acentuaba las piernas, pero a lo mejor sólo me parecía así. En cambio, a mí mis camaradas me miraban con asco y aun Polilla me preguntó:

—¡Eh, tú! ¿Dónde te has arreglado de tal modo?

Verdaderamente mi facha, después de la dinamización y la movilización, se volvió tan turbia que ya no sabía bien sobre qué estaba sentado, pero qué importa, la noche, la noche será decisiva, con temblor esperaba la noche, la noche decidirá, la noche pronunciará su fallo. En la noche, posiblemente, triunfaré. ¿Sucumbirá a la tentación Pimko? ¿El experimentado maestro magistral bicañal, se dejará conmover en su forma por una carta sensual-muchachal? De eso dependía todo. Ojalá Pimko —rogaba— se deje conmover, ojalá pierda la cabeza. Y de repente, espantado por la facha, el cuculo, la carta, Pimko, por lo que ya ocurrió, por lo que todavía iba a ocurrir; me echaba a huir, como un loco me levantaba de un salto en la clase… y me sentaba… pues ¿adonde tenía que huir, atrás, adelante, a la izquierda o a la derecha, ante mi propia facha y cunculo? ¡Cállate, cállate, no hay huida! La noche decidirá, la noche…

Durante el almuerzo no ocurrió nada que fuese digno de ser anotado. La colegiala y la doctora se mostraron muy lacónicas en su conversación y no lucieron su modernismo como de costumbre. Era evidente que temían. Sentían la movilización y la dinamización. Percibí que la doctora estaba sentada rígidamente y no sin cierto malestar de persona cuyas regiones traseras han sido atisbadas y —qué cómico—, esto le daba apariencias de una matrona, no previ tal efecto. En todo caso no cabían dudas de que había leído mi

inscripción sobre la pared del baño. Trataba de mirarla con toda la perspicacia posible y dije pobre, repugnantemente, en forma abstracta, que mi mirada era asaz aguda y traspasante y que, entrando por la cara, salía por otro lado… Fingió no haber oído, pero el ingeniero a pesar suyo chilló de risa —espasmódicamente— y chilló un rato automáticamente. Juventón —si mis ojos no me engañaban— demostraba, bajo el efecto de los últimos acontecimientos, cierta inclinación hacia la inmundicia, enmantecaba grandes tajadas de pan y se llenaba los carrillos con enormes bocados, que masticaba ruidosamente.

Después del almuerzo traté de espiar a la colegiala por la cerradura, desde las 4 hasta las 6, sin fruto no obstante, porque ni una sola vez entró en la órbita de mi mirada. Se cuidaba, sin duda. Observé también que la madre me espiaba; repetidas veces entraba en mi pieza con cualquier pretexto y hasta me propuso ingenuamente ir al cine a sus expensas. La intranquilidad de los perseguidos aumentaba, se sentían amenazados, olfateaban al enemigo y al peligro, aunque no sabían bien qué era lo que amenazaba y adonde me proponía llegar; olfateaban y esto los desmoralizaba, la indefinición despertaba la intranquilidad pero la intranquilidad no tenía en qué concretarse. Y no podían hablar entre sí del peligro, pues las palabras se ahogaban en una oscuridad informe e indefinida. La doctora, a ciegas, trataba de organizar algo así como una defensa y, según comprobé, toda la tarde se dedicó a la lectura de Russell, mientras al esposo le dio a leer Wells. Pero Juventón declaró preferir los textos de canciones de cabaret y oí cómo de vez en cuando se estremecía de risa. En general, no conseguían ubicar su desasosiego. Juventona, por fin, empezó a hacer las cuentas caseras, retrocediendo al terreno del realismo económico, y el ingeniero ambulaba por la casa, se sentaba en cada mueble y canturreaba melodías bastante frivolas. Se sentían nerviosos sabiéndome en mi pieza sin dar señales de vida. Por eso, justamente, trataba de mantener el silencio. Silencio, silencio, silencio, a veces el silencio cobraba gran intensidad y el zumbido de la mosca sonaba en él como una trompeta, lo informe, en el silencio, se filtraba originando turbios charcos. Alrededor de las siete vi a Polilla, cuando se encaminaba a hurtadillas a la cocina, haciendo secretas señales a la sirvienta.

Al crepúsculo la doctora también principió a sentarse sobre las sillas y el ingeniero empinó algunas copas en la despensa. No podían encontrar ni lugar ni forma adecuados, no podían permanecer sentados, se sentaban y sobresaltaban como pinchados, y se movían en todas direcciones como minados, como perseguidos desde atrás. La realidad, salida de su cauce bajo el efecto de los fuertes impulsos de mi acción, se desbordaba, encenagaba, aullaba y gemía sordamente, y el oscuro, ridículo elemento de la fealdad, asquerosidad e inmundicia los cercaba, cada vez más palpable, y crecía sobre su temor creciente como levadura. Durante la cena, la doctora, apenas sentada, concentrábase entera en la cara y superiores partes de su ser, mas Juventón, al contrario, vino sin saco a la mesa, se ató la servilleta bajo el mentón y, enmantecando gruesas tajadas de pan, contaba chistes de cabaret y emitía ruidosas risotadas. Sabía que lo había visto en el lugar consabido y esto le hacía caer en un vulgar infantilismo, se adaptaba por entero a lo visto por mí, y se volvía pequeño, coqueto, risueño, ingenierito, cariñoso, caprichoso y chistoso. Trataba asimismo de guiñarme el ojo y hacerme cómicas señas de entendimiento, a las que naturalmente yo no contestaba, sentado con cara pobre y pálida. La muchacha estaba sentada con indiferencia, los labios cerrados, y se empeñaba en ignorar todo con heroísmo en verdad muchachal; se hubiera podido jurar que no sabía nada de nada. ¡Oh, temblando contemplaba yo aquel heroísmo que todavía aumentaba su beldad! Pero la noche decidirá, la noche pronunciará su fallo, si Pimko y Kopeida fallan, la moderna vencerá seguramente y entonces nada me salvará de la esclavitud.

Se acercaba la noche y, con ella, la hora de las decisiones.

Los acontecimientos no se dejaban prever; yo sólo sabía que debía colaborar con cada elemento deformador, ridículo, turbio, caricatural e inarmónico que naciera con cada elemento destructivo. Y me penetraba un temorcito debilucho, pobre, frente al cual el fuerte temor del asesino parecería juego de niños. Después de las 11 la colegiala se fue a dormir. Como antes ya había hecho yo con la tijera una ranura en la puerta, podía abarcar con mi mirada la parte del cuarto hasta entonces inalcanzable. Se desvistió pronto y en seguida apagó la luz, pero en vez de dormirse, se movía de costado a costado, sobre su duro lecho. Encendió la lámpara, tomó de la mesa una novela policial inglesa y se esforzó en leer. La moderna sondeaba con su mirada el espacio como si quisiera descubrir el sentido del peligro, adivinar su forma, ver por fin los contornos del espanto, comprender qué era lo que se tramaba contra ella. Ignoraba que el peligro no tenía ni sentido, ni forma: un no sentido algo carente de forma y ley, un elemento turbio, sin estilo, amenazaba su forma moderna: eso era todo.

Desde el dormitorio de los padres me llegaron voces. Fui corriendo a la puerta. El ingeniero, en calzoncillos, sumamente risueño y picante, otra vez contaba anécdotas que sin duda provenían del cabaret.

—¡Basta! —Juventona en *robe de chambre* se frotaba nerviosamente las manos—. ¡Basta, basta!

¡Cállate!

—Espera, espera, reinecita, permíteme, en seguida terminaré.

—No soy ninguna reinecita. Me llamo Juana. Sácate los calzoncillos o ponte los pantalones.

—¡Calzoncillitos!

—¡Cállate!

—¡Calzoncillitos, ji, ji, ji, calzoncillitos!

—Cállate, te digo…

—Calzoncillitos, calzonzuelos, calzonzuelitos…

—¡Basta! —apagó bruscamente la luz.

—Enciende, vieja.

—No soy ninguna vieja… No puedo mirarte. ¿Qué hay contigo? ¿Qué pasa con nosotros? ¡Vuelve en ti! ¡Pero si juntos vamos hacia los Tiempos Nuevos! ¡Somos luchadores y constructores del Mañana!

—Así es, así es, una gorda, ji, ji, ji, gorda langosta, ji, ji, ji, gorda langosta conmigo se acuesta. A pesar de su gordura era muy soñadura. Pero a él no se le antoja porque ya es muy floja…

—¡Víctor! ¿Qué dices? ¿Qué dices?

—¡Victorito se alegra! ¡Victorito está brincando! ¡Victorito trotando pega brincos!

—Víctor, ¿qué dices? ¡La pena de muerte! —gritó—. ¡Hay que abolirla! ¡La Época! ¡La Cultura! ¡El Progreso! ¡Nuestros anhelos! ¡Nuestros vuelos! Víctor, oh, por lo menos no tan gordamente, no con tanta pimienta, no con tanto diminutivo. ¿Qué te picó? ¡Zutka! ¡Oh, qué pesadilla! ¡Hay algo malo! ¡Algo fatal en el aire! La traición…

—La tracioncita —dijo Juventón.

—¡Víctor! ¡No! ¡Nada de diminutivo!

—La traicionzuelita, dice Victoritoritito…

—¡Víctor!

¡Empezaron a manotearse!

—La luz —jadeaba la Juventona—. ¡Víctor! ¡La luz! ¡Enciende! ¡Suéltame!

—¡Espera! —jadeaba el ingeniero chillando de risa—. ¡Espera que te dé una palmadituela, palmadituela en el cuellito!

—¡Jamás! ¡Suelta o morderé!

—Palmadituela, palmadituela en el cuellito, cuellitito, cuelliticito…

Y de repente soltó todos los diminutivos amorosos de alcoba, empezando por «mi gallinita» y terminando con el «chuchú». Retrocedí espantado. Aunque no carecía yo mismo de asquerosidad, no podía soportar eso. El infernal diminutivo que hace tiempo tan decisivamente pesara sobre mi destino, ahora dejaba sentir en ellos sus garras. Diabólico era este exceso del ingenierito; ¡oh, qué monstruoso el pequeño burgués cuando se pone a brincar y se desboca! ¿Qué tiempos son los nuestros? Se oyó una palmada. ¿Le dio en el cuello, en la cara o en las nalgas?

En el cuarto de la joven ya no había luz. ¿Dormía? No se oía nada y me imaginaba que dormía con la cabeza sobre el brazo, medio cubierta y cansada. De pronto gimió. No era ese un gemido entre sueños. Violenta, nerviosamente se movió sobre su sofá-cama. Yo sabía que se encogía y que sus ojos tendidos con temor escudriñaban la oscuridad. ¿Estaría ya tan afinada su sensibilidad que mi mirada la alcanzó a través de las tinieblas desde la ranura? El gemido era excesivamente hermoso, nacido de las profundidades de la noche, como si el mismo destino de la muchacha gimiese, clamando en vano, socorro.

De nuevo gimió sorda, desesperadamente. ¿Acaso presentía que en ese mismo momento su padre, pervertido por mí, palmeaba a la madre? ¿Había discernido las asquerosidades que de todos lados se acercaban? Me pareció ver a la moderna en la oscuridad, crispando sus manos y mordiéndose el brazo hasta el dolor. Como si quisiera con dientes penetrar en la belleza que tenía encerrada en ella misma. La fealdad que desde el exterior amagaba en los rincones la empujaba hacia sus propios encantos. ¡Cuántas riquezas, cuántos encantos poseía! El primer encanto, la muchacha. El segundo encanto, la colegiala. El tercer encanto, la moderna. Y todo eso estaba encerrado en ella como una nuez en su cáscara, no podía penetrar en este su arsenal, aunque sentía sobre ella mi infame mirada y sabía que el admirador rechazado deseaba destruir, envilecer, afear psíquicamente su hermosura.

Y no me extrañó nada que la joven, amenazada por la fealdad rinconal, se dejara llevar totalmente por la locura. Saltó de la cama. Se sacó la camisa. Se echó a bailar por el cuarto. Ya no le preocupaba si yo estaba mirando, más bien ella misma me desafiaba a la lucha. Sus piernas ligeramente llevaban su cuerpo, las manos aleteaban en el aire. Su cabecita acariciaba sus hombros. Con los brazos rodeaba su cabeza. Sacudía las mechas. Se acostaba sobre el suelo y se levantaba. Sollozaba, o al contrario, reía o canturreaba

en voz baja. Saltó sobre la mesa, de la mesa al sofá-cama. Parecía que temía detenerse como perseguida por ratones y ratas, que con el vuelo de su movimiento deseaba elevarse por encima de lo atroz. No sabía ya a qué asirse. Por fin agarró un cinturón y se azotó la espalda con toda fuerza para sufrir juvenil, dolorosamente… ¡Me agarró la garganta! ¡Cómo la hacía sufrir la belleza, a qué no la obligaba, cómo la arrastraba, empujaba, tiraba y volteaba! Me moría en la cerradura con la facha inarmónica y abyecta, dividida por igual entre la admiración y el odio. Mientras, la colegiala, empujada por la belleza, daba brincos cada vez más apasionados. Y yo adoraba y odiaba, me sacudían escalofríos, la facha convulsivamente se me encogía y dilataba, tal el caucho planchado. ¡Dios, a qué no nos conduce el amor a la belleza!

En el comedor sonaron las doce. Se oyó un casi imperceptible golpear a la ventana. Tres veces. Me quedé helado. Empezaba. ¡Kopeida, Kopeida llegaba! La colegiala interrumpió sus brincos. El golpear se dejó oír de nuevo, apremiante. Se acercó a la ventana y entreabrió la cortina. Miraba…

—¿Eres tú?… —El murmullo llegó hasta ella desde la baranda, en la noche.

Tiró del cordón de la cortina. La luna inundó el cuarto. Vi que estaba de pie, en camisa, tensa, expectante…

—¿Qué hay? —dijo.

¡Tuve que admirar la maestría de la mocosa! Por cierto, la aparición de Kopeida ante la ventana era para ella inesperada. Otra, en su lugar, una anticuada, se hubiera atascado en convencionales exclamaciones y preguntas: ¡Perdón! ¿Qué significa eso? ¿Qué desea usted a esta hora? Pero la moderna comprendió instintivamente que el asombro sólo podía perjudicar… que era mucho mejor no mostrar asombro… ¡Oh, maestra! Se inclinó por la ventana, confianzuda, amigable, compañera…

—¿Qué hay? —repitió a media voz de muchacho, poniendo el mentón en las manos.

Como él la tuteó, tampoco ella lo trató de usted. Yo admiraba las increíbles transformaciones de su estilo; así, de los saltos, derecho a la conversación. ¿Quién podría adivinar que hacía un rato saltaba y bailaba? Kopeida, aunque también moderno, se quedó algo desorientado por la poco común cordura de la colegiala. En seguida, sin embargo, se adaptó a su tono y dijo con toda indiferencia de muchacho, con las manos en los bolsillos.

—Déjame entrar.

—¿Para qué?

Silbó y repuso brutalmente:

—Lo sabes muy bien. Déjame entrar.

Estaba excitado y su voz temblaba un tanto, pero ocultaba su excitación. Durante todo el tiempo yo temía que dijese algo de la carta. El hábito moderno, por suerte, no les permitía hablar mucho ni asombrarse uno del otro, tenían que fingir que todo se comprendía por sí mismo. La negligencia, la brutalidad, la brevedad y la audacia; ved cómo hacían brotar de ella la poesía, en vez de los gemidos, suspiros y mandolinas usados por los amantes de antaño. Sabía que sólo con despreocupación podría poseer a la muchacha y que sin despreocupación ni pensarlo. Pero, añadiendo un tanto de sentimentalismo sensual, moderno, dijo nostálgicamente con voz sorda, con la cara puesta en la parra silvestre que se enredaba en la pared.

—Tú también lo quieres.

Ella hizo un ademán como si quisiera cerrar la ventana. Mas de improviso —cual si este movimiento justamente la hubiera incitado a algo contrario— se detuvo… Cerró los labios. Un segundo se quedó inmóvil, sólo sus ojos giraron lentamente y con cuidado a todos lados. Sobre su semblante apareció una expresión de ultramoderno cinismo, y la colegiala, excitada por su expresión de cinismo, por sus ojos y labios a la luz lunar, en la ventana, inclinó medio cuerpo y con una mano que no era nada chistosa le revolvió el cabello.

—¡Ven! —susurró.

Kopeida no demostró ningún asombro. No le era permitido asombrarse ni por ella ni por sí mismo. La más leve duda podía arruinarlo todo. Tenía que proceder como si la realidad que creaban entre sí constituyese algo normal y cotidiano. ¡Oh, maestro! Así, pues, procedía. Subió a la ventana y saltó sobre el piso precisamente como si cada noche tuviese que meterse en la pieza de alguna ayer conocida colegiala. Ya en el cuarto se rió silenciosamente a lo que saliera. Ella le tomó por el cabello, le desvió la cabeza ¡y pegó labios a labios! ¡Diablos, diablos! ¡Si fuese virgen! ¡Si la muchacha fuese virgen! Si fuese virgen… y he aquí que se entregaba sin ninguna formalidad a cualquiera, al primero que golpeaba a su ventana.

¡Diablos, diablos! Me agarró la garganta. Porque, si era nada más que una común buscona y gozadora, bueno, no pasaba gran cosa, pero, si virgen, entonces, hay que confesarlo, la moderna sabía sacar

una belleza en verdad salvaje de sí misma y de Kopeida. Con tanta insolencia, con tanto silencio, brutalidad y facilidad atrapar al muchacho por el cabello, agarrarme a mí por la garganta… ¡Ah! ¡Sabía que yo estaba mirando por la ranura y por eso no retrocedía ante nada con tal de vencerme con su belleza! ¡Temblé! Porque si al menos hubiese sido él quien la hubiera tomado por el pelo, pero no, ¡ella lo tomó por el pelo! ¡Oh, ahí, vosotras, señoritas que soléis casaros con mucha pompa y tras largas ceremonias, vosotras, las triviales, que permitís a veces que os roben un beso, ved cómo la moderna se abre al amor y a sí misma! Tumbó a Kopeida sobre el sofá-cama. Otra vez temblé. Comenzaba el desenfreno. La mocosa, evidentemente, jugaba la carta mayor de su hermosura. Yo rogaba que viniese Pimko; si Pimko fallaba estaba perdido, nunca, jamás me liberaría del salvaje encanto de la moderna. Me estrangulaba, agarrotaba ¡a mí, cuando era yo quien quería estrangularla, quien anhelaba vencerla!

Mientras tanto la joven, en el supremo florecimiento de su juventud, se abrazaba con Kopeida sobre el sofá-cama, preparándose para lograr con su ayuda la culminación de sus encantos. Así no más, de cualquier modo, sin amor y sensualmente, sin respeto por nadie ni por sí misma, sólo con ese fin, con el fin único de agarrarme por la garganta con su salvaje poesía colegialesca. ¡Diablos, diablos, vencía, vencía, vencía!

Por fin oí el golpear salvador a la ventana. ¡Por fin! Pimko llegaba con socorros. Se aproximaban momentos decisivos. ¿Conseguirá Pimko malograr? ¿No añadirá todavía más belleza, encantos? En eso pensaba, preparando detrás de la puerta mi facha para intervenir. En todo caso el golpear de Pimko trajo algún alivio, pues los obligó a interrumpir los transportes y Kopeida murmuró:

—Alguien golpea.

La colegiala saltó bruscamente del sofá-cama. Prestaron oídos por ver si de nuevo podían iniciar los transportes. Se repitió el golpear.

—¿Quién es? —preguntó la colegiala.

Detrás de la ventana se oyó un ardiente, gutural:

—¡Zutka!

Entreabrió ella la cortina haciendo señas a Kopeida para que retrocediera. Mas Pimko febrilmente se arrastró en la pieza antes de que ella pudiera decir algo. Temía se le viese desde la calle.

—¡Zutita! —murmuraba apasionada y físicamente—. ¡Zutita! ¡Colegialita! ¡Chica! ¡Tú, di tú! ¡Eres mi camarada! ¡Soy colega! —¡Mi carta lo embriagó! El bicañal y banal profesor tenía la boca dolorosamente torcida por la poesía—. ¡Tú! ¡Tutéame! ¡Zutita! ¿Nadie nos verá? ¿Dónde está mamá? —Pero el peligro le embriagaba aun más. —Qué… pequeña, chica… y qué insolente… sin tomar en cuenta la diferencia de edad, de posición social… ¿Cómo pudiste… cómo te atreviste… a mí? ¿Así que sentiste algo… por mí? ¡Tutéame! ¡Tú! ¡Tú! ¡Díme lo que te gustó de mí!

¡Ja, ja, ja, ja, ja, el pedagogo sensual!

—¿Qué? ¿Qué quiere usted?… —balbuceaba. Aquello con Kopeida ya se había terminado, aniquilado…

—¡Aquí hay alguien! —exclamó Pimko en la penumbra.

Le contestó el silencio. Kopeida se callaba. La moderna estaba en camisa entre ellos, sin ningún sentido, cual una pequeña damita.

Y entonces vociferé detrás de la puerta:

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

Pimko giró varias veces como tirado por un cordel y logró alcanzar el armario. Kopeida quiso saltar por la ventana, no tuvo tiempo y se ocultó en otro armario. Me abalancé en el cuarto así como estaba, en pantalones y camisa. ¡Les tenía! ¡Estaban atrapados! Tras de mí acudieron los Juventones, él todavía palmeteante, ella palmeteada.

—¿Ladrones? —gritaba vulgarmente el ingenierito en pantalones, descalzo.

Se despertó en él el instinto de la propiedad privada.

—¡Alguien entró por la ventana! —exclamé.

Encendí la luz. La colegiala estaba acostada en la cama y fingía dormir.

—¿Qué pasa? —preguntó medio adormecida, en un estilo perfecto pero mentiroso.

—¡Una nueva intriga! —exclamó Juventona en *robe de chambre*, con la cabeza desgreñada y arreboladas las mejillas, mirándome con una mirada de basilisco.

—¿Intriga? —exclamé, levantando del suelo los tirantes de Kopeida—. ¿Intriga?

—Tirantes —dijo con torpeza el ingeniero.

—¡Son míos! —exclamó con insolencia Juventona hija.

La insolencia de la muchacha influyó agradablemente, aunque claro está, nadie le creyó. Abrí el

armario de un puntapié y delante de los presentes apareció la parte inferior del cuerpo de Kopeida, es decir dos piernas en pantalones de franela bien planchados y livianas zapatillas sport. La parte superior estaba oculta por los vestidos colgados dentro del armario.

—Ah… Zutka —dijo Juventona.

La colegiala ocultó la cabecita bajo la frazada, se veían sólo las piernas y algo del cabello. ¡Con qué maestría jugaba la partida! Otra en su lugar hubiese empezado a rezongar algo, buscar justificaciones. Y ella sólo estiró sus piernas desnudas y moviéndolas tocaba sobre la situación —con piernas, con movimiento y encanto— como sobre una flauta. Los padres cambiaron una mirada.

—Zutka… —dijo Juventón.

Y se rieron ambos, él y Juventona. Desapareció en ellos el palmoteo, la asquerosidad y vulgaridad; reinó una extraña belleza. Los padres encantados, satisfechos, felices, riéndose bondadosa y alegremente, miraban el cuerpo de la muchacha, que siempre ocultaba la cabecita de modo caprichoso y arisco. Kopeida, viendo que no había por qué temer los severos principios de antaño, salió del armario y se paró, sonriente, un rubio con saco en la mano, un muchacho moderno atrapado por los padres de la muchacha. Juventón me miró de reojo con malicia. Triunfaba. Yo debía estar bajo el hechizo. Quise comprometer a la colegiala, ¡pero el moderno no la comprometía en nada! Para hacerme sentir más aun mi derrota, preguntó Juventona:

—¿Por qué está aquí el señor? ¡Al señor esto no le importa!

Hasta ahora, y deliberadamente, yo no había abierto el armario de Pimko. Esperaba a que la situación se consolidara en su carácter, logrando la plenitud del estilo moderno y juvenil. En silencio abrí el armario. Pimko, apretujado, se ocultó entre los vestidos; sólo un par de piernas, una pareja de piernas profesorales con pantalones arrugados, era visible, y esas piernas estaban de pie en el armario, inverosímiles, chifladas, adheridas.

La impresión era desconcertante, descalabrante. La risa murió en los labios de los Juventones. La situación tambaleó como apuñalada de refilón por un asesino. Era idiota.

—¿Qué es eso? —preguntó la madre, palideciendo.

Detrás de los vestidos se percibió una tos liviana y una risita convencional con las cuales Pimko preparaba el terreno para su aparición. Sabiendo que dentro de un rato tendría que soportar el ridículo, hacía preceder su ridiculez con su risita. Aquella risita detrás de los enseres femeninos tenía un aire tan verde que Juventón chilló de risa una sola vez y paró… Pimko salió del armario y saludó, ridículo en su exterior, en el interior infeliz… En mi interior sentía un rabioso sadismo, pero por fuera me eché a reír. En mi risa se disolvió mi venganza.

Pero los Juventones se quedaron atontados. ¡Dos hombres en dos armarios! Y en uno, un viejo. ¡Si fuesen dos jóvenes! O si, por lo menos, fueran dos viejos. Pero uno joven y otro viejo. Viejo y, además, Pimko. La situación no tenía eje —carecía de diagonal—, no se podía encontrar una glosa para esta situación. Maquinalmente miraron a la muchacha, pero la colegiala permanecía sin movimiento bajo la frazada.

Entonces Pimko carraspeando y con una risita implorante se propuso aclarar la situación y comenzó a hablar algo de la carta… que la señorita Zutka le escribió… que él quería con Norwid… pero que la señorita Zutka le tuteó… que «tú» le decía… que él también quería «tú»… y que sólo «tú»… No, nunca oí en mi vida nada más insípido y a la vez más tonto, el contenido privado y secreto de las divagaciones del viejito resultaba imposible en una situación bien aclarada por la lámpara en el techo, nadie quería comprender y por eso nadie comprendía. Pimko lo advertía, pero ya tenía cortada la retirada; el maestro, desalojado del maestro, se confundió totalmente, parecía increíble que fuera el mismo absoluto e infalible doctor bicañal que hace tiempo me hiciera un culculio. Ahogado en la melosa materia de sus aclaraciones, despertaba piedad con su blandura y me hubiese echado sobre él, pero se me ocurrió un ademán de indiferencia. Sin embargo, las oscuras y turbias aclaraciones de Pimko empujaron al ingeniero a la formalidad; era esto más fuerte que su desconfianza originada por mi participación en el asunto. Gritó:

—Le pregunto, ¿qué hace usted aquí a esta hora?

Esto a su vez dictó el tono a Pimko. Por un momento recuperó la forma.

—Le ruego no levantar la voz.

Juventón preguntó:

—¿Qué? ¿Usted se permite hacerme observaciones en mi casa?

Pero la doctora chilló al mirar por la ventana. Un semblante barbudo con una ramita en la boca apareció por encima de la verja. ¡Me había olvidado por completo del mendigo! Ese día, lo mismo que la víspera, también le había ordenado llevar una ramita pero me había olvidado de darle plata. El barbudo

pacientemente esperó hasta la noche y, viéndonos por la ventana, presentó su floreciente y alquilada facha para recordarla. Se introdujo entre nosotros como un nuevo plato en el restaurante.

—¿Qué quiere este hombre? —exclamó la doctora. Un fantasma no la hubiese impresionado más. Pimko y Juventón se callaron.

El miserable, sobre el que por un momento se concentró la atención general, movía el gajo, tal unos bigotes; no sabía qué decir. Por eso dijo:

—Ayuden, por favor.

—Dadle algo. —La doctora bajó las manos, con los dedos crispados—. ¡Dadle algo! —gritaba histéricamente—. ¡Qué se vaya!

El ingeniero empezó a buscar monedas en los bolsillos del pantalón, pero no las encontró. Pimko pronto sacó el monedero, aferrándose convulsivamente a cada posible actitud nueva y esperando tal vez que Juventón en la confusión creciente aceptara de él algunas monedas, lo cual, claro está, debilitaría la enemistad. Pero Juventón no aceptó. Las cuentas menudas irrumpieron por la ventana y asaltaron a los hombres. Yo, por mi parte, me quedaba con mi facha, observando el desarrollo de los acontecimientos, listo para el salto, pero en verdad ya veía todo como a través de un vidrio. ¿Dónde estaban mi venganza, mi chapoteamiento en ellos y el rugido de la realidad quebrantada y los estallidos del estilo y mi triunfo sobre los escombros? La farsa empezaba a aburrirme algo. Se me ocurrían diversos pensamientos aislados, por ejemplo: dónde Kopeida compra las corbatas, si a la doctora le gustan los gatos, qué alquiler pagan…

Mientras tanto Kopeida permanecía inmóvil con las manos en los bolsillos. El moderno no se acercó a mí y me trataba como a un desconocido. Ya estaba bastante irritado por ser compañero de Pimko, en relación con la muchacha, para tener el menor deseo de saludar a un compañero escolar en camisa; una y otra camaradería le resultaban sumamente molestas. Cuando los Juventones y Pimko comenzaron a buscar monedas, Kopeida sin premura se dirigió hacia la puerta; abrí la boca para gritar, mas Pimko percibió la maniobra de Kopeida, se apuró a cerrar el monedero y se marchó tras él. De repente el ingeniero, viéndolos alejarse, se echó sobre ellos como el gato sobre el ratón.

—¡Permiso! —gritó—. ¡No se irán tan fácilmente!

Kopeida y Pimko se detuvieron. Kopeida, furioso por su camaradería con Pimko, se alejó de él; Pimko, sin embargo, bajo el efecto del movimiento, se acercó a él; y así estaban parados juntos como dos hermanos, uno joven… y otro mayor…

La doctora, en un terrible estado de nervios, agarró al ingeniero por el hombro:

—¡No hagas escenas! ¡No hagas escenas! —Con lo que naturalmente le incitó a hacer escenas.

—¡Perdón! —rugió Juventón—. ¡Creo que soy el padre! Yo pregunto ¿cómo y con qué fin ustedes entraron en el dormitorio de mi hija? ¿Qué significa eso? ¿Qué significa? —De repente me miró a mí y se calló, el pavor le salió a las mejillas, se dio cuenta de que ésta era agua para mi molino, para el molino del escándalo, y hubiese huido, hubiese huido, pero ya fue dicha la palabra, pues repitió una vez más—: ¿Qué significa eso? —pero calladamente, sólo para ser consecuente consigo mismo y rogando en su fuero interno que nadie recogiera la pregunta…

Reinó el silencio, pues nadie podía contestar. Cada uno de ellos tenía al fin alguna razón particular y propia, pero el conjunto carecía de todo sentido. El absurdo estrangulaba en el silencio. Y entonces se dejó oír bajo la frazada el sordo, desesperado llanto de la muchacha. ¡Oh, maestra! Sollozaba con muslos desnudos que sobresalían de la frazada, con muslos que tanto más sobresalían cuanto más sollozaba, y aquel llanto de la menor juntaba a Pimko, Kopeida y los padres, los involucraba a todos en una sola nota de demonismo y desesperación. El asunto en un abrir y cerrar de ojos dejó de ser ridículo y absurdo, recuperó el sentido y hasta un sentido moderno, aunque tenebroso, negro, dramático y trágico. Kopeida, Pimko, los Juventones se sintieron mejor, y yo me sentí peor, agarrado por la garganta.

—Vosotros la… depravasteis —murmuró la madre—. No llores, no llores, niña…

—¡Lo felicito, profesor! —gritó furiosamente el ingeniero—. ¡Usted responderá de eso!

Pimko parecía sentir algún alivio. Hasta eso le venía mejor que la desubicación completa que sufría. Así que la *depravaban*. La situación se volvía en favor de la muchacha.

—¡Policía! —grité—. ¡Hay que llamar a la policía! —Di un paso bastante arriesgado, pues la policía y la menor suelen componerse desde siglos en un conjunto armónico, bello y lúgubre, por eso los Juventones padres con orgullo levantaron sus cabezas, pero yo me proponía asustar a Pimko. Palideció, carraspeó, tosió.

—Policía —repitió la madre, deleitándose con la policía frente a las piernas desnudas de la muchacha—, policía, policía…

—Créanme —balbuceó el profesor—, créanme ustedes. Están equivocados, me acusan

injustamente…

—¡Sí! —exclamé—. Soy testigo. Vi por la ventana. El profesor entró en el jardín para evacuar. La señorita Zutka miró por la ventana y el profesor tuvo que saludarla. Conversando con ella entró en la casa por un momento.

Pimko se quebrantó ante el temor a la policía. Cobardemente se asió a esa explicación, sin tener en cuenta su sentido repugnante e infame.

—Sí, justamente, sí, estaba apurado, entré en el jardín, olvidándome que ustedes vivían aquí… y la señorita me vio por la ventana, así que tuve que simular, ja, ja, ja, simular estar de visita… ustedes comprenderán… en una situación tan drástica, *Quid pro quo, quid pro quo* —repetía.

Sus palabras chocaron a los presentes de manera eminentemente repulsiva y desconcertante. La muchacha escondió las piernas. Kopeida fingió no haber oído. Juventona madre volvió la espalda a Pimko, pero, al darse cuenta de que era la espalda lo que volvía, se apresuró a ponerse de nuevo de frente. Juventón parpadeó. Ah, de nuevo se encontraron en la red de esta parte infernal del cuerpo; la vulgaridad les inundaba, y yo miraba curiosamente cómo los inundaba y hundía. ¿Era la misma en la cual yo me ahogaba hacía un rato? Sí, parecía que era la misma, mas ahora se limitaba sólo a ellos. La hija bajo la frazada no daba señales de vida. Y Juventón soltó una risotada —no se sabe qué le había picado—; puede ser que el *quid pro quo* de Pimko se le asociara con un cabaret que en su tiempo existía en Varsovia con este nombre. Estalló en una definitiva risita de menudo ingenierito, risita trasera, macabra y mímica. Estalló y, enfurecido contra Pimko por su propia risa, saltó y mezquina, arrogantemente le colocó y plantó una bofetada. La aplicó y se inmovilizó con la mano tendida, jadeante. Se volvió serio. Se volvió rígido. Traje el saco y los zapatos de mi pieza y comencé a vestirme poco a poco, sin perder de vista la situación.

El abofeteado exteriorizó un ruido extraño y un temblor, pero tengo la convicción de que en el fondo de su alma aceptó con agradecimiento la bofetada que lo clasificaba de algún modo.

—Me pagará por eso —dijo fríamente y con evidente alivio.

Saludó al ingeniero, el ingeniero lo saludó. Pimko, aprovechándose del saludo, apuradamente se dirigió hacia la puerta. En seguida Kopeida se adhirió a los saludos y se marchó tras Pimko, tratando de contrabandear su persona… Juventón sobresaltóse. ¿Qué? ¿Así que aquí se trata de enviar los padrinos de un duelo, y este granuja se va como si nada hubiese ocurrido, con toda tranquilidad? Entonces a él también hay que darle en la facha. El ingeniero se abalanzó con la mano tendida, mas en el último segundo pensó que no podía pegar en la cara a un mocoso, un escolar, un pibe; la mano se le recalcó de modo extraño y en vez de pegar, le *agarró* (no pudiendo frenar su empuje), le agarró por el mentón. Kopeida, agarrado tan ilegalmente, se enfureció más que si hubiera sido abofeteado y, además, el falso apresar incorrecto, tras un largo cuarto de hora de puro absurdo, liberó sus más primitivos instintos. Sabe Dios qué se engendró en su cabeza: que el ingeniero le había agarrado adrede, que si tú a mí, yo a ti; algún pensamiento así debió asaltarle y, cumpliendo con una ley (que se pudiera a lo mejor llamar «la ley de desviación»), se inclinó y agarró al ingeniero por debajo de la rodilla. Juventón se derrumbó, en tanto que Kopeida le mordía el costado izquierdo, le agarraba con los dientes y no soltaba; levantó la cara y paseaba su mirada loca por todo el cuarto, mordiendo el costado.

Me estaba poniendo la corbata y el saco pero me interrumpí, por curiosidad. Nunca me ocurrió ver algo parecido. La doctora se lanzó en socorro del marido, atrapó la pierna de Kopeida y tiraba con todas sus fuerzas. Esto produjo un desmoronamiento aun más completo. Además Pimko, que estaba a un paso del montón, cometió de improviso un acto muy raro, casi imposible de describir. ¿Acaso el maestro había perdido toda confianza en sí mismo? ¿Le faltó determinación para quedarse de pie, mientras ellos estaban en el suelo? ¿Le pareció que el acostarse no era peor que el estar erguido? Lo cierto es que por su propia voluntad se acostó en el rincón de espaldas y levantó las extremidades en una postura de total debilidad. Yo me hacía el nudo de la corbata. Y ni siquiera me conmoví cuando la muchacha saltó desde abajo de la frazada y brincó alrededor de los padres que se revolcaban junto con Kopeida, tal un juez en un *match* de boxeo, conjurándolos entre lágrimas:

—¡Mamita! ¡Papito!

El ingeniero, enloquecido por el montón hormigueante y buscando un punto de apoyo para sus manos, le agarró el pie, por encima del tobillo. La colegiala cayó. Se revolcaban los cuatro, calladamente, como en una iglesia, pues la vergüenza a pesar de todo les presionaba. En cierto momento vi que la madre mordía a la hija, Kopeida tiraba de la doctora, el ingeniero empujaba a Kopeida, después de lo cual se deslizó por un segundo el muslo de la joven sobre la cabeza de la madre.

Al mismo tiempo el profesor en el rincón comenzó a manifestar una inclinación cada vez más fuerte hacia el montón; acostado sobre la espalda, con las extremidades arriba, se orientaba sin embargo

evidentemente hacia ese lado y, sin moverse, oscilaba hacia él, pues el hormiguero y el montón revueltos se le volvieron, sin duda, la única solución. Levantarse no podía, no tenía ninguna razón para levantarse, y quedarse acostado sobre la espalda tampoco podía. Bastó un pequeño roce (que ocurrió cuando la familia junto con Kopeida, revolcándose, llegó a sus cercanías); agarró a Juventón no sé dónde, no lejos del hígado, y el remolino le arrastró.

Yo terminaba de colocar mis cosas más necesarias en mi valijita y me puse el sombrero. Me aburrían. Salud, moderna, salud, Juventones y Kopeida, salud, Pimko; no, no me despido de vosotros porque no es dable despedirse de algo que ya no existe. Me alejaba, liviano. Qué bien, qué bien, sacudir el polvo de los zapatos y alejarse, no dejando nada detrás de sí, no, no alejarse sino marcharse… Había ocurrido en verdad que Pimko, el maestro clásico, me hizo el cuculiquillo, que fui alumno en la escuela, moderno con la moderna, que fui bailarín en el dormitorio, despojador de alas de moscas, espía en el baño, tra, la, la… Que anduve con cuculeíto, facha, muslo, tra, la, la… No, todo desapareció, ahora ya ni joven, ni viejo, ni moderno, ni anticuado, ni alumno, ni muchacho, ni maduro, ni inmaduro, era nadie, era nulo… Alejarse andando, ir alejándose y no sentir ni un recuerdo. ¡Dulce indiferencia! ¡Sin recuerdo! Cuando murió todo en ti y nadie todavía pudo alumbrarte de nuevo. Oh, vale la pena vivir para la muerte, sólo para saber que todo murió en ti, que ya no hay nada… vacío y ayuno, silencio y limpieza; y cuando estaba alejándome me parecía que no iba solo sino conmigo, al lado mío o dentro de mí o alrededor de mí iba alguien idéntico conmigo, mío —en mí, mío— conmigo, y no había entre nosotros amor, odio, deseos, asco, fealdad, hermosura, risa, partes de cuerpo, ni ningún sentimiento, ningún mecanismo, nada, nada, nada… Por un milésimo de segundo. Porque, cuando pasaba por la cocina, palpando en la oscuridad, me llamaron en voz baja desde la alcoba de la doméstica.

—Pepe, Pepe…

Era Polilla quien, sentado sobre la sirvienta, se ponía apresuradamente los zapatos.

—Aquí estoy. ¿Sales? Espera, saldré contigo.

El susurro me golpeó en el costado y me paré como alcanzado. No podía bien discernir su facha en las tinieblas pero, juzgando por la voz, debía ser terrible. La sirvienta jadeaba pesadamente.

—Ssss… Silencio… Vamos —bajó de la servidora—. Por aquí, por aquí… ten cuidado, una canasta.

Llegamos a la calle.

Madrugaba. Las casitas, los arbolitos y las verjas estaban colocados en línea recta, ordenados… y el aire, transparente cerca de la tierra, más arriba se condensaba en un vaho desesperado. El asfalto. El vacío. El rocío. Nada. Al lado mío Polilla arreglándose la ropa. Trataba de no mirarlo. Desde las ventanas abiertas de la casa, la luz eléctrica agonizante y el incesante jadeo de la revuelta. El fresco penetraba, el frío del insomnio; empecé a temblar y castañetear. Polilla percibió el jadeo de los Juventones tras la ventana y dijo:

—¿Qué pasa? ¿Masajean a alguien?

No contesté y él, viendo la valijita en mi mano, preguntó:

—¿Huyes?

Bajé la cabeza. Sabía que me iba a agarrar, que debía atraparme, pues estábamos los dos… y próximos. Mas no podía alejarme de él sin motivo. Se acercó, pues, y su mano tomó mi mano.

—¿Huyes? Entonces yo también huiré. Iremos juntos. Violé a la sirvienta. Pero no es eso, no es eso… ¡El peón, el peón! ¿Quieres? Huiremos al campo. Al campo iremos. ¡Allí hay peones! ¡En el campo! Iremos juntos, ¿quieres? ¡Al peón, Pepe, al peón, al peón! —repetía obcecadamente.

Yo tenía la cabeza erguida y rígida, sin mirar.

—Polilla ¿qué me importa tu peón?

Pero cuando empecé a caminar, él se encaminó conmigo, yo me encaminé con él y juntos nos encaminamos.

XI
Prefacio al «Filimor forrado de niño»

Y de nuevo un prefacio… y estoy obligado a un prefacio, no puedo sin prefacio y debo prefacio, porque la ley de la simetría exige que al «Filifor forrado de niño» responda el «Filimor forrado de niño» y que el prefacio al «Filifor forrado de niño» deba ser complementado con el prefacio al «Filimor forrado de niño». Aunque quisiera, no puedo, no puedo y no puedo eludir las leyes férreas de simetría y analogía. Pero ya apremia interrumpir, terminar, salir del verdor inmaduro aunque por un solo momento, y mirar con más cordura debajo del peso del billón de pimpollos, botones, hojitas, para que no se diga que enloquecí ble, ble y sin esperanza. Y, antes de seguir más adelante en el camino de inferiores, intermediarios espantos infrahumanos, tengo que aclarar, racionalizar, justificar, explicar y ordenar, sacando el pensamiento directriz del que se deducen todos los demás pensamientos de la obra y poniendo de manifiesto al tatarabuelo de todos los dolores aquí expuestos y destacados. Y debo introducir una jerarquía de sufrimientos y también una jerarquía de pensamientos, comentar la obra de modo analítico, sintético y filosófico para que el lector sepa dónde está la cabeza, las piernas, dónde la nariz y el dedo, para que no me diga que no tengo conciencia de mis propios fines y que en vez de caminar derecho, rígido como los más grandes escritores de todos los tiempos, giro de modo absurdo, alrededor de mi propio talón. Pero ¿cuál sería el sufrimiento general y fundamental? ¿Dónde está la tataratortura del infolio? ¿Dónde te encuentras tatarabuela de los dolores? Cuanto más penetro, exploro y digiero, con tanta más claridad veo que en realidad el sufrimiento directriz y básico no es otro sino, según creo, sencillamente la congoja de la mala forma, del exterior malo, el tormento de la fraseología, de la morisqueta, de la mueca, de la facha; sí, he aquí la fuente, el manantial, el origen, y desde aquí fluyen armónicamente todos los demás, sin ninguna excepción, sufrimientos, locuras y aflicciones. Pero quizás habría que subrayar, más bien, que el primordial y fundamental sufrimiento no es otra cosa, sino el dolor nacido de la limitación del hombre por el hombre; es decir, del hecho de que nos ahogamos y estrangulamos en la estrecha y rígida concepción que de nosotros tienen las demás personas. O, quizás en la base de la obra se encuentra la capital y mortal tortura

del verdor infrahumano, de los pimpollos, hojitas, botones
o la tortura del desarrollo no desarrollado
o quizás el dolor de la forma no formada
o el pesar de ser creado, en nuestro yo, por otros hombres
el sufrimiento de la violación física y psíquica
la tortura de dinamizantes tensiones interhumanas
la curva, todavía no aclarada del todo, tortura del desvío psíquico
la molestia marginal de la luxación psíquica y de la pifia psíquica
la incesante pena de la traición y de la disonancia
el sufrimiento automático del mecanismo y del automatismo
el sufrimiento simétrico de la analogía y el analógico sufrimiento de la simetría
la analítica tortura de la síntesis y la sintética tortura del análisis
o, a lo mejor, el sufrimiento de las partes del cuerpo y de la perturbación referente a la jerarquía entre los miembros sueltos
aflicción del infantilismo benigno
del culeíto, de la pedagogía, del escolarismo
de la inocencia e ingenuidad inconsolables

del alejamiento de la realidad
de la quimera, ilusión, divagación, ficción
del idealismo superior
del idealismo inferior, burdo y rinconal
de los sueños de segundo orden
o quizás el tormento asombroso del achicamiento, empequeñecimiento
tortura del candidato eterno
de la aspiración
del aprendizaje interminable
o quizás sencillamente, tortura de esforzarse por superarse más allá de sus propias fuerzas y la consiguiente tortura del nopodermiento general y particular
erosión de la superioridad
sufrimiento de despreciar
sufrimiento de la poesía superior e inferior
la tortura sorda del estancamiento psíquico
tormento torcido de lo torcido, de la cogida desleal e incorrecta
o más bien la congoja de la edad en su sentido general y particular
tortura del anacronismo
tortura del modernismo
sufrimiento a causa de la formación de nuevas capas sociales
dolor de los semicultos
dolor de los incultos
dolor de los cultos
o quizás sencillamente la tortura de la indecencia microculta
el dolor de la estupidez
de la sabiduría
de la fealdad
de las hermosuras, encantos, hechizos
o, puede ser, el sufrimiento de la mortal lógica y consecuencia en la tontería
desconsuelo de recitar
la desesperación de imitar
el aburridor tormento del aburrimiento y del repetir siempre lo mismo
o, posiblemente, la hipomaniacal tortura hipomaniacal
la indecible tristeza de lo indecible
la tristeza de la no-sublimación
el dolor del dedo
de la uña
de la muela
de la oreja
la tortura de la espantosa interdependencia, del mutuo delimitamiento, de la compenetración recíproca de todas las torturas y todas las partes y, además, el sufrimiento de ciento cincuenta y seis mil trescientos veinticuatro y medio otros dolores sin contar a las mujeres y los niños (como diría un viejo autor francés del siglo XVI). ¿De qué tortura hacer la básica tataratortura y qué parte tomar como punto de partida, por dónde agarrar el infolio y qué agarrar de las torturas y partes mencionadas antes? ¡Malditas partes, acaso nunca me liberaré de vosotras, oh, qué opulencia de partes y qué riqueza de torturas! ¿Dónde estará la directriz tatarabuela y qué tortura tomar como base: la metafísica, o la física, sociológica o psicológica? Y sin embargo debo, debo y no puedo no deber, porque el mundo seria capaz de declarar que no tengo conciencia de mis fines y que absurdamente giro alrededor de mi talón. Pero, en este caso, a lo mejor sería más razonable definir y demostrar con palabras la génesis misma de la obra, no basándose en torturas, sino frente a algo al respecto, en lo que a ella se refiere y concierne. Que la obra ha nacido:
frente a los pedagogos y alumnos de las escuelas
en vista de los sabios entontecidos
respecto de los seres profundizados y elevados
en lo que concierne a las señeras figuras de la literatura contemporánea nacional y a los más acabados, construidos y enriquecidos representantes de la crítica frente a las colegialas

en dependencia de los maduros y mundanos
en dependencia de los distinguidos, refinados, narcisos, estetizantes y brillantes
frente a los conocedores de la vida
en el cautiverio de las tías culturales
frente al vecindario urbano
en vista de la nobleza rural
en lo que se refiere a los pequeños médicos provincianos, los ingenieros y empleados de estrechos horizontes
en lo que se refiere a los altos empleados, los médicos y abogados de horizontes más amplios
en lo que concierne a la aristocracia de nacimiento y a las demás aristocracias
frente al vulgo

Posiblemente, sin embargo, y en cierta medida, la obra fue engendrada por una convivencia con personas concretas, como por ejemplo, con el en demasía repugnante señor X, con el señor Z, a quien desprecio, y con el señor N, quien me molesta y aburre, ¡oh, espantosas torturas de la convivencia con ellos! Y, tal vez el origen y el fin de esta obra no sean otros que demostrar a esos señores mi desprecio para con ellos, ponerlos nerviosos, irritarlos, enfurecerlos y esquivarme de ellos. En este caso el origen sería concreto, particular y privado, suelto.

¿O, a lo mejor, la obra nació de la imitación de obras magistrales?
¿De la incapacidad para crear una obra normal?
¿De los sueños? ¿De los complejos?
¿O quizás de los recuerdos de la infancia?
¿O quizás empecé y así no más me fue la pluma?
¿De la psicosis del miedo?
¿De otra psicosis?
¿A lo mejor de una bolita?
¿De una pulgarada?
¿De una parte?
¿De una partícula? ¿Del dedo?

Habría también que concretar, definir y fallar si la obra es una novela, un memorial, parodia, libelo, una variación sobre temas de fantasía, un estudio; y que domina en ella: el chiste, la ironía, o el sentido más profundo, el sarcasmo, la burla, la invectiva, la idiotez, el *pur nonsense*, la *puré blague* y, además, si no es esto una pose, engaño, artificio, estafa, carencia de humor, anemia del sentimiento, atrofia de la imaginación, derrumbe del orden y pérdida de la razón. Pero la suma de esas posibilidades, torturas, definiciones y partes resulta tan inabarcable, tan inconcebible y, además, tan imposible de agotar, que con el más profundo sentido de la responsabilidad por la palabra, y después de un análisis más escrupuloso, hay que decir que no se sabe nada, ti, ti, gallinita; por tanto, a los que quisiesen compenetrarse aun más y concebir aun mejor, los invitaré a mi *Filimor forrado de niño*, porque en su simbolismo misterioso encerré la contestación a todas las preguntas torturadoras. Filimor, pues, constituido definidamente y sobre la base de la analogía con el Filifor, oculta en su extraña vinculación el definitivo y secreto sentido de la obra. Después de evidenciarlo, ya nada impedirá entrar aún más profundamente en el espesor de las sueltas, monótonas partes.

XII
Filimor forrado de niño

A fines del siglo dieciocho un campesino, nacido en París, tuvo un niño; y aquel niño a su vez tuvo un niño, y ese niño a su vez tuvo un niño y luego hubo otro niño… y el último niño (como campeón mundial) jugaba un match de tenis en la cancha representativa del Racing Club parisiense, dentro de un ambiente de enorme tensión y con el acompañamiento de incesantes, espontáneos truenos de aplausos.

Sin embargo (¡qué locamente traicionera es la vida!), cierto coronel de zuavos, sentado en la tribuna lateral, de repente envidió el embriagador e impecable juego de ambos campeones, y ansioso de lucir sus posibilidades frente a los seis mil espectadores (tanto más que a su lado estaba su novia)… disparó de improviso su revólver contra la pelota que volaba entre las raquetas. La pelota reventó y cayó. Los campeones, privados así de la pelota, trataron durante algún tiempo de golpear con las raquetas en el vado; mas viendo todo lo absurdo de sus movimientos sin objeto, se trabaron a trompadas. Un trueno de aplausos se dejó oír entre los espectadores.

Y con eso, seguramente, hubiera terminado el asunto. Pero acaeció también la circunstancia imprevista de que el coronel, en su excitación, olvidó o a lo mejor no prestó bastante atención (¡cómo hay que prestar atención!) a los espectadores sentados en la tribuna del frente, llamada «tribuna solar». Le pareció, no se sabe por qué, que la bala, después de atravesar la pelota, debía terminar su trayectoria; empero, por desgracia, no la terminó… y en su carrera ininterrumpida alcanzó en el cuello a cierto industrial-amador. ¡La sangre brotó de la arteria atravesada! La esposa del herido, bajo la primera impresión, quiso echarse sobre el coronel, quitarle la pistola, pero como no podía (estando aprisionada por la muchedumbre), aplicó sencillamente una bofetada a su vecino de la derecha. Y se la aplicó porque su indignación no podía explotar de otro modo y porque, en los más íntimos rincones de su subconsciente (dejándose guiar por una lógica puramente femenina), creía que, como mujer, podía permitírselo todo.

Se puso en evidencia, sin embargo, que no era del todo así como se imaginaba, pues el abofeteado (¡qué inciertos son nuestros cálculos, qué imprevistos nuestros destinos!) era ni más ni menos que un epiléptico secreto en estado potencial. El infeliz, bajo la conmoción producida por la bofetada, cayó en un ataque, estallando como un geiser en convulsiones. ¡La desgraciada se encontró entre dos hombres, uno de los cuales echaba sangre y otro espuma! Un trueno de aplausos se dejó oír entre el público.

Y entonces un caballero, sentado al lado, en un acceso de pánico, saltó sobre la cabeza de una dama que estaba sentada más abajo; la cual se irguió y abalanzó, saltó sobre la cancha y lo arrastró en loca carrera. Un trueno de aplausos estalló entre los espectadores. Y así seguramente hubiese terminado el asunto. Sin embargo, ocurrió todavía (¡todo, todo habría que prever, todo tomar en cuenta!) que no lejos estaba sentado cierto humilde, oculto soñador-jubilado que desde hacía años, en todos los espectáculos públicos, soñaba con saltar sobre las cabezas de las personas ubicadas más abajo y sólo se contenía con esfuerzo. Arrastrado por el ejemplo, sin más tardar saltó sobre la dama que estaba sentada abajo, la cual (era una empleadita recién llegada de Tánger, en África), creyendo que así convenía, que era esto justamente lo correcto, que eran esas las costumbres del gran mundo… también se abalanzó, tratando de no demostrar ninguna timidez en sus movimientos.

Entonces la parte más culta del público empezó a aplaudir con tacto para disimular el escándalo delante de los representantes de las embajadas y legaciones extranjeras. Empero, también esto fue mal interpretado, porque la parte menos culta, del público tomó los aplausos como señal de aprobación… y también cabalgó sobre sus respectivas damas. Los extranjeros demostraban un asombro cada vez mayor.

¿Qué quedó por hacer, pues, a la parte más distinguida de la concurrencia? Para disimular el escándalo también cabalgó sobre sus damas.

Y, casi seguramente, con eso hubiese terminado todo. Mas entonces un tal marqués de Filimor, sentado en el palco bajo con su esposa y la familia de su esposa, de repente se sintió gentleman; salió al medio de la cancha con un traje claro de verano, pálido pero decidido, e inquirió con frialdad si alguien, y quién, precisamente, quería ofender a la marquesa de Filimor, su esposa. Y arrojó a la cara de la muchedumbre un puñado de tarjetas de visita con esta inscripción: «Philippe de Filimor» (¡qué cuidado debemos tener!, ¡qué difícil es la vida, qué peligrosa!). Un silencio de muerte reinó.

Y de súbito no menos de treinta y seis caballeros comenzaron a acercarse a la marquesa, al paso, montados a pelo sobre mujeres de raza, de tobillo fino, para ofenderla y sentirse *gentleman* en vista de que el marqués, su esposo, se había sentido *gentleman*. Pero la marquesa (¡no, por Dios, qué loca, qué loca es la existencia!) por el susto abortó ¡y el vagido de un niño se oyó a los pies del marqués, bajo los cascos de las mujeres piafantes!

El marqués, de improviso forrado de niño, dotado y complementado de niño mientras actuaba en forma particularmente adulta y como un *gentleman*, se avergonzó y se fue a su casa, mientras un trueno de aplausos se oía entre los espectadores.

XIII
El peón, es decir, la nueva maxalación

Entonces vamos, con Polilla, en busca del peoncito. Se perdió a la vuelta la quinta con el resto de los Juventones en revoltillo. Ante nosotros, el largo cinturón de la calle Filtrowa, una línea brillante. El sol salió, bola amarillenta, desayunamos en una peluquería, la urbe se despierta, ya son las ocho, seguimos adelante, yo con mi valijita y Polilla con un cayado. Los pajaritos trinan. ¡Adelante, adelante! Polilla marcha alegremente, llevado por la esperanza, su esperanza se me trasmite, a mí que soy su esclavo. «¡A los suburbios! ¡A los suburbios!», repite. ¡Allí encontraremos un bonito peón, allí lo encontraremos! Con claros y simpáticos colores el peón pintaba la mañana, ¡divertido y agradable ir a través de la ciudad tras un peón! ¿Quién seré? ¿Qué harán de mí? ¿Qué circunstancias surgirán? No sé nada, ando animosamente tras mi dueño. Polilla, no puedo sufrir ni apenarme, ¡porque me siento alegre! Las entradas de las casas, no muy numerosas en este barrio, están infectadas por los porteros y sus familias. Polilla echa un vistazo a cada una, pero ¡qué diferencia entre el portero y el peón! ¿Acaso el portero no es sencillamente un campesino en maceta? De vez en cuando se ve a un portero-hijo, pero ninguno de ellos satisface a Polilla; ¿no sería, pues, que el hijo del portero es en realidad un peón enjaulado, un peón domesticado? «No hay viento aquí —declara—; entre esas casas hay sólo corrientes de aire, y yo no admito a un peón en una corriente de aire; para mí, sólo un peón en un gran viento».

Dejamos atrás nurses e institutrices que en chirriantes cochecitos llevan a pasear a sus criaturas. En heredadas *toilettes* de sus patrañas y sobre tacones torcidos, lanzan miradas coquetas. En la boca dos dientes de oro, con niño ajeno, perfumadas, y en la cabeza Greta Garbo. Vemos gerentes, empleados, con cartera bajo el brazo, que se dirigen a sus ocupaciones diarias, y todos ellos de «*papier maché*», muy eslavos y muy empleados, con puños, con botones, tal como si fuesen dijes de su propio yo, sus propias leontinas, esposos de las esposas y patronos de la sirvientas. Por encima de ellos, un gran Cielo. Cruzamos numerosas damitas en tapados con el *chic* varsoviano, algunas delgadas y prontas, otras más lentas y blandas, metidas en sus propios sombreros y tan parecidas entre sí que se alcanzan y se adelantan entre ellas sin que se advierta. Polilla no se digna mirar y yo me aburro terriblemente hasta que empiezo a bostezar.

—A las afueras —exclamó—, allí encontraremos al peón, aquí no se ve nada, todo esto, muy barato, a 10 centavos la pieza, las vacas y los caballos de la clase culta, las señoras de los doctores y los doctores tal matungos de tiro. (¡La gran perra, la peste, mier… coles, vacas y mulos! ¡Ved qué instruidos y qué estúpidos! ¡Qué distinguidos y qué ordinarios! Culeíto, cuculaíto, la gran perra).

En la esquina de Wawelska percibimos algunos edificios públicos, concebidos en gran escala, de cuyo poderoso aspecto se nutrían grandes cantidades de hambrientos y debilitados contribuyentes. Los edificios nos recordaron la escuela y apretamos el paso. En la plaza de Narutowicz, donde está la casa de los estudiantes, encontramos la hermandad académica con bocamangas roídas, mal dormida y mal afeitada, apurada por llegar a la clase y esperando el tranvía. Todos, con sus narices en los textos, comían huevos duros, ponían las cáscaras en el bolsillo, aspirando el polvo urbano.

—¡Diablos, son expeones! —exclamó—. ¡Son hijos de campesinos que están instruyéndose para doctores! ¡Al diablo con los expeones! ¡Odio a los expeones! Todavía se limpia la nariz con la mano y ya estudia los textos. ¡La sabiduría libresca en un peón! ¿Peón-abogado, peón-médico? Mira no más cómo se les hinchan las seseras con la terminología científica, ¡cómo resaltan sus dedotes! ¡Desgracia —se indignó Polilla—, esto es tan terrible como si se metiesen a monjes! ¡Ah, cuántos excelentes y buenos peones podríamos encontrar entre ellos, pero nada de eso, disfrazados, asesinados, muertos! ¡A los suburbios, a los

suburbios, allí más viento, más aire!

Dimos vuelta por la calle Grojecka, el polvo, el polvillo, ruido, olores, terminan las casas, empiezan las casitas e increíbles carros con todo el patrimonio judío, carros con legumbres, plumas, leche, coles, trigo, avena, hierro viejo y basura llenan las calles de ruido, algarabía y bochinche. En cada carro un campesino o un judío —campesino urbano o judío campestre—, no se sabe a cuál mejor. Cada vez más profunda e intensamente penetramos en la esfera secundaria, en el inmaduro suburbio de la ciudad y cada vez más muelas gastadas, orejas tapadas con algodón, dedos vendados con trapos, más cabello ondulado, más hipo, más eccema, coles y moho. Los pañales se secan en las ventanas. La radio charla sin cesar, prosigue la instrucción pública y numerosos Pimkos con voz ora artificialmente ingenua y sincera, ora jocosa, alegre, instruyen el alma de los panaderos, enseñando los deberes cívicos y el amor a Kosciuszko.

Los propietarios de los cafetines se deleitan con el lujo de la clase alta, descrita en baratas novelas, y sus señoras se rascan la espalda, emocionadas por Marlene Dietrich. Sigue la acción pedagógica y un sinnúmero de idóneas se mueven entre el pueblo, enseñando e instruyendo, influyendo y desarrollando, despertando y civilizando, con muecas *ad hoc* simplificadas. Por allí un gremio de asociadas esposas tranviarias baila en círculo, cantando con sonrisa en los labios y produciendo la alegría de vivir bajo la dirección de un miembro del comité permanente «Alegría Social». Por allá los cocheros cantan en coro canciones patrióticas, fabricando una extraña inocencia, y en otra parte las exmuchachonas del campo aprenden a descubrir la hermosura del sol poniente. Y decenas de concepcionalistas, doctrinarios, demagogos y agitadores reforman y deforman sembrando sus concepciones, opiniones, doctrinas, ideas, todas especialmente simplificadas y adaptadas para uso de los simples.

—Facha, facha —dijo Polilla con su acostumbrada trivialidad—. ¡Lo mismo que en nuestra escuela! No debe extrañar que las enfermedades los muerdan y la miseria los estrangule; es imposible no morder y estrangular una carroña así. ¿Qué demonio los ha arreglado de tal manera? Pues tengo la convicción de que, si no hubieran sido especialmente preparados y arreglados por alguien para ese fin, no podrían producir tantas asquerosidades, estupideces y suciedades. ¿Por qué todo eso surge de ellos con tanta abundancia, por qué no surge del campesino, aunque nunca se lave? ¿Quién, pregunto, convirtió en una fábrica de ascos aquel bueno y digno proletariado? ¿Quién les enseñó estas inmundicias y pantomimas? ¡Sodoma y Gomorra! Aquí no encontraremos al peón. ¡Aun más adelante y adelante! ¿Cuándo soplará el viento?

Pero no hay viento, inercia, los hombres se bañan en lo humano como peces en el estanque, la fetidez llega al cielo, y no se ve al peón por ninguna parte. Adelgazan las costureras solitarias, los peluqueros de segunda engordan en un confort barato, los industriales modestos se ven sujetos a flatulencias, las sirvientas desocupadas, sobre piernas cortas y amplias, extraen de sí infelices expresiones, giros presuntuosos y acentos falsos, la mujer del farmacéutico, regodeándose, se empina por encima de la lavandera, la lavandera también se empina sobre sus tacones altos y torcidos. Los pies, en realidad descalzos y sin embargo calzados, pies impropios en zapatitos e impropias cabezas con sombrero, un torso campestre y campesino con galanuras de damas y caballeros.

—La facha —dijo Polilla—, nada sincero, nada natural, todo imitado, falso, mentido. Y no hay peón.

Se nos presentó por fin un aprendiz bastante bueno, un rubio simpático y proporcionado, pero desgraciadamente con alta conciencia social y mal asimiladas ideologías.

—Facha —dijo—; ¡al diablo con el filósofo!

Otro todavía, un tunante típico con el cuchillo entre los dientes, un vivo suburbano, nos pareció por un momento ser el peón anhelado, mas por desgracia llevaba una gatera. Otro, con el que entablamos conversación en la esquina, nos convenía en todo sentido, pero qué hacer si empleó la expresión «no obstante».

—Facha —murmuró Polilla rabioso—. No, no es eso. Adelante, adelante —repetía febrilmente—. Todo eso es una chabacanería. Igualito que en nuestra escuela. Los suburbios aprenden del centro. ¡Al diablito pequeño y menudo! Se ve que las clases inferiores no son en verdad otra cosa que clases de la escuela primaria. Son ellos alumnos del primer grado y por eso seguramente andan con nariz mocosa. Por todas las irrupciones y erupciones, ¿acaso nunca lograremos huir de la escuela? ¡Facha, facha y facha! ¡Adelante y adelante!

Proseguíamos adelante, pequeñas casitas de madera, las madres espulgan a las hijas, las hijas a las madres, los niños se bañan en las alcantarillas, los trabajadores vuelven del trabajo y por todos lados se oye una palabra única y grandiosa, una palabra llave. Ya parece llenar toda la calle, convirtiéndose en el himno del proletariado, suena a desafío, echada con furia en el espacio procura por lo menos una ilusión de fuerza y vida.

—Oye —se asombró Polilla—; levantan su ánimo igualito que nosotros en la escuela. Esos jovencitos mocosos no se salvarán por ello del cuculato que les fue hecho grande y clásico. Terrible, pero hoy día no hay nadie que no se halle en el período de la maduración. ¡Adelante! Aquí no habrá peón.

Y justamente cuando acababa de decir esas palabras, un leve soplo nos acarició las mejillas, terminaron las casas, las calles, los canales, las cloacas, los peluqueros, las ventanas, los trabajadores, las esposas, las madres e hijas, las cucarachas, las coles, los olores, las muchedumbres, el polvo, los dueños, los aprendices, los zapatos, las blusas, los sombreros, los tacones, los tranvías, las tiendas, las legumbres, los atorrantes, los avisos, las aceras, los vientres, los instrumentos, las partes del cuerpo, el hipo, las rodillas, los codos, los vidrios, las charlas, el escupir, el sonarse, el carraspeo, gritos, niños y clamor. La ciudad se terminó. Delante de nosotros, campos y bosques. Un camino pavimentado.

Polilla cantó:

¡Oh, oh, oh, el bosque verde,
oh, oh, oh, el bosque verde!

—Toma un palo. Córtalo del árbol. Allí encontraremos al peón, ¡en los campos! Ya lo veo con los ojos de la imaginación, ¡no está mal el peoncito!

Canté:

¡Oh, oh, oh, el bosque verde,
oh, oh, oh, el bosque verde!

Pero no podía adelantar un paso. El canto murió en mis labios. El espacio. En el horizonte, una vaca. La tierra. En la lejanía desfila un pato. Enorme cielo. En la niebla, perspectivas azules. Me detuve en el límite de la urbe y sentía que nada podía sin la grey, sin productos, sin lo humano entre los hombres. Agarré a Polilla por la mano:

—Polilla, no vayas allá, volvamos, Polilla no salgas de la ciudad. —Entre arbustos y yerbas desconocidas temblaba, como una hoja, extraído de entre los hombres. Y las deformaciones que me habían ocasionado se volvieron, sin ellos, absurdas e injustificables.

Polilla también vaciló, pero la perspectiva del peón venció su miedo.

—¡Adelante! —gritó levantando el cayado—. ¡No iré solo! ¡Tienes que venir conmigo! ¡Vamos, vamos!

Vino el viento, los árboles se movieron, musitaron las hojas, una sobre todo me asustó, en la punta misma del árbol, expuesta sin perdón al espacio. Un pájaro se lanzó en los aires. Desde la ciudad se precipitó un perro y corrió por campos negros. Pero Polilla se internó gallardamente por el sendero al lado del camino; yo tras él, como en un bote desembocando en alta mar. Ya desaparece el puerto, desaparecen las chimeneas y torres, estamos solos. Silencio tal que casi se oyen las frías y húmedas piedras que duermen dentro del suelo. Camino y ya no sé nada, en las orejas zumba el viento, el ritmo del andar me balancea… La naturaleza. No quiero naturaleza, para mí la naturaleza son los hombres; Polilla, volvamos, prefiero el apretujamiento en el cine al viento de la provincia. ¿Quién dijo que frente a la naturaleza el hombre se vuelve pequeño? Al contrario, me agiganto y crezco, me siento delicadísimo, estoy como desnudo y servido sobre el plato del enorme campo de la naturaleza en toda mi desnaturalización humana; oh, ¿dónde se fue mi bosque, mi espesor de ojos y bocas, palabras, miradas, rostros, sonrisas y crispaciones? Se avecina otro bosque de silenciosos y verdes árboles esbeltos, debajo de los cuales se desliza la liebre y la oruga repta. Y justamente por desgracia no se ve ningún villorrio; campos y bosques. No sé cuántas horas hemos caminado indolente, rígidamente por los campos, como sobre la cuerda floja; no teníamos otra cosa que hacer porque estar parado cansa aun más y ni sentarse ni acostarse se puede sobre la tierra húmeda.

Es verdad que hemos pasado por algunos villorrios, pero estaban como muertos; las chozas herméticamente cerradas mostraban sus cuencas vacías. La circulación sobre el camino cesó por completo. ¿Cuánto tiempo todavía vamos a marchar a través del vado?

—¿Qué significa esto? —dijo Polilla—. ¿La peste acabó con los campesinos? ¿Se murieron todos? Si esto sigue así, no encontraremos al peón.

Por fin en un nuevo villorrio, igualmente despoblado, empezamos a golpear las chozas. Contestó un rabioso ladrar como si toda una traílla de perros enfurecidos, desde grandes mastines hasta gozquecillos, estuviera afilando sus dientes contra nosotros.

—¿Qué es eso? —dijo Polilla—. ¿De dónde vienen tantos perros? ¿Por qué no hay campesinos?

Pellízcame, pues estoy soñando, creo…

Esas palabras no se habían disuelto aún en el aire limpio cuando del cercado silo para papas asomó una cabeza de gañán y pronto volvió a esconderse. Nos acercamos y entonces desde el foso se oyeron unos locos ladridos.

—Carambita —dijo Polilla—. ¿Otra vez los perros? ¿Dónde estará el patán?

Cercamos el silo por ambos lados (mientras desde las chozas estallaban ensordecedores aullidos) y descubrimos al campesino y a su mujer con sus cuatrillizos, a los que alimentaba con una sola, anémica teta (pues la otra ya hacía tiempo que estaba inservible). Ladraban desesperada, furiosamente y trataron de huir, mas Polilla se abalanzó y atrapó al campesino. Éste estaba tan depauperado que cayó y gimió:

—¡Señor, señor, misericordia, dé'eme, oh, suéteme, mi señor!

—Hombre —dijo Polilla—, ¿qué pasa? ¿Por qué os escondéis de nosotros?

Al oír la palabra «hombre», el ladrar dentro de las chozas y detrás de la empalizada empezó con doble fuerza, mientras el campesinucho palidecía como un cirio.

—¡Ay, misericordia, señor, yo no hombre, dé'eme!

—Ciudadano —dijo entonces Polilla amistosamente—. ¿Habéis enloquecido? ¿Por qué ladráis, tú y tu mujer? Tenemos las mejores intenciones.

Al sonar esta expresión «ciudadano», el ladrar se dejó oír con triple fuerza y la lugareña rompió en llanto:

—¡Ay, pero premita, señor, él no es ningún suidadano! ¡Qué suidadano ni qué ocho cuartos! ¡Ay, desgracia nuestra, desgracia, ay, mardición, mardita sea! ¡Otra vez vienen con intenciones, oh, al diablo!

—Amigo —dijo Polilla—, ¿de qué se trata? No queremos perjudicaros. Deseamos vuestro bien.

—¡Amigo! —gritó el campesino asustadísimo.

—¡Quiere nuestro bien! —vociferó la campesina—. ¡Nosotros no hombres, nosotros perros, perros! ¡Jáu, jáu!

Repentinamente una de las criaturas de pecho ladró y la paisana, viendo que éramos sólo dos, gruñó y me mordió en el vientre. ¡Zafé el vientre de los dientes de la vieja! Y ya por la empalizada se desbordaba todo el villorrio, ladrando y aullando. ¡Cógelo, vecino! ¡Cógelo! ¡No tengas miedo! ¡Muerde! ¡Chu, chu! ¡Préndelo! ¡Cuz, cuz, a las intenciones! ¡Muerde al suidadano! ¡Chu, chu, arrú, a él, a él! Así azuzándose y excitándose se acercaban lentamente. Y lo peor es que con fines de engaño o, más bien, para animarse, conducían verdaderos perros que saltando y pujando echaban espuma y ladraban rabiosamente.

La situación se volvía crítica, todavía más bajo el aspecto psíquico que físico. Son las seis de la tarde, oscurece, el sol se esconde detrás de las nubes, comienza a lloviznar y nosotros, en una región desconocida, bajo una menuda y fría llovizna, estamos frente a una gran cantidad de gañanes que ungen ser sus propios perros para eludir así la omni-acaparadora actividad de los representantes de la cultura urbana. Sus hijos ya ni siquiera sabían hablar, sólo ladraban gateando, y los padres los animaban todavía: «Ladra, ladra, hijito-gozque, pa' que te dejen quieto, ¡ladra, ladra, gozquejo!». Era la primera vez en mi vida que contemplaba a toda una grey humana transformándose apuradamente en perro, según la ley del mimetismo, y de miedo ante una humanización aplicada con demasiada intensidad. Pero la defensa es imposible, pues si se sabe cómo defenderse de un perro o de un campesino solo, no se sabe en cambio qué hacer con hombres que gruñen, ladran y se apresuran a morder.

Polilla deja caer su palo. Yo torpemente miro la húmeda, misteriosa hierba donde pronto rendiré el alma en circunstancias equívocas. ¡Salud, partes de mi cuerpo! ¡Salud, mi facha y tú también salud, domesticado cuculillo! Y con seguridad hubiéramos sido, allí, en ese lugar preciso, devorados de modo desconocido, cuando de repente todo cambia, suena la bocina de un automóvil, el automóvil irrumpe en la muchedumbre, se detiene, y mi tía Hurlecka, nacida Lin, exclama, viéndome:

—¡Pepe! ¿Y tú, qué haces aquí, chico?

Sin darse cuenta del peligro, sin darse cuenta de nada (como suelen las tías) baja del coche, envuelta en chales, corre con manos extendidas para besarme. ¡Tía! ¡Tía! ¿Dónde esconderse? Prefería ser devorado que agarrado por una tía en el gran camino. Esta tía me conocía desde niño, se conservó en ella el recuerdo de mis pantaloncitos: me había visto cuando en la cuna pataleaba. Pero me alcanza, me besa en la frente, los campesinos dejan de ladrar y estallan en risas, todo el villorrio se sacude a carcajadas; ven que no soy ningún empleado omnipotente, sino un chico tial. El engaño se pone en claro. Polilla se saca la gorra y la tía le mete su mano tial para que la bese.

—¿Es tu colega, Pepe? Encantada.

Polilla besa la mano de la tía. Yo beso a la tía en la mano. La tía pregunta si no tenemos frío, que adonde vamos, de dónde venimos, con qué fin, cuándo, con quién, por qué y para qué. Contesto que

estamos de excursión.

—¿Excursión? ¿Pero, mis hijos, quién os dejó salir con tanta humedad? Suban conmigo, os llevaré a Bolimowo, a mi casa. El tío se alegrará.

De nada sirven las protestas. La tía excluye la protesta. Sobre el gran camino, bajo la lloviznante lloviznita, entre neblinas que suben, estamos junto a la tía. Subimos al coche. El chófer toca la bocina, el coche se marcha, los campesinos se mueren de risa bajo la mano, el automóvil enfilado en el hilo de los palos telegráficos empieza a correr. Nos vamos. Y la tía:

—Pepe, no te alegras, yo soy tu tía materno-materna, tu mamá era tía de la tía de la sobrina de mi tía materna. ¡Tu mamá difunta! ¡María querida! ¿Cuántos años hará que no te veo? Desde el casamiento de Francisco, cuatro. Me acuerdo cómo jugabas en la arena. ¿Recuerdas la arena? ¿Qué querían esos tipos de vosotros? ¡Ah, cómo me asusté! El pueblo de hoy día es bastante atrevido. Por todas partes hay microbios, no tomen agua sino hervida, no coman fruta sin pelarla o sin lavarla en agua caliente. Hazme el favor, ponte este chal, si no quieres apenarme y tu amigo que tome otro chal. Pero le ruego, no, no, no hay que ofenderse, podría ser su madre. Seguramente su mamá estará preocupadísima en su casa.

El chófer toca la bocina. El coche zumba, el viento zumba, zumba la tía, pasan olmos, pinos y encinas, pasan postes telegráficos, casitas, rancheríos, cual lodazales, el coche nos lleva al galope a través de los baches, saltamos en los asientos. Y la tía:

—Félix, más despacio, más despacio. ¿Te acuerdas del tío Francisquito? Cristina está de novia. Teresita tuvo una gripe. Enrique está de conscripto. Adelgazaste, si te dolieran las muelas tengo aquí una pastilla de aspirina. ¿Y los estudios? ¿Bien? Debes tener gran capacidad para la historia porque tu difunta madre tenía asombrosa facilidad para la historia. De tu madre la heredaste. Ojos azules de la madre, nariz del padre, aunque el mentón típico de los Pifczycki. ¿Te acuerdas cómo lloraste cuando te quitaron el carozo y te pusiste el dedito en la boquita y gritaste: ¡Buu, buu, cha, cha, chu, tía, tial! (¡Maldita tía!)? Espera, espera, cuántos años serán, veinte, veintiocho, sí mil novecientos… naturalmente, me fui entonces a Vichy y compré una valija verde, sí, sí, así que tendrás ahora treinta… Treinta… sí, naturalmente, justo treinta. Hijo mío, ponte el chal, hay que tener más cuidado con las corrientes de aire.

—¿Treinta? —preguntó Polilla.

—Treinta —dijo la tía—. ¡Treinta cumplió el día de San Pedro y San Pablo! Cuatro años y medio más joven que Teresita, y Teresita seis semanas mayor que Sofía, hija de Alfredo. Enrique se casó en febrero.

—¡Pero, señora, él va a nuestra escuela, al segundo año!

—Justamente. Enrique se casó en febrero, eso fue cinco meses antes de mi viaje a Mentón, una ola de frío. Elenita murió en junio. Treinta. Mamá volvió de Podolia. Treinta. Justo dos años después de la difteria de Chuchito. El baile en Mogilany, treinta. ¿Quieren bombones? Pepe, ¿quieres un bombón? La tía siempre tiene bombones. ¿Recuerdas cómo tendiste las manitas, gritando: ¡Boboncito, tía! ¡Boboncito!? Tengo siempre los mismos bombones, toma, toma, son buenos para la tos, abrígate, hijito.

El chófer toca la bocina. El coche corre. Corren los postes y árboles, ranchitos, trozos de cercas, pedazos de campo, pedazos de bosques y tierra, pedazos de no sé qué regiones. Llanura. Las siete de la tarde. Oscuridad, el chófer lanza columnas de electricidad, la tía enciende la luz en el interior y convida con los bomboncitos de la infancia. Polilla, asombrado, también mastica un bomboncito y la tía también mastica con el cartucho en la mano. Masticamos todos. Mujer, si tengo treinta años, entonces tengo treinta, ¿acaso no comprendes? No, no comprende. Es demasiado buena. Bondadosa en demasía. Es la bondad misma. Me hundo en la bondad de la tía, mastico su dulce bomboncito, para ella siempre tengo dos años, y además, ¿acaso existo para ella? No, no existo, el cabello del tío Eduardo, nariz del padre, ojos de la madre, mentón de los Pifczycki, partes del cuerpo familiares. La tía se hunde en la familia y me arropa en su chal. Sobre el camino salta un ternero y se empaca patizambo, el chófer toca como un arcángel, mas el ternero no quiere ceder, el coche se detiene y el chófer empuja al ternero. Corremos de nuevo y la tía cuenta cómo pintaba yo letras sobre los vidrios con el dedo, cuando tenía diez años. Recuerda lo que yo no recuerdo, me conoce tal como yo nunca me había conocido, pero es demasiado bondadosa para que la mate; no sin razón en la bondad Dios ahogó toda la sabiduría de las tías referente a nuestro ridículo y lamentable, anónimo pasado infantil. Corremos, pasamos por un enorme bosque, detrás de los vidrios, en la luz de los reflectores, vuelan pedazos de árboles; por la memoria, pedazos del pasado; la región es mala, de mal augurio. ¡Qué lejos estamos! ¿Adónde hemos llegado? Un gigantesco trozo de la brutal, oscura provincia, resbaladiza por la lluvia y destilando agua, acecha nuestro cajoncito, dentro del cual la tía charla de mis dedos, que antaño me había lastimado un dedo y todavía debo tener una cicatriz; mientras Polilla, con el peón en la cabeza, se asombra ante mi treintena. Empezó a llover fuerte. El coche dobló por un camino secundario, montículos y

baches, una vuelta más y los perros nos asaltan, furiosos, grandes mastines, corre el sereno, los ahuyenta —gruñen, ladran y chillan—; aparece sobre el portal un fámulo y tras él otro fámulo. Bajamos.

El campo. El viento sacude los árboles y las nubes. En la noche se delinean los contornos de un gran edificio, que no me es desconocido, pues estuve ya aquí, hace años. La tía teme la humedad, la servidumbre la toma en brazos y la lleva a la antesala. El chófer, detrás, lleva las valijas. El viejo mayordomo con patillas desviste a la tía. La criada me desviste a mí. El criadito desviste a Polilla. Los perritos nos huelen. Conozco todo eso, aunque no recuerdo… aquí nací y pasé los primeros diez años de mi vida.

—¡Traigo huéspedes! —exclamó la tía—. Eduardo, he aquí al hijo de Estanislao, Alfredo, tu primo. ¡Isabel! Pepe, tu prima. Es Pepe, hijo de la difunta María. Pepe, tu tío Eduardo. Eduardo, Pepe.

Estrechamiento de manos, besos en las mejillas, enlazamiento mutuo de partes de cuerpo, demostraciones de alegría y hospitalidad, nos conducen al salón, nos sientan sobre viejos Biedermayers y nos preguntan por nuestra salud, cómo nos sentimos; a mi vez, yo pregunto por la salud, y la conversación sobre las enfermedades se origina, nos atrapa y ya no nos quiere soltar. La tía está enferma del corazón, el tío Eduardo de reumatismo, Isabel padeció de anemia hace poco y tiene predisposición a los resfríos, la pobre anda mal de las amígdalas, mas faltan medios para una cura radical. Alfredo también se resfría fácilmente, y además tuvo un accidente fatal con la oreja, que se hinchó hace un mes cuando vino el otoño con sus vientos y humedad. Basta; parecía insano, en seguida de haber llegado, enterarse de todas las posibles enfermedades de la familia, pero cada vez que la conversación estaba por apagarse: «*Isabelle parle*» murmuraba la tía e Isabel, para mantener la conversación, con perjuicio de sus propios atractivos, traía al tapete una nueva enfermedad. Tortícolis, reumatismo, artritismo, dolor de huesos, podagra, catarro y tos, angina, gripe, cáncer y los pruritos urticariosos, dolor de muelas, pereza de intestinos, debilitamiento general, hígado, riñones, Karlsbad, el profesor Kalitowicz y el doctor Pistak. Parecía que se acabara con Pistak, pero no, pues la tía para mantener la conversación menciona al doctor Wistak, dotado de mejor oído que Pistak, y de nuevo Wistak, Pistak, la fiebre, enfermedades de la nariz, de la garganta, padecimientos de las vías respiratorias, médicos, las piedras vesiculares, la indigestión crónica, la indisposición y los glóbulos de la sangre. No podía perdonarme haber preguntado por la salud. Y sin embargo no podía, por cierto, no preguntar por la salud. Sobre todo para Isabel eso era sumamente fastidioso y veía cuánto le costaba evidenciar sus escrófulas sólo para que la conversación no decayera; sin embargo, no convenía callarse con dos jóvenes recién llegados. ¿Acaso todos los que venían a la campaña eran así atrapados por un mecanismo fijo, acaso con nadie se empezaba aquí de otro modo, sino a través de las enfermedades? Esa era la desgracia de la nobleza rural: que los buenos modales milenarios obligaban a entrar en relaciones desde el lado catarral y por eso seguramente tenían un aspecto tan resfriado y pálido a la luz de la lámpara, con perritos sobre las rodillas. ¡Campaña! ¡Campaña! ¡Leyes seculares y seculares, extraños misterios! ¡Qué diferencia con las calles urbanas y las muchedumbres céntricas!

Sólo la tía bondadosamente y sin ningún esfuerzo se dedicaba a los estados febriles y a la disentería del tío. La criada, roja en su blanco delantal, entró y avivó la lámpara. A Polilla, que hablaba poco, le impresionó la abundancia de sirvientes y dos viejos sables en la pared. Había nobleza en eso, pero yo no sabía si el tío también me recordaba de niño. Nos trataban un poco como niños, pero no de otro modo se trataban a sí mismos, con una Kinderstube heredada de antepasados. Tenía recuerdos poco claros de no sé qué juegos bajo la mesa gastada y me volvían del pasado los flecos del antiguo sofá, que estaba en el rincón. ¿Los mordía, o comía, o hacía trenzas con ellos? —o quizás los mojaba y untaba—, ¿con qué, cuándo? ¿O quizás me los metía en la nariz? La tía estaba sentada sobre el canapé según la vieja escuela, erguida, con el busto tendido hacia adelante, con la cabeza un poco hacia atrás; Isabel estaba sentada encorvadamente y enferma por la conversación, con los dedos cruzados; Alfredo de codos sobre los brazos del sillón se observaba las puntas de los zapatos, y el tío, fastidiando al lulú, se fijaba en una mosca otoñal que atravesaba el techo enorme, blanco. Afuera el viento golpeó, delante de la casa los árboles zumbaron con los restos de sus medio muertas hojas, chirriaron las celosías, en el cuarto se sintió un leve movimiento de aire y a mí me dominó el presentimiento de una nueva e hipertrófica facha. Los perros aullaron. ¿Cuándo aullaré? Pues no cabía duda que iba a aullar. Las costumbres de los terratenientes, un tanto raras, irreales, mimadas por algo, acrecentadas en un vacío inconcebible… delicadeza y pereza, refinamiento, amabilidad, finura, distinción, orgullo, cariño, extravagancia en estado potencial, encerradas en cada palabra, me llenaban de un temor desconfiado. Pero, ¿qué es lo que más amenaza: la tardía mosca otoñal, solitaria sobre el techo, la tía con el pasado infantil, Polilla con el peón, enfermedades, flecos del sofá, o todo eso junto, concentrado y acumulado en la punta de una aguja? En previsión de una facha ineludible estaba sentado en silencio sobre mi viejo, patriarcal Biedermayer, heredado de los antepasados, mientras la tía, sentada sobre el suyo, para mantener la conversación, gimió, diciendo que las corrientes de aire a esta altura del año

perjudicaban los huesos. Isabel, una señorita común de las que por millares se cuentan en las propiedades rurales y en nada diferente de las demás señoritas, para mantener la conversación se rió de eso; y todos se rieron con una mundana y amable imitación de la risa y dejaron de reírse… ¿Para quién, frente a quién se reían?

Pero el tío Eduardo que era delgado, alto, fragilucho, algo calvo, con nariz larga, delgada, largos y delgados dedos, labios finos y delicadas aletas, maneras muy cuidadas, pulido y distinguido, con extraordinaria facilidad en su modo de ser y negligente elegancia de mundano, se recostó en su sillón y puso sobre la mesa sus pies en zapatillas amarillentas de gamuza.

—Qué tiempos —dijo—, qué tiempos.

La mosca zumbó.

—Eduardo —exclamó bondadosamente la tía—, no te amargues.

Y le dio un bombón. Pero él se amargaba y bostezó; abrió la boca entera hasta mostrar sus últimas muelas amarillentas por el tabaco y bostezó dos veces con máxima *nonchalance*.

—Tereperepximpum —gruñó—, ¡una vez danzaba un pez y la gata se reía con altivez!

Sacó su cigarrera de plata y tamborileó en ella con dedos, pero se le cayó al suelo. No la levantó, sino que nuevo bostezo. ¿A quién bostezaba así? ¿Para quién bostezaba? La familia acompañaba aquellos actos en silencio, sentada sobre sus Biedermayers. Entró el viejo servidor Francisco.

—Está servida la cena —anunció.

—La cena —dijo la tía.

—La cena —dijo Isabel.

—La cena —dijo Alfredo.

—La cigarrera —dijo el tío.

El fámulo la levantó y pasamos al comedor estilo Enrique IV, donde había sobre las paredes retratos viejos, en un rincón el samovar hirviente. Nos sirvieron un jamón *au gratín* con arvejas. La conversación comenzó de nuevo.

—Tragad, tragad —dijo Eduardo, sirviéndose un poco de mostaza y una pizca de pimienta (¿pero en contra de quién se servía?)—. Nada mejor que el jamón *au gratin* cuando está bien preparado. Un jamón bien hecho se puede encontrar hoy día sólo en el restaurante de Simón, ¡sólo tereperepumpum, en Simón!

—¡Una copita! Vamos. ¡Un trago! —dijo Alfredo.

El tío preguntó:

—¿Te acuerdas de aquel jamón que daban, antes de la guerra, en Bidou?

—El jamón es muy pesado para el estómago —repuso la tía—. Isabel, ¿por qué tan poco, de nuevo no tienes apetito?

Isabel contestó, pero nadie la escuchaba, pues sabido era que hablaba por hablar. Eduardo comía no sin ruido, aunque con refinamiento y finura; operando con sus dedos sobre el plato, tomaba un bocado de jamón, lo preparaba con mostaza o salsa y se lo introducía en su agujero bucal; una vez echaba un poco de sal, otra de pimienta, se hizo una tostada y aun escupió un bocado que le había desagradado. El mayordomo en seguida lo sacó afuera. ¿Contra quién, sin embargo, escupía? ¿Y contra quién preparaba el jamón? La tía ingería no sin bondad, en forma abundante pero finita. Isabel ingería, Alfredo consumía lerdamente y la servidumbre servía con discreción, sobre *la punta de los pies*. De improviso, Polilla se detuvo con su tenedor a medio camino y se inmovilizó, su mirada se oscureció; la facha se le volvió gris, sus labios se entreabrieron y una hermosísima sonrisa musical y mandolinal floreció en su facha terrible. Sonrisa del encontrar y del saludar, salve, estás, estoy; puso las manos sobre la mesa, se inclinó, el labio superior se levantó como para el llanto; pero no lloró, sino se inclinó aun más. ¡Vio al peón! ¡El peón estaba en la sala! ¡El criadito! ¡El criadito era el peón! No cabía duda alguna: el muchacho, que servía las arvejas, era el peón soñado.

¡El peón! De la edad de Polilla, sólo diecisiete, ni alto ni bajo, ni feo, ni tampoco lindo; tenía el cabello claro, pero no rubio. Se apresuraba y servía descalzo, con una servilleta en el brazo izquierdo, sin cuello y con camisa de gemelos, en el traje de fiesta común a todos los peones campestres. Tenía una facha, mas su facha no tenía parentesco alguno con la facha fatal de Polilla, no era una facha fabricada sino natural, pueblerina, toscamente dibujada y rústica. No rostro que se había vuelto facha, sino facha que nunca, jamás llegó a la dignidad de rostro, ¡era eso una facha como una pierna! Indigno de un rostro honorable, así como indigno del rubio y del buen mozo; criado indigno de ser camarero. Sin guantes, descalzo, cambiaba los platos a los señores y nadie se extrañaba por eso; un muchacho indigno de la librea. ¡Peón!… Qué mala suerte encontrarlo aquí, en la casa de los tíos. Empieza, pensé, masticando el jamón como si fuese de goma, empieza… Y justamente, para mantener la conversación, comenzaron a animarnos a

comer y tuve que probar la compota de peras. Y nos ofrecieron aun masitas caseras y tuve que dar las gracias, comer ciruelas en almíbar que se me atragantaban, mientras la tía, para mantener la conversación, se disculpaba por la pobreza del agasajo.

«Tereperepumpum». Echado sobre la mesa, el tío Eduardo, con desgano lanzaba ciruelitas en su boca enormemente abierta, agarradas con dos dedos.

—¡Tragad! ¡Tragad! ¡Llénense el buche, queridos! —Tragó, chasqueó. Y dijo como expresamente, con una satisfacción ostentosa—: Mañana echaré a cinco hombres y no les pagaré, porque no tengo.

—¡Eduardo! —exclamó la tía con bondad. Pero él repuso:

—El queso, por favor.

¿Contra quién decía eso? La servidumbre servía sobre *la punta de los pies*. Polilla se ensimismó, devoraba con la mirada aquella no torcida facha pueblerina, campestre y rural, la apuraba como un brebaje único. Bajo su pesada e insistente mirada el criado trastabilló y por poco hubiese volcado el té sobre la cabeza de la tía. El viejo Francisco le dio discretamente en la oreja. «Francisco», dijo la tía con bondad. «¡Que tenga cuidado!», refunfuñó el tío y sacó un cigarrillo. El sirviente saltó con fósforos. El tío echó una bocanada de humo por sus labios estrechos, el primo Alfredo echó otra bocanada con labios no menos estrechos y pasamos al salón, donde cada uno se sentó sobre su inapreciable Biedermayer. La inapreciabilidad llegaba desde abajo con indecible lujo. El ventarrón se dejó oír detrás de las ventanas; el primo Alfredo propuso con cierta animación:

—¿Un *bridge*?

Polilla, sin embargo, no lo jugaba, así que Alfredo se calló, sentado. Isabel comentó algo, que en el otoño la lluvia caía a menudo, y la tía me preguntó por la tía Rosa. La conversación ya se terminaba; el tío cruzó las piernas, irguió la cabeza y miró el techo, donde una mosca atontada discurría en todas direcciones; bostezó, mostrándonos el paladar y una fila de dientes amarillos. Alfredo, en silencio, practicaba un lento balancear de la pierna y un contemplar de reflejos de la luz sobre las puntas de los zapatos; la tía e Isabel estaban sentadas con sus manos sobre las rodillas, el lulú sentado sobre la mesa miraba el pie de Alfredo, y Polilla, sentado en la sombra, con la cabeza entre las manos, permanecía en un silencio loco. La tía se despabiló, ordenó a la servidumbre preparar el cuarto de huéspedes, poner en las camas botellas con agua caliente y dejar un poco de nueces con confituras por si nos venía apetito. Al oír eso, el tío mencionó al pasar que también comería… y en seguida la servicial servidumbre le sirvió. Comíamos, aunque ya estábamos ahítos; no podíamos no comer la confitura y las gollerías, pues estaban sobre la bandeja preparadas para ser comidas y también porque nos convidaban e invitaban a comer. Y no podían no convidar porque estaban los platos sobre la mesa. Polilla se negaba, terminantemente no quería y yo adivinaba por qué —pues el peón estaba presente—; sin embargo la tía con bondad le dio una doble porción y a mí me obsequió con bombones que tenía en una pequeña bolsita. Qué dulzura, oh, qué dulzura, no puedo ya, demasiada confitura, pero con el plato ante mí no puedo, no, todo me vuelve: la infancia, la tía, los pantaloncitos cortos, la familia, la mosca, el perrito, Polilla, el buche lleno, la asfixia, el ventarrón afuera, exceso, saturación, demasiado, riqueza terrible, el Biedermayer fascina desde abajo. Pero no puedo levantarme y decir buenas noches, no puedo sin preámbulo… al fin hacemos la tentativa pero nos invitan a quedarnos un rato. ¿Contra quién el tío Eduardo puso en su boca, cansada y dulce, todavía una ciruela más? De repente Isabel estornudó y eso nos facilitó la despedida. Saludos, reverencias, gracias, enlaces de partes de cuerpo. La criada nos conduce arriba por una escalera que me trae vagos recuerdos… Detrás de nosotros un criado con nueces y confituras. Falta de aire, calor. Las confituras me vuelven. Polilla tiene hipo. El campo…

Cuando se cerró la puerta detrás de la criada, preguntó:

—¿Viste?

Se sentó y escondió el rostro en las manos.

—¿Hablas del criado? —pregunté con aparente impasibilidad. Bajé las cortinas; me daba miedo la luz de la ventana en los oscuros espacios del parque.

—Tengo que hablar con él. ¡Bajaré! No; toca el timbre.

Seguro ha sido puesto a nuestro servicio. Toca dos veces.

—¿Para qué? —trataba de persuadirlo—. Pueden de eso surgir complicaciones. Recuerda que los tíos… Polilla —grité—, no toques, dime antes, ¿qué te propones hacer con él?

Apretó el timbre.

—¡Cáspita! —gruñó—. No bastan confituras, todavía nos dieron manzanas y peras. Pon eso en el armario. Echa las botellas con agua caliente… No quiero que vea eso… —Estaba furioso, con esa furia detrás de la cual se oculta el temor por el destino, con la furia de los más íntimos asuntos humanos—. Pepe

—murmuró temblando, cariñosa, sinceramente—. Pepe, viste, él tiene una facha. No torcida, ¡tiene una facha normal! ¡Una facha sin mueca! Típico peón, no encontraré nunca nada mejor. Ayúdame. Solo no lograré desempeñarme.

—¡Quieto! ¿Qué quieres hacer?

—No sé, no sé. Si me hiciera amigo de él… Si lograra fra… fra… ternizar con él… —confesó con vergüenza—. ¡Fra… fra… ternizar! ¡Jun… tarme! ¡Debo! ¡Ayúdame!

El criado entró en el cuarto.

—Niño —dijo.

De pie en la puerta, esperaba órdenes. Polilla le ordenó echar agua en la palangana. Echó y esperó. Polilla le ordenó abrir el postigo, y, cuando lo abrió y se detuvo, le ordenó colgar la toalla en la percha; cuando la colgó, le ordenó poner el saco en el ropero. Pero esas órdenes le hacían sufrir terriblemente. Ordenaba, el criado cumplía todo sin chistar; y las órdenes se asemejaban cada vez más a un malicioso sueño, ¡oh, ordenar a su peón, en lugar de fraternizar con él, ordenar según su capricho señorial y pasarse así ordenando toda una noche de señoriales fantasías! Por fin, no sabiendo ya qué ordenar, en una completa carencia de órdenes, ordenó sacar del armario las botellas y manzanas escondidas y me susurró, quebrantado:

—Prueba tú. No puedo más.

Me quité sin apurarme el saco y me senté sobre el respaldar de la cama, balanceando las piernas en el aire; esta actitud era más cómoda para empezar con el peón. Pregunté perezosamente y de puro aburrimiento:

—¿Cómo te llamas?

—Quique —repuso, y era evidente que diciendo eso no se disminuía sino que éste era su verdadero nombre, como si fuese indigno de ser Enrique y de tener un pleno apellido.

Polilla tembló.

—¿Hace mucho que trabajas aquí?

—Y… hará un mes, niño.

—¿Y antes dónde trabajaste?

—Antes con los caballos, niño.

—¿Estás bien aquí?

—Bien, niño.

—Tráenos agua caliente.

—En seguida, niño.

Cuando salió, las lágrimas aparecieron en los ojos de Polilla. Lloraba. Lágrimas se deslizaban por el rostro martirizado.

—¿Oíste? ¿Oíste? ¡Quique! ¡Ni siquiera tiene un apellido! ¡Cómo todo eso concuerda con él! ¿Viste su facha? ¡Facha sin mueca, facha común! ¡Pepe, si él no fra… terniza conmigo, no sé qué haré! —Se enfurecía por momentos, me reprochaba por ordenarle traer el agua caliente, no podía perdonarse que a falta de otras órdenes le ordenara sacar del armario las botellas con agua caliente.

—Él seguramente nunca usa agua caliente. Él con seguridad nunca se lava. Y sin embargo no es sucio, Pepe, te diste cuenta, no se lava y, a pesar de eso, no es sucio; la suciedad en él no repugna, no da asco. ¡Ay, ay, y nuestras suciedades, nuestras!

Su pasión estalló con fuerza avasalladora en el cuarto de huéspedes del viejo caserón. Se secó las lágrimas; el peón volvía con una vasija. Esta vez Polilla comenzó, siguiendo las huellas de mis preguntas:

—¿Cuántos años tienes? —interrogó, mirando delante de sí.

—Y… qué sé yo, niño.

A Polilla se le cortó la respiración. ¡El peón no sabía! ¡No conocía su edad! En verdad, ¡qué peón divino, libre de suplementos ridiculizantes! Bajo el pretexto de lavarse las manos se acercó al criado y dijo, conteniendo su temblor:

—Parece que somos de la misma edad.

Esto ya no era una pregunta. Le dejaba la libertad de contestar. Tenía que empezar la fra… ternización. El criadito contestó.

—Sí, niño.

Por consiguiente Polilla volvió a las preguntas ineludibles.

—¿Sabes leer y escribir?

—Y… de dónde, niño.

—¿Tienes familia?

—Tengo hermana, niño.

—¿Y qué hace tu hermana?

—Ordeña las vacas, niño.

Estaba de pie y Polilla giraba en torno suyo; parecía que no había otro camino sino preguntas y órdenes, órdenes o preguntas, pues Polilla de nuevo se sentó y ordenó:

—Sácame los zapatos.

Me senté también. El cuarto era largo, estrecho y nuestros movimientos en él tenían en sí algo de malo. La casa, grande y tétrica, se hallaba en un parque húmedo y oscuro.

El viento aflojó, lo que resultó peor; con un viento fuerte hubiese sido mejor. Tendió Polilla la pierna, el peón se arrodilló e inclinó su facha sobre el pie tendido, mientras la facha de Polilla sobresalía por encima de él feudalmente, pálida y espantosa, endurecida en las órdenes, impotente para nuevas preguntas. De repente preguntó:

—¿Y el señor te da en la facha?

El criado se iluminó y exclamó con alegría pueblerina.

—¡Sí, sí que me da! ¡Sí que me da!

Apenas dijo eso, salté como sobre resortes, y le di con toda fuerza en el fachón izquierdo. Estalló en el silencio de la noche cual un estampido de pistola. El muchachón se agarró la facha, pero en seguida bajó la mano y se incorporó.

—Pegar, ¡pega el niño! —murmuró con admiración.

—¡Fuera! —grité. Salió.

—¿Qué hiciste, por Dios? —Polilla se retorcía las manos—. ¡Yo quería darle la mano! ¡Quería tomar su mano en mi mano! Entonces nuestras fachas serían iguales y todo… ¡Pero tú le diste con la mano en la facha! ¡Y yo tendí el pie a sus manos! ¡Me sacaba los zapatos —se lamentaba—, los zapatos! ¿Para qué hiciste eso?

No tenía la menor idea. ¿Para qué? Ocurrió como sobre resortes; grité ¡fuera! porque pegué, pero, ¿por qué pegué? Golpearon a la puerta, y el primo Alfredo apareció con una aguja, en zapatillas y pantalones.

—¿Disparaba alguien? —preguntó—. Me pareció oír un estampido de *browning*.

—Di un bofetón a tu Quique.

—¿Diste un sopapo a Quique?

—Me robó un cigarrillo.

Prefería presentarle mi versión del incidente antes de que se enterara por la servidumbre. Alfredo se extrañó un tanto, más en seguida rió amablemente.

—¡Perfecto! ¡Eso le quitará el hábito! Qué, ¿así al punto le diste en el hocico? —preguntó con cierta incredulidad.

Me reí, y Polilla me echó una mirada que no olvidaré nunca, mirada de un traicionado, y se fue al baño. El primo lo acompañó con su mirada.

—El amigo tuyo al parecer está indignado ¿eh? —observó con leve ironía—. Indignado contra ti. ¡Un burgués típico!

—¡Burgués! —dije, pues qué otra cosa podría decir.

—Burgués —dijo—. A este Quique, como le des así te va a respetar. ¡Hay que conocerlos! ¡Les gusta eso!

—¡Les gusta! —dije.

—¡Les gusta; gusta, ja, ja, ja! ¡Les gusta! —No reconocía al primo que hasta ahora me había tratado más bien con reserva; su apatía desapareció por completo, los ojos le brillaban, el pegar a Quique en la facha le complació y yo le complací también; el señorito de raza salió del languideciente y aburrido estudiante, como si hubiese olfateado el olor del bosque y del vulgo. Colocó la bujía en la ventana, se sentó a los pies de la cama con un cigarrillo.

—¡Les gusta! —dijo—. ¡Les gusta! Zurrar se puede, pero hay que dar propinas; sin propinas no admito palizas. Mi viejo y el tío Segismundo cierta vez en el «Grand» dieron una cachetada al portero.

—Y el tío Eustaquio —dije— dio en la facha a un peluquero. Nadie pegaba mejor en la carota que la abuelita Evelina, pero esos son tiempos remotos. Bueno, hace poco Enriquito Pac se bebió, y moqueteó la carucha de un enfermero. ¿Conoces a Enriquito Pac? Es muy simpático. Pero Titi Pitwicki rompió en el «Cacadú» un vidrio con la facha de un frutero. Yo sólo una vez crucé la facha a un ingeniero. ¿Conoces a los Pipowski? Ella es bastante snob pero muy estética. Mañana podríamos cazar perdices.

¿Dónde está Polilla? ¿Adónde se fue? ¿Por qué no regresa? Pero el primo no demuestra ganas de

despedirse, la bofetada aplicada a Quique nos acercó cual una copa de caña y él charla, pitando el cigarrillo, que bofetadas, perdices, Pipowska, simpatiquísimo, bailarinas y cabaret, Enriquito, Luisito, hay que saber que la vida es la vida, los estudios agronómicos y la plata y cuando termine los estudios. Contesto más o menos lo mismo. Y él de nuevo lo mismo. Y yo lo mismo. Entonces él, otra vez las cachetadas, que hay que saber cuándo, con quién y por cuánto, y entonces yo, de nuevo, que en la oreja mejor que en la mandíbula. Mas todo eso no es tan cierto, hay algo de ficticio en ello, pues en realidad ya nadie pega con tanta frecuencia, las costumbres son más civilizadas. Trato de rectificar y aclarar, pero no puedo, la charla es demasiado atractiva, y la leyenda, la fantasía señorial nos embriaga, ¡charlamos como dos señoritos!

—¡No está mal dar en la facha!

—¡Cachetear, muy saludable! ¡No hay como una buena paliza! Bueno, se me hace tarde —dijo por fin—. Nos veremos en Varsovia. Te presentaré a Enriquito. ¡Qué me dices, las doce! Tu amigo no viene todavía. Creo que estará mal del estómago. Buenas noches.

Me abrazó.

—Buenas noches, Pepe.

—Buenas noches, Alfredo —contesté.

Pero ¿por qué no vuelve Polilla? Sequé el sudor de mi frente. ¿Cómo ocurrió esta conversación con mi primo? Miré por la ventanilla, la lluvia había cesado, la mirada no alcanzaba más que a cincuenta pasos, sólo aquí y allá adivinaba en la espesura nocturna el contorno de los árboles, pero sus formas parecían más oscuras aun que la noche y más indefinidas. Detrás de la oscuridad el parque goteaba con la humedad, atravesado por el espacio de campos sordos, embozado y desconocido. No pudiendo adivinar cómo era lo que miraba, mirando y no viendo nada salvo formas más negras que la noche, retrocedí al fondo del cuarto y cerré el postigo. Era inoportuno todo eso. Inoportunamente pegué al peón. La charla también era inoportuna. Por cierto aquí el abofetear era cual una copita de caña, ¡qué diferente de las democráticas y secas cachetadas urbanas! ¿Qué era, diablos, el hocico del servidor en el viejo caserón de la nobleza? ¿Por qué desgracia tuve que sacar a la superficie con una bofetada la facha del criado y hasta chismeé de ella con el señorito? ¿Dónde estará Polilla?

Volvió alrededor de la una; no entró directamente, sino que primero por la puerta entreabierta echó un vistazo para ver si yo estaba durmiendo; se deslizó como quien vuelve de una juerga nocturna y pronto apagó la lámpara. Se desvestía rápidamente. Observé, cuando se hubo inclinado sobre la lámpara, que su facha había sufrido nuevas y burdas transformaciones: del lado izquierdo estaba hinchada, recordaba una manzanita, pero manzanita en compota, y todo lo que estaba haciendo le salía de modo minúsculo cual una papilla. ¡Infernal disminución! De nuevo la vela en mi vida, ¡esta vez en el rostro de un amigo! Le invadió un delirante payaso —así se me definió eso—, le invadió un delirante payaso. ¿Qué fuerza brutal podía conformarlo así? Contestó a mi pregunta con voz demasiado aguda, chillona.

—Estaba en la cocina. Frater… nizaba con el peón. Me dio en la facha.

—¿El criado te dio en la facha? —pregunté, no creyendo a mis oídos.

—Me dio —aseguró con alegría, aunque siempre artificial y algo magra—. Somos hermanos. Por fin logré entenderme con él. —Pero decía eso como un cazador de domingo, como un empleado urbano que se vanagloria de haberse emborrachado en una boda campestre. Triturado por una fuerza aplastante y devastadora… pero su actitud frente a esa fuerza no era leal. Lo presioné con preguntas y entonces confesó de mala gana, ocultando el rostro en las manos.

—Se lo ordené.

—¿Cómo? —la sangre hirvió en mí—. ¿Cómo? ¿Ordenaste que te pegara en la cara? ¡Te tomará por un loco! —me parecía que yo mismo había recibido una bofetada—. ¡Te felicito! Si los tíos se enteran…

—Tú tienes la culpa —repuso lúgubremente—. No había que pegar. Tú empezaste. ¡Te gustó ser señorito! Tuve que dejarme dar por él en la facha porque tú le diste… Sin esto no habría igualdad y yo no podría fra… ter…

Apagó la luz y esbozó con frases entrecortadas la historia de sus gestiones desesperadas. Encontró al peón en la cocina limpiando los zapatos señoriales y se sentó a su lado, pero entonces el muchacho se levantó. De nuevo… de nuevo reanudaba la conversación, trataba de entrar en confianza, hacerlo hablar, lograr la amistad, pero las palabras, todavía en los labios, degeneraban en un idilio sentimental y absurdo. El peón contestaba, como podía, pero era evidente que todo eso comenzaba a aburrirlo y no concebía qué quería de él el señorito chiflado. Polilla se metió por fin en la barata verbosidad de la revolución francesa, explicaba que todos los hombres eran iguales y bajo este pretexto exigía que el peón le diera su mano. Pero éste se negó terminantemente. «Mi mano no es para el niño». Entonces engendró la idea loca de que, si lograba obligar al peón a darle en la facha, el hielo se rompería.

—¡Dame en la facha! —suplicó, ya sin tomar nada en cuenta—. ¡En la facha me des! —e, inclinándose, prestaba la cara a las manos del peón. Éste sin embargo rehusaba:

—Y —decía—, ¿y pa' qué pega al niño?

Polilla suplicaba y suplicaba hasta que por fin gritó:

—¡Dame, la gran perra, cuando te lo digo! ¿Qué pasa, la p… digo?

En el mismo momento vio las estrellas y… golpe, mazazo ¡era que el peón le dio en la facha!

—¡Más —gritó—, caracoles! ¡Más! —Golpe, mazazo y estrellas. Abre los ojos y ve que el criado, parado delante de él con sus manos, está listo para cumplir las órdenes. Pero una bofetada ordenada no era una verdadera bofetada (eso era como echar agua en el lavabo o limpiar los zapatos), y un rubor de vergüenza cubrió el rubor originado por el golpe—. Más, más. —Murmuró el mártir, para que el peón fra… ternizara por fin sobre su rostro. Y de nuevo (golpe, mazazo, estrellas) ¡oh, este golpear la facha en la cocina vacía, entre trapos mojados, sobre una batea con agua caliente!

Por suerte al hijo del pueblo le dieron risa las extravagancias señoriales. Posiblemente llegó a la conclusión de que al señorito le faltaban unos tornillos (y nada hace tan atrevido al vulgo como la chifladura de los señores). Se puso, pues, a burlarse de una manera pueblerina, lo que originó la confianza. Pronto el peoncito fraternizó a tal punto que lo palmeaba en las costillas tratando de sacar algunas monedas.

—¡Dé, niño, pa' fumar!

Mas todo eso… no era eso. Todo era antifraterno y enemistoso, burla rústica, mortal burla que alejaba de la fraternización soñada. Aguantaba, sin embargo; prefería ser maltratado por el peón en vez de maltratarlo él con su superioridad de señor. Desde el patio se aproximó la muchacha cocinal, María, con un trapo mojado para limpiar el suelo y se puso a maravillarse por la chanza.

—¡Oh, Jesús! ¡Oh, qué bochinche!

La casa dormía y podían impunemente dedicarse a jugarretas con aquel señor que les hiciera una visita, mofarse de él con su campestre, pueblerino risotear. El mismo Polilla les ayudaba en eso… y risoteaba con ellos…

Pero, poco a poco, mofándose de Polilla, empezaron a burlarse también de sus propios patrones.

—¡Los señores son así! —decían con zumba pueblerina cocinal y desvanal—. ¡Así son! ¡No hacen nada, sólo tragan y tragan, eso los revienta! Engullen, tragan, duermen panza arriba, van por los cuartos y charlan no se sabe qué boberías. ¡Cuánto comen! ¡Madre de Jesús! Yo ni la mitad comería aunque soy un pobre gañán. El almuezo y el té a la tarde y bombones, y confitura y huevos fritos para el desayuno. Los señores son muy tragones, descansan y cogen enfermedades de eso. ¡Y el señor, que cazaba, sobre el gualdabosque trepó! ¡Sobre el gualdabosque trepó! El gualdabosque Vicente estaba atrás con otra escopeta, el señor tiró al jabalí, el jabalí se echó sobre el señor y el señor tiró la escopeta y sobre Vicente trepó (cállate, María), ¡y sobre Vicente trepó! ¡Por no haber ningún árbol por ahí, sobre Vicente trepó! Después el señor le largó un zloty y le dijo que no dijera nada a nadie porque lo echaría.

—¡Oh, Jesús! ¡Oh, qué me dices! ¡Cállate, porque me duele adentro! —María se sujetó la cintura—. Y la señorita así anda y mira no mal, pasea y pasea. Los señores así se pasean y miran no más. El niño Alfredo a mí me está mirando, pero ¡qué! no le conviene; una vez me quiso agarrar pero, ¡qué esperanza! Miraba y miraba si alguien no miraba hasta que me vino la risa y me largué. Después me dio un zloty y me dijo no soltar nada, porque estaba tomao.

—Ahí, tomao —charló el peón—. Otras muchachas tampoco quieren con él porque mira y mira si alguien mira. Ahora tiene a una, la vieja Josefa del pueblo, la viuda, y con ella se ve en los yuyos cerca del estanque, pero le dijo que a nadie ni a nadie diga nada ¡jutamente!

—¡Ji, ji, ji, ji, cállate, Quique! ¡Los señores son muy finos! ¡Los señores son muy delicaos!

—Y… delicaos, pero hay que limpiarles la nariz porque solos no pueden nada. Alcánzame, dame, tráeme el sobretó; hay que ponéselo porque no pueden solos. Cuando vine aquí, m'asombraba. Si alguien a mí me cuida'a y me mima'a así, prefiría pa decir verdad cae bajo tierra. Al patrón tengo que untarle con pasta cada día a la noche.

—Y yo amaso a la niña —chilló la muchachona—, a la niña con manos amaso porque muy delica'a.

—¡Los señores son blandos y tienen manitos! ¡Ji, ji, ji, manitos! ¡Oh, Jesús! ¡Pasean, tragan, parlan parle francé y se aburren!

—¡Cállate, Quiquito! No hables basura, la patrona es muy buena.

—Y, buena, porque chupa la sangre del pueblo, ¡claro que tiene que ser buena! Chupan la sangre. Cierto, cada uno trabaja pa' ellos, el patrón solo por el campo anda y mira cómo trabajan pa' él. La patrona se asusta de la vaca. ¡La patrona se asusta de la vaca! ¡La patrona se asusta de la vaca! Los señores así sólo

charlan entre sí. Los señores andan, jí, jí, jí, los señores son muy blandos…

La muchachona chillaba y se asombraba, el peón entonado se iba de la lengua y se maravillaba, cuando entró Francisco…

—¡¿Francisco entró?! —exclamé—. ¿El mayordomo?

—¡Francisco! El demonio lo trajo —chilló Polilla agudamente—. Le habría despertado el risotear de María. A mí, naturalmente, no se atrevió a decirme nada, pero empezó a vociferar al peón y a María, que se callen la boca a esa hora, fuera de aquí, al trabajo, ya es después de medianoche y todavía no han limpiado la cocina. Se largaron en seguida. ¡Infame mayordomo!

—¿Había oído?

—No sé; a lo mejor oyó algo. ¡Qué tipo más odioso! Fámulo con patillas y en cuello duro. Un campesino con patillas, un traidor del pueblo. Traidor y delator. Si ha oído, contará. Y tan bien que charlábamos —se quejó.

—Puede resultar de eso un tremendo escándalo… —dije.

Pero él gruñó chillonamente, furioso:

—¡Traidor! Tú también, traidor. Todos vosotros, traidores, traidores, traidores…

Durante mucho tiempo no pude dormirme. Por encima de nuestra pieza, en el altillo, corrían con ruido ratas, ratones, y oía sus chillidos, saltos súbitos, huidas y corridas los pifiados impactos atroces de esas bestias, tensas por el salvajismo. Las gotas caían del techo. Los perros aullaban automáticamente y el cuarto, herméticamente cerrado, era un cajón de oscuridad. Sobre una cama estaba acostado Polilla y no dormía, sobre la otra yo estaba tendido y no dormía, boca arriba, con las manos bajo la cabeza, con el rostro hacia el techo; ambos despiertos como demostraba nuestra imperceptible respiración. ¿Qué hacía bajo la capa de negrura? Sí, qué hacía él, pues si estaba despierto tenía que hacer algo… y yo también. El que no duerme, actúa, no puede no actuar. Así que actuaba. Y yo actuaba también ¿En qué pensaba él? ¿En qué soñaba chillada y afiladamente tendido, tenso, cual atrapado por pinzas? Rogaba a Dios que se durmiera, pues entonces se volvería a lo mejor menos silencioso y enmascarado, más evidente; se relajaría un tanto…

¡Noche torturadora! No sabía qué hacer. ¿Huir al amanecer? Estaba convencido de que el viejo servidor Francisco delataría al tío lo del chismorreo y bofetadas con el peón. Y sólo entonces empezaría el baile infernal, disonancia y falsedades, orgía de los demonios, ¡la facha, la facha empezara de nuevo! ¡Y el cucalaito! ¿Para eso había huido de los Juventones? ¡Hemos despertado la bestia! ¡Hemos desenfrenado el atrevimiento del servicio doméstico! ¡Comprendí en aquella noche terrible, en insomnio, sobre la cama, el misterio del caserón campestre y de la nobleza rural, misterio cuyos múltiples y turbios síntomas desde el primer momento originaban, en mí el presentimiento del espanto fachal y de la facha!

Aquel misterio era la servidumbre. El vulgo constituía el misterio de los señores. ¿Contra quién el tío bostezaba, contra quién se ponía en la boca una ciruela más, una dulce ciruela? ¡Contra el vulgo, contra su servidumbre! ¿Por qué no levantó la cigarrera del suelo? Para que la servidumbre la levantara. ¿Por qué nos recibió de modo tan distinguido, con qué fin tantas amabilidades y atenciones, tantas maneras y finuras? Para distinguirse de la servidumbre y contra la servidumbre conservar el hábito señorial. Y todo lo que hacían era en cierto modo frente a la servidumbre y respecto a la servidumbre, en relación con el servicio doméstico y también con la peonada.

Además, ¿podría ser de otro modo? Nosotros, en la ciudad, ni siquiera sentíamos que éramos señores —propietarios, todos vestidos igualmente, con igual lenguaje, iguales ademanes, y un sinnúmero de discretos semitonos nos juntaba con el proletariado—; por los escalones del peluquero, frutero y cochero se puede imperceptiblemente bajar hasta el bajo fondo del basurero; pero aquí el señorío se destacaba como un solitario álamo en cueros. No había transición entre el señor y el servidor, pues el administrador vivía en las afueras y el cura en la parroquia. El orgulloso señorío racial del tío crecía directamente del subsuelo plebeyo, de la plebe sacaba sus jugos. El servicio mutuo en la ciudad se realizaba por vía indirecta y en formas discrecionales —cada uno a cada uno un poco—, pero aquí el señor tenía su concreto y personal bruto al que tendía el pie para que le limpiara el zapato… Y el tío, la tía seguramente estaban enterados de cómo se charla de ellos en la cocina, cómo los ven los ojos del vulgo. Sabían, pero no querían saber, sofocaban, aplastaban, rechazaban aquel saber al sótano de la conciencia.

¡Ser servido por su plebeyo! ¡Ser pensado y comentado por el plebeyo! Refractarse incesantemente en el prisma vulgar del servidor, que tiene entrada libre a los salones, oye tus conversaciones, mira tu persona y tiene acceso, con el café matinal, a tu mesa y a tu lecho; constituir el tema cotidiano de ordinarias, rústicas infrahabladurías cocinales y nunca poder explicarse, nunca entenderse con ellos en pie de igualdad. Por cierto, sólo a través de la servidumbre, del sirviente, de la sirvientita, se puede comprender

la médula misma de la nobleza rural. Sin criado no comprenderás al señor. Sin criada no penetrarás en el tono espiritual de las damas rurales, en la entonación de sus altos vuelos; y el señorito de la muchachona campesina se deduce. Oh, comprendía por fin la causa del temor y el encogimiento que observa con sorpresa quien desde la urbe llega a la campiña. ¡El vulgo los atemorizaba! ¡Por la plebe eran determinados! ¡La plebe les tenía en un bolsillo! He aquí la causa verdadera. He aquí el eterno malestar secreto. He aquí la eterna lucha a muerte, preparada con todos los venenos de las luchas subterráneas y ocultas. Mil veces peor que las divergencias puramente económicas, era esa una lucha dictada por lo extraño y por lo exótico, lo extraño del cuerpo y lo exótico del espíritu. Sus almas estaban entre las almas plebeyas en el bosque; los cuerpos, delicados señoriales, estaban en una jungla entre los cuerpos del vulgo. Las manos tenían asco de las patas plebeyas, los pies señoriales detestaban los del vulgo, las caras odiaban las fachas los ojos, los ojazos rústicos; los deditos, los dedotes brutos… lo que tanto más olía a infamia cuanto sin cesar eran por ellos tocados, «cuidaos» como decía el peón, mimados y untados con cremas… ¡Tener en su casa, al lado suyo, diferentes, foráneas partes del cuerpo y no tener ningunas otras, pues en muchos kilómetros a la redonda había sólo extremidades vulgares y habla vulgar: *haiga, enjaguar, naide* y quizás únicamente el cura y el administrador se asemejaban algo a los dueños! Pero el administrador era un empleado y el cura, en realidad, vestía faldas. ¿Acaso no provenía de ese aislamiento la hospitalidad acaparadora que demostraron al retenernos tanto tiempo después de la cena? Con nosotros se sentían mejor. ¡Mas Polilla traicionó las caras señoriales con la facha pueblerina del peón!

El hecho perverso de que el sirvientito pegara con su mano en la cara de Polilla —quien era, en fin, un huésped de los señores y un señor— tenía que provocar consecuencias también perversas. La secular jerarquía se basaba en la dominación de las partes señoriales y era eso un sistema de tensa y feudal jerarquía, en el cual la mano del señor equivalía a la facha del servidor, y el pie quedaba a la altura de la mitad del cuerpo campesino. Aquella jerarquía era de larga data. Un hábito, un canon y una ley inmemoriales. Era eso una bisagra mística que juntaba las partes plebeyas y señoriales, santificada por el correr de los siglos, y sólo en esa jerarquía podían los señores tener contacto y palparse con la plebe. De aquí provenía la magia del sopapear. De aquí en Quique el culto casi religioso del abofetear. De aquí la señorial fantasía de Alfredo. Claro está, ya no pegaban (aunque Quique había confesado que de vez en cuando recibía del tío), pero la posibilidad potencial de la bofetada siempre permanecía en ellos, y eso los mantenía en la señoría. Y ahora ¿acaso la pata plebeya no entraba en confianza con la cara del señorito?

Y ya la servidumbre levantaba la cabeza. Ya comenzaban los chismes cocinales. Ya el vulgo, desmoralizado e insolentado por la confianza entre partes del cuerpo, empezaba a mofarse de los señores, crecía la crítica plebeya; ¿qué ocurrirá, qué acontecerá cuando los tíos se enteren y cuando la cara señorial tenga que mirar, derecho a la cara, la facha grosera del pueblo?

XIV
La fachalfarra o el nuevo atrapamiento

Al día siguiente, después del desayuno, la tía nos llevó aparte. La mañana era fresca, soleada; la tierra estaba húmeda y negra; grupos de árboles en el gran patio susurraban con su fronda azulada; bajo los árboles las gallinas caseras escarbaban y picoteaban. El tiempo se detuvo en la mañana y unos rayos dorados acariciaron el parquet del *fumoir*. Los perros caseros perezosamente vagaban de un rincón a otro. Las caseras palomas arrullaban. La tía estaba conmovida en su interior por una ola que le venía de las profundidades.

—Mi hijo —comenzó—, aclárame, por favor… Francisco me dijo que, según parece, este compañero tuyo se comunicaba ayer con el servicio. Me imagino que no será un agitador.

—¡Un teórico! —exclamó Alfredo—. ¡No te preocupes, mamá; un teórico que no sabe nada de la vida! Llegó a la campaña con teorías. ¡Un demócrata urbano!

Estaba todavía alegre y bastante señorial después de lo de ayer.

—Alfredo, él no es un teórico, ¡es un práctico! ¡Dice Francisco que le daba la mano a Quique!

Por suerte el viejo fámulo no había contado todo, y el tío, según pude comprobar, no estaba al tanto de lo sucedido. Fingí no saber nada y riéndome (cuan a menudo la vida nos obliga a risitas) mencioné algo sobre la ideología izquierdista de Polilla; así, por el momento, se terminó el asunto. Con Polilla, naturalmente, nadie habló de eso. Hasta el almuerzo jugamos al King, pues Isabel propuso ese juego social y no nos convenía negarnos; y hasta el almuerzo el juego nos atrapó en sus redes. Isabel, Alfredo, Polilla y yo, aburriéndonos y riéndonos, tirábamos cartas sobre el tapete verde, mayores sobre menores, o con triunfo de corazones. Alfredo jugaba seca, breve y rutinariamente, con un cigarrillo en la boca; tiraba las cartas con destreza y horizontalmente, levantaba las bazas con sus dedos blancos. Polilla se salivaba los dedos, estrujaba los naipes y observé que tenía vergüenza de ese juego señorial en demasía; a cada rato miraba la puerta temiendo ser visto por el peón; preferiría jugar al Sucio sobre el suelo. Sobre todo, el almuerzo me asustaba, pues preveía que Polilla no aguantaría la confrontación con el peón en la mesa. Y esos temores no me engañaron.

Sirvieron como entrada una mayonesa, después una sopa de tomates, milanesas de ternera y peras en vainilla, todo preparado con los *dedos vulgares* de la cocinera, y la servidumbre servía sobre *la punta de los pies*. Francisco, en guantes blancos, y el criadito descalzo, con servilleta. Polilla, pálido, con los ojos bajos, ingería los sutiles y culinarios platos que le presentaba Quique y sufría, alimentado con gollerías por el peón. Además la tía, deseosa de hacerle comprender de modo indirecto toda la impropiedad de sus excesos en la cocina, se dirigía a él con excepcional amabilidad y preguntaba por su familia y padre difunto. Obligado a hacer frases rotundas, contestaba, exasperado, lo más bajo posible para que el peón no oyera, y no se atrevía a mirarlo. Y quizás por eso, al llegar el postre, en vez de contestar a la tía, hundió en él su mirada, olvidado de todo, con sonrisa nostálgica y tímida, en la facha contorsionada y crispada y con una cucharita en la mano. Yo no podía codearlo pues estaba sentado del otro lado de la mesa. La tía se calló y el peoncito risoteó con un avergonzado risotear pueblerino, así como suele risotear el pueblo cuando lo miran los señores; y se tapó la boca con la mano. El mayordomo le dio en la oreja. En ese momento el tío encendía un cigarrillo y aspiraba el humo. ¿Había visto? Era eso tan evidente que temí que ordenara a Polilla levantarse de la mesa.

¡Mas Eduardo echó el humo por la nariz, no por la boca!

—¡Vino! —exclamó—. ¡Vino! ¡Traigan una botellita! —Se puso alegre y, echándose en el sillón

tamborileó con los dedos sobre la mesa—. ¡Vino! Francisco, diga que saquen de la bodega la «abuelita Teresa». ¡Tomaremos una copita! ¡Quique, café! ¡Cigarros! ¡Al diablo con los cigarrillos!

Y, saludando con la copa a Polilla, empezó a contar sus recuerdos, de cómo en sus tiempos cazaba las codornices con el príncipe Severino. Y brindando especialmente en su honor, con prescindencia de las demás personas, seguía contando del peluquero en el hotel Brístol, el mejor peluquero que jamás encontró en su vida. Se calentó, se animó, la servidumbre redobló la atención y pronto llenaba las copas sirviéndolos *con sus dedos*. Polilla, parecido a un cadáver, con la copa en la mano, bebía, no sabiendo a qué se debían esas imprevistas atenciones del tío Eduardo; sufría terriblemente; pero tenía que ingerir el añejo y delicado vino con *bouquet* en presencia de Quique.

También para mí la reacción del tío era inesperada. Después del almuerzo me tomó del brazo y me llevó al *fumoir*.

—Tu amigo —dijo aristocrática y prácticamente a la vez—, pede… pede… Ejem… ¡Persigue a Quique! ¿Has visto? Ja, ja. Bueno, ojalá las damas no se enteren. ¡Al príncipe Severino también le gustaba eso de vez en cuando!

Extendió sus largas piernas. ¡Ah, con qué maestría aristocrática lo dijo! Con qué pulimento señorial en el que participaban cuatrocientos mozos de restaurante, setenta peluqueros, treinta jockeys y la misma cantidad de *maitres d'hotel*; con qué placer puso en evidencia su picante y hotelero conocimiento de la vida de un *von vivant* y *grand seigneur*. La verdadera racial señoría, cuando se entera de algo así como la degeneración o desviación sexual, no de otro modo manifiesta su viril madurez, aprendida de los mozos y los peluqueros. Pero a mí, esta sabiduría picante del tío me enfureció bruscamente como un gato enfurece al perro; me indignó la cínica facilidad de esta tan cómoda y señorial interpretación del caso. Olvidé todos mis temores. ¡Yo mismo, para hacerlo rabiar, divulgué todo! ¡Que Dios me perdone! Bajo el efecto de su madurez hotelera caí en la inmadurez y decidí convidarlo con un plato menos cocido y preparado que los de un restaurante de moda.

—No es lo que piensas, tío —contesté ingenuamente—, él sólo fra… terniza con él, así no más.

Eduardo se extrañó:

—¿Fraterniza? ¿Cómo fraterniza? ¿Qué quieres decir por «fraterniza»? —Tomado de improvisó, me miró de reojo.

—Fra… terniza —contesté—. Quiere fra… ternizar con él.

—¿Fra… terniza con Quique? ¿Cómo fra… terniza? ¿A lo mejor quieres decir… agita a la servidumbre? ¿Agitador? ¿El bolchevismo, eh?

—No, fra… terniza como muchacho con muchacho.

El tío se incorporó y echó la ceniza; se calló y buscaba palabras.

—Fraterniza —repitió—. ¿Fraterniza con el pueblo, eh?

Trataba de definir eso, hacerlo aceptable bajo el aspecto mundano y social; la fraternización puramente muchachal era para él indigerible, intuía que eso no se sirve en un buen restaurante. Lo que más le irritaba era que, siguiendo el ejemplo de Polilla, yo pronunciaba «fra… terniza» con cierto avergonzado y tímido tartamudeo. Eso lo confundió por completo.

—¿Fraterniza con el pueblo? —preguntó con cuidado.

Y yo:

—No, con el muchacho fraterniza.

—¿Con el muchacho? Bueno y ¿qué? ¿A la pelota quiere jugar con él o qué?

—No, sólo es su compañero, como muchacho; fra… ternizan como un muchacho con un muchachón.

El tío se puso colorado, quizás por primera vez desde que empezó a visitar las peluquerías. ¡Oh, aquel rubor a contrapelo de un adulto de mucho mundo frente a un ingenuo! Sacó el reloj, lo miró y le dio cuerda, buscando términos científicos, políticos, económicos, médicos, para encerrar en ellos la sentimentalmente resbaladiza materia como en una caja.

—¿Una perversión? ¿Eh? ¿Un complejo? ¿Fra… terniza? *Comment* fra… terniza? *Mais qu'est-ce que c'est* fra… terniza? *Fraternité quoi, egalité, liberté*? —Empezó en francés pero sin agresividad, al contrario, como alguien que se defiende huyendo al francés. Sin embargo estaba indefenso frente al muchacho. Encendió el cigarrillo y lo apagó, cruzó las piernas, se mesaba el bigotito—. ¿Fraterniza? *What is that* fra… terniza? ¡Al diablo! ¡El príncipe Severino…!

Con suave obstinación yo repetía siempre «fra… terniza» y ya por nada hubiese renunciado a la verde, blanda ingenuidad con la cual untaba al tío.

—Eduardo —dijo bondadosamente la tía, que se paró en la puerta con un cartucho de bombones en

la mano—, no te irrites; él seguramente fraterniza en Cristo, fraterniza en el amor al prójimo.

—No —repuse con obstinación—. ¡No! Él fra… terniza desnudo, sin nada.

—¡Así que es un pervertido! —exclamó el tío.

—No, de ningún modo. Fra… terniza sin nada, sin perversión tampoco. Fraterniza como muchachón.

—¿Muchachón? ¿Muchachón? Pero, ¿qué es eso? *Pardon, mais qu'est-ce que c'est* muchachón? —decía haciéndose el sueco—. ¿Cómo muchachón con Quique? ¿Con Quique y en mi casa? ¿Con mi criado? —Se puso furioso; apretó el timbre—: ¡Yo le mostraré al muchachón!

El criado entró en el cuarto. El tío se aproximó a él con la mano tendida y quizá le hubiese pegado en la facha, corta y brevemente, pero se detuvo, desorientado; a medio camino, se tambaleó psíquicamente. No podía pegar, no podía entrar en contacto con la facha de Quique en esas circunstancias. ¿Pegar al muchacho porque es muchacho? ¿Pegar porque «fraterniza»? Era imposible. Y Eduardo, quien con facilidad golpearía por el café mal servido, bajó la mano:

—¡Fuera! —gritó.

—¡Eduardo! —exclamó bondadosamente la tía—. ¡Eduardo!

—Eso no sirve de nada —dije—. Al contrario, con cachetearle sólo aumentará la fraternización. Le gustan los sopapeados.

El tío parpadeó e hizo un ademán como sacudiéndose un gusano del chaleco, mas no dijo jota; ironizado por mi ingenuidad desde abajo, ese virtuoso de la ironía mundana, era como un esgrimista atacado por un pato. El experimentado y refinado hacendado demostró ser infantilmente ingenuo frente a la ingenuidad. Lo más curioso era que, a pesar de su mundo y experiencia, no se le ocurrió la sospecha de que yo podría aliarme contra él con Polilla y Quique, y que, a lo mejor, me alegraba viéndolo en sus trances señoriales; lo caracterizaba esa ciega confianza en los componentes de su esfera social que no admite ni siquiera la posibilidad de traición dentro de ese círculo. Entró el viejo Francisco, agitado, con patillas, en chaqueta y se detuvo en medio del cuarto.

Eduardo, que se había extralimitado algo, adoptó al verlo su normal y un tanto negligente actitud.

—¿Qué hay, Francisco? —preguntó con altanería, pero en su voz se notaba el servilismo del señor frente al viejo, maduro fámulo, el mismo que frente al vino añejo—. ¿Qué le trae, aquí? —El servidor me miró, pero el tío hizo un ademán—: Hable no más, Francisco.

—¿El señor habló con Quique?

—Y, bueno, hablé, hablé, Francisco.

—Es que quería solamente subrayar que hizo bien el señor de hablar con él. ¡Señor, yo ni un minuto lo dejaría aquí! Lo mandaría al diablo. ¡Se tomó demasiada confianza con los señores! ¡Señor, ya empieza a chismear la gente!

Tres muchachonas corrieron a través del patio, luciendo sus muslos desnudos. Tras ellas un perro rengo corría, ladraba. Alfredo penetró en el salón.

—¿Chismean? —preguntó el tío Eduardo—. ¿Qué es lo que chismean?

—Chismean de los señores.

—¿Chismean de nosotros?

Pero el viejo servidor, por suerte, no quiso decir más.

—Chismean de los señores —decía—. Quique se tomó confianza con este joven señorito que llegó ayer y ahora, con permiso, chismean de los señores y contra los señores sin ningún respeto. Sobre todo Quique y las muchachonas de la cocina. Si yo mismo oí cómo ayer chismeaban con el señorito hasta avanzada la noche, todo, todo le chismearon. ¡Chismean todo lo que pueden, chismean sin parar! ¡Chismean hasta que no sé yo cómo chismean! Señor, yo por mi cuenta echaría a ese granuja en un santiamén.

El mayordomo de gala se puso colorado como un tomate, ¡oh, ese rubor del viejo lacayo! Silenciosa y sutilmente le contestó el rubor del señor. Los señores permanecían sentados sin decir nada; no era conveniente preguntar, pero a lo mejor agregaría algo; estaban pendientes de sus labios; nada agregó.

—Bueno, ya, bueno, mi Francisco —dijo por fin el tío Eduardo— puede retirarse. —Y el servidor se fue así como vino.

«Chismean de los señores», no se habían enterado de nada más. El tío se limitó a hacer esta agria observación a la tía:

—Eres muy blanda con la servidumbre, querida, ellos se permiten demasiado. ¿Qué chismes son esos?

Y cambiaron de tema; todavía por un largo rato emitieron observaciones banales y preguntas fútiles,

como por ejemplo: «¿Dónde estará Isabel? ¿Llegó el correo?». Bagatelizaban para no demostrar hasta qué punto les había herido el reticente relato de Francisco. Sólo después de bagatelizar durante más o menos un cuarto de hora, Eduardo se desperezó, bostezó y lentamente cruzó el parquet, en dirección al salón. Yo adivinaba lo que estaba buscando allí; buscaba a Polilla. Tenía que hablar con él, le acuciaba la necesidad psíquica de una inmediata aclaración y explicación, no podía más con esas dudas.

Tras él se fue la tía.

Empero Polilla no se encontraba en el salón; sólo Isabel, con un *Manual del cultivo racional de cereales* sobre las rodillas, estaba sentada y miraba a la pared, a la mosca; tampoco lo encontraron en el comedor ni en el *boudoir*. La casa dormitaba en el silencio de la siesta y la mosca zumbaba; afuera las gallinas merodeaban por los céspedes secos, picoteaban la tierra; el fox-terrier molestaba la cola del pomeranio mordisqueándola. El tío, Alfredo y la tía se desparramaron imperceptiblemente por la casa, cada uno por otro camino. La dignidad no permitía confesar qué estaban buscando. Pero la imagen de los señores puestos en movimiento, negligentes en apariencia y lentos, y sin embargo obstinados, era más temible que la imagen de la persecución más violenta, y en vano trataba yo de encontrar algún medio para conjurar el escándalo que se formaba, como un forúnculo, sobre el horizonte. Ya no tenía acceso a ellos. Ya se encerraron en sí mismos. Ya no podía hablar con ellos de eso. Al pasar por el comedor vi a la tía detenerse frente a la puerta de la cocina, detrás de la cual, como de costumbre, se oían charlas, chillidos y risoteos de las muchachas ocupadas en limpiar los platos. Pensativa, atenta, estaba parada con la expresión típica de una ama de casa que espía a su propia servidumbre; su bondad acostumbrada había desaparecido. Al verme, tosió y se fue. Y, al mismo tiempo, el tío se acercó por el jardín a las ventanas de la cocina y se detuvo entre los arbustos, mas, cuando la muchachona cocinal sacó la cabeza por la ventana llamó al jardinero:

—¡Nowak! ¡Nowak! ¡Diga a Zielinski que arregle ese caño!

Y se alejó lentamente por las alamedas seguido por el jardinero Nowak con la gorra en la mano. Alfredo se acercó a mí y me tomó del brazo:

—No sé si te gustaría a veces una vejancona, ya algo pasada, mujer campesina, porque a mí me gusta la campesina vieja. Enriquito Pac introdujo esa moda; me gusta la vieja. *J'aime parfois* une simple vieja, me gusta la vieja, ¡al diablo! ¡Me gusta la vieja! ¡Hallali, hallali!, me gusta una campesina simple y que sea vejancona.

¡Ajá! Temía que acaso la servidumbre hubiese dicho algo de su vieja, de la «viuda Josefa» con la cual se ahitaba entre los arbustos cerca del estanque; se justificaba con la extravagancia de la moda, introducía en eso al joven Pac. No contesté, viendo que ya nada podría salvar a los señores, puestos en movimiento, de la extravagancia; aquel astro loco subió de nuevo sobre mi firmamento y recordé todas mis aventuras desde que Pimko me hizo el culeíto, pero ésta parecía ser la peor. Me fui con Alfredo al patio donde pronto nos encontramos con el tío, quien salió de la alameda, seguido por el jardinero Nowak con su gorra en la mano.

—Tiempo magnífico —exclamó en el aire limpio—. ¡Magnífico!

En verdad, el tiempo era hermoso; sobre el fondo de azules lejanías los árboles goteaban su follaje dorado rojizo; el fox-terrier coqueteaba con el pomeranio. Polilla, sin embargo, no estaba. Vino la tía con dos hongos en la mano mostrándolos de lejos con dulce y bondadosa sonrisa. Nos concentramos delante del portal y como nadie quería confesar que en realidad buscábamos a Polilla, reinó entre nosotros una excepcional delicadeza y amabilidad. La tía bondadosamente preguntaba si alguien sentía frío. Los cuervos estaban posados sobre los árboles. En la puerta de entrada al patio estaban plantados los chicos, con los dedos sucios puestos en las carotas y, mirando a los señores, parloteaban, hasta que Alfredo los ahuyentó con un taconeo; pero después de un rato comenzaron a mirar a través de la empalizada, así que de nuevo los dispersó y el jardinero Nowaki les tiró unas piedras; huyeron, pero desde el aljibe otra vez reanudaron el mironear hasta que por fin Alfredo los dejó en paz. Eduardo ordenó traer manzanas y comía con ostentación, tirando las cáscaras. Comía contra los chicos: «Tereperepumpum», gruñó.

No se veía a Polilla, y nadie subrayaba con palabras esta ausencia, aunque todos necesitábamos urgentemente confrontación y aclaramiento. Si esto era una persecución, la persecución era increíblemente lerda, perfectamente indolente, casi sin moverse, y por eso temible. El señorío perseguía a Polilla, pero los señores y la señora apenas se movían.

Empero parecía estéril permanecer por más tiempo en el patio, sobre todo porque las criaturas siempre mironeaban a través de la empalizada, y Alfredo sugirió pasar al patio posterior. «Te mostraremos los establos», dijo, y sin apuro, paseando, nos dirigimos hacia allá, el tío Eduardo seguido por el jardinero con la gorra en la mano. Los chicos se trasladaron desde la empalizada a los alrededores del triguero. Detrás

de la puerta empezó el barro, y los patos nos atacaron, pero el capataz saltó sobre ellos; el perro rengo enseñó sus dientes y gruñó, pero saltó sobre él el sereno. Los perros encadenados al lado de la caballeriza se pusieron a ladrar y aullar, irritados por el exotismo de la vestimenta; en verdad yo llevaba un traje gris, urbano, cuello, corbata y zapatos, el tío estaba en capote, la tía en una negra *pleureuse* con pieles y sombrerito con alas, Alfredo en medias escocesas y pantalones de golf. Un vía crucis era este —y lento—, el más penoso camino que jamás afronté; os enteraréis todavía de mis aventuras en el desierto y entre los negros, pero no puede competir un negro con esta peregrinación por el patio de Bolimowo. En ninguna parte un exotismo más profundo. En ninguna parte un veneno más mortal. En ninguna parte florecían bajo los pies más insanas fantasmagorías y flores raras; en ninguna parte estas orquídeas, estas mariposas archiorientales; oh, ningún lejano colibrí puede medirse con el exotismo de un pato que nunca fue tocado por nuestra mano. Oh, porque nada aquí era tocado por nuestras manos; los peones en la caballeriza no tocados, las muchachonas cerca del triguero no tocadas, no tocado el ganado y las gallinas, las horquillas, los arneses, cadenas y bolsas. ¡Salvajes gallinas, salvajes caballos, salvajes muchachonas y puercos salvajes! Sólo las fachas de los peones podían ser tocadas por la mano del tío y sólo la mano de la tía era tocada por las fachas de los peones, que impregnaban en ella sus pueblerinos y serviciales besos. Pero, fuera de eso, nada y nada y nada, todo desconocido, ignoto. Avanzábamos sobre nuestros tacones cuando las vacas hicieron su entrada en el patio, un enorme ganado llenó todo el camino, arreado e incitado por muchachitos apenas crecidos, y nos encontramos entre cuadrúpedos desconocidos, ignotos.

—*Attention!* —exclamó la tía—. *Attention, laissez les passer!*

—¡Atasionlasepasé! ¡Atasionlasepasé! —corearon los chicos desde el triguero, pero el sereno y el capataz saltaron y alejaron tanto a la chiquillería como a las vacas. Desde el corral las muchachonas ignotas entonaron una canzoneta campestre (¡ay, ay, ay!), pero no se alcanzaba a comprender las palabras. ¿Quizás cantaban del señorito? Empero, lo más desagradable era que los señores parecían como cuidados por el pueblo y, aunque reinaban, dominaban y oprimían económicamente, desde el exterior todo eso tenía un aspecto cariñoso, como si la plebe acariciase al señorío y el señorío fuese objeto de mimos por parte de la plebe; y ya podía el capataz, como esclavo, llevar en sus brazos a la tía por encima de los charcos, más parecía que la acariciaba. Chupaban al pueblo económicamente, pero además del chupar económico se efectuaba un chupar de índole infantil; no sólo la sangre chupaban sino también la lechita, y en vano el tío, dura y virilmente, retaba a los peones, en vano la tía se dejaba besar las manos con bondad matriarcal de una madre; ni la bondad matriarcal, ni las más duras órdenes podían aniquilar el efecto de que el estanciero era un hijito del pueblo y la estanciera una hijita. Pues aquí el pueblo no estaba todavía tan estrujado por las influencias cultas como aquella chusma suburbana que huía de nosotros en los perros; era secular, virgen y tenía la fuerza de cien mil caballos de tiro acumulados y multiplicados.

No lejos del gallinero el ama de llaves metía bolitas en el gaznate de un pavo gordo, saturándole en exceso para honor del sabor señorial y preparándolo para sabrosa comida de los señores. Delante de la herrería cortaban la cola —por más distinción— a un potrillo de gala y Alfredo le dio unas palmadas en las ancas y le miró los dientes; el caballo, pues, formaba parte de esos contados objetos que era permitido tocar al señorito, y las ignotas y chupadas muchachonas le cantaron con redoblado entusiasmo: ¡ay, ay, ay! Pero el recuerdo de la vejancona no le permitió gozar como señorito; dejó el cuello del caballo y echó una mirada sospechosa a las muchachas por si acaso estaban risoteándose de él. Un viejo enjuto, gañán, también ignoto y algo chupado, se aproximó y besó a la tía en la parte del cuerpo permitida. Nuestra marcha alcanzó los límites de los establecimientos. Más allá, el camino y el tablero de campos, espacio. Desde lejos, desde lejos nos percibió un peón chupado que se había detenido con el arado, y en seguida dio un latigazo al caballo. La tierra húmeda no permitía el sentarse ni el permanecer sentado. A la derechita señorial, zanjas, trillados, potreros, talas; a la izquierdita señorial, el bosque eternamente verde, el verdor espinoso. No se veía a Polilla. La salvaje gallina casera picoteaba la avena.

De repente, a la distancia de unas centenas de pasos, Polilla se deslizó del bosque —no solo—, con el criadito al lado. No nos vio, no veía el mundo, hundido, ensimismado, hechizado por el peón. Se contoneaba y daba saltos cual un payaso presuntuoso y remilgado, a cada rato le agarraba la mano y le miraba en los ojos. El peón se mofaba en grande con su campesino, campestre risotear, y de confianza le daba palmaditas en el hombro. Iban por la orilla del bosquecillo, Polilla con el peón; no, ¡el peón con Polilla a su lado! Polilla, en su hechizamiento, a cada rato ponía la mano en el bolsillo y daba algo al peón, posiblemente monedas, y el peón, en su confianza, palmaditas le daba.

—Ebrios —murmuró la tía.

No estaban ebrios. El globo solar, inclinándose hacia el poniente, aclaraba y evidenciaba. El peón le dio un moquete en la mejilla al acostarse el sol…

Alfredo lanzó un grito:

—¡Quique!

El criadito se metió en el bosque. Polilla se detuvo como si se hubiese frenado en su andar, sacado del ensueño. Empezamos a caminar hacia él a través del trigal, en vista de que él hacia nosotros empezó a caminar. Mas Eduardo no quería arreglar cuentas en medio del campo, pues las criaturas siempre miraban desde el patio y el gañán chupado labraba.

—¿Quiere pasear por el bosque? —le propuso de repente con excepcional amabilidad.

Y a campo traviesa entramos en el oscuro bosquecillo. Sosiego. La controversia definitiva se realizó entre pinos bastante espesos; en gran estrechez estábamos parados muy cerca uno del otro. El tío Eduardo temblaba en sus adentros, pero redobló su amabilidad.

—Veo que la compañía de Quique le complace a usted —comenzó con sutil ironía.

Polilla contestó con voz chillona y con odio:

—Me complace…

Se hallaba metido bajo un pino espinoso, con la facha tapada por las ramas, cual un zorro acosado por la jauría. A dos pasos de él la tía entre los espinos, el tío Alfredo… Mas el tío inquirió con frialdad y sarcasmo apenas perceptible.

—Parece que usted fra… terniza con Quique.

Un chillido odioso y furioso.

—Fra… ternizo.

—Eduardo —observó la tía tiernamente—, vamos. ¡Aquí hay humedad!

—Este bosquecillo es muy espeso. Habrá que sacar cada tercer pino —dijo Alfredo al padre.

—¡Fra… ternizo! —aulló Pollilla.

No esperaba que lo condenarían a esa tortura. ¿Para eso entraron en el bosquecillo, para fingirse sordos? ¿Para eso le persiguieron tanto tiempo, para despreciarlo después de haberlo alcanzado? ¿Dónde las aclaraciones? ¿Dónde la explicación decisiva? Con toda perfidia cambiaron los papeles, no le atendían; tan orgullosos eran, tan prestos a despreciar, que aun renunciaron a las aclaraciones. Bagatelizaban. Pasaban por alto. No le atendían. ¡Ah, señores rabiosos e infames!

—¡Y usted trepó sobre el guardabosque! —gritó—. ¡Usted subió sobre el guardabosque por temor al jabalí! ¡Lo sé! ¡Todos charlan de eso! ¡Tereperepumpum! ¡Tereperepumpum! —le gritaba perdiendo en la ira el dominio de sí mismo—. ¡La vejancona Josefa! —añadió.

Eduardo apretó los labios y… silencio.

—¡Quique será largado! —dijo fríamente Alfredo al padre.

—Sí, Quique será despedido —contestó con frialdad el tío Eduardo—. Lo lamento, pero no acostumbro tolerar a un criado desmoralizado.

¡Se vengaban en Quique! Ah, señores fríamente infames, no sólo no se dignaban contestarle sino que despedían a Quique, a través de Quique le herían. Y del mismo modo, ¿acaso el viejo Francisco en la cocina no le dijo una sola palabra, pero amonestó al Quique y a la muchacha? El pino tembló y seguramente Polilla les hubiera saltado a los ojos. De repente un guardabosque, en uniforme verde y con escopeta al hombro, apareció entre los arbustos e hizo la venia.

—¡Trepe sobre él! —gritó Polilla—. ¡Trepe sobre él, porque el jabalí!… ¡¡El jabalí!!… ¡¡El jabalí!! —Y enloquecido echó a correr por el bosque. Corrí tras él.

—¡Polilla! ¡Polilla! —clamaba sin resultado y los pinos me golpeaban, ¡me arañaban la facha mía! Por nada quería permitir su soledad en el bosque. Saltaba sobre zanjas, barrancas, raíces y hoyos. Dejando atrás el bosquecillo, alcanzamos el bosque; aumentó la velocidad ¡y corría, corría cual un jabalí enfurecido!

De golpe vi a Isabel que paseaba entre los árboles y, aburriéndose, buscaba hongos entre el musgo. Corríamos derecho a ella y temí que él le causara algún daño con su furia.

—¡Huye! —exclamé. Mi voz tenía que ser apremiante, pues Isabel se dio a la fuga y Polilla, viendo que huía, ¡empezó a perseguirla! Sacaba yo de mí los restos de mi empuje para por lo menos alcanzarla al tiempo que él la alcanzase.

Felizmente Polilla tropezó con una raíz y cayó. Llegué.

—¿Qué? —gruñó, pegando la cara al musgo—. ¿Qué?

—Vuelve a la casa.

—¡Señores! —escupió esa palabra a través de los dientes—. ¡Señores! ¡Ándate, ándate! ¡Tú también, señor!

—¡No, no!

—¡Vaya que no! ¡Eres! ¡Señor! ¡Señor!

—Polilla, vete a la casa. ¡Hay que terminar esto! Esto terminará con una desgracia. Hay que interrumpir, cortar, ¡empezar de otro modo!

—¡Señor! ¡Señores, la peste! ¡No de'an! ¡No permiten! ¡La perra! ¡La perra! ¡Oh, Jesús! ¡Y a ti también t'an comprao!

—¡Déjate de eso, ese no es tu lenguaje! ¿Cómo hablas? ¿Cómo me hablas a mí?

—Mío, mío… ¡No daré! ¡Mío! ¡Déjelo! ¡Quieren echar a Quique! ¡A Quique! ¡Echar! ¡No permiti'é, mío, no permiti'é!…

—¡Vete a la casa!

¡Vergonzosa retirada! Se desesperó, gemía, balaba, se lamentaba con rústicos lamentos ¡oh, desgracia, desgracia, oh, vida! En el patio las muchachonas, los peones, se maravillaban y se asombraban del señor que emitía quejidos al modo de ellos. Oscurecía cuando llegábamos a la casa; le dije que esperara en nuestro cuarto del primer piso y me fui a hablar con el tío Eduardo. En el *fumoir* me encontré con Alfredo quien caminaba a largos pasos con las manos en los bolsillos. El señorito estaba rabioso en sus adentros y rígido en sus afueras. Me enteré por sus secas contestaciones que Isabel volvió del bosque medio muerta y, al parecer, había pescado un resfrío; la tía le estaba tomando la temperatura. Al Quique, que ya había vuelto a la cocina, se le prohibió la entrada a las habitaciones y a la mañana sería despedido. Subrayó más adelante que no me hacía responsable por los escandalosos excesos de «este señor», aunque, según su opinión, debería con más cuidado elegir mis amigos. Lamentaba no poder por más tiempo gozar de mi compañía, pero —añadió— no creía que nuestra permanencia en Bolimowo pudiese resultarnos agradable. Mañana a las nueve sale el tren para Varsovia, ya han sido dadas instrucciones al cochero. En lo que se refiere a la cena, nos gustaría, sin duda, cenar en nuestro cuarto; Francisco ya recibió la orden al respecto. Todo eso me comunicó en un tono semioficial que no admitía discusiones y en el carácter de hijo de sus padres.

—Por mi parte —masculló— reaccionaré de otro modo. Me permitiré castigar directamente a «ese señor» por la ofensa a mi padre y a mi hermana. Pertenezco a la corporación Asdoria.

¡Y una amenaza de abofeteamiento echó de sí! Comprendí lo que anhelaba. Quería descalificar aquella cara abofeteada, aquella que recibía de la plebe en la facha; quería, por intermedio del cachetear, eliminarla de la lista de caras honorables, señoriales.

Felizmente el tío Eduardo, al entrar en el cuarto, oyó esas amenazas.

—¿De qué «señor» hablas? —exclamó—. ¿A quién quieres abofetear, mi hijo? ¿A un pobre mocoso en edad escolar? ¡En el culeíto hay que darle unas palizas!

Alfredo se ruborizó y vaciló en su propósito honorable. Después de esas palabras del tío ya no podía abofetear; en verdad, teniendo veinte y pico de años no podía golpear honorablemente a un menor de diecisiete primaveras, sobre todo cuando esta particularidad de diecisiete había sido subrayada y destacada. Lo peor era, sin embargo, que Polilla, en realidad, se encontraba en el período de transición y si los señores podían considerarlo como mocoso, para la plebe, que madura más pronto, era ya todo un señor, y su rostro tenía para ellos el pleno valor de un rostro señorial. ¿Cómo era eso entonces: una cara bastante madura para que Quique pudiera pegarle como a una cara señorial, y demasiado poco para que los señores pudiesen obtener sobre ella su satisfacción? Alfredo miró al padre, furioso por esta injusticia de la naturaleza. Pero Eduardo no admitía la idea de que Polilla pudiese ser otra cosa que un mocoso, él, quien durante el almuerzo le trataba de igual a igual y con vino festejaba su supuesto homoerotismo, ahora rehusaba cualquier afinidad con él, lo trataba como a mocoso, a menor, ¡con la edad bagatelizaba! ¡El orgullo no permitía! ¡La raza hervía, la raza! El señor, a quien la Historia en su marcha inevitable quitaba los bienes y el poder, conservaba, sin embargo, su raza espiritual y corporal, ¡corporal sobre todo! Podía soportar la reforma agraria y el general públicopolítico igualamiento, pero se rebelaba su sangre al sólo pensamiento de una igualdad privada y corporalmente física, de una fra… ternización de personas. Aquí el igualamiento entraba ya en terrenos hundidos en las tinieblas de la persona, en milenarias malezas de la raza, ¡custodiadas por el instintivo y repulsivo reflejo del asco, el pavor, la abominación! ¡Que le quiten la fortuna! ¡Que introduzcan reformas! Pero que la mano señorial no busque la mano peonal, que las mejillas no busquen la pata vulgar. ¿Cómo, por propia voluntad, sólo por pura nostalgia, inclinarse, hacia el vulgo? ¿La traición racial, el culto de la servidumbre, culto del sirviente, culto directo, ingenuo, de los miembros, movimientos, dicharachos del servidor, enamoramiento del mismo ser del peón? ¿Y en qué situación queda el dueño cuyo servidor es objeto de tan manifiestas atenciones por parte de otro señor?

—¡No, no, Polilla no es ningún señor, es un simple menor y mocoso! Son extravagancias mocosas bajo la influencia de la propaganda bolchevique. Veo que las corrientes bolcheviques reinan entre la juventud escolar —repetía, como si Polilla fuese un simple menor revolucionario y no un amante racial—.

¡En el culeíto —carcajeaba—, en el culeíto dar!

Y de improviso por la ventana entreabierta invadieron nuestro oído ruidos y chillidos provenientes de los arbustos, en las cercanías de la cocina. La tarde era calurosa, el sábado… Los peones de la estancia vinieron hacia las muchachas cocinales y se calentaban… Eduardo sacó la cabeza por la ventana.

—¿Quién está ahí? —exclamó—. ¡Está prohibido!

Alguien se escondió en el matorral. Alguien se rió. Una piedra, arrojada con fuerza física, cayó delante de la ventana. Y alguien detrás de los arbustos, con voz cambiada a propósito, se puso a vociferar:

¡Eh, mamá mía, mamá mía, mamá, mamacha!
¡Eh, dieron al señor en la facha, dieron en la facha!
¡Ay, ay!

¡Y otra vez alguien chilló, se rió! Ya la noticia se había divulgado por el pueblo. Sabían. Las muchachas de la cocina lo habrían contado a los peones. Era de esperar, y sin embargo los nervios del hacendado no aguantaron la insolencia con la cual le cantaron ante sus ventanas. Dejó de bagatelizar, manchas rojas aparecieron sobre sus mejillas y en silencio sacó la pistola. Por suerte la tía llegó justo a tiempo.

—¡Eduardo! —exclamó bondadosamente—. ¡Eduardo, deja eso! ¡Deja eso! ¡Por favor, deja eso, no puedo soportar armas cargadas; si quieres tener eso contigo, saca los cartuchos!

Y del mismo modo que hacía un rato él bagatelizaba las amenazas de Alfredo, ahora ella lo bagatelizaba a él. Lo besó —con la pistola en la mano fue besado—, le arregló la corbata, con lo que ya totalmente imposibilitó la pistola, cerró la ventana porque había corriente y efectuó muchos actos similares, que disminuían y empequeñecían sin cesar. Echó sobre la balanza de los acontecimientos toda la redondez de su persona, que emanaba un suave calorcito materno y envolvía como en un algodón. Me tomó aparte y a hurtadillas me dio unos bombones que llevaba en una pequeña bolsita.

—¡Ay, traviesos, traviesos! —susurró con un bondadoso reproche—. ¿Qué habéis hecho? Isabel enferma, el tío enojado ¡ay, esos vuestros romances con el pueblo! Hay que saber comportarse con la servidumbre, no puede dársele confianza, hay que conocerlos, son incultos, primitivos, son como niños. Santiago, hijo del tío Estanislao, también durante un período tuvo la manía de andar con el pueblo —añadió, mirándome—, y tú eres algo parecido a él, aquí, en los extremos de la nariz. Bueno, no me enojo, pero no bajen al comedor para cenar porque el tío no quiere, os mandaré un poco de dulce para consuelo ¿y te acuerdas cómo te pegó nuestro anterior criado, Ladislao, porque lo habían llamado «loco»? ¡Qué infame! Todavía tiemblo. ¡Pegar a mi amorato! ¡Mi tesoro! ¡Mi todo! ¡Mi angelito!

Me besó en un súbito arranque de ternura y de nuevo me dio bombones. Me fui pronto con los bombones de la infancia en la boca y, alejándome, oí todavía cómo pedía a Alfredo que le tomase el pulso; y el señorito le tomaba el pulso mirando el reloj; tomaba el pulso a la madre, que, tendida sobre el canapé, miraba delante de sí el espacio. Con bombones subía a nuestro cuarto y me sentía algo irreal, pero frente a esa mujer todos se volvían irreales, tenía ella la extraña facultad de disolver a los hombres en la bondad, hundirlos en las enfermedades y mezclarlos con partes de cuerpo de otros hombres, ¿acaso por temor a la servidumbre? «Buena, porque estrangula», recordé la definición de Quique. «Estrangula, entonces cómo no va a ser buena». La situación se volvía peligrosa. Mutuamente se bagatelizaban, el tío por orgullo y la tía por miedo, y sólo a ello se debía que todavía no hubiese disparo, que ni Alfredo disparase con su mano sobre la facha de Polilla, ni el tío disparase la pistola. Con alivio pensaba en la despedida.

Encontré a Polilla acostado sobre el suelo, con la cabeza metida entre los brazos —tenía ahora inclinación a taparse la cabeza, envolverla, rodearla, cubrirla con los brazos—, no se movía, con la cabeza envuelta se lamentaba nostálgicamente y gemía de modo joven y campestre. «Eita, eita —balbuceaba—. ¡Ay, ay, ay!». Y otras palabras sueltas, grises y toscas como la tierra, verdes, como un joven follaje, campesinas, paisanas, jóvenes. Perdió los restos de vergüenza. Ni aun la entrada de Francisco que nos trajo la cena interrumpió sus lamentaciones y tiernos quejidos pueblerinos; alcanzó el límite tras el cual ya no se tiene vergüenza de aspirar a la servidumbre en presencia de la servidumbre y suspirar por el criadito en presencia del viejo mayordomo. Nunca hasta ahora había visto a ningún miembro de la clase culta en semejante estado de decaimiento. Francisco ni miraba en su dirección, pero las manos le temblaban de indignación mientras ponía la bandeja sobre la mesa, y golpeó la puerta al salir. Polilla no probó bocado y no podía consolarse; algo le murmuraba y canturreaba, algo se le nostalgiaba, algo anhelaba y ansiaba, algo sumergía en la neblina, con no se sabe qué peleaba, gruñía, no se sabía qué leyes desarrollaba… o, de nuevo, una sencilla rabia gañanesca le agarraba la tráquea. Sólo a los tíos culpaba por sus fracasos con el

peón, ¡los señores tenían la culpa, los señores, si no fuera por sus impedimentos con seguridad habría fra… ternizado con Quique! ¿Por qué le impidieron? ¿Por qué echaban a Quique? En vano yo le explicaba que mañana debíamos partir.

—No me iré, digo, no me iré, ¡ni por pienso! ¡Que ellos se vayan si se les da lo mismo! Aquí está Quique, aquí yo. ¡Con Quique! Con mi Quique mío. ¡Ay, ay, ay, con el peoncito!

No podía hacerme comprender. Polilla estaba perdido en el peón, las consideraciones mundanas dejaron de existir para él. Y cuando por fin comprendió la imposibilidad de quedarse, se asustó, empezó a implorar que no dejáramos al peón.

—¡Sin Quique no m'iré! ¡No sotaré a Quique! Llevémolo, voy trabajar, le daré de comer. ¡Me moriré ante de irme sin Quique mío! ¡Pepito, por los clavos de Cristo, sin Quique no! Si nos echaran de la estancia, con los peones voy a vivir, en el rancho de la vejancona —añadió venenosamente—, con la vejancona me quedaré. ¿Y qué hay? De la ranchería no me pueden echá. ¡Allí cada uñó tiene derecho a vivir!

No sabía que hacer con ese lío. Era muy posible que se trasladara al rancho de la desgraciada vejancona de Alfredo la «viuda» como decía el peón, y desde allí persiguiera y comprometiera a los tíos, denunciando los secretos señoriales en un lenguaje plebeyo, él —traidor y delator—, para mofa de los brutos.

En ese momento una colosal bofetada estalló detrás de la ventana, en el patio. Los vidrios temblaron y los perros se pusieron a ladrar como locos. Miramos afuera. Delante de la casa se delineaba en la luz lunar el tío Eduardo con la escopeta en la mano y con los ojos hundidos en la oscuridad. Otra vez se echó el arma a la cara y disparó; el estampido resonó en la noche como un cohete. Se fue lejos por las regiones oscuras. Los perros se desenfrenaron.

—¡Al peón tira! —Polilla me atrapó convulsivamente—. ¡Al Quique le apunta!

Eduardo disparaba para espantar. ¿De nuevo le habría contado algo la servidumbre? ¿Disparó porque sus nervios ya no aguantaban y porque ya estaba cargado con un disparo desde el momento en que hubo sacado la pistola del cajón? ¿Quién sabría qué pasaba en él? ¿Era esto un acto de terror nacido del orgullo y de la soberbia? El señor embravecido manifestaba con el estampido, más allá de los lejanos caminos y los álamos solitarios en el campo, que estaba en pie y armado. La tía corrió a la entrada y pronto lo convidó con bombones, le puso un chal al cuello, lo hizo entrar en la casa. Pero la detonación ya se había expandido irrevocablemente. Cuando los perros de la estancia se acallaron por un momento, oí la respuesta lejana de los perros en la ranchería y atravesó mi cabeza la visión de la *sensación* entre el pueblo, los peones, las muchachas, los campesinos preguntándose uno al otro:

—¿Qué pasa, por qué dispararían en la estancia? ¿El patrón tira? ¿Por qué tirará?

Y el chisme de lo de la bofetada, que el joven señor había recibido de Quique en la facha, de boca en boca corría desencadenado por el gigantesco, ostentoso disparo. No pude dominar los nervios. Tomé la decisión de una inmediata fuga, me asusté de la noche en esta casa subterráneamente señorial, llena de envenenadas miasmas. ¡Huir! ¡Huir en seguida! Pero Polilla no quería sin Quique. Entonces, para huir lo más pronto posible, consentí en llevar al peón con nosotros. Sería igualmente despedido. Por fin decidimos que esperaríamos hasta que todo durmiera en la casa y entonces me dirigiría al criadito, le induciría a la fuga y en caso de resistencia se lo ordenaría. Volveré con él donde Polilla y entonces entre los tres celebraremos consejo de cómo escapar al campo. Los perros conocían a Quique. El resto de la noche lo pasaríamos en el campo ¡y después por tren a la ciudad! ¡A la ciudad, a la ciudad! A la ciudad donde el hombre es más pequeño, está mejor ubicado entre los hombres y se parece más al hombre. Los minutos se prolongaron una eternidad. Preparábamos la valija y contábamos la plata; la cena, casi no tocada, fue envuelta en un pañuelo.

Después de las doce, habiendo comprobado que la oscuridad reinaba en la casa, me saqué los zapatos y descalzo salí al pequeño corredor para pasar silenciosamente a la cocina. Cuando Polilla cerró la puerta, privándome del último rayo de luz, cuando emprendí la acción y empecé a penetrar a ciegas en la casa adormecida, comprendí cuan loca era mi empresa y alocado mi propósito: lanzarme al espacio para raptar al peón. ¡Sólo el acto saca toda la locura de la locura! Avanzaba paso tras paso, el parquet a veces crujía, por encima del techo los ratones se tropezaban y bifurcaban. Detrás de mí, en el cuarto, se quedó Polilla, el rústico; más allá, en la planta baja, el tío, la tía, Alfredo e Isabel, a cuyo servidor me dirigía silencioso y descalzo; delante de mí, en la cocina, aquel servidor, como fin de todas esas actuaciones. Debía tener mucho cuidado. Si alguien me descubriese aquí, en el corredor oscuro, ¿podría explicarle el sentido de mi excursión? ¿Por qué caminos se llega a esos torcidos y anormales caminos? La normalidad es un equilibrista sobre el abismo de la anormalidad. ¡Cuántas ocultas demencias contiene el orden cotidiano! Ni sabes cómo ni cuándo el desarrollo de los acontecimientos te induce a raptar un peón y huir afuera. Más

bien a Isabel habría que raptar. Si había que raptar a alguien, entonces a Isabel; lo normal, lo lógico sería raptar a Isabel de la estancia, si a alguien, entonces a Isabel, a Isabel y no al estúpido e idiotico peón. Y en la negrura del corredor me invadió la tentación de raptar a Isabel, de un rapto claro y razonable de Isabel; ¡ah, a Isabel raptar claramente! ¡Eh, raptar a Isabel! A Isabel raptar maduramente, de modo señorial y noble, como tantas veces ya se había raptado. Tuve que defenderme contra ese pensamiento, demostrándome a mí mismo su falta de sentido, y sin embargo, cuanto más me introducía en la casa sobre las traidoras planchas del suelo, tanto más me atraía la normalidad, me tentaba aquel rapto natural y sencillo, en oposición a ese rapto enredado. Tropecé en un hueco; bajo mis pies había un hueco, hueco en el suelo. ¿De dónde ese hueco? Me parecía conocido. Salud, salud; era este mi agujero, fui yo quien lo hice hace años. El tío me regaló una hachita el día de mi santo, con la hachita cavé el hueco. La tía vino corriendo. Aquí estaba parada, me amonestaba; recordaba, como vivientes, fragmentos de gritos, acentos de severidad, ¡y yo desde abajo paff con la hachita en su pierna! ¡Ay, ay! gritó. Su grito todavía estaba aquí —me detuve como si me hubiese agarrado por la pierna la escena, ya no existente aquí y sin embargo existente—, aquí, en este lugar. Le pegué en la pierna con mi hacha. Vi en las tinieblas con claridad cómo le pegué no se sabe por qué, sin querer, y cómo gritó. Gritó y saltó. Mis actos presentes se mezclaban y entreveraban con actos realizados en tiempo perfecto, pluscuamperfecto; de repente me atrapó un temblor, las mandíbulas se me apretaron. Por Dios, pude haberle cortado la pierna si hubiese golpeado con más fuerza, ¡bendita mi debilidad! Mas ahora ya tenía fuerzas. ¿Y por qué, en vez de buscar al peón, no ir al dormitorio de la tía y hacharle la pierna? No, no, niñería. ¿Niñería? Pero, por Dios omnipotente, el peón también era una niñería, si me dirigía al peón podría asimismo ir y hachar a la tía, lo uno era igual a lo otro. ¡Hachar, hachar! Oh, niñería. Con cuidado tanteaba con los pies pues cada crujido más fuerte podía traicionarme, pero me parecía que como niño tanteaba y como niño avanzaba. Oh, niñería. Triple era la niñería que se me pegó, ante una sola sabría defenderme, pero triple era. Primera, la niñería de esta incursión al criadito-peón. Segunda, la niñería de recuerdos de lo vivido aquí hace años. Tercera, la niñería del señorío; como señor, también era niño. Oh, existen lugares en la tierra menos o más pueriles, pero la hacienda campestre es, quizás, el lugar más pueril. Aquí los señores y el pueblo mutuamente se meten y se mantienen en el niño, aquí cada uno es niño para cada uno. Introduciéndome, descalzo, en el corredor, enmascarado con la noche, penetraba como en mi pasado señorial y en mis años impúberes y absorbía y arrastraba el mundo sensual, corporal, infantil e incalculable. Ceguera de actuaciones. Automatismo de impulsos. Atavismo de instintos. Fantasía señorial, pueril. Avanzaba como en un anacronismo de una superenorme bofetada, que era a la vez una tradición secular y una infantil palmada, que liberaba de un solo golpe al señor y al niño. Tanteé el pasamanos de la escalera, sobre el cual antaño me deslizara, deleitándome con el automatismo del empuje ¡desde arriba hacia el mismo fondo! El infante, el infantón rey, el niño, donniño empujado, oh, si ahora hachara a la tía ya no se levantaría… y me asusté de mi propia fuerza, de mis garras, puños y zarpas, me asusté del varón en el niño. ¿Qué estoy haciendo aquí, sobre esta escalera, adónde y con qué fin voy? Y de nuevo me vino a la cabeza el rapto de Isabel como la única razón posible de la excursión, la única solución masculina, la única colocación del varón… ¡Raptar a Isabel! ¡A Isabel raptar virilmente! Me defendía contra ese pensamiento, pero me cosquilleaba… zumbaba en mí…

Abajo, en el desván, me detuve. Sosiego; nada se movía en parte alguna, se fueron a dormir, como cada día a la hora acostumbrada, seguramente la tía mandó a todos a la cama y los envolvió en frazadas. Otra cosa, que ese descanso no era en verdad descanso, pues cada uno bajo su frazada seguía el hilo de los acontecimientos vividos. En la cocina, también silencio; sólo por la ranura de la puerta brillaba la luz, el criadito limpiaba los zapatos, y sobre su facha no percibí ningún cambio, era normal. Entré despació, cerré la puerta, el dedo puse sobre los labios y susurrándole en la oreja, con las máximas precauciones, empecé mis argumentos. Que en seguida tome la gorra, deje todo y se vaya con nosotros, que a Varsovia nos vamos. Horrible papel, preferiría no sé qué, en vez de esas sugestiones tontas y para colmo dichas en voz baja. Tanto más, que no se dejaba convencer. Le decía que el patrón lo iba a echar, que era mucho mejor para él huir lejos, a Varsovia, con Polilla que le procuraría medios; no comprendía, no podía comprender. «¿Pa qué me sirve este largarme?», decía con instintiva desconfianza, frente a todas las ocurrencias señoriales, y otra vez me vino la idea de que Isabel aceptaría con más facilidad, que con Isabel aquel murmullo nocturno sería menos injustificado. La carencia de tiempo no permitía coloquios tan largos. Le di en la facha y le ordené… entonces me obedeció. Pero le di a través de un trapo. A través de un trapo le pegué en el fachón izquierdo, tuve que colocar un trapo y a través de él pegar para evitar el ruido —¡oh, oh!—; a través del trapo, en la noche, pegaba al peón en la facha. Obedeció, aunque el trapo despertó en él alguna duda; al vulgo no le gustan desviaciones de la norma. «Ven, la gran perra», ordené y salí al desván, él detrás de mí. ¿Dónde estará la escalera? Oscuridad.

En el fondo gimió una puerta y la voz del tío preguntó:

—¿Quién es?

Rápido agarré al criadito y lo empujé al comedor. Nos escondimos detrás de la puerta. Eduardo se acercaba lentamente y entró también, se deslizó muy cerca de mí.

—¿Quién es? —preguntó con cautela para no hacer el tonto en caso de no haber nadie.

Después de echar la pregunta, dio un paso tras ella hacia el fondo del comedor. Se detuvo. No tenía fósforos y la negrura era impenetrable. Se volvió, pero tras algunos pasos se paró y se quedó quieto y callado completamente y de súbito; ¿le alcanzó en las tinieblas el específico pueblerino olor del peón, la afinada piel señorial presintió la presencia de las patas y de la facha? Estaba tan cerca que podría alcanzarnos con la mano, más justamente eso le inducía a no alargar las manos, estaba demasiado cerca, la cercanía le atrapó en sus pinzas. Se inmovilizó y esta inmovilidad suya, despacio al comienzo, y después cada vez con más celeridad, se condensaba en la expresión de susto. No creo que fuese cobarde, aunque, como se contaba, de miedo trepó sobre el guardabosque; no, no era por temor que no podía moverse, sino que temía porque no podía moverse, porque una vez que se había callado y frenado, ya después con cada segundo que pasaba se le volvía más difícil, por razones puramente formales, emprender de nuevo el movimiento. El susto ya hacía rato estaba en él y ahora sólo se incorporó y lo atragantó, su fina nuez de hacendado le subió a la garganta. El peón ni chistó. Y así estábamos parados los tres a medio metro entre nosotros. La piel se despertó, el cabello se erizó. Yo no interrumpía eso. Calculaba que por fin el tío recuperaría el dominio de sí mismo y se alejaría, posibilitándonos el alejamiento y la consiguiente huida por el desván hacia la escalera, pero no tomé en cuenta que el pavor creciente influiría de modo paralizante, pues ahora, como ya lo sabía con certeza, sucedió en él una interna trasmutación y alteramiento, y ya no temía porque no podía moverse sino que no podía moverse porque temía. Adivinaba en su rostro la seriedad propia del espanto, debía tener una cara concentrada, seria en extremo… y yo, a mi vez, empecé a temer, no a él, sino a su susto. Si retrocedíamos o efectuábamos el más leve movimiento, podía abalanzarse sobre nosotros y atraparnos. Si tenía una pistola, podía disparar; aunque no, estábamos demasiado cerca de él para que pudiera disparar, podía físicamente, pero no podía psíquicamente, porque el hombre debe adelantar el disparo con un interno, anímico disparo, y para eso faltaba la distancia. Podía, empero, abalanzarse con las manos. Pero ignoraba lo que se mantenía delante de él y en qué hundiría sus manos. Nosotros conocíamos su físico, él ignoraba el nuestro. Yo quería desconspirarme, quería decir «tío» o algo así. Después de tantos segundos o quizás aun minutos ya no podía, ya era tarde, ¿cómo justificar el silencio? Tenía ganas de reírme como si fuese pellizcado por alguien. Crecimiento, agigantamiento. Agigantamiento en la negrura. Hinchamiento y agrandamiento junto con encogimiento y tendimiento, eludimiento y no sé qué desnudamiento general y singular, tensión paralizadora y parálisis tensa, colgamiento sobre un finísimo hilo y, además, conversión y mutación en algo, traslación y también caimiento en un sistema acumulativo y sublevante, como si yo estuviera sobre una estrecha planchuela llevada a la altura del octavo piso, con excitación de todos los órganos. Y subcosquilleo. En el desván se dejaron oír unas pisadas, pero el nopodermiento de moverse era tal que ninguno de nosotros se movió. Alfredo llegaba en zapatillas.

—¿Quién es? —preguntó.

Dio un paso en el comedor, repitió «¿Quién es?» y se calló, se inmovilizó, habiendo presentido que algo se ofrecía allí. Sabía que su padre tendría que estar por aquí, pues había oído antes los pasos y preguntas de Eduardo; entonces ¿por qué no contestaba el padre? Pero al padre le taponaron los seculares espantos y pavores, ¡ja, ja, ja, no podía, no podía, porque temía! Y al hijo le taponó el pavor del padre. Se asustó con toda la cantidad de susto ya producido y se calló como por siglos. A lo mejor, al comienzo, se sintió de modo algo indefinido, pero en seguida la indefinición cobró una definición temerosa y se acrecentaba sobre sí misma. *Da capo* crecimiento, hinchamiento, agigantamiento, elevamiento a la 101 potencia, alargamiento y ensachamiento, afinamiento, acariciamiento, estiramiento y tensión, ahogamiento en lo monótono, expulsamiento y suspendimiento, sin fin, sin fin, sin límites, se hundía hacia abajo y arriba, con Alfredo un poco más allá. Atragantamiento y no atragantamiento, obstáculo, el llevar la cabeza erguida, desintegración y explotar, descascaramiento largo, cavilamiento, expulsamiento e introducimiento, transfiguramiento y tensión, tensión… ¿Minutos? ¿Horas? ¿Qué ocurrirá? Por la cabeza me volaban mundos. Me acordé: era aquí donde aceché para asustar a la nurse —el mismo lugar—, y por poco me habría reído. Sssst. ¿De dónde la risa? Basta ya, hay que terminar, interrumpir, qué pasará si la niñería por fin se pone en evidencia, si me descubren después de tanto tiempo junto con el peón, cosa rara, injustificable, ¡oh, Isabel, con Isabel estar, con Isabel, no con él reprimir el aliento! Con Isabel no sería infantil. De repente di un paso insolente y me oculté detrás de la cortina, seguro de que no se atreverían a

moverse: Desde luego, no se atrevieron. Resultó en la oscuridad, además del miedo, algo así como indolencia, porque no sólo se les hacía imposible romper el silencio, sino también molesto; a lo mejor tenían ese propósito, pensaban en eso, pero no sabían cómo emprenderlo. Hablo aquí del silencio de ellos. Porque mi propio silencio lo había interrumpido con el movimiento. Quizás pensaban ahora sólo en el lado formal del problema, buscaban apariencias, pretextos, alguna justificación exterior; lo peor era que uno paralizaba al otro con su presencia, y ambos pensadores permanecían parados, sin poder terminar e interrumpir, mientras el colgamiento y el cavilamiento operaban siempre, sin cesar. Habiendo recuperado la posibilidad de moverme, decidí atrapar al peón, empujarlo y salir pronto con él al desván, pero apenas tomé la decisión —luz, luz—, sobre el suelo un leve reflejo, el chirriar, pisadas, Francisco, Francisco viene con la luz, se delinea la pierna del tío, ¡a la luz, a la luz, a la evidencia! ¡Por suerte estaba detrás de la cortina! ¡Pero a ellos el viejo fámulo les sacó a la luz junto con todo lo que pasaba en la oscuridad! Y aparecieron el tío, Alfredo, el criadito, ¡tuvieron que aparecer! El tío con el cabello un tanto erizado a un paso del peón, cara a cara, y Alfredo plantado más allá, como un bastón.

—¿Anda alguien por acá? —preguntó con voz gruñona el mayordomo, alumbrando con una pequeña lámpara de alcohol; pero preguntó tardíamente, sólo para justificar su llegada. Desde luego les veía como sobre la mano.

Eduardo se movió. ¿Qué habría pensado Francisco viéndolo al lado del criadito? ¿Por qué estaban juntos? No podía retroceder en seguida, pero se movió, y con esto, rompió su vinculación con Quique; después de lo cual dio un paso al lado.

—¿Qué haces aquí? —gritó, transformando dentro de sí el temor en rabia.

El criadito no contestó. No encontró ninguna contestación. Estaba parado con gran naturalidad, pero le faltó la lengua. Estaba a solas con los señores. Y el callar del hijo del pueblo, su noaclaración, arrojaba una sombra sospechosa. Francisco miró al tío. ¿Los señores con Quique en la oscuridad? ¿Acaso el patrón también le daba confianza? El viejo servidor, erguido con su lámpara, se cubría lentamente de rubor y ardía como un resplandor del crepúsculo.

—¡Quique! —exclamó Alfredo. Todas esas exclamaciones no estaban bien ubicadas en el tiempo, se sucedían demasiado pronto o demasiado tarde, y me encogí detrás de la cortina—. Había oído que alguien andaba por aquí —comenzó Alfredo incoherentemente a izquierda y derecha—. Había oído que alguien andaba. Andaba. ¿Qué hacías tú aquí? ¿Qué hacías? ¡Di! ¿Qué querías aquí? ¡Contesta! ¡Contesta, caramba! —se exaltaba en un horrible desconcierto.

—Es sabido de qué se trata —dijo tras un largo, mortífero silencio, el fámulo, rojo como el fuego—. Es sabido, señor.

Se acarició las patillas.

—Los cubiertos están en el cajón y mañana el señor tenía que echarlo. Así que se proponía… robar.

¡Robar! ¡Robar quería! Se había encontrado la interpretación: quería robar y había sido descubierto. Todos, sin excepción de Quique, sintieron un gran alivio, y yo también, detrás de la cortina, me alivié algo. Eduardo se apartó del criadito y se sentó a la mesa. Recuperó su normal y señorial trato con el peón, junto con toda la seguridad de sí mismo. ¡Quería robar!

—Ven aquí —dijo Eduardo—; ven, te digo… Cerca, más cerca…

No temía ya el acercamiento y evidentemente se deleitaba con lo que ya no temía. «Más cerca —repetía—, más cerca». Y Quique se aproximaba, desconfiada y lerdamente. «Aun más cerca». El peón casi lo tocaba, y entonces levantó el brazo ¡y lo moqueteó y sopapeó en la facha cual *Mane, Thecel, Phares*!

—¡Yo te enseñaré a robar!

¡Oh, deleite del golpear a la luz después de aquel temor en las tinieblas, pegar a la cara que espantaba, pegar dentro de los límites definidos por el claro concepto del robo! ¡Oh, deleite de una relación normal después de tantas anormales relaciones! Alfredo, siguiendo el ejemplo del padre ¡le dio en los dientes como en los jardines colgantes de Semíramis! Con fuerza lo moqueteó. Detrás de la cortina me retorcí como traspasado.

—¡No robé! —dijo el peón, tomando aire.

Sólo eso esperaban. Eso les permitió explotar la apariencia del robo hasta los últimos límites. «¿No robaste?», dijo Eduardo e inclinándose en la silla le aplicó una azotaina en el hocico. «¿No robaste?», dijo el señorito y le dio en el hocico corta, secamente. Se abalanzaron. «¿No robaste? ¿No robaste?». Y con esa pregunta, repetida siempre, sin cesar, golpeaban y buscaban con las manos la carota y la encontraban y castigaban de modo condensado, como sobre resortes, amplia, estrepitosamente. «¡Yo te enseñaré a robar! ¡Yo te enseñaré a robar!». ¡Ah, y empezó! Maldita la noche hinchadora. Maldita la oscuridad agigantadora, la oscuridad denunciadora; sin aquel baño en la negrura no habría ocurrido eso. ¡Se dio a divertirse el

hacendado rural! Bajo el pretexto del robo, pegaba por su rubor, por la fraternización con Polilla y por todo lo que había sufrido.

—¡Esto es mío! ¡Mío! —repetía—. ¡Mío! —repetía—. ¡Mío, la gran perra!

Y poco a poco se cambiaba el sentido del aquel «mío», ya no se sabía si se trataba de los cubiertos de plata o del cuerpo y del alma, del cabello, de las costumbres, manos, del señorito, distinción, cultura y raza; parecía que golpeando y moqueteando quería enseñar al peón su propia persona, no lo que tenía y poseía, no sus bienes, sino a sí mismo. A sí mismo se enseñaba. ¡Terror! ¡Terror! ¡Atemorizar, violentar, imponer, que no se atreva a fra… ternizar, ni a charlar, ni a maravillarse, que acepte al señorío como a Dios! ¡Con su mano señorial, delicada, le clavaba en el hocico su ser! ¡Así el fox-terrier inculca al ovejero el culto del fox-terrier! ¡La lechuza a la urraca! ¡El toro al perro! Detrás de la cortina me restregaba los ojos, quería gritar, pedir socorro, mas no podía. Y Francisco con la pequeña lámpara de alcohol alumbraba. ¡La tía! ¡La tía! ¿Me engañaban los ojos, o por la puerta vi a la tía con sus bombones? Me electrizó la esperanza de que la tía quizas salvara, suavizara, neutralizara. ¡No! Levantó las manos como para un grito, pero en vez de gritar sonrió sin pies ni cabeza, hizo uno que otro movimiento indefinido y se retiró al *fumoir*. Fingió que no estaba, no aceptó lo que había visto, no lo asimiló, la dosis era demasiado fuerte; se disolvió en sí misma y hacia atrás, o más bien se desparramó hacia atrás, de modo tan nebuloso, que me invadieron dudas de si habría estado allí. Eduardo perdía fuezas —y de nuevo se abalanzó, para imponerse—, mientras Alfredo se abalanzaba desde al lado y también se imponía él mismo, se imponía y se imponía; con todo poder, potencia y prepotencia. Entre los dientes apretados echaban palabras jadeantes, como por ejemplo: «¡Así que yo trepé al guardabosque! ¡Trepé al guardabosque! ¡Así que quieres fra… ternizar! ¡Así que yo tengo una vejancona!». Y pegaban para, de una vez por todas, aplastar y aniquilar todo eso, pero nunca en la pierna, nunca en la espalda, ¡sino que con sus manos daban, golpeaban, pegaban en la facha! No se peleaban con él, no le pegaban a él, ¡sino le daban en la facha! Y eso era permitido. Mientras tanto, el viejo Francisco alumbraba, y cuando se les desvanecieron las manos, observó con tacto:

—Los señores te enseñarán. Los señores te enseñarán.

Terminaron por fin. Se sentaron. El peón tomaba aire, la sangre le corría de la oreja, tenía la facha y la cabeza golpeadas hasta lo último. Se convidaron con cigarrillos y el viejo saltó con el fósforo. Parecía que habían terminado. Mas Alfredo echó un círculo de humo.

—¡Sírvanos la cañita! —exclamó, y tomando en abundancia la madura caña añeja, empezaron a amaestrar al peón para convertirlo en añejo sirviente.

«Ya nosotros te enseñaremos. Te amaestraremos». Y empezó, empezó de nuevo… hasta que creí que mis sentidos me engañaban. Pues nada engaña tanto como los sentidos. ¿Podría ser esto verdad? Escondido detrás de la cortina, con los pies descalzos, no estaba seguro de si veía la realidad o sólo la continuación de las tinieblas. ¿Con los pies descalzos se puede ver la realidad, con los pies descalzos? ¡Sácate los zapatos, escóndete detrás de la cortina y mira! ¡Mira descalzo! ¡Bodrio horripilante! «¡Esto, aquello, trae! —gritaban —. ¡Copitas! ¡Servilletas! ¡Pan, panecitos! ¡Fiambres! ¡Jamón! ¡Sirve! ¡Corre!». El peón corría y se apresuraba, cumpliendo todas las órdenes. Y empezaron a comer delante de él, a saborear, tomar y tragar, imponían el comer, imponían el comer señorial. «¡Los señores beben!», exclamó Eduardo, tomando y vaciando una copita de la madura caña añeja. «¡Los señores comen!», le secundaba Alfredo. «¡Como lo mío! ¡Lo mío tomo! ¡Yo bebo lo mío! ¡Como lo mío! ¡Lo mío, no lo tuyo! ¡Mío! ¡Conoce a los señores!» gritaban y se ponían ante su nariz, imponían todas las particularidades propias para que no se volviera a atrever hasta el fin de sus días a criticar y a poner en duda, a maravillarse ni a asombrarse, para que los aceptase como una cosa en sí. *Ding an sich!* Y gritaban: «¡Cumple órdenes!». Echaban de sí órdenes, no se acababan las órdenes, mientras el peón cumplía y cumplía. «¡Bésame en el pie!». Besaba. «Échate a mis pies». Se echaba. Y Francisco, como con una trompeta, acompañaba con tacto:

—¡Los señores te amaestrarán! ¡Los señores te enseñarán!

¡Amaestraban! Sentados a la mesa manchada de caña, a la luz de la pequeña lámpara de alcohol. Era permitido, pues amaestraban a un peón campestre para criado. Yo quería gritar ¡no, no, basta! pero no podía. Me avergonzaba de ver lo que veía. No sabía si lo veía así, como era, si no me equivocaba, y cuánto había de lo mío en el bodrio que se extendía ante mí; quizás si mirase en zapatos, no vería eso. Y temblaba de que mirada ajena de tercera persona se abarcara junto con esa escena y como parte de la escena. Me encogía por los golpes fachales que recibía el peón, me golpeaban la desesperación y el pavor, y sin embargo tenía ganas de reír, me reía sin querer, como alguien cosquilleado en el talón, ¡oh, Isabel, si Isabel estuviese aquí, raptar a Isabel, con Isabel huir como maduro varón! Mientras ellos amaestraban siempre, amaestraban añeja, señorialmente al muchachón, inmaduro, con elegancia, hasta con brillantez, recostados en sus sillas tras la mesa, tomando la vieja machucha caña.

Polilla apareció en la puerta.

—¡Lárgalo! ¡Lárgalo!

No gritó. Chilló guturalmente. Marchó sobre el tío. ¡De repente vi que se veía todo! ¡Se veía! Detrás de las ventanas había una muchedumbre. ¡Los peones, las muchachonas, los trabajadores, gañanes y mozas, los lugareños y los aldeanos, los vecinos y las vecinas, la servidumbre del campo y la servidumbre casera, todos miraban! Las ventanas no estaban cubiertas. Les atrajo el bochinche nocturno. Contemplaban con respeto cómo los señores hacían correr a Quique, cómo le estaban enseñando, cómo le educaban y amaestraban pa'criado. «¡Polilla, ten cuidado!» grité. Demasiado tarde. Eduardo tuvo todavía tiempo de volverle el costado despectivamente y de modo suplementario dio al criado en la trompa. Polilla avanzó, agarró al peón, lo envolvió con los brazos, lo apretó contra su pecho.

—¡Mío! ¡No daré! ¡No daré! ¡Lárgalo! —aullaba—. ¡Lárgalo! No daré.

—¡Mocoso! —rugió Eduardo—. ¡En el culeíto! ¡En el culeíto! ¡En el culeíto te daré, mocoso!

Junto con Alfredo se arrojó sobre él. El chillar muchachal de Polilla llenó de furia a los señores. ¡Bagatelizar sobre su culeíto! ¡Quitar todo valor a su fraternización, en presencia de Quique y del vulgo de detrás de la ventana, dar en el culeíto! «Ei tá, ei tá, ei tá», chilló Polilla, encogiéndose de modo extraño. Saltó detrás del peón. Y éste, como si hubiese recuperado el atrevimiento frente a los señores por efecto de la fra… ternización con Polilla, ¡en una fraternización súbita dio en la facha a Eduardo!

—¡Qué que tú quieres! —gritó ordinariamente.

¡Se rompió la bisagra mística! La mano del servidor cayó sobre el semblante del señor. ¡Golpe, mazazo y estrellas en los ojos! Eduardo a tal punto estaba desprevenido, que se desplomó. La inmadurez se derramó por todas partes. El crujido de un vidrio roto. Oscuridad. Una piedra tirada de afuera terminó con la lámpara. Cedieron las ventanas; el pueblo se impuso y empezó a penetrar lentamente, se pobló la oscuridad con partes de cuerpo campesinales. Ambiente pesado como en la oficina del administrador. Patas y manos —no, la plebe no tiene manos—, patas, enorme cantidad de patas macizas, pesadas. El pueblo, animado por la excepcional inmadurez de la escena, perdió el respeto y también deseó fra… ternizar. Oí todavía el chillar de Alfredo y el chillar del tío; parecía que los tomaban juntos de algún modo entre sí y empezaban con ellos lerda e indolentemente, pero ya no veía por la oscuridad… Salté de detrás de la cortina. ¡La tía! ¡La tía! Recordé a la tía. Corrí descalzo al *fumoir*, atrapé a la tía que, sobre el canapé, trataba de no existir y ¡a tirarla, a empujarla en el montón! para que se mezclara con el montón. «Niño, niño, ¿qué haces?». Suplicaba y pataleaba y me convidaba a bombones, pero yo justamente como niño tiro y tiro, tiro al montón, a la tía, ya la tienen, ya la agarran. ¡Ya la tía en el montón! ¡Ya en el montón! Me lancé a través de los cuartos. No huir; correr, sólo correr, nada más que correr, correr, perseguirse a si mismo y redoblar el correr con piececitos desnudos. Corrí al portal. La luna salía de entre las nubes, pero no era luna sino culeíto. Un culeíto de gran magnitud por encima de las cumbres de los árboles. Un culeíto infantil sobre el mundo. Y el culeíto. Y nada más que el culeíto. Ahí ellos revolcándose en el montón y allí allí el culeíto. El temblar de los arbustos bajo el soplo suave. Y el culeíto.

Una desesperación mortal me atrapó y me apretó. Estaba infantilizado hasta lo último. ¿Adónde correr? ¿Volver a la casa? Allí nada, amasamiento, amazacotamiento y revolcamiento en el montón. ¿Adónde dirigirme, qué emprender, cómo ubicarse en el mundo? ¿Dónde colocarse? Estaba solo, peor que solo, infantilizado. No podía más estar solo, sin vinculación con nada. Corrí por el camino, saltando por encima de las ramitas secas, tal un saltamonte. Buscaba un contacto con algo, una nueva, aunque sólo fuese vinculación y dependencia temporaria, para no quedarme en lo vacuo. Una sombra se deslizó del árbol. ¡Isabel! ¡Me atrapó!

—¿Qué sucedió? —murmuraba—. ¿Los gañanes asaltaron a papá y mamá?

La atrapé. «Huyamos», le dije. Juntos huíamos a través de los campos en la lejanía desconocida, y ella era una raptada y yo un raptor. Corríamos por un sendero entre los campos, hasta que nos faltó el aliento. El resto de la noche lo pasamos sobre un pequeño herbal a orillas del agua, escondidos en las cañas, temblando de frío y castañeteando. Los saltamontes silbaban. Al alba un nuevo cuculio, cien veces más deslumbrante y rojo, hizo su aparición en el cielo y llenó el mundo de rayos, obligando a todos los objetos a proyectar sombras alargadas.

No sabía qué hacer. No podía explicar y aclarar a Isabel lo que sucediera en la estancia, pues me avergonzaba y, además, no encontraba palabras. Ella, por su parte, posiblemente adivinaba más o menos, pero también se avergonzaba y de ningún modo podía expresarse. Permanecía sentada entre las cañas y tosía, porque la humedad la penetraba. Conté mi dinero; tenía alrededor de 50 zlotys y algunas monedas.

Teóricamente había que dirigirse a pie a cualquier estancia próxima y allí buscar ayuda. Sin embargo, cómo desembuchar la cosa en esa estancia, cómo presentar la historia; la vergüenza impedía

hablar y hubiera preferido más bien pasar toda mi vida en las cañas antes que exponer eso a otras personas. ¡Jamás! Era mejor admitir que había raptado a Isabel, que juntos nos fugamos de la casa paterna; esto era mucho más maduro, más fácil de admitir. Y admitiéndolo, no hacía falta aclarar y explicar nada, porque la mujer siempre admitirá que se la ama. Podíamos bajo ese pretexto alcanzar a hurtadillas la estación, tomar el tren para Varsovia y comenzar allí una nueva existencia en secreto. Y ese secreto estaría justificado por el rapto.

Así que deposité un beso sobre sus mejillas y expresé mis ardores, pidiendo disculpas por haberla raptado; y explicaba que su familia nunca hubiese consentido en nuestra unión, porque yo no estaba bastante bien situado; que desde el primer momento se encendió en mí el amor y comprendí que en ella también se encendía.

—No había otro remedio sino raptarte, Isabel —decía—, y fugarnos juntos.

Al comienzo se extrañó un tanto, pero ya al cabo de media hora de mis declaraciones empezó a hacer muecas, a mirarme (pues yo la miraba a ella) y a mover los dedos. Se olvidó por completo de los gañanes en la estancia; ya le parecía que realmente había sido raptada por mí. Eso la halagaba sobremanera, ya que hasta entonces sólo hacía labores o estudiaba, o estaba sentada y mironeaba algo, o se aburría, o paseaba, o miraba por la ventana, o tocaba el piano, o trabajaba filantrópicamente en la institución «Solidaridad», o rendía exámenes de agricultura, o flirteaba y bailaba al son de la música, o viajaba a los balnearios, o cultivaba la conversación y decía algo. Hasta entonces no había existido, en espera de encontrar a alguien que la poseyera. ¡Y he aquí que no sólo lo encontró sino que, además, la raptó! Por eso movilizó toda su capacidad de amor y me amó, pues yo la amaba.

Y mientras tanto, el cucucalalio se desplazaba hacia arriba y lanzaba millones de fulgurantes rayos sobre un mundo que era como una imitación del mundo, hecha de cartón, pintada en verde y alumbrada desde arriba por un brillo ardiente. Por senderos apartados, eludiendo las aglomeraciones humanas, íbamos a la estación y el camino era largo, veintitantos kilómetros. Ella iba y yo iba, yo iba y ella iba, y así juntos, mutuamente manteniendo nuestro andar, íbamos bajo los rayos del despiadado, luciente, reluciente, resplandeciente, centelleante cucucalcalillio infantil e infantilizador. Los saltamontes saltaban. Las chicharras chirriaban en el pasto. Los pajaritos se posaban sobre los árboles y volaban. Pero Isabel me aseguraba que conocía el camino, pues miles de veces viajó por allí en el coche, en el quitrin o en el landó. El calor sofocaba. Por suerte pudimos reconfortarnos con leche chupada a una vaca solitaria. Y después caminábamos. Y durante todo el tiempo, en vista de mi declaración amorosa, tuve que mantener una conversación amorosa y demostrar atenciones, como, por ejemplo, ayudarla en los puentecitos tendidos a través de los riachuelos, apartarle las moscas, preguntar por su cansancio y muchas otras atenciones y manifestaciones de sentimiento. Contestando a lo cual, ella también me preguntaba, me apartaba las moscas y se deshacía en atenciones. Estaba terriblemente agotado. Oh, cuando llegué a Varsovia, me libraré de Isabel y comenzaré a vivir de nuevo. Quería aprovecharla sólo como pretexto y apariencia, para poder con relativa madurez alejarme del montón de la estancia y alcanzar Varsovia, mas por el momento tenía que interesarme por ella y en general seguir con aquella conversación íntima de dos seres que gozan de sí mismos. Isabel, como ya se ha dicho, subyugada por mi sentimiento, se volvía cada vez más activa. Y el cucocacumcalailo, inverosímilmente fulgurante y elevado a la altura de mil millones de kilómetros cúbicos, asolaba el valle del mundo.

Era ella una señorita del campo, educada por su madre y mi tía Hurlecka, nacida Lin, y por la servidumbre, y hasta entonces había estudiado un poco en la Escuela de Jardinería, o un tanto pelado las ciruelas, o desarrollado su mente y corazón, o se había sentado un poco, o de modo suplementario había trabajado en una oficina, como una fuerza suplementaria, o tocado el piano un comino, o andado y dicho algo, mas ante todo había esperado, esperado y esperado a quien llegaría, la amaría y la raptaría. Era una gran especialista del esperar, pasiva, tímida y por eso se le enfermaban las muelas, pues se prestaba a la sala de espera del dentista y sus muelas lo sabían. Así que ahora, cuando por fin el esperado había aparecido y la había raptado, cuando llegó el día solemne, se lanzó a una actividad intensa y comenzó a lucirse delante de mí y a mostrarse, haciendo muequitas, sonriendo y dando saltitos, revirando los ojos, enseñando los dientes y la alegría de vivir, gesticulando, o canturreando melodías bajo la nariz. Además, sacaba y evidenciaba esas partes del cuerpo que tenía mejores, mientras ocultaba las peores. Y yo tenía que mirar y contemplar y fingir que eso me interesaba e interesarme por eso… y el cuculaicamcacaleo suspendido y altivo, dominando el mundo desde el inconmensurable azul de los cielos, lucía, resplandecía, brillaba, y calentando, quemando, agostaba las yerbas y las plantas. Isabel, sabiendo que en el amor se es feliz, era feliz y me miraba con clara y tranquila mirada, obligándome a mirarla también. Y decía:

—Quisiera tanto que todos fueran felices, como nosotros; si todos fueran buenos, todos serían

felices. —O decía—: Somos jóvenes, nos amamos… ¡Nos pertenece el mundo!

Y se apretaba contra mí y yo tenía que apretarme contra ella.

Y, convencida de que la amaba, se me abrió y empezó a contarme sus secretos y a hablar conmigo, sincera e íntimamente, lo que no se le ocurrió nunca con nadie. Pues hasta entonces había temido a los hombres y, educada por mi tía Hurlecka, nacida Lin (ya perdida dentro del montón) y por la servidumbre, en cierto aislamiento aristocrático, nunca se había confiado a nadie por temor de ser criticada y juzgada mal, y era como no solucionada, no definida y no demarcada internamente, e insegura del efecto que producía. Necesitaba de benevolencia, no podía sin benevolencia, podía hablar sólo con aquel que ya de antemano y *a priori* estuviera bien dispuesto para con ella… Pero ahora, viendo que la amaba y considerando que había logrado conseguir un ardiente adorador a priori, incondicional, que todo lo dicho por ella aceptaría con amor, porque amaba, empezó a confesarse y exhibirse, a contar sus tristezas y alegrías, sus gustos e inclinaciones, entusiasmos, ilusiones y desencantos, aspiraciones, sentimentalismos, recuerdos y todos los menudos detalles. ¡Ah, encontró por fin al que la amaba, delante del cual se podía explayar, segura de la impunidad, de que todo será recibido con amor y calor! Y yo debía darle la razón y aceptar, encantarme… Y decía:

—El ser humano debe perfeccionarse espiritual y corporalmente, ¡ser siempre bello! En las tardes me gusta poner la frente sobre el vidrio y cerrar los ojos. Me gusta el cine, pero prefiero la música.

Y yo tenía que consentir; y parloteaba que a la mañana, después de despertarse, debía frotarse la naricita, segura de que la naricita no podía ser indiferente para mí, y estallaba en risa y yo estallaba también. Y después decía con tristeza:

—Sé que soy tonta. Sé que no domino bien nada. Sé que no soy linda.

Y yo debía negarlo. Pero ella sabía que negaba, no en nombre de la realidad y de la verdad, sino porque amaba y por eso ella aceptaba esa negación con deleite, encantada de haber encontrado un adorador incondicional *a priori*, que amaba y aceptaba todo, todo calurosa, afablemente…

¡Oh, tortura que debía aguantar para salvar por lo menos la apariencia de la madurez por esos senderos entre las eras, cuando allá lejos se revolcaba y manoseaba bochornosamente el pueblo con los señores, mientras el cuculaculalambo suspendido en las alturas, terrible, despiadado, cenital, vomitaba lanzas de rayos, millares de flechas! ¡Oh, tibia afabilidad, mortal cariño, mutua admiración, el querer! ¡Oh insolencia de esas mujercitas tan golosas del amor, tan prontas a la armonización amorosa, tan listas a convertirse en el objeto de la adoración! ¿Cómo se atrevía, siendo blanda, nula e insignificante, a admitir mis ardores y aceptar mi culto, glotonamente saturarse con mi homenaje? ¿Existiría en la tierra y bajo el cuculeíto quemante, ardiente, cosa más atroz que aquel calorcito femenino, aquel poderoso, íntimo idolatrarse y acurrucarse? Y lo peor fue que para retribuir mi admiración y completar el sistema de la adoración mutua, se puso a maravillarse de mí y con interés, con atención, empezó a preguntar por mí, no porque en verdad se interesara, sino a título de retribución, porque sabía que de interesarse ella por mí, yo tanto más me interesaría por ella. Y a su vez me saturaba de su adoración, acurrucada, enamorada, susurrando que yo le había gustado tanto, que a primera vista le había impresionado, que era tan atrevido, tan valiente…

—Me raptaste —decía embriagándose con su hablar—. Cualquiera no sería capaz de eso. Me amaste y me raptaste, sin pedir permiso, me raptaste sin temer a mis padres… me gustan esos tus ojos atrevidos, valientes, felinos…

Y bajo su admiración yo me retorcía como bajo el azote de Satanás, mientras el culanculuilalaibo, enorme, infernal, resplandecía y atravesaba desde arriba como el signo definitivo del universo, la clave de todos los enigmas, la esencia, el denominador último de las cosas. He aquí que, apretada contra mí, me engatusaba calurosa y tímidamente, me mitologizaba con indolencia, así como le convenía a ella, y yo sentía que adoraba mis cualidades y particularidades, que buscaba y encontraba, que se calentaba y ardía. Me tomó la mano y empezó a acariciarla, mientras yo acariciaba la suya, y mientras el cumculecacocailo, infantil, infernal, lograba su cenit y culminación, ametrallando verticalmente desde arriba hasta los fondos últimos de aquí abajo.

Y suspendido en la misma cumbre del espacio, arrojaba sus rayos dorados, plateados, sobre todo este valle y entre todos los horizontes. Mientras Isabel, cada vez más, se apretaba contra mí, más estrechamente se unía conmigo y me introducía cada vez más en ella. Me venían ganas de dormir. No podía ya caminar, ni escuchar, ni contestar, y sin embargo debía caminar, escuchar y contestar. Andábamos por no sé qué prados y en esos prados el pasto era verdemente verde y verdeante, abundante en amarillas manzanillas, pero las manzanillas eran tímidas, escondidas en el pasto algo húmedo, resbaladizo, encharcado, vaporizante bajo el ardor cruel del cielo. Muchas amapolas aparecieron por ambos costados del

sendero, pero las amapolas eran un tanto anémicas. Un poco más allá en las laderas, muchos melones.

Sobre las aguas, en las húmedas fosas, lilas de agua, pálidas, descoloridas, delicadas y blanquecinas en una completa quietud, bajo el calor que chamuscaba desde arriba. E Isabel siempre se apretaba y seguía con sus confidencias. Y el culalalo atravesaba el mundo. Los árboles enanos eran, en su contextura, como raquíticos y abúlicos, parecían más bien hongos y eran tan medrosos que cuando toqué a uno en seguida se rompió. Abundancia de piantes gorriones. Arriba nubarroncitos rojizos, blanquecinos y azulosos, cual papel de seda, pobrecitos y sentimentales. Todo impreciso en sus contornos y tan confuso, silencioso y pudibundo, sumido en la espera, no nacido y no definido, que en realidad nada estaba aquí delimitado y apartado, sino que cada cosa se juntaba con las otras en una sola masa espesa, blancuzca, apagada y silenciosa. Pequeños, delgados riachuelos susurraban, mojaban y vaporizaban o bullían, formando burbujas y pompas. Y este mundo se achicaba como si se estrechase, encogiese y, encogiéndose, se distendiese, y presionando se cerrase alrededor de la garganta, como un dogal que delicadamente estrangulaba. Y el cumculio infantil pavorosamente golpeaba desde arriba. Me froté la frente.

—¿Qué región es ésta?

Entonces ella volvió a mí su pobre cara encantada y contestó cariñosamente y con pudor, apretándose contra mi hombro:

—*Esta es mi región.*

Esto me agarró por la garganta. Aquí me condujo. Entonces sí, entonces de ella era todo esto… Pero yo tenía ganas de dormir, la cabeza se me dobló, me faltaban fuerzas. ¡Oh, separarse, alejarse un paso por lo menos, rechazarla, golpear con mi rabia, decir algo que fuese enemistoso, destrozar, ser malo, ah, ser malo con Isabel! ¡Ah, ser malo con Isabel! Debo, debo —pensaba soñoliento con la cabeza caída sobre el pecho—, debo ser malo con Isabel. ¡Oh, fría cual hielo, salvadora, tonificante maldad! El tiempo apremia, debo ser malo… Pero cómo ser malo con ella, si soy bueno, si me abarca, me penetra con su bondad y con la mía la penetro, y si se aprieta contra mí y yo me aprieto contra ella… ¡Nadie ni nada me ayuda! Sobre esos prados y campos, entre las tímidas yerbas, estamos juntos —ella conmigo y yo con ella— y nadie, nadie que pueda salvarme.

Solo estoy, y con Isabel y con el cuculacanto concentrado, inmovilizado en el permanecer absoluto, lúcido y reluciente, infantil e infantilizante, hermético, enigmático, hundido y acumulado en sí y cenital en su mortal culminación… ¡Oh, tercero! ¡Ayuda, socorro! Ven, tercer hombre, a nosotros dos, ven salvación, aparece, que me agarre a ti, sálvame. Que venga aquí, en seguida, pronto, el tercer hombre, extraño, desconocido, fresco y frío y limpio, lejano y neutral, cual ola del mar, que golpee con su extrañez en esta intimidad vaporizante, que me arranque de Isabel… ¡Oh, tercero, ven, dame la base para resistir, permíteme tomar de ti, ven soplo vivificante, ven fuerza, arrástrame, sácame y aléjame! Pero Isabel se me apretó con más cariño, calor y ternura.

—¿Por qué gritas y clamas? Estamos solos…

Y me acercó su facha. Y a mí me faltaron las fuerzas, el sueño sumergió la vela y no podía; tuve que besar su facha con mi facha pues ella con su facha besó mi facha. ¡Y ahora venid fachas! ¡No, no me despido de vosotras, extrañas y desconocidas fachadas de extraños, desconocidos fachendos que me vais a leer, salud, salud, graciosos ramilletes de partes del cuerpo, ahora justamente que empieza! Llegad y acercaos a mí, comenzad vuestro estrujamiento, hacedme una nueva facha para que de nuevo tenga que huir de vosotros en otros hombres, y correr, correr, correr a través de toda la humanidad. Pues no hay huida ante la facha sino en otra facha y ante el hombre podemos refugiarnos sólo en otro hombre. Y ante el culeíto ya no hay ninguna huida. ¡Perseguidme si queréis! Huyo con mi facha en las manos.

Epílogo por Rita Gombrowicz

Ferdydurke se publicó por primera vez en Varsovia en la editorial Rój en octubre de 1937, si bien tiene pie de imprenta de 1938. La cubierta y las ilustraciones fueron realizadas para esta primera edición por Bruno Schulz, ardiente defensor del libro, autor ya conocido por *Las tiendas de canela*. Gombrowicz consideraba la conferencia pronunciada por Schulz a la salida de *Ferdydurke* como la más perspicaz y profunda jamás escrita sobre su obra. Anticipándose a las previsibles polémicas que suscitaría *Ferdydurke*, Gombrowicz no escribió un prólogo sino una especie de advertencia publicada en *Wiadomosci Literackie*. Pero dejó sin desvelar el misterio del título: a veces pretendía que lo había escogido porque no significaba nada y su pronunciación resultaba difícil en polaco, mientras que otras veces decía haberlo encontrado por azar en un periódico inglés. Según un investigador literario polaco, el título proviene de la novela *Babbitt*, de Sinclair Lewis, traducida a la lengua polaca en 1930:

> … ¿Con quién dirían que me tropecé la otra noche en el restaurante De Luxe? Pues ni más ni menos que con nuestro viejo amigo Freddy Durkee, que era, hace unos años, un empleado indolente de la sociedad de navegación donde yo trabajaba (solíamos llamarle irónicamente Sr. Marmota). Era tan tímido entonces que tenía un miedo terrible del director y nunca rendía al máximo (capítulo VI).

Ferdydurke reapareció en Polonia veinte años después, en 1957, tras el deshielo provocado por el retorno de Wladislaw Gomulka. El libro alcanzó tal éxito que fue prohibido de nuevo al año siguiente, cuando la situación del país se encontraba en vías de «normalización». Y así permaneció hasta 1986, fecha en la que volvió a reimprimirse en la editorial Wydawnictwo Literackie (Cracovia). Entre tanto, el Institut Littéraire de París había hecho una edición en 1969.

Ferdydurke nunca ha dejado de circular bajo cuerda en Polonia, ejerciendo una enorme influencia, sobre todo durante el período estalinista. Considerado un libro de culto a la libertad, diversas expresiones que han sido tomadas de él pasaron a formar parte del lenguaje corriente, tales como «fachalfarra», «cuculito» o «violar por las orejas».

La edición de 1957, con algunas variantes de Gombrowicz, ha servido de base a las sucesivas ediciones polacas y constituye un texto de referencia indispensable para las traducciones.

La editorial Argos, de Buenos Aires, publicó en español (1947) la primera traducción de *Ferdydurke* en una lengua extranjera, con prefacio del autor. Iniciada en condiciones a veces burlescas y sin la ayuda de un diccionario polaco-español por un grupo de jóvenes *partenaires* de ajedrez en el ámbito del café Rex, esta traducción fue retomada por los escritores cubanos Virgilio Piñera y Humberta Rodríguez Tomeu. En esta versión española se inspiró Gombrowicz para la traducción francesa que él mismo (con la colaboración de Roland Martin, joven francés establecido en Buenos Aires) realizó y firmó bajo el seudónimo de Brone, Julliard, 1958 (Les Lettres nouvelles). Dicha traducción francesa ha servido a su vez de base, con el acuerdo del autor, para otras traducciones. La segunda traducción francesa, obra de Georges Sedir, fue establecida a partir de la edición polaca de 1957. Y se publicó por primera vez en 1973, en 10/18.

WITOLD GOMBROWICZ, es, junto con Joyce y Kafka, uno de los escritores vanguardistas más interesantes del siglo XX. Nacido en 1904 en Maloszyce (Polonia) en el seno de una familia noble, Gombrowicz estudió derecho en Polonia y Francia. En 1937 publicó *Ferdydurke*. Durante la década de los treinta también aparecieron una colección de relatos *Bakakai* (1933), la pieza teatral *Yvonne, princesa de Borgoña* (1938) y numerosos artículos que le consagraron dentro de la vanguardia literaria polaca y europea.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial le sorprendió en Buenos Aires, donde vivió los siguientes veinticuatro años de su vida en una extrema pobreza. Durante el exilio escribió, entre otras, *Trans-Atlántico* (1952), la obra teatral *El matrimonio* (1948) y una novela, *Pornografía* (1960; publicada anteriormente en español con el título de *La seducción*). De regreso a Europa publicó *Cosmos* (1965) por la que obtuvo el Prix International de Littérature, y póstumamente apareció *Recuerdos de Polonia* (1977). Finalmente se trasladó a Francia en 1964, donde pronto encontró el reconocimiento por su extraordinaria producción literaria. Falleció en Vence, Francia, en 1969.